

Marx XXI
**INTERNACIONALISMO
PROLETARIO**

MXI



Datos de edición:

Volumen V, Madrid, 2026

Entidad editora:

Asociación Nuevo Ciclo

Número de depósito legal:

M-1941-2026

ISSN:

3101-4771

Contacto:

marxxxi@proton.me

marxxxi.com

Se puede compartir, copiar y distribuir la obra de forma completamente libre en cualquiera de los formatos disponibles.

CONTENIDO

IMPERIALISMO: TEORÍA, COYUNTURA E INTERNACIONALISMO Jorge Seijo	9
ESTADOS UNIDOS COMO POTENCIA IMPERIAL: ACUMULACIÓN, HEGEMONÍA Y CONTROL DEL SISTEMA MUNDIAL Esther Gómez	71
EL TABLERO MUNDIAL: PALESTINA Y LA LUCHA ANTIMPERIALISTA Gabriel Miasni	111
ROMPER EL HIELO: LAS TRAYECTORIAS DE LA REVOLUCIÓN MUNDIAL (1914-1949) Volodia	147
PROLETARIOS DEL MUNDO, UNÍOS. UN RECORRIDO POR LA HISTORIA DE LAS TRES INTERNACIONALES Mario Aguiriano	207

NOTA INTRODUCTORIA

Marx XXI es una revista teórica socialista que busca aportar al debate entre revolucionarios. Con este quinto número, alcanza ya una pequeña trayectoria dentro de lo que esperamos que sea un proyecto de largo plazo. A todos los lectores, viejos y nuevos, les agradecemos su tiempo y atención, tan difíciles de encontrar en esta época convulsa, y aprovechamos para recordarles que las opiniones aquí expresadas responden a sus autores. Esperamos, como siempre, que sirvan para la clarificación y el desarrollo teórico; que enriquezcan, aunque sea mínimamente los muchos debates que los revolucionarios tienen por delante, y que el propio proceso de debate y reflexión permita depurar todo lo que en estas páginas y nuestros anteriores volúmenes haya de erróneo, así como potenciar y desarrollar todo lo que haya de valioso.

IMPERIALISMO: TEORÍA, COYUNTURA E INTERNACIONALISMO

JORGE SEIJO

1. Introducción

Basta mirar el aumento de los conflictos armados, el rearme generalizado, el nacionalismo económico, las agresiones entre potencias y la descomposición acelerada del llamado «mundo basado en reglas» para ver que el imperialismo vuelve a ocupar un lugar central en la política mundial.

En el sentido común político, e incluso en buena parte de la historiografía liberal, el imperialismo suele entenderse como una política exterior agresiva: una desviación belicista atribuible a determinados gobiernos, dirigentes o coyunturas. Desde ese punto de vista, el problema residiría en decisiones erróneas, excesos particulares o liderazgos patológicos. Bas-

taría, entonces, con una política internacional más racional, más equilibrada o más justa para corregir esas desviaciones. El imperialismo aparecería así como una anomalía superpuesta a un capitalismo que, en condiciones normales, podría desenvolverse pacíficamente.

La tradición marxista revolucionaria rompe con ese punto de partida. Su aportación decisiva consiste en mostrar que el imperialismo remite, más bien, a una forma históricamente determinada de las tendencias immanentes de la acumulación capitalista a escala mundial.

Las teorías clásicas del imperialismo tuvieron precisamente el mérito de situar el problema en ese terreno. Mostraron que la expansión territorial, la exportación de capitales, la competencia entre potencias y la subordinación de amplias regiones del planeta no eran accidentes, sino consecuencias del propio movimiento del capital. También desde el punto de vista práctico, el marxismo revolucionario produjo la respuesta política más alta a esta cuestión: la ruptura de Lenin y los bolcheviques con el socialismo proguerra y la Revolución de Octubre.

Ahora bien, ni la importancia de aquellas elaboraciones ni la magnitud de esa experiencia histórica deben impedirnos ver sus límites.¹ Ya fuera por la urgencia de la coyuntura en que fueron formuladas o por las restricciones teóricas de su tiempo, esas teorías dejaron problemas abiertos y formularon respuestas parciales. Una parte de este ensayo estará dedicada, por tanto, a señalar algunos de esos límites, así como los de varias revisiones posteriores. No se trata de desechar esa tradición, sino de rescatar lo más fértil de ella y reformular una teoría del imperialismo adecuada a nuestro tiempo.

Este ensayo busca reconstruir el imperialismo desde las categorías de la crítica de la economía política.² Para ello partiré de las determinaciones más abstractas del capital e intentaré avanzar hacia niveles de concreción más próximos al funcionamiento real del capitalismo contemporáneo. Solo así, construyendo la casa desde sus cimientos, puede formularse una

1. Ver Fernández, A. (2023). «Imperialismo y revolución: el debate socialdemócrata sobre el capitalismo avanzado», *Arteka*.

2. Como antecedente de un intento de pensar el imperialismo desde la crítica de la economía política, puede consultarse Fernández, S. R. (2018). *La historia regional y local, y las escalas de investigación: Un contrapunto para pensar sobre desafíos historiográficos*, CONICET; Pascual, R. F. (2025). «Apuntes sobre imperialismo y derivación. Reconstrucción de la teoría marxista del imperialismo desde la derivación del Estado». *Revista de Derecho Público*.

teoría del imperialismo que no rompa con los presupuestos de la crítica marxiana ni lo reduzca a un simple voluntarismo político.

La secuencia expositiva responde a esa necesidad. Pero también obedece a una intención polémica más precisa: muchas de las teorías del imperialismo, clásicas y contemporáneas, descansan sobre interpretaciones distintas de categorías decisivas de la crítica de la economía política. Por eso será necesario detenerse en ellas antes de discutir sus consecuencias teóricas y políticas.

A partir de ese recorrido, el ensayo abordará también una crítica de aquellas lecturas que, retomando elementos dispersos de viejas y nuevas teorías del imperialismo, ven en el emergente multipolarismo —o en algunos de los Estados que lo encabezan— un aliado progresivo, cuando no el propio sujeto de una transformación histórica. Por último, esbozaré algunas notas generales sobre la política internacional que hoy correspondería defender desde una perspectiva marxista revolucionaria.

2. Valor, competencia y dominación impersonal

Para entender el imperialismo debemos partir del concepto mismo de capital. El imperialismo, *grosso modo*, remite a la forma en que el capital organiza mundialmente su propia reproducción. Por eso el punto de partida, por abstracto que parezca, no puede ser otro que la mercancía: la célula económica del capital.

La mercancía es la unidad inmediata de valor de uso y valor. Como valor de uso, remite a una utilidad concreta y a una determinada cualidad material: satisface necesidades, constituye la riqueza material y existe, bajo distintas formas, en toda sociedad humana.

Pero valor y riqueza material no son sinónimos. El valor no designa una propiedad física de las cosas ni una sustancia transhistórica depositada en ellas por el trabajo humano en general. Designa una forma históricamente específica de la riqueza social: aquella que predomina allí donde la producción social está organizada a través de relaciones mercantiles generalizadas y mediada por el dinero.

En ese sentido, el valor expresa una relación social específica. En el capitalismo, el trabajo social no se distribuye de manera directa ni consciente, sino a través de una multiplicidad de trabajos privados e independientes que solo se validan *a posteriori* en el intercambio.

A esta duplicidad de la mercancía corresponde el doble carácter del trabajo que la produce. Por un lado, el trabajo concreto genera valores de uso determinados mediante actividades particulares; por otro, el trabajo abstracto cuenta socialmente como simple gasto de fuerza de trabajo humana, indiferente a sus formas útiles concretas.

Es importante insistir en ello: esta abstracción no es una operación mental del observador. No es una simplificación conceptual exterior al objeto. Es una abstracción real. Solo porque los productores se relacionan entre sí a través del intercambio de los productos de sus trabajos, estos pueden reducirse efectivamente a una magnitud común. El valor es, por tanto, la forma social bajo la cual trabajos privados heterogéneos se equiparan como partes del trabajo social total. Y la magnitud del valor de una mercancía queda determinada por el tiempo de trabajo socialmente necesario para producirla bajo las condiciones medias de productividad existentes en dicha sociedad.

Como esa objetividad social del valor no puede aparecer directamente en las mercancías particulares, necesita una forma autónoma de manifestación: el dinero. El dinero no es un mero auxiliar técnico del intercambio, sino el equivalente general en el que las mercancías expresan su valor, se comparan entre sí y

IMPERIALISMO: TEORÍA, COYUNTURA E INTERNACIONALISMO

realizan socialmente su carácter mercantil. A través del dinero, cualidades materiales y trabajos concretos incomparablemente distintos quedan traducidos a una medida común. El dinero constituye así el lenguaje social de una sociedad de productos privados dependientes del mercado.

Pero ese lenguaje común no coordina pacíficamente una pluralidad de actividades autónomas, sino que las somete a una forma específica de dominación impersonal. En la medida en que los trabajos privados solo se validan a través del mercado, los productores quedan confrontados con promedios sociales de productividad que no controlan y que, sin embargo, gobiernan materialmente su reproducción. Lo que aparece como simple intercambio de equivalentes encierra, en realidad, un mecanismo social autónomo que se impone a todos los agentes de la sociedad capitalista como una coerción objetiva.

Aquí reside una clave decisiva de la teoría del valor. Su objeto no es únicamente explicar precios o demostrar la explotación del trabajo asalariado, sino dar cuenta de una forma históricamente específica de dominación social.

Esto se vuelve especialmente visible en la competencia. El capital no existe como una unidad indiferenciada, sino como una pluralidad de capitales privados enfrentados entre sí. La competencia no es, por tanto, un fenómeno secundario ni exterior a su esencia, sino la forma concreta en que la ley del valor se impone. Cada capital individual debe producir bajo las condiciones medias del mercado o perecer. Quien produce por encima del tiempo socialmente necesario obtiene una ventaja transitoria y puede apropiarse de una ganancia extraordinaria; quien se queda rezagado, en cambio, ve amenazada su rentabilidad, pierde cuota de mercado y corre el riesgo de la ruina.

Pero el dinero solo se transforma en capital cuando deja de operar como simple medio de circulación y entra en el movimiento D-M-D': el movimiento de la valorización del valor. La cuestión decisiva pasa entonces a ser la siguiente: ¿de dónde surge el incremento? Si en la circulación se intercambiaran

equivalentes, el plusvalor no podría brotar de la compraventa misma. Para que el capital se valore, necesita encontrar en el mercado una mercancía cuyo valor de uso consista precisamente en producir valor: la fuerza de trabajo.

La existencia de esta mercancía presupone una relación histórica determinada: la separación entre los productores directos y las condiciones materiales de su existencia. El trabajador aparece así como «doblemente libre»: libre de vender su capacidad de trabajo, pero también libre de medios de producción, esto es, desposeído de ellos. Lo que vende no es su trabajo ya objetivado, sino su capacidad de trabajar durante un tiempo determinado. El salario es la forma dineraria del valor de esa fuerza de trabajo, cuyo nivel está determinado por el tiempo de trabajo socialmente necesario para reproducir los medios de vida del trabajador. Ahora bien, esa magnitud no se reduce a un mínimo fisiológico. Incluye un elemento histórico y moral,³ y está siempre mediada por la lucha de clases, por el ciclo de acumulación y por la presión del ejército industrial de reserva.⁴

3. Sobre que significa esta categoría comparto la lectura de Caligaris, G., & Starosta, G. (2018). «La determinación del «elemento histórico y moral» del valor de la fuerza de trabajo». *Cuaderno CRH*, 31 (82), pp. 135-50.

4. Ver Botwinick, H. (2017). *Persistent inequalities: Wage disparity under capitalist competition* (Rev. ed.). Brill; y Hirsch, M. (2018). «Acción sindical y salario real en la crítica de la economía política» [Tesis doctoral, Universidad de Buenos Aires]. *Repositorio Institucional de la Facultad de Ciencias Sociales*, UBA.

La explotación capitalista consiste en que la fuerza de trabajo crea, al ser consumida productivamente, una magnitud de valor superior a la requerida para su propia reproducción. De ahí surge el plusvalor. La jornada laboral se divide así en tiempo de trabajo necesario —en el que el trabajador reproduce el equivalente a su salario— y tiempo de trabajo excedente, apropiado gratuitamente por el capital. La forma salarial encubre esta relación al presentar como pago del conjunto del trabajo lo que en realidad incluye una parte de trabajo no pagado.

A partir de aquí, la competencia impulsa dos movimientos decisivos. En primer lugar, empuja a cada capital a aumentar la productividad para obtener plusvalía extraordinaria. Quien introduce una innovación técnica capaz de producir por debajo del tiempo de trabajo socialmente necesario vigente en su rama puede apropiarse transitoriamente de una ganancia superior a la media mientras esta no se generaliza en toda la rama. Pero esa ventaja no consiste en crear más valor por uni-

dad de tiempo. Un aumento de productividad no significa que una hora de trabajo produzca más valor, sino que genera una masa mayor de valores de uso en el mismo tiempo.

En segundo lugar, la competencia no se limita al interior de cada rama. Los capitales se desplazan entre sectores buscando las tasas de ganancia más altas, y ese movimiento tiende a formar una tasa media de ganancia. De ahí surgen los precios de producción: las mercancías no se venden según sus valores individuales inmediatos, sino de modo que cada capital participe en el reparto del plusvalor social total en proporción al capital adelantado. Esto significa que la ganancia apropiada por un capital no coincide necesariamente con el plusvalor extraído directamente a sus propios trabajadores.

Esta distinción entre producción y apropiación del plusvalor permite comprender que la competencia capitalista no solo organiza la explotación del trabajo, sino también una apropiación diferencial del plusvalor social. La posición de cada capital depende de su lugar relativo dentro del proceso general de competencia, no únicamente de la explotación inmediata que organiza en su propia unidad productiva.

La dinámica descrita hasta aquí no puede detenerse en los límites del espacio nacional. El capital, como valor que se valoriza, tiende constantemente a superar toda barrera espacial, a reducir el tiempo de circulación, a abaratar insumos, a buscar fuerza de trabajo más disciplinable, a conquistar nuevos mercados y a encontrar nuevas condiciones de rentabilidad. La competencia refuerza esa compulsión: cada capital está forzado a expandirse o a ser desplazado. Es por esto que el mercado mundial es para el capital el horizonte necesario de su propio desarrollo.⁵

Recapitulemos: si el capital existe como una pluralidad de capitales en competencia, si la ley del valor opera como una forma de dominación impersonal y temporal, si la apropiación del plusvalor no coincide con su producción inmediata y si la acumulación tiende necesariamente a desbordar todo límite

5. Karl Marx, *Grundrisse: Foundations of the Critique of Political Economy*, trad. Martin Nicolaus (Londres: Penguin Books, 1993), pp. 408-9.

territorial, entonces la desigualdad entre espacios de acumulación, la subordinación entre Estados y la expansión violenta del capital no pueden tratarse como accidentes políticos sino que remiten, desde el comienzo, al movimiento mismo del capital.

3. El mercado mundial capitalista

La ley del valor no se realiza primero dentro de cada espacio nacional para proyectarse después hacia el exterior; se impone desde el comienzo mundialmente, aunque siempre a través de territorios políticamente fragmentados, monedas nacionales distintas y trayectorias históricas desiguales. El punto de partida y la unidad de análisis, por tanto, no deben ser los países como espacios ya dados y su comercio recíproco —el nacionalismo metodológico—, sino la reproducción del capital social total a escala mundial.

Conviene situar, aunque sea brevemente, cómo la teoría burguesa ha pensado este problema. En David Ricardo, el mercado mundial aparece como un ámbito de especialización internacional regido por la ventaja comparativa: incluso cuando un país es más productivo en todo, el intercambio sigue siendo beneficioso si cada economía se concentra en aquello que produce con menor costo relativo.⁶ El conflicto queda así desplazado por una imagen de complementariedad entre naciones. Las formulaciones neoclásicas posteriores, especialmente en Heckscher, Ohlin y Samuelson, reformulan este esquema en términos de dotaciones factoriales: cada país tendería a especializarse según su abundancia relativa de trabajo, capital o tierra, y el comercio internacional actuaría como mecanismo de asignación eficiente y, en el límite, de convergencia.⁷ Aunque el lenguaje cambia, el presupuesto del nacionalismo metodológico es una constante.

Volvamos a la competencia a escala mundial. Esta determinación hace que los capitales localizados en espacios distintos

6. Ricardo, D. (1817/2004). *Principios de economía política y tributación* (C. Rodríguez Braun, Ed. y trad.). Pirámide.

7. Heckscher, E. F. (1991). *The effect of foreign trade on the distribution of income*. En H. S. Ellis y L. A. Metzler (eds.), *Readings in the theory of international trade* (pp. 272-300). Blakiston. (Trabajo original publicado en 1919); Ohlin, B. (1967). *Interregional and international trade*. Harvard University Press. (Obra original publicada en 1933); Samuelson, P. A. (1948). *International trade and the equalisation of factor prices*.

queden sometidos a una misma compulsión competitiva y deban reproducirse bajo condiciones de productividad, rotación y rentabilidad que no controlan soberanamente. Lo que aparece como intercambio entre países remite, en realidad, a una confrontación mundial entre capitales.

El comercio mundial solo puede existir si hay una forma universal en la que el valor pueda medirse, realizarse, atesorarse y desplazarse más allá de las fronteras estatales. Esa función la cumple el dinero mundial. Esto no significa que las monedas nacionales desaparezcan, sino que quedan inscritas en una jerarquía: no todas sirven del mismo modo para saldar pagos internacionales, denominar contratos, emitir deuda aceptada fuera de sus fronteras o funcionar como reserva de valor. La desigual capacidad de las monedas para cumplir esas funciones expresa así una desigual capacidad de los capitales asentados en cada territorio para afirmarse como partes del capital social mundial.

Aquí entra el tipo de cambio. No es solo el precio relativo entre monedas, sino una de las formas concretas en que esa jerarquía monetaria se vuelve operativa. A través de él, mercancías y capitales producidos bajo condiciones nacionales distintas se hacen comparables entre sí en una medida común.⁸ Pero esa comparabilidad no es neutral: la posición de una moneda expresa la posición relativa del proceso de acumulación al que corresponde, su capacidad de pago externo, su acceso al crédito, la aceptación internacional de sus activos y, más ampliamente, el lugar que ocupa en la reproducción global del capital.

Esto tiene efectos directos sobre el comercio exterior y sobre la reproducción interna de cada espacio nacional. Una moneda más fuerte —una moneda con mayor capacidad de funcionar como dinero mundial— abarata importaciones, mejora las condiciones de financiación externa y amplía el margen de maniobra de los capitales radicados en ese territorio. Una moneda subordinada, en cambio, encarece importaciones, agrava la dependencia de divisas y expone con mayor intensidad a crisis de pagos. Por eso una devaluación no constituye por sí

8. Copley, J. (2024). *Gobernar la financiarización*. Ediciones Extáticas; Iñigo Carrera, J. (2008d). *Apariencia y realidad en la relación entre tipo de cambio y productividad del trabajo: Contribución al debate*. Centro para la Investigación como Crítica Práctica.

misma una solución general: puede abaratar transitoriamente ciertas exportaciones, pero también encarecer insumos importados, deteriorar el salario real y reforzar la dependencia externa. No basta, entonces, con observar si un país exporta más o menos; hay que ver bajo qué condiciones monetarias sostiene esas exportaciones y qué costo interno paga por ello.

Precisamente porque la posición monetaria condiciona la reproducción de un ámbito de acumulación nacional, el paso siguiente es el papel del crédito. El crédito no crea valor nuevo, pero permite anticipar y redistribuir valor futuro. Hace posible sostener en el presente una reproducción que todavía no ha sido respaldada por una creación efectiva de riqueza social, la cual, como ya sabemos, procede del consumo productivo de la fuerza de trabajo. Ahora bien, en el mercado mundial no todos acceden al crédito en las mismas condiciones. Los Estados y capitales situados en posiciones monetarias más centrales pueden endeudarse más barato, refinanciarse con mayor facilidad y sostener desequilibrios prolongados sin enfrentarse, por lo general, a un colapso inmediato. Los situados en posiciones más subordinadas dependen mucho más del ingreso de divisas ajenas y son más vulnerables a la fuga de capitales, al encarecimiento del financiamiento y a las crisis cambiarias.

Desde aquí puede entenderse cómo funciona la deuda externa. La deuda no constituye una esfera separada de la reproducción capitalista, sino una determinación mediante la cual un proceso nacional de acumulación intenta sostener una reproducción que no logra asegurar de manera estable por sus propios medios. Cuando la acumulación interna no genera de forma suficiente las divisas necesarias para pagar importaciones, intereses, utilidades y otros compromisos externos, el crédito aparece como recurso para cerrar transitoriamente esa brecha. Pero esa salida tiene un precio: refuerza la dependencia externa, aumenta la presión sobre el gasto público, somete la reproducción a la renovación de vencimientos y expone al conjunto de la economía a devaluaciones, ajuste y caída del salario real y de las condiciones de vida de la clase obrera.

El punto en el que comercio, crédito y deuda convergen de manera especialmente visible es en la balanza de pagos. Allí se expresa si un proceso nacional de acumulación puede sostener su reproducción externa con sus propios ingresos corrientes o si depende crónicamente de entrada de capitales o endeudamiento. La balanza comercial muestra la relación entre exportaciones e importaciones de mercancías; la cuenta corriente añade a ello pagos de intereses, utilidades, servicios y otras transferencias; la cuenta financiera revela en qué medida la reproducción depende del ingreso de capitales, de nueva deuda o de la liquidación de activos.⁹

Sin embargo, comercio, dinero, crédito y deuda todavía no bastan para captar toda la desigualdad mundial entre distintos espacios nacionales de acumulación. También hay que considerar quién controla la propiedad del capital. La desigualdad internacional no se juega solo en el intercambio de mercancías ni en la posición de las monedas, sino también en quién posee activos productivos, financieros y logísticos a escala mundial. Capitales radicados en unos territorios pueden apropiarse de manera regular de una parte del plusvalor y de otras porciones de riqueza social producidas y realizadas en otros espacios a través de dividendos, utilidades remitidas, intereses y otros pagos financieros. Por eso una economía puede incluso registrar superávits comerciales y, sin embargo, ver salir de su circuito de reproducción una parte sustancial del valor y del excedente allí generado debido al control foráneo de sectores decisivos o a sus compromisos externos.

Por último, existe otra mediación decisiva del mercado mundial: la renta de la tierra. En sentido estricto, la renta remite a la apropiación de una parte del plusvalor social sobre la base del monopolio de una condición natural diferencialmente ventajosa: suelo fértil, yacimientos ricos en materias primas, localización excepcional o cualquier otra condición irreproducible mediante la actividad laboral. Su importancia aquí no reside solo en explicar precios agrarios o mineros, sino en mostrar que ciertos procesos nacionales de acumulación pueden sostenerse no por su propia potencia productiva, sino

9. Desde este punto de vista se entiende mejor qué significa la llamada restricción externa. No significa simplemente que «faltan divisas», sino que la reproducción ampliada del capital localizado en un territorio exige importaciones, pagos externos y financiación que ese mismo territorio no puede cubrir de manera estable con sus propios ingresos corrientes. Cuando eso ocurre, el ajuste se impone por distintas vías: devaluación, endeudamiento, contracción de importaciones, austeridad o liquidación de reservas internacionales. Las reservas funcionan entonces como defensa precaria frente a esa subordinación: pueden amortiguar temporalmente la presión externa, pero no suprimir el límite estructural que la reproduce.

10. Esta es una de las cuestiones menos estudiadas por el marxismo contemporáneo y de las más fundamentales para comprender el funcionamiento del capitalismo. Seguramente sea esta la mayor aportación de Juan Iñigo Carrera. Este autor subraya que la renta no solo puede apropiársela directamente el terrateniente, sino también otros sujetos sociales a través de diversos cursos de apropiación: especialmente, los impuestos o retenciones a la exportación, la sobrevaluación de la moneda nacional para las mercancías portadoras de renta, el abaratamiento interno de esas mercancías por debajo del precio mundial, la fijación directa de precios y cupos por parte del Estado, la compra estatal a precios internos deprimidos para vender luego en el mercado mundial y, finalmente, el encarecimiento relativo de ciertos medios de producción no agrarios utilizados por el capital agrario. Estos mecanismos permiten desviar una parte de la renta hacia otros capitales, hacia el Estado o hacia la reproducción general del proceso nacional de acumulación. Ver Iñigo Carrera, J. (2017). *La renta de la tierra: Formas, fuentes y apropiación*. Imago Mundi.

11. Poulantzas, N. (1972). *Poder político y clases sociales en el Estado capitalista*. Siglo XXI.

12. Miliband, R. (1997). *El estado en la sociedad capitalista*. Siglo XXI.

por la apropiación de riqueza extraordinaria basada en condiciones naturales diferenciales no reproducibles.¹⁰

Esto importa porque esa renta no queda necesariamente encerrada en su sector de origen. El Estado puede centralizarla y redistribuirla para sostener capitales poco competitivos, financiar importaciones, amortiguar tensiones sociales o compensar parcialmente restricciones externas. De este modo, ciertos procesos nacionales de acumulación relativamente rezagados pueden reproducirse no por su propia fuerza productiva, sino apoyándose en la apropiación y redistribución de renta del suelo. Debe hacerse énfasis en que la renta no suspende la ley del valor, pero modifica la forma concreta en que algunos capitales y algunos Estados se sostienen dentro del mercado mundial.

Es ahora cuando hay que entrar en el terreno político. El capital, en su funcionamiento como muchos capitales que compiten en los mercados internos y/o internacionales, necesita una mediación estatal. El mercado mundial no elimina al Estado: lo presupone. Por eso el siguiente paso no puede ser otro que examinar el Estado capitalista y el sistema interestatal como forma política necesaria de esta dominación mundial.

4. Estado capitalista, sistema interestatal e imperialismo

Al igual que el mercado mundial, el Estado capitalista tampoco puede entenderse ni como un simple árbitro situado por encima de la economía —como sostienen las interpretaciones estructuralistas¹¹— ni como un mero instrumento de tal o cual fracción burguesa —como sostienen los instrumentalistas¹²—. El Estado capitalista es una mediación necesaria de la reproducción capitalista. Se trata de la forma política que asume la dominación capitalista misma. No aparece después del mercado para corregir sus «fallos», sino que participa activamente en la constitución y reproducción de las condiciones sociales bajo

las cuales la ley del valor puede imponerse.¹³ Pero precisamente por eso no domina soberanamente el proceso que ayuda a organizar: también queda sometido a los imperativos de estas relaciones.

El Estado capitalista, en cuanto forma política de la dominación capitalista, cumple diversas funciones: garantizar la propiedad privada, ejercer la dominación política sobre la clase trabajadora, administrar el derecho, recaudar impuestos, organizar la coerción, regular la moneda, producir infraestructuras que los capitales individuales no harían por sí mismos, intervenir sobre la reproducción de la fuerza de trabajo y delimitar el marco general dentro del cual los capitales privados pueden competir. En definitiva, la ley del valor no opera en un vacío institucional, sino que requiere una arquitectura política y jurídica que haga posibles las relaciones monetarias, la ejecución de contratos, la disciplina laboral y la continuidad de la acumulación.

Esto vale también para el dinero. Aunque el valor no sea una creación estatal, su forma monetaria depende de una construcción política continua. Las jerarquías monetarias internas, la credibilidad de los distintos medios de pago, la moneda nacional misma y su inserción en sistemas de convertibilidad y de tipos de cambio son resultado de las relaciones sociales capitalistas mediadas por el Estado capitalista.

Aquí aparece una determinación decisiva. El Estado capitalista existe en una relación contradictoria con el mercado mundial. Por un lado, es condición política de su reproducción. Por otro, queda sometido a sus compulsiones impersonales. La rentabilidad relativa del capital localizado en su territorio, la posición de su moneda, los movimientos de capital, la balanza de pagos, el acceso al crédito o el precio de sus importaciones estratégicas se presentan a los responsables políticos como presiones objetivas que no pueden simplemente ignorar.

El Estado capitalista no puede limitarse a representar inmediatamente las preferencias de la sociedad que gobierna:

13. Clarke, S. (Ed.). (1991). *The State Debate*. Palgrave Macmillan; Bonnet, A., & Piva, A. (Comps.). (2017). *Estado y capital: El debate alemán sobre la derivación del Estado*. Ediciones Herramienta; e Iñigo Carrera, J. (2013). *El capital: razón histórica, sujeto revolucionario y conciencia*. Imago Mundi.

debe mediar entre exigencias contradictorias. De un lado, necesita reproducir la legitimidad política interna, presentándose como encarnación del interés general, garante del orden colectivo o representante de una comunidad nacional o ciudadana. De otro, debe asegurar que el territorio bajo su control siga siendo una base viable para la acumulación de capital dentro del mercado mundial.

Ahora bien, esta función no se agota en el interior del territorio. El Estado no puede garantizar la reproducción del capital radicado en su espacio sin proyectarse también hacia el exterior. La protección de rutas comerciales, inversiones, cadenas logísticas, fuentes de materias primas, acceso a divisas, estabilidad monetaria o circuitos de financiación es una prolongación necesaria de su función interna.

El Estado capitalista existe, por tanto, como la unidad contradictoria de una fijación territorial y una compulsión expansiva —al igual que el capital mismo—. Necesita encuadrar y disciplinar un espacio determinado, pero también proyectar su poder más allá de él para asegurar la reproducción del capital vinculado a su territorio. Sin embargo, tampoco esa expansión debe entenderse como pura voluntad geopolítica: está impulsada por la necesidad de sostener territorialmente condiciones de acumulación bajo una presión competitiva mundial.

La unidad del capital mundial se realiza precisamente en una pluralidad de Estados que compiten, cooperan, se enfrentan y se jerarquizan entre sí. Gracias a esa fragmentación, la competencia puede apoyarse en diferencias de salario, legislación laboral, régimen fiscal, capacidad militar, acceso al crédito, posición monetaria o dotación de recursos.

El sistema interestatal, como es obvio, es también jerárquico. La posición de cada Estado depende de la posición que ocupa el proceso de acumulación radicado en su territorio y de la proyección exterior de sus capitales dentro de la competencia mundial, pero también de su capacidad para convertir esa posición en poder político, monetario, jurídico, diplomático y

militar. No existe una correspondencia simple y automática entre fuerza económica y poder estatal, pero tampoco pueden separarse ambas dimensiones.

La capacidad de una moneda para funcionar internacionalmente, la posibilidad de financiar déficits duraderos, la aptitud para proyectar fuerza militar, imponer sanciones, moldear instituciones internacionales o asegurar corredores logísticos son todas expresiones de esa jerarquía. Y esa jerarquía es, a su vez, una forma política de la validación desigual del trabajo social en el mercado mundial.

En este punto el imperialismo, en su sentido más general, no designa una anomalía ni una fase excepcional,¹⁴ sino la articulación desigual y conflictiva del sistema interestatal bajo la ley del valor. El imperialismo nombra la manera en que la competencia entre capitales y la validación desigual del trabajo social se traducen políticamente en una jerarquía de Estados capaces, en grado muy distinto, de imponer condiciones de acumulación a otros, descargar crisis fuera de sí mismos, garantizar la apropiación de riqueza social más allá de sus fronteras y organizar coercitivamente el espacio mundial. Pero esa capacidad, insisto, no debe pensarse como soberanía absoluta: incluso los Estados más poderosos actúan dentro de una totalidad que no controlan plenamente y cuyos imperativos no pueden suspender a voluntad.

14. Macnair, M. (2022). «Imperialism and the state (Part I)». *Weekly Worker*.

Esta función se vuelve especialmente visible en las crisis. Cuando la rentabilidad se deteriora, las tensiones competitivas aumentan y se intensifica la pugna por apropiarse de una masa de plusvalor limitada o decreciente. En tales momentos, el sistema interestatal actúa como mecanismo de territorialización desigual de la crisis. La desvalorización del capital no se distribuye de forma uniforme, sino que tiende a descargarse selectivamente sobre los espacios más débiles: mediante devaluaciones, ajuste, endeudamiento, fuga de capitales, sanciones, subordinación financiera o guerra abierta. La jerarquía interestatal ofrece así a ciertos Estados mayores capacidades para desplazar territorialmente los efectos de

crisis que ellos mismos no controlan soberanamente, sino que enfrentan como mediadores políticos de la reproducción del capital mundial.

El imperialismo remite, por lo tanto, a la capacidad diferencial de ciertos Estados para organizar, respaldar y politizar la reproducción del capital a escala mundial. Que el sistema interestatal sea imperialista en su estructura no significa que todos los Estados ocupen la misma posición dentro de él ni que todos sean imperialistas. Significa, más bien, que todos existen dentro de una totalidad jerárquica organizada por la ley del valor mundial, aunque solo algunos dispongan de la capacidad estructural de convertir esa posición en poder sostenido de subordinación sobre otros.

Pasemos ahora a los rasgos que permiten distinguir entre países imperialistas y países subordinados dentro de la jerarquía interestatal.

El primero de esos rasgos es la capacidad de exportar capital de manera estructural. Esto no significa simplemente invertir ocasionalmente en el exterior o vender mercancías en mercados extranjeros. Significa que capitales altamente concentrados radicados en un espacio nacional pueden proyectarse de forma competitiva fuera de sus fronteras para apropiarse de ganancias, renta de la tierra, posiciones logísticas, recursos estratégicos o control sobre infraestructuras, y que esa expansión constituye un momento regular de su reproducción. Allí donde la reproducción del capital localizado en un territorio depende de manera sostenida de esa proyección exterior, estamos ya ante una determinación fundamental.

Pero esto no basta. Hace falta también la capacidad estatal de respaldar esa expansión. Un país puede albergar grandes empresas o importantes inversiones exteriores sin disponer por ello de una posición imperialista consolidada. Lo decisivo es que su Estado capitalista pueda garantizar, en los planos diplomático, jurídico y, en última instancia, militar, las condiciones de esa proyección exterior. Dicho de otro modo, la

expansión del capital solo adquiere pleno carácter imperialista cuando puede apoyarse en una potencia estatal —y de un andamiaje institucional— capaz de protegerla, asegurarla y traducirla en influencia política efectiva.

Conviene insistir, sin embargo, en que esta capacidad no debe entenderse como una pura exterioridad geopolítica. Expresa, más bien, la capacidad de un Estado para organizar políticamente la reproducción ampliada de capitales cuya posición en el mercado mundial ya es relativamente fuerte. La coerción militar directa no sustituye la compulsión ordinaria del mercado mundial, pero tampoco le es ajena. Pasa a primer plano allí donde la mediación competitiva, monetaria o diplomática no basta para asegurar rutas, recursos, áreas de influencia, relaciones coloniales o formas de subordinación necesarias para la reproducción del capital. Todo ello no implica una intervención militar constante ni necesariamente abierta, sino la posesión efectiva de esa capacidad y su función como respaldo último de su posición mundial. El imperialismo no se reduce a la guerra, pero la posibilidad de la guerra —junto con la sanción, la amenaza, el bloqueo o la disuasión armada— forma parte constitutiva de su estructura.

Otro rasgo remite a la posición monetaria y financiera. Un país imperialista no se define solo por producir mucho o por tener grandes empresas, sino también por ocupar una posición fuerte en la jerarquía monetaria mundial. Su moneda puede funcionar, en distintos grados, como reserva, medio de pago, denominación de contratos o referencia regional e internacional. Su sistema financiero atrae capitales, fija condiciones de crédito o estructura circuitos de valorización más allá de sus fronteras. No todos los Estados capitalistas pueden endeudarse del mismo modo, refinanciarse en su propia moneda o externalizar con facilidad sus desequilibrios.

Por último, es crucial el control relativamente estable de fuerzas productivas de vanguardia, de infraestructuras logísticas clave o de recursos productivos decisivos. En el capitalismo importa mucho controlar nodos estratégicos del proceso

15. En este sentido, la guerra no constituye una anomalía superpuesta a un orden económico por lo demás pacífico, sino una posibilidad permanentemente inscrita en la estructura política del mercado mundial capitalista.

global de valorización: tecnologías de vanguardia, redes de transporte, software, componentes críticos, patentes, plataformas digitales, corredores comerciales, dispositivos energéticos o circuitos, etc. La apropiación sostenida de plusvalía extraordinaria, el abaratamiento de los costos de circulación y la capacidad de organizar cadenas de dependencia descansan crecientemente sobre esos controles.

Esto permite hacer más legible la jerarquía interestatal, aunque no debe interpretarse como una lista de criterios rígidos que excluyen estudiar cada espacio nacional en particular ni impide la movilidad de los diferentes espacios nacionales entre diversas posiciones. Dicho de otro modo, las posiciones imperialistas no son inmutables: pueden entrar en decadencia y ser remplazadas por nuevas potencias.

En uno de los extremos de la jerarquía se sitúan las grandes potencias imperialistas hegemónicas o aspirantes a la hegemonía. Se trata de Estados cuyos capitales operan sistemáticamente en los sectores de vanguardia de la acumulación mundial y cuyo poder estatal logra proyectarse como garante amplio del orden global o de una parte decisiva de él. En el capitalismo contemporáneo, el ejemplo paradigmático sigue siendo Estados Unidos, cuya combinación de primacía monetaria, profundidad financiera, proyección militar global, capacidad tecnológica y centralidad logística no encuentra, todavía, equivalente pleno. La hegemonía, en sentido estricto, supone algo más que predominio económico o militar: implica la capacidad de organizar, aunque sea conflictivamente, las condiciones generales de reproducción del sistema para otros capitales y otros Estados.

Junto a ella se encuentran las potencias imperialistas secundarias. Sus capitales son altamente competitivos y participan de forma importante en la apropiación del plusvalor global, pero carecen de la capacidad autónoma para garantizar por sí mismas el conjunto del orden mundial. Se apoyan, en mayor o menor medida, en arquitecturas monetarias, militares o diplomáticas más amplias, al tiempo que conservan capacidad

efectiva de proyección exterior y de subordinación sobre otros espacios. No están fuera del imperialismo dominante, pero tampoco son simples satélites pasivos de él.¹⁶

A un nivel distinto pueden encontrarse formaciones que tienden hacia posiciones imperialistas sin haberlas consolidado plenamente. Se trata de Estados cuyos capitales han logrado una fuerte capacidad competitiva y una expansión exterior creciente, pero cuya proyección monetaria, institucional o militar todavía no ha alcanzado un grado comparable al de las potencias imperialistas consolidadas. En estos casos, la disputa por una posición superior en la jerarquía mundial forma parte constitutiva de su trayectoria. No son por ello potencias ant imperialistas, sino aspirantes a reorganizar en su favor una parte mayor del mando sobre el mercado mundial.¹⁷

Por debajo de este grupo se sitúan los Estados dependientes con proyección regional. Son procesos nacionales de acumulación cuya productividad media o baja a escala mundial limita fuertemente su capacidad de mando, pero cuyo tamaño, peso demográfico, aparato militar o control de ciertas rentas del suelo les permite ejercer coerción o influencia sobre espacios circundantes. Pueden desempeñar papeles agresivos y reaccionarios en su región sin por ello constituirse como potencias imperialistas plenas. Aquí podrían inscribirse, con diferencias muy importantes entre sí como Brasil o Irán: Estados con capacidad de proyección regional real, pero cuya inserción en el mercado mundial sigue marcada por límites productivos, monetarios o financieros significativos.

Más abajo se encuentran los países dependientes en sentido fuerte, cuya reproducción se apoya en posiciones productivas subordinadas, fuerte vulnerabilidad monetaria, dependencia crónica del crédito externo y limitada capacidad de sostener autónomamente condiciones de acumulación competitiva. Su Estado capitalista actúa, en lo esencial, como gestor interno de la subordinación externa: organiza la disciplina sobre la fuerza de trabajo, garantiza el pago de deudas, administra —si es que existe— renta del suelo y trata de evitar, con instrumentos pre-

16. Aquí pueden situarse, con todas las diferencias del caso, países como buena parte de los países de Europa Occidental —Alemania, Reino Unido, Francia, etc.—, Canadá, Japón... Son Estados cuyos capitales mantienen posiciones fuertes dentro del mercado mundial, pero cuya capacidad de mando general aparece enmarcada en un orden más amplio que no dirigen por sí solos, sirva como ejemplo la necesidad de estructuras de defensa unificadas como la OTAN o la alianza AUKUS.

17. El caso más importante hoy es China: una formación estatal cuyas capacidades productivas, tecnológicas, logísticas y financieras han crecido enormemente, pero cuya moneda, arquitectura de mando global y capacidad de organización estable del sistema aún no igualan a las del hegemón y del bloque de imperialismos secundarios.

18. Aquí se sitúa una parte de los países del llamado *Sur Global*, aunque siempre, de nuevo, con diferencias históricas y regionales que deben estudiarse concretamente.

19. Palestina constituye aquí el ejemplo más evidente, pero también pueden mencionarse otros territorios sometidos a relaciones extremas de dominación, como el Sáhara Occidental o, bajo formas distintas, Haití o la mayoría de Estados africanos.

carios, la ruptura de la reproducción social bajo la presión del mercado mundial.¹⁸

Por último, existen territorios sometidos a formas extremas de dominación: espacios coloniales, de ocupación, de devastación o de expulsión masiva de población, donde la integración en el mercado mundial ya no adopta prioritariamente la forma de una acumulación nacional relativamente orgánica, sino la de la expropiación, el saqueo, la contención militar, la destrucción de las condiciones de reproducción o el tratamiento de poblaciones enteras como sobrantes. Estos casos no encajan plenamente en una tipología de Estados competidores, porque a menudo expresan precisamente la negación violenta de toda soberanía efectiva.¹⁹

Recapitulando, esta escala sirve para orientarse dentro de una jerarquía móvil, históricamente cambiante y atravesada por crisis, ascensos relativos, decadencias y recomposiciones. La distinción central puede formularse así: el imperialismo es una propiedad estructural del sistema interestatal capitalista; los países imperialistas son aquellas formaciones estatales que ocupan posiciones dominantes dentro de ese sistema y pueden convertir su lugar en la acumulación mundial en poder sostenido de subordinación sobre otros.

5. La división internacional del trabajo

Una vez delimitada la jerarquía interestatal y sus determinantes, es preciso descender al terreno donde esta se forja históricamente: la división internacional del trabajo (DIT). Esta última es la forma histórica en que el mercado mundial organiza la reproducción territorial del capital, distribuyendo de manera estrictamente asimétrica las funciones productivas, la apropiación de la renta de la tierra y el acceso al dinero, el crédito y la tecnología.

Lejos de operar como un engranaje autorregulado, esta estructura se teje y se transforma violentamente a través de la competencia capitalista, la coerción estatal y la lucha de clases.²⁰

Génesis del mercado mundial y vieja división internacional del trabajo

La génesis de la división internacional del trabajo debe situarse entre los siglos XVI y XVII, cuando comienza a formarse el mercado mundial moderno. En esa etapa no domina todavía la gran industria, pero la expansión marítima europea, la conquista de América, la trata esclavista atlántica, la apropiación de metales preciosos y la apertura forzada de rutas oceánicas articularon una red relativamente estable que subsumió formalmente territorios muy distintos dentro de una misma dinámica.

La doctrina mercantilista expresó esta primera forma del mercado mundial. La riqueza de un Estado se concebía como resultado de su capacidad para concentrar metales preciosos, sostener una balanza comercial favorable y controlar rutas, colonias y mercados. El comercio internacional no aparecía como intercambio entre iguales, sino como lucha por captar riqueza y desplazarla hacia la propia metrópoli. De ahí la combinación de aranceles, monopolios comerciales, compañías privilegiadas, guerras navales y expansión colonial.²¹

Holanda emergió aquí como potencia imperialista hegemónica. La extracción masiva de plata americana —centrada en Potosí (Alto Perú) y Zacatecas (Nueva España)— había desencadenado la denominada Revolución de los Precios del siglo XVI: una inflación prolongada que erosionó la base de la acumulación española y portuguesa. La República de las Provincias Unidas, liberada de la tutela de los Habsburgo al término de la Guerra de los Ochenta Años (1568–1648), concentró en cambio las condiciones para un salto cualitativo en

20. Pese a sus innegables aportes empíricos, la subestimación de estos elementos dinámicos (especialmente la lucha de clases) ha sido el talón de Aquiles de enfoques estructurales como la Escuela del Sistema-Mundo o la Teoría de la Regulación. Para una crítica teórica fundamental en esta línea, véase Clarke, S. (1988). «Overaccumulation, class struggle and the regulation approach». *Capital & Class*, 12 (3), pp. 59-92; Bonefeld, W. (1987). «Reformulation of State Theory». *Capital & Class*, 11 (3), pp. 96-127.

21. La colonización fue una condición histórica de la formación del mercado mundial capitalista junto con la clásica «acumulación originaria» en Europa: expropiación de tierras, la destrucción de formas locales de reproducción, la imposición de monocultivos y la subordinación de regiones enteras a la exportación reorganizaron vastos territorios como proveedores de metales, productos agrarios y trabajo coaccionado. La lucha de clases fue interna a esta configuración desde el comienzo: resistencia indígena, rebeliones de esclavos, fugas y distintas formas de insubordinación acompañaron el propio proceso de expansión del mercado mundial.

la organización de la circulación mundial: una clase mercantil dominante sin lastre absolutista; innovaciones financieras decisivas —el Banco de Cambio de Ámsterdam (Wisselbank, 1609), la Bolsa de Ámsterdam y las letras de cambio como instrumento de crédito comercial—; y vehículos institucionales sin precedente, como la Compañía Holandesa de las Indias Orientales (VOC, 1602) y la Compañía Occidental (WIC, 1621), que combinaban capital accionario privado, poder militar delegado y soberanía comercial sobre rutas oceánicas.

La hegemonía holandesa descansó en el control de las mediaciones estratégicas de la circulación mundial: rutas marítimas, puertos, crédito, seguros, transporte y comercio de larga distancia. La renta colonial —de especias monopolizadas, de plantaciones esclavistas, de metales americanos— fluía hacia Ámsterdam no como producto directo de la extracción, sino mediada por los instrumentos de crédito, seguro y comercio que la República controlaba: era ganancia de circulación convertida en base de acumulación financiera.

Sin embargo, esta forma de hegemonía fundada sobre el control de la circulación tenía un techo histórico: su reproducción dependía de que otros territorios siguieran generando los bienes que Ámsterdam intermediaba, sin que la República controlase el proceso productivo en sí mismo. Cuando, en el siglo XVIII, la transformación de la base técnica de la producción se convirtió en el eje de la competencia mundial, las ventajas que presentaban los capitalistas holandeses quedarían estructuralmente desbordadas.

La nueva jerarquía internacional pasó a apoyarse en la capacidad de producir a gran escala, con mayor productividad y menores costos, y de reorganizar desde ahí el conjunto del mercado mundial. En ese terreno emergió la hegemonía británica, al calor del desarrollo de la gran industria. Los cercamientos agrarios (Enclosure Acts) de los siglos XVII y XVIII destruyeron la economía campesina y produjeron, como efecto de su expulsión violenta, al proletariado industrial. La acumulación primitiva generada por el comercio triangular —que

desplazó entre diez y doce millones de personas esclavizadas entre África, América y Europa entre los siglos XVI y XIX—y el drenaje sistemático de las colonias, cuya expresión más clara fue la India tras la batalla de Plassey (1757), proveyeron el capital que la industria requería. Hacia 1840, Gran Bretaña producía aproximadamente la mitad del hierro mundial y más de la mitad del algodón manufacturado; hacia 1870, concentraba alrededor del 23% de la producción industrial global.

Su forma más visible fue la articulación entre un centro industrial y financiero dominante y amplias periferias especializadas en alimentos, materias primas y trabajo esclavo.²² Esa estructura ofrecía condiciones especialmente favorables para la valorización del capital británico. La importación de alimentos y materias primas a costes relativamente bajos abarataba tanto los medios de vida obreros como los insumos productivos, de modo que la periferia pasaba a cumplir una función interna en la producción de plusvalía relativa en el centro industrial.

El patrón oro y la preminencia de la City londinense completaron esta configuración al disciplinar las balanzas de pagos y fijar las condiciones monetarias de participación en el mercado mundial. La expresión política más elocuente de este giro fue la derogación de las Corn Laws en 1846 y de las Navigation Acts en 1849: cuando la supremacía industrial británica estaba asegurada, el libre comercio se convirtió en doctrina de Estado.

El desarrollo de nuevos polos de acumulación —Alemania, Estados Unidos y Japón— fue producto del mismo proceso que antes había disparado la primacía británica y su desarrollo de la gran industria capitalista. También sería el propio desarrollo de la acumulación el que traería la crisis al capitalismo inglés con la llamada Gran Depresión victoriana (1873–1896), la primera crisis de sobreproducción generalizada del capitalismo industrial. Durante ese período, la producción de acero alemana igualó y superó a la británica (en torno a 1893); la producción industrial estadounidense sobrepasó a la británica en la década

22. Es aquí donde aparece lo que historiadores marxistas como Dale Tomich señalan como una «Segunda esclavitud» producida por el capitalismo decimonónico. Ver Tomich, D. W. (2004). *Through the prism of slavery: Labor, capital, and world economy*. Rowman & Littlefield; Tomich, D. W. (2018). «The second slavery and world capitalism: A perspective for historical inquiry». *International Review of Social History*, 63 (3), pp. 477–501.

da de 1880; y Japón iniciaba, bajo la restauración Meiji (1868), una industrialización acelerada con apoyo estatal directo. La convergencia productiva entre potencias erosionó la ventaja diferencial sobre la que descansaba la hegemonía británica.

Con ello cambió la forma de la competencia mundial. La creciente concentración y centralización de capitales, unido a la profunda crisis con epicentro inglés, agudizó la competencia entre capitales. La rivalidad entre estos capitales se realizaba de manera creciente mediante la intervención directa del Estado capitalista. Este proceso llevó a que la competencia capitalista apareciese cada vez más como rivalidad entre Estados. La exportación de capital adquirió un peso creciente mediada por la crisis finisecular del centro capitalista a la que ya he aludido. La expansión exterior ya no se limitaba a vender mercancías en mercados ajenos, sino que tendía cada vez más a organizar directamente la producción, las finanzas y la infraestructura de otros territorios. El Reparto de África de las décadas de 1880 y 1890 fue la expresión territorial más nítida de este cambio. La Conferencia de Berlín (1884-5) institucionalizó las reglas del reparto colonial entre las potencias europeas: en menos de dos décadas, el 90% del continente africano había quedado bajo administración colonial, frente al 10% que estaba bajo control europeo en 1880. Estos cambios cualitativos fueron los que abrieron el debate de la teoría del imperialismo dentro del marxismo.

23. La cadena de deudas articulada por los Planes Dawes (1924) y Young (1929) exigía un flujo continuo de crédito norteamericano hacia Alemania —que con esos préstamos pagaba las reparaciones de guerra a Francia y Gran Bretaña, que a su vez saldaban sus deudas bélicas con Estados Unidos—. Cuando la especulación bursátil de los años veinte se contrajo y ese flujo se interrumpió, la cadena se rompió. El PIB de Estados Unidos cayó un 30% entre 1929 y 1933; el desempleo alcanzó el 25% de la población activa. La Ley Smoot-Hawley (1930) desencadenó una espiral proteccionista que contrajo el comercio mundial en torno a un 65% entre 1929 y 1932.

Entre 1914 y 1945 esa rivalidad se volvió abiertamente destructiva. Las dos guerras mundiales, la crisis de 1929, la Gran Depresión, el proteccionismo y la formación de bloques no fueron interrupciones exteriores al desarrollo capitalista, sino momentos a través de los cuales el sistema intentó reorganizar sus propias condiciones de reproducción.²³

Esta coyuntura agudizó fuertemente la lucha de clases: desempleo masivo, inflación, radicalización obrera, revoluciones existosas, revoluciones frustradas, contrarrevoluciones y nuevas formas de disciplinamiento político del proletariado como el fascismo.

En este ciclo la Revolución Rusa introdujo una determinación nueva de alcance mundial. La URSS no constituyó una pura exterioridad al capital, pero tampoco una simple forma nacional más del capitalismo occidental. Su especificidad residió en que las compulsiones de elevar la productividad, concentrar excedente y sostener la acumulación de capital se imponían mediante una mediación estatal concentrada, y no principalmente a través de la competencia general de capitales privados.

El orden surgido después de 1945 fue una solución histórica a un problema preciso: cómo reconstruir la acumulación mundial tras el colapso del período anterior. La cuestión ya no era solo qué potencia había vencido, sino qué forma de organización del mercado mundial podía restablecer condiciones relativamente estables para la valorización del capital. La respuesta fue un nuevo tipo de hegemonía concentrada en los Estados Unidos. Al terminar la guerra, Estados Unidos concentraba aproximadamente el 50% de la producción industrial mundial, poseía las dos terceras partes de las reservas monetarias de oro del planeta y era el principal acreedor internacional. Era la única economía avanzada cuyo territorio no había sido destruido por dos guerras mundiales.

Precisamente por eso, Estados Unidos podía impulsar la reconstrucción de Europa occidental y Japón. El Plan Marshall (1948-1952) transfirió unos 13.300 millones de dólares a Europa Occidental —equivalentes a más de 150.000 millones actuales—, no como ayuda desinteresada, sino como mecanismo de creación de mercados solventes para la exportación norteamericana y de estabilización política del capitalismo europeo frente al bloque soviético. Esa reconstrucción fue el medio de rehacer mercados, contener políticamente a la clase obrera europea, bloquear la expansión soviética y reconstruir, bajo tutela norteamericana, polos avanzados de acumulación compatibles con el nuevo orden.

Bretton Woods fue la expresión institucional de esa solución. Formalizado en la conferencia internacional de julio de

1944, bajo ese sistema las monedas se vinculaban al dólar y el dólar mantenía convertibilidad oficial en oro a una paridad fija de 35 dólares por onza. La base metálica no desaparecía, pero quedaba mediada por el dólar. Los tipos de cambio fijos limitaban el margen de maniobra monetario de los distintos Estados y obligaban a que los desequilibrios externos se corrigieran sobre todo mediante ajustes internos: crédito, gasto, importaciones y condiciones de reproducción de la fuerza de trabajo.

La existencia de la URSS fue aquí decisiva. Modificó de manera efectiva la organización del bloque capitalista occidental: la reconstrucción europea, la integración parcial del movimiento obrero y la propia forma del mando estadounidense respondían también a la necesidad de estabilizar políticamente el capitalismo en condiciones de confrontación sistémica. La expansión del consumo de masas, el gasto social, la negociación colectiva y la intervención estatal deben entenderse también como una forma de contener el antagonismo obrero bajo una relación de fuerzas mundial determinada.

Tampoco la descolonización puede entenderse al margen de esta configuración. Este proceso fue el resultado de luchas anticoloniales, guerras de liberación nacional y de la propia crisis del mando imperial europeo. Pero se desarrolló en un mundo alterado por la existencia de la URSS, lo que amplió el margen de maniobra de nuevos Estados y movimientos nacionalistas, ofreciendo otras posibilidades de industrialización, armamento y negociación internacional frente a las viejas metrópolis. Al retroceder la administración colonial directa, avanzaron nuevas formas de dependencia monetaria, tecnológica, militar y financiera, surgiendo así lo que se conoce como neocolonialismo.

La crisis de los setenta y el nacimiento de la nueva división internacional del trabajo

La crisis de los años setenta no fue solo el final de una fase de crecimiento, sino el agotamiento de la forma específica en

que la posguerra había recompuesto el mercado mundial. La reconstrucción de Europa y Japón había erosionado la ventaja productiva absoluta de Estados Unidos; la expansión de la liquidez internacional había tensado el sistema monetario centrado en el dólar; y la integración de la clase obrera en el crecimiento había reforzado su capacidad de resistencia. Esta tensión tenía una forma estructural precisa: el dilema de Triffin, identificado ya en 1960. Para que el dólar funcionara como moneda mundial, Estados Unidos debía emitir más dólares de los que respaldaba en oro —suministrando liquidez internacional—, pero esa misma emisión socavaba la credibilidad de la convertibilidad. El gasto de la guerra de Vietnam y los programas de la Gran Sociedad de Lyndon B. Johnson, elaborados en respuesta a la intensificación de la lucha de clases en EE. UU., aceleraron el déficit fiscal y la emisión monetaria estadounidense, multiplicando los eurodólares en circulación y tensando hasta la ruptura el vínculo entre el dólar y el oro.

El 15 de agosto de 1971 Nixon suspendió unilateralmente la convertibilidad del dólar en oro, poniendo fin al sistema de Bretton Woods. La transición posterior a los tipos de cambio flotantes modificó la forma bajo la cual el mercado mundial ejercía presiones sobre las economías nacionales. Bajo paridades fijas, la disciplina operaba principalmente a través de la obligación de corregir desequilibrios externos mediante ajustes internos. Con la flotación, esa coerción pasó a expresarse más directamente en la volatilidad cambiaria, la movilidad de capitales, la especulación financiera y la creciente dependencia del financiamiento externo. A ello se sumó la expansión de los petrodólares tras los shocks de 1973 y 1979, que reforzó la centralidad del dólar precisamente cuando ya no descansaba en la convertibilidad oficial en oro, y sentó las bases para una expansión masiva del endeudamiento y del capital ficticio.

Pero sería insuficiente entender esta transformación solo como una mutación monetaria o financiera. Como subrayan las relaboraciones de la tesis de la nueva división internacional del trabajo desarrolladas por Starosta, Charnock y autores próximos al planteamiento de la unidad mundial, lo decisivo

24. Charnock, G., & Starosta, G. (Eds.). (2016). *The new international division of labour: Global transformation and uneven development*. Palgrave Macmillan.

fue también una transformación de las bases materiales del proceso de trabajo a escala global.²⁴ Desde mediados de los años setenta, la computarización del ajuste de la maquinaria, la robotización de segmentos de la línea de montaje, la microelectrónica y el desarrollo de las telecomunicaciones hicieron posible una nueva fragmentación internacional de los procesos productivos. La nueva división internacional del trabajo no surgió, por tanto, simplemente de la búsqueda de mano de obra barata, sino de la posibilidad de descomponer técnicamente el obrero colectivo y redistribuir territorialmente funciones productivas diferenciadas dentro de una misma unidad mundial de acumulación.

Vista así, la restructuración no consistió solo en trasladar fábricas desde el viejo centro a la periferia. Supuso una reorganización mundial de la subjetividad productiva de la clase obrera. En ciertos espacios nacionales tendieron a concentrarse los procesos de trabajo más complejos, asociados a la investigación, el diseño, la coordinación, el mando logístico-financiero y los segmentos más intensivos en ciencia y tecnología. En otros se expandió la producción industrial de mercancías que requieren una complejidad relativamente baja del trabajo, sostenida sobre la base del bajo coste de la fuerza de trabajo y orientada al mercado mundial. Y en otros tantos se reprodujeron formas de acumulación marcadas por la persistencia de la producción primaria, la apropiación de renta de la tierra o la constitución de grandes masas de población obrera sobrante para las necesidades variables de la valorización global. La nueva división internacional del trabajo no suprimió, por tanto, todas las formas previas de la vieja división internacional del trabajo, sino que las rearticuló de manera desigual en una configuración más compleja.

En la periferia, el endeudamiento externo subordinó cada vez más la reproducción nacional a la disponibilidad de divisas y a la renovación del crédito internacional. Cuando la Reserva Federal elevó drásticamente los tipos de interés con el shock Volcker, esa subordinación se volvió explícita: la deuda pasó a funcionar como mecanismo directo de coerción. Estados

enteros quedaron obligados a ajustar gasto, devaluar, abrir mercados, privatizar activos y disciplinar la fuerza de trabajo para garantizar el servicio de deudas impagables. Pero esta coerción no fue solo externa o financiera. En muchos países latinoamericanos, por ejemplo, la nueva división internacional del trabajo profundizó el retraso productivo relativo de amplios capitales locales y empujó a una parte de la fuerza de trabajo a venderse por debajo de su valor, no como simple efecto del intercambio desigual, sino como forma específica de reproducción de procesos nacionales de acumulación rezagados dentro de la nueva configuración mundial.

La crisis tampoco afectó solo al bloque occidental. También puso bajo una presión creciente a la forma soviética de organización del trabajo social. La centralización burocrático-estatal había mostrado gran capacidad para industrializar aceleradamente, concentrar excedente y sostener una competencia militar extensiva, pero encontraba límites crecientes para reorganizar el trabajo social en condiciones de innovación acelerada, mayor complejidad técnica y productividad intensiva. A ello se sumó la contracción de la renta de la tierra ligada a materias primas y energía. La reestructuración mundial de la acumulación operó así también como una presión histórica sobre aquellas formas nacionales que no podían acompasarse a la nueva escala técnica y social del capital mundial.

Esta reestructuración fue, por tanto, una ofensiva directa contra la clase obrera mundial bajo la forma histórica del neoliberalismo. Su sentido no era solo abaratar costos, sino fragmentar territorialmente el obrero colectivo, debilitar concentraciones previas de fuerza obrera, diferenciar internamente las condiciones de reproducción de la fuerza de trabajo y someter regiones enteras a nuevas formas de disciplina monetaria, salarial y estatal. Entre los años ochenta y 2008 el Consenso de Washington codificó los principios políticos de esa reorganización y la OMC institucionalizó buena parte de sus reglas. La incorporación de China a la OMC en 2001 dio a esta nueva división internacional del trabajo una base material

decisiva, al integrar en las cadenas globales de valorización la mayor reserva de trabajo industrial barato del planeta.

La crisis de 2008 puso al descubierto sus límites. Mostró que la reproducción del capital ficticio seguía dependiendo, en última instancia, de la producción de plusvalor y de la explotación de la fuerza de trabajo a escala global. Y mostró también que la hegemonía estadounidense, aunque seguía siendo central en los planos monetario, financiero y militar, ya no podía traducirse con la misma facilidad en una capacidad estable para ordenar el conjunto del mercado mundial.

6. Los BRICS+ en la nueva división internacional del trabajo

25 Tras su ampliación, los BRICS+ reúnen aproximadamente el 49,5% de la población mundial, alrededor del 40% del PIB mundial medido en paridad de poder adquisitivo y entre el 24% y el 26% del comercio global, según distintas fuentes oficiales del propio bloque.

26. El Nuevo Banco de Desarrollo, capitalizado en 100.000 millones de dólares, y el Acuerdo de Reservas de Contingencia, por igual cuantía, son los principales instrumentos financieros del grupo: insuficientes todavía para desafiar el peso del FMI y del Banco Mundial, pero significativos como señal de una voluntad de autonomía institucional.

27. Basta mencionar la convivencia en un mismo bloque de la China del PCCh, la Rusia de Putin, la India de Modi, la dictadura militar egipcia o las monarquías del Golfo responsables de la devastación de Yemen. Muchos de estos estados presentan una voluntad más asertiva, como son Rusia y China, mientras que los de menor peso todavía quieren mantener amplios vínculos con el bloque occidental.

La emergencia de los BRICS debe situarse en este marco iniciado por la gigantesca crisis de 2008. Nacidos del acuerdo inicial entre Brasil, Rusia, India, China y Sudáfrica a mediados de los años dos mil, se ampliaron en 2024 con la incorporación de Egipto, Etiopía, Irán, Arabia Saudí y Emiratos Árabes Unidos, y en 2025 con Indonesia, además de una constelación de socios asociados como Bielorrusia, Bolivia, Kazajistán, Cuba o Vietnam. En términos de escala, los BRICS+ concentran una parte muy importante de la población mundial, del comercio global y del PIB medido en paridad de poder adquisitivo.²⁵

El propósito del grupo, según sus propias declaraciones, es buscar un nuevo anclaje institucional que permita un desarrollo relativamente independiente al de las potencias occidentales como el G7, el FMI o la OTAN.²⁶

Los países que integran el bloque son muy heterogéneos, con estructuras productivas, inserciones internacionales y proyectos estatales distintos, a menudo abiertamente conflictivos entre sí.²⁷ Por el peso que juegan dentro de la coalición, es necesario desarrollar mínimamente el carácter de los dos

principales actores —China y Rusia— para poder comprender el sentido y los límites del grupo.

China: ascenso, expansión y límites

El ascenso de China constituye, sin duda, el hecho más importante de la reconfiguración actual de la división internacional del trabajo. Ningún otro proceso nacional de acumulación ha logrado, en tan pocas décadas, pasar de una inserción subordinada basada en trabajo masivo y barato a una posición capaz de disputar segmentos decisivos del mando económico mundial con los propios EE. UU.²⁸

La trayectoria china solo puede entenderse a partir de su inscripción en la reestructuración capitalista de las últimas décadas del siglo XX. Tras la revolución de 1949, que derrocó al imperialismo japonés, expropió a parte de la burguesía nacional y construyó un estado posrevolucionario, el giro impulsado por Deng Xiaoping durante la Reforma y Apertura de 1978 reinsertó a China en el mercado mundial bajo condiciones nuevas.²⁹ La descolectivización agraria, las masivas privatizaciones, los recortes en las prestaciones sociales, la apertura a la inversión extranjera, la creación de Zonas Económicas Especiales donde las multinacionales explotaron descarnadamente al proletariado y la gradual mercantilización de la reproducción social permitieron al Estado chino poner a disposición del capital global un vasto reservorio de fuerza de trabajo proveniente del campo disciplinada, barata y políticamente contenida, al tiempo que administraba de forma muy estrecha la apertura exterior, la localización de inversiones y la transferencia tecnológica.

Durante décadas, el desarrollo chino descansó sobre la movilización de cientos de millones de trabajadores sometidos a condiciones de intensa explotación,³⁰ precariedad, segmentación jurídica y derechos sociales limitados,³¹ entre ellos la

28. Weksler, G. E. (2024). *China como ruptura de la dinámica de desarrollo del Este Asiático en la Nueva División Internacional del Trabajo*. Editorial Larga Marcha.

29. Meisner, M. J. (1996). *The Deng Xiaoping era: An inquiry into the fate of Chinese socialism, 1978-1994*. Hill and Wang.

30. La cultura del 996 —jornadas de nueve de la mañana a nueve de la noche, seis días a la semana—, aunque no universal, expresa bien la brutalidad que acompaña la acumulación de capital en China. Esta se contrapone a la doctrina del bol de arroz de hierro de la época maoísta, donde el trabajo y las prestaciones sociales estaban garantizados de por vida.

31. El sistema hukou, que separa a la población rural migrante de los derechos más básicos, fue decisivo para abaratar y disciplinar esa fuerza de trabajo.

ausencia de libertad sindical efectiva por fuera de la federación sindical estatal.

El primer gran papel en la nueva división internacional del trabajo de China fue el de gran plataforma manufacturera de exportación de mercancías simples. China se convirtió en la fábrica del mundo y la entrada en la OMC en 2001 consolidó esa función. Aprovechando el momento de máxima expansión de la hegemonía estadounidense posterior a la Guerra Fría, China ocupó un lugar central en la fragmentación internacional de la producción en un contexto de crisis de rentabilidad del capital. Las inversiones de capital encontraron condiciones muy ventajosas para la deslocalización industrial hacia el gigante asiático.

Durante más de dos décadas se configuró así una relación simbiótica que a veces se ha resumido en la fórmula «Chinamérica»: China como gran taller manufacturero y comprador masivo de deuda estadounidense; Estados Unidos como gran mercado de absorción y emisor de la principal moneda mundial.

El Estado chino, sin embargo, utilizó la apertura para impulsar una estrategia de integración vertical, protección selectiva, desarrollo tecnológico y formación de grandes capitales nacionales. De ahí su capacidad para pasar de la manufactura intensiva en trabajo a posiciones más fuertes en ramas de trabajo complejo como telecomunicaciones, energías renovables, baterías, vehículos eléctricos o plataformas digitales.

La crisis de 2008 mostró los límites de un patrón excesivamente volcado hacia la exportación y dependiente de la absorción estadounidense. Ante la brusca contracción del mercado mundial, la respuesta china fue el gigantesco plan de estímulo de 2008-2010, que evitó una recesión profunda, sostuvo la inversión y expandió masivamente el crédito, pero también amplió los desequilibrios internos y la sobreproducción industrial a la vez que infló la burbuja inmobiliaria.

A partir de ahí, la necesidad de exportar capital, colocar excedentes productivos, asegurar recursos estratégicos y ampliar mercados exteriores adquirió una importancia creciente. En ese contexto debe situarse la Iniciativa de la Franja y la Ruta (BRI) lanzada por Xi Jinping en 2013: no como un proyecto altruista de cooperación Sur-Sur, sino como un gran dispositivo de proyección exterior del capital chino, articulado a través de infraestructuras,³² corredores logísticos, crédito e influencia diplomática con el que buscan situar su acumulación en situaciones ventajosas.³³ A medida que esta proyección se afirmaba, unida al declive hegemónico americano, el conflicto con Estados Unidos se intensificó: del *Pivot to Asia* de Obama se pasó a la guerra arancelaria lanzada por Trump, al bloqueo sobre semiconductores y a la creciente presión bajo Biden para desacoplar cadenas de suministro consideradas estratégicas.

El problema ya no es solo el ascenso económico chino, sino la forma específica de su proyección exterior. China ha pasado de un «ascenso pacífico» en la época denguista a convertirse en una potencia mundial mucho más asertiva, lo cual nos obliga a examinar qué rasgos presenta hoy. Por un lado, China tiene una política expansiva directa, aunque limitada, en su esfera regional inmediata. China disputa la soberanía sobre determinados territorios colindantes como el Tíbet, Taiwán y distintos territorios fronterizos con la India. Además, mantiene un pulso decidido con prácticamente todos los estados asiáticos en el Mar del Sur de China y el Mar de China Meridional sobre la soberanía de las diferentes islas de importancia estratégica y ricas en recursos naturales —la famosa *Línea de los nueve puntos*—. En este escenario está llevando a cabo la construcción de lo que es ya la mayor marina de todo el planeta, impulsando acuerdos en puntos estratégicos a lo largo del sudeste asiático y del océano Índico hasta la India para construir nodos logísticos que permitan proteger los intereses de sus capitales e ir acorralando a sus rivales regionales. Se trata de la *Línea del Collar de Perlas*.

En el discurso adoptado por la burocracia china, la BRI facilitaría a los países del Sur Global inversiones en infraes-

32. La creación del Banco Asiático de Inversión en Infraestructura en 2015, los intentos de internacionalización del yuan mediante acuerdos de swap y el sistema CIPS o el impulso a empresas capaces de disputar posiciones en sectores estratégicos, como Huawei en el 5G.

33. Sierra, A., & Marra-des, Á. (2022). *La nueva era de China: La gran estrategia para el sueño de Xi Jinping*. Fuera de Ruta.

34 Barbieri, A. (2025). *China: onde os extremos se tocam: Trótski, revolução permanente e a crítica do multilateralismo do capital na era Xi Jinping*. Edições Iskra.

35 Ver el informe de Sergio Carciotto y Ringisai Chikohomero, *Chinese labour practices in six southern African countries*, disponible en: <https://issafrica.s3.amazonaws.com/site/uploads/Mono-207.pdf>

36. Barbieri, A. (2025). *China: onde os extremos se tocam...* Estos últimos acuerdos se hicieron a cambio de financiar y armar al dictador Robert Mugabe.

37. Toussaint, É. (2025, 27 de septiembre). *Preguntas y respuestas sobre los BRICS 2025*. Viento Sur.

estructuras, crédito con bajos tipos de interés sin exigir que estos países receptores tengan que asumir cambios en su sistema político como hacía el colonialismo y neocolonialismo occidentales. Sin embargo, la asimetría que se deriva de todas estas políticas cuenta con aristas importantes que cuestionan este discurso. En América Latina, por ejemplo, China consolidó la primarización exportadora de muchas de sus economías, la vulnerabilidad frente a los precios de las materias primas y el peso político de los capitales locales agroexportadores.³⁴ Uno de los episodios más ilustrativos de esta asimetría fue el caso de Hambantota, en Sri Lanka: ante la acumulación de deudas impagadas, el gobierno chino obtuvo una concesión del puerto por 99 años.

En el caso de África, China busca el acceso privilegiado a determinadas materias primas baratas, extraídas en condiciones de superexplotación del proletariado africano pagando salarios inferiores a los mínimos legales (incluso un 30% más bajos que las empresas imperialistas occidentales) y con severos recortes de los derechos laborales.³⁵ Empresas chinas como Sinopec o China National Offshore Oil Corporation operan para obtener el acceso privilegiado a materias primas como el caso del petróleo de Angola, Nigeria, Sudán o Guinea Ecuatorial o al litio en Zimbabue.³⁶ En resumen, China está convirtiendo a África en su fuente de materias primas y fuerza de trabajo barata del mismo modo que Occidente hizo con la propia China a partir de las reformas de los 70. Por otra parte, China se está convirtiendo en una fuerte acreedora de estos países, aunque ocasionalmente condone deudas, eso crea dinámicas que China podrá utilizar en un futuro para subordinar de forma más coactiva a estos países: el caso de Sri Lanka ya comentado es un anticipo.

Tampoco en Oriente Medio la política china autoriza a verla como un polo antimperialista: su relación con Israel,³⁷ su defensa de la solución de los dos Estados y su retórica limitada respecto a Palestina muestran más bien una relación pragmática con los actores presentes que una voluntad de ruptura con ellos.

Aun así, de lo anterior no se sigue que China sea ya una potencia imperialista plenamente consolidada. Su proyección exterior ha crecido de forma extraordinaria, pero sigue enfrentando límites relevantes: una capacidad militar todavía concentrada sobre todo en su entorno regional inmediato, una inserción monetaria internacional débil en comparación con el dólar, dependencias tecnológicas persistentes en sectores punta como los semiconductores, instituciones supranacionales todavía frágiles (BAII, OCS, ASEAN, etc) y fuertes desequilibrios territoriales internos entre la costa desarrollada y las zonas de interior.³⁸

Rusia: poder militar, renta y dependencia

El derrumbe de la URSS abrió en Rusia una crisis social, económica y territorial de enorme magnitud. La pérdida de buena parte del espacio soviético, los conflictos interétnicos, la caída de alrededor de la mitad del PIB, una década prácticamente perdida en términos de crecimiento y el hundimiento de las condiciones de vida de la clase trabajadora configuraron un proceso particularmente violento. La esperanza de vida retrocedió de forma drástica y amplias capacidades productivas quedaron destruidas o degradadas. La reconversión económica y política impulsada bajo Boris Yeltsin no dio lugar a una modernización capitalista equilibrada, sino a la formación de una nueva clase burguesa surgida en gran medida de la vieja burocracia dominante —los oligarcas—, así como a una economía crecientemente apoyada en la exportación de energía, materias primas y armamento.

El capital industrial ruso, recompuesto sobre las ruinas de la catástrofe postsoviética, opera con una productividad media claramente inferior a la de los grandes centros imperialistas e incluso a la de varios polos asiáticos.³⁹ En condiciones normales de competencia mundial, una parte importante de ese capital sería aniquilada. Para sobrevivir, necesita compensar su debilidad estructural. Y es aquí donde interviene el Estado

38. Coincido en ese sentido por lo expuesto en Mercatante, E., & Barbieri, A. (2025, 16 de noviembre). China en el sistema capitalista global. *Documento para la XIV Conferencia de la FT-CI*. La Izquierda Diario.

39. Tomando como referencia el PIB por hora trabajada relativo a Estados Unidos (EE. UU. = 100) del Conference Board Total Economy Database, en 2025 Alemania se sitúa aproximadamente en 95, Japón en 60, Rusia en 35. Ver The Conference Board. (2025). *Total Economy Database™ summary tables & charts*.

ruso, actuando en gran medida como terrateniente colectivo que estatalizó gran parte de los grandes capitales energéticos. Esto le permite apropiarse una masa considerable de plusvalía en forma de renta de la tierra en el mercado mundial y redistribuirla internamente para sostener la rentabilidad de la burguesía nacional, financiar el aparato estatal y reforzar sus dispositivos de coerción militar.

La llegada de Vladimir Putin al poder en 2000 se sitúa en una fase alcista de los precios de las materias primas que coincidió con el auge de China y que dio al Estado ruso un margen de maniobra mucho mayor que el de la década precedente. Sobre esa base se consolidó un ciclo de relativa bonanza para el capital nacional, acompañado por una recuperación parcial de la capacidad estatal y por una política exterior más asertiva.

El primer paso en la constitución de este régimen fue la recentralización del control estatal sobre recursos que la ola privatizadora de los años noventa había dispersado entre oligarquías privadas. El punto de inflexión fue el caso Yukos entre 2003 y 2006: la destrucción de la petrolera, el encarcelamiento de Mijaíl Jodorkovski y la absorción de sus principales activos por la estatal Rosneft. Paralelamente, Gazprom consolidó su monopolio sobre la exportación de gas.

Aprovechando el fuerte aumento del precio del petróleo, el Estado ruso creó en 2004 el Fondo de Estabilización de la Federación Rusa. Alimentado por los ingresos extraordinarios derivados de los hidrocarburos, este instrumento permitió reducir deuda externa, acumular reservas y ganar cierto margen frente a shocks internacionales. Más tarde se desdobló en distintos fondos soberanos orientados a cubrir déficits presupuestarios, sostener el sistema de pensiones y financiar proyectos estratégicos, incluido el rearme.

Uno de los mecanismos fundamentales de redistribución de esa renta fue el sistema dual de precios de la energía. Mientras gas y petróleo se vendían en el exterior a precios internacionales, el mercado interno funcionaba con precios

administrados muy inferiores. Este diferencial actuó como un subsidio estructural al capital ruso: abarató el capital constante, sostuvo ramas industriales poco competitivas y permitió la supervivencia de segmentos productivos que, sin esa energía barata, habrían quedado gravemente comprometidos. Al mismo tiempo, el bajo costo relativo de calefacción, transporte y otros medios de vida contribuyó a contener el costo de reproducción de la fuerza de trabajo, permitiendo a los capitales locales sostener salarios directos más bajos.

La relación entre renta energética y estabilidad del régimen entró en una fase más tensa a partir de 2014. Las sanciones posteriores a Crimea y el desplome del precio del crudo desencadenaron una fuerte crisis cambiaria. El rublo se devaluó con violencia, encareciendo importaciones y elevando la inflación. En términos reales, esto significó una caída sustancial del salario.⁴⁰

En este contexto, el estado ruso recurrió a la llamada «maniobra fiscal» (*nalogovyy maneuver*): aumentó la captación estatal de renta en el punto de extracción, al tiempo que protegía a la industria refinadora y al mercado interno del impacto pleno de los precios internacionales. Con ello trató de exprimir de manera más eficiente la renta energética sin precipitar una crisis industrial generalizada.

La congelación de parte de las reservas, la reorientación forzada de exportaciones energéticas hacia Asia, los descuentos aplicados para mantener cuota de mercado y el aumento del gasto militar reconfiguraron la economía rusa en torno a una lógica cada vez más marcada por la guerra. A primera vista, los años recientes parecen introducir una anomalía: los datos agregados registran aumentos del salario real. La movilización parcial, la emigración masiva de una fracción de la fuerza de trabajo y la expansión del complejo militar-industrial redujeron la oferta laboral e impulsaron los salarios en sectores directamente vinculados al esfuerzo de guerra. Sin embargo, ese incremento no expresa una mejora orgánica de la posición del trabajo ni una mayor competitividad del capital ruso, sino una

40. Aquí se ve con claridad el mecanismo de ajuste característico del régimen rentista ruso: cuando la masa de renta se contrae y ya no basta para sostener simultáneamente las cuentas estatales, los subsidios al capital y la estabilidad social, el ajuste se descarga sobre la clase trabajadora mediante devaluación, inflación importada y deterioro del salario real.

transferencia masiva de recursos estatales hacia la economía militar.

Además, el salario real agregado oculta una fuerte polarización social. Mientras los sectores integrados en el complejo militar-industrial experimentan mejoras notables, buena parte del sector público civil, del sector privado no vinculado al Estado y de los pensionistas soporta estancamiento, deterioro relativo o pérdida de poder adquisitivo. La militarización de la economía se acompaña, además, de intensificación del trabajo, restricción de derechos laborales, represión de la actividad sindical y subordinación creciente de la reproducción social a las necesidades del esfuerzo bélico.

Pese a todo esto, existen límites para caracterizar a Rusia como una potencia imperialista plenamente consolidada. A diferencia de China, su peso en la división internacional del trabajo no descansa en una escalada sostenida hacia sectores de vanguardia ni en una gran capacidad de articulación de cadenas productivas globales. Su estructura industrial sigue siendo relativamente atrasada y depende esencialmente de la renta de la tierra, su productividad media es modesta en comparación con las grandes potencias capitalistas y su capacidad tecnológica presenta una dependencia del exterior muy marcada, especialmente en los segmentos de alta tecnología. Su proyección exterior de capital tampoco ofrece el perfil típico de una potencia imperialista consolidada.⁴¹

41. Lejos de presentar la forma típica de una exportación de capital productivamente asentada y territorialmente articulada, la IED rusa ha estado históricamente fuertemente concentrada en jurisdicciones offshore y países conduit: según UNCTAD, estas absorbían no menos del 75% del stock saliente y en los flujos llegaban a representar el 90% de las salidas. Ver Bulatov, A. (2017). «Offshore orientation of Russian Federation FDI». *Transnational Corporations*, 24 (2), pp. 71-82. United Nations Conference on Trade and Development.

Esto no significa, sin embargo, que Rusia sea un simple Estado subordinado sin capacidad autónoma. Dispone de un aparato militar de primer orden, heredado en gran medida de la URSS, y mantiene una capacidad significativa de proyección regional e incluso extrarregional como en varios escenarios del continente africano. La política exterior rusa no puede reducirse a una mera reacción defensiva frente a la expansión de la OTAN en el espacio postsoviético, aunque esa presión sea real. Se trata también de una potencia expansiva que busca reorganizar coercitivamente su periferia y ampliar su influencia allí donde el retroceso de otras potencias abre oportunidades.

La segunda guerra de Chechenia, la guerra con Georgia en 2008, la anexión de Crimea en 2014, la intervención en Siria desde 2015, el apoyo al régimen kazajo en 2022,⁴² la creciente presencia en distintas zonas de África y, sobre todo, la invasión de Ucrania en 2022 expresan una voluntad activa de proyectar fuerza en beneficio del propio bloque dominante ruso.

42 Régimen autoritario que ha ilegalizado al partido comunista.

A todo ello se suma el carácter profundamente reaccionario y policial del régimen político putinista. Se ha lanzado a una guerra reaccionaria contra Ucrania —donde compite con la OTAN—, reprime con dureza a la disidencia política, persigue a opositores, restringe libertades elementales, promueve legislación abiertamente reaccionaria —incluida la dirigida contra el colectivo LGTBI—, criminaliza la oposición a la guerra, encarcela o persigue a militantes comunistas y sostiene, dentro y fuera de sus fronteras, distintos dispositivos de orden autoritario.⁴³

43. Van desde el apoyo a regímenes reaccionarios como la Siria de Al Jolani hasta la financiación o promoción de fuerzas reaccionarias fascistas a escala internacional.

Por todo ello, Rusia no puede ser entendida ni como una potencia imperialista consolidada comparable a Estados Unidos ni como una simple nación oprimida enfrentada defensivamente a Occidente. Se acerca más bien a la figura de un Estado dependiente con fuerte proyección regional⁴⁴ y considerable capacidad militar, cuya debilidad estructural en el mercado mundial se compensa parcialmente mediante la apropiación estatal de la renta de la tierra. Además, el estado capitalista ruso aspira a alcanzar para sí una posición imperialista mediante la lógica de la guerra.

44. Mercatante, E. (2022, 21 de septiembre). *Rusia en el concierto de poder mundial a la luz de la guerra en Ucrania*. Rebelión. <https://rebelion.org/rusia-en-el-concierto-de-poder-mundial-a-la-luz-de-la-guerra-en-ucrania/>

7. Los límites de las teorías del imperialismo y de sus críticos

Una vez precisado el concepto de imperialismo, he dado implícitamente algunos detalles acerca del alcance y los límites de las principales teorías marxistas sobre la cuestión. Sin embargo, es necesario pasar revisión a las mismas.

Las teorías clásicas del imperialismo

Conviene empezar por el contexto histórico en el que surgieron las primeras elaboraciones sistemáticas sobre el imperialismo. Su trasfondo material fue la larga depresión iniciada en 1873 y la profunda transformación del capitalismo mundial que ya traté anteriormente. En el plano político, estas elaboraciones fueron inseparables de la crisis del movimiento obrero europeo y, en particular, de la controversia revisionista en el seno de la socialdemocracia alemana.⁴⁵ Frente a Bernstein, que defendía la estabilización del capitalismo, el abandono de la revolución socialista por el gradualismo y que llegó a justificar una política colonial socialista civilizadora, la izquierda y buena parte del centro marxista intentó mostrar que la expansión mundial del capital, lejos de conducir a una integración pacífica, preparaba antagonismos cada vez más agudos y conflictos bélicos de una escala inédita. Esa fractura adquirió un carácter decisivo con la Primera Guerra Mundial y con la capitulación de la Segunda Internacional, cuyo voto a favor de los créditos de guerra vino precedido por una claudicación del centro marxista hacia posiciones pacifistas, conciliadoras y cada vez más próximas al ala derecha del movimiento obrero.⁴⁶ Veremos que el reformismo tendió a presentar el imperialismo como una política determinada, mientras que la ortodoxia marxista lo presentó como una tendencia estructural.

Uno de los primeros autores en elaborar una teoría del imperialismo fue el liberal John Hobson,⁴⁷ quien denunció los excesos del colonialismo desde una perspectiva subconsumista y defendió una reforma fiscal sobre las rentas altas como medio para corregir las tendencias militaristas de las potencias capitalistas.

Hilferding y su obra *El capital financiero*⁴⁸ fue uno de los primeros en captar con agudeza el peso creciente del crédito, de la banca y de la centralización financiera. Su concepto de capital financiero registraba algunas de las tendencias del capitalismo de su tiempo: la creciente articulación entre banca, industria y poder estatal en un contexto de concentración acelerada. Esa intuición fue fundamental, porque permitía ver que la compe-

45. Gaido, D. F., & Quiroga, M. (2018). Teorías marxistas del imperialismo en la Segunda Internacional: Orígenes y debates (1899-1914). *Rubrica Contemporánea*, 7 (13), pp. 127-47. Para el desarrollo más completo hasta la fecha ver Day, R. B., & Gaido, D. F. (2012). *Discovering imperialism: Social democracy to World War I*. Brill.

46. Haupt, G. (1972). *Socialism and the Great War: The collapse of the Second International*. Clarendon Press.

47. Hobson, J. A. (2005). *Imperialism: A study*. Cosimo.

48. Hilferding, R. (1985). *El capital financiero*. Tecnos.

tencia capitalista no se desenvolvía ya únicamente a través de capitales privados dispersos, sino también mediante formas cada vez más centralizadas y sustentadas de forma más directa por el Estado. Sin embargo, su esquema tendió a acortar demasiado la mediación entre Estado y acumulación, como si el capitalismo estuviese organizado desde arriba por parte del capital financiero.

Luxemburgo, por su parte, vio con enorme fuerza la violencia colonial de la expansión capitalista. Comprendió que el capital se despliega destruyendo, subordinando y reconfigurando espacios no capitalistas. Pero subordinó en exceso el imperialismo al problema de la realización del plusvalor y a la necesidad de encontrar ámbitos no capitalistas donde descargar el exceso de acumulación. Anunció que la tensión entre la necesidad de mantener espacios no capitalistas y la tendencia a expandir el capitalismo daría lugar a una crisis de realización que desembocaría en el derrumbe del capitalismo.

Kautsky sostuvo durante una primera etapa que la política colonial moderna era impulsada sobre todo por los Junker, los militares, la burocracia, los especuladores y los sectores comerciales, es decir, por estratos preburgueses o, al menos, no plenamente identificables con la gran burguesía industrial.⁴⁹ En otras palabras, incluso en su etapa revolucionaria Kautsky elaboró un análisis deficiente del colonialismo, reduciendo éste a una opción política más que a una condición estructural. Más adelante, en el contexto de su giro centrista a partir de 1910, formuló su teoría del ultraimperialismo.⁵⁰ En ella se sugería que las grandes potencias podían llegar a coordinarse de manera relativamente estable, conformando una suerte de cartel político mundial capaz de moderar sus antagonismos abiertos y de administrar cooperativamente la dominación capitalista y que, en ese horizonte, era posible apostar por el desarme y el arbitraje internacional.

Bujarin fue probablemente quien más se acercó, dentro del cuadro clásico, a una formulación del imperialismo como articulación contradictoria entre economía mundial y sistema

49. Macnair, M. (2013). *Kautsky on colonialism*. November Publications.

50. Kautsky, K. (1970). «Ultra-imperialism». *New Left Review*, 1 (59), pp. 41-6.

51 Bujarin, N. I. (1987). *La economía mundial y el imperialismo. Pasado y Presente*.

52. Lenin, V. I. (1974). *El imperialismo, fase superior del capitalismo*. En *Obras completas*, vol. 23. Akal. También sus cuadernos preparatorios: Lenin, V. I. (1977). *Cuadernos sobre el imperialismo*. En *Obras completas*, vols. 43-4. Akal.

53. Creo que uno de los problemas de muchas teorías del imperialismo tienen como base confundir centralización y concentración de capitales con monopolización. Creo que el término monopolio, salvando lo comentado en la especificidad de determinadas condiciones naturales, es un término problemático a evitar. El término puede servir descriptivamente para describir ciertas ventajas temporales de grandes capitales, pero esto no sirve como base explicativa para el funcionamiento del capitalismo en general. Al lado de la concentración de capitales está también la concurrencia de más capitales. Muchos de los llamados «monopolios» acabaron cediendo el paso a otros competidores. Para ver dos estudios más concretos sobre la cuestión ver Kornblit, J. (2021). *Crítica del marxismo liberal*. Ediciones ryr; Astarita, R. (2009). *Monopolio, imperialismo e intercambio desigual*. Maia Ediciones.

54. Para más críticas a la formulación de Lenin ver Heinrich, M. (2008). «Mercado mundial e imperialismo». En *Crítica de la economía política: Una introducción a El capital de Marx* (pp. 216-21). Escolar y Mayo Editores; Astarita, R. (2016). «El imperialismo, fase superior del capitalismo. Análisis crítico». *Hic Rhodus*, (10), pp. 13-23.

interestatal.⁵¹ Su insistencia en la relación entre internacionalización del capital y reforzamiento de la competencia estatal fue muy fecunda. Vio con claridad que el desarrollo del mercado mundial no eliminaba a los Estados, sino que, al contrario, acentuaba su papel en la organización competitiva de los procesos nacionales de acumulación. Sin embargo, incluso en él persiste cierta tendencia a sobredimensionar la coherencia del «capital nacional» organizado por el Estado.

Lenin condensó la formulación más influyente y políticamente decisiva de todo este debate.⁵² Su teoría del imperialismo fue inseparable de la lucha contra la capitulación de la Segunda Internacional y, en particular, de la polémica con Kautsky. Lenin insistió en que la concentración del capital, la exportación de capitales, la corrupción por parte de unos dirigentes reformistas —la aristocracia obrera—, el reparto del mundo y la rivalidad entre grandes potencias abría un período de guerra y revoluciones. Su lectura se tradujo en una correcta estrategia política: convertir la guerra imperialista en guerra civil revolucionaria. Sin embargo, en el plano categorial, la identificación del imperialismo con el «capitalismo monopolista» o con una «fase superior» del desarrollo capitalista favoreció una lectura en la que el monopolio parecía desplazar y coexistir con la competencia y alterar de tal modo la ley del valor que el imperialismo terminaba apareciendo casi como un régimen económico cualitativamente distinto del analizado por Marx⁵³ y que descansaba en métodos de explotación de carácter directo como la «rapiña» o el «parasitismo».⁵⁴ Por otra parte, Lenin recogió de las teorías del imperialismo una visión instrumentalista del estado capitalista, donde existía una relación inmediata entre la oligarquía financiera y el poder político.

El imperialismo en la teoría marxista de los años sesenta y setenta

Los límites del cuadro clásico no desaparecieron en las elaboraciones posteriores; en buena medida, se amplificaron. Las

teorías dominantes sobre el imperialismo en los años sesenta y setenta se desarrollaron, sobre todo, en dos grandes corrientes: la vinculada a la revista *Monthly Review* y la teoría marxista de la dependencia.

En el primer grupo destacaron Paul Baran y Paul Sweezy.⁵⁵ En su intento de actualizar la teoría del imperialismo, sustituyeron la categoría marxiana de plusvalor por el concepto, mucho más indeterminado, de «excedente económico», y tendieron a suponer que las grandes corporaciones podían administrar los precios de manera relativamente discrecional, como si la ley del valor hubiera quedado definitivamente anulada.

El efecto de este desplazamiento fue doble. Por un lado, la explotación dejó de entenderse en sentido estricto como apropiación de trabajo no pagado y pasó a aparecer, más bien, como una suerte de recargo monopolista o de saqueo en la esfera de la circulación.

Por otro, la tasa de ganancia quedó desplazada en favor de una tendencia al estancamiento por la acción de los monopolios, desplazando el marxismo hacia una matriz subconsumista de inspiración más próxima al keynesianismo.⁵⁶

Las teorías del intercambio desigual y de la dependencia tuvieron, sin embargo, el mérito de restituir con fuerza la cuestión de la desigualdad entre naciones y de devolver centralidad al análisis del mercado mundial. Emmanuel, Marini, Amin y otros⁵⁷ mostraron que el desarrollo capitalista no homogeneizaba el planeta, como pretendían las teorías burguesas dominantes de las ventajas comparativas, sino que reproducía y reorganizaba diferencias sistemáticas entre espacios nacionales y regionales. Pero es precisamente en la forma de pensar esas diferencias donde aparece su límite principal.

En lugar de partir del mercado mundial como totalidad concreta, estas teorías tendieron a tomar como punto de partida unidades nacionales ya constituidas que luego intercam-

55. Baran, P. A. (1959). *La economía política del crecimiento*. Fondo de Cultura Económica; Baran, P. A., & Sweezy, P. M. (1968). *El capital monopolista: Ensayo sobre el orden económico y social de los Estados Unidos*. Siglo XXI.

56. Este eje crítico es el esgrimido en Mattick, P. (1977). *Crítica de los neomarxistas*. Ediciones Península.

57. Emmanuel, A. (1972). *El intercambio desigual: Ensayo sobre los antagonismos en las relaciones económicas internacionales*. Siglo XXI; Marini, R. M. (1973). *Dialéctica de la dependencia*. Era; Amin, S. (1976). *El desarrollo desigual: Ensayo sobre las formaciones sociales del capitalismo periférico*. Fontanella.

58. Tomich, D. (1987). «Relaciones sociales de producción y mercado mundial en el debate reciente sobre la transición del feudalismo al capitalismo». *Manuscripts: Revista d'Història Moderna*, (4-5), pp. 209-37.

59. En esta corriente se recupera la categoría indeterminada de excedente para remitirse a la explotación. Ver Cueva, A. (1974). «Problemas y perspectivas de la teoría de la dependencia». *Historia y Sociedad*, (3), pp. 55-77.

60. Esto desplaza de determinación del salario al terreno del institucionalismo. El marxismo, por el contrario, encuentra la determinación del salario como la forma monetaria del valor de la fuerza de trabajo. Para ampliar esta cuestión desde este punto de vista ver Hirsch, M. (2018). «Acción sindical y salario real en la crítica de la economía política» [Tesis doctoral, Universidad de Buenos Aires]. *Repositorio Digital Institucional Facultad de Ciencias Sociales-UBA*; Botwinick, H. (2018). *Persistent inequalities: Wage disparity under capitalist competition*. Haymarket Books.

biarían entre sí —una totalidad caótica y aditiva—.⁵⁸ Desde ahí reconstruyeron el imperialismo como drenaje, transferencia o captura de valor entre países. Ese desplazamiento tuvo consecuencias profundas. En primer lugar, empujó a tratar el valor como una magnitud preconstituida⁵⁹ que después circularía de un país a otro, en vez de reconstruirlo como una relación social cuya validación se consuma precisamente en el mercado mundial. En segundo lugar, tendió a confundir la explotación —que, en sentido estricto, remite a la relación entre capital y fuerza de trabajo— con formas de apropiación diferencial de plusvalor, renta o ganancia entre capitales y entre procesos nacionales de acumulación. Lo que comenzaba como crítica de la desigualdad mundial desembocaba con facilidad en una forma de nacionalismo metodológico.

En Emmanuel este problema aparece con especial claridad. Su teoría del intercambio desigual trataba el salario nacional como una variable independiente y exógena.⁶⁰ Al reconstruir el valor como una magnitud que se transferiría entre economías nacionales ya dadas a través de los precios de producción, dejó de lado mediaciones decisivas, entre ellas el problema de los tipos de cambio. De ello se deriva, además, una consecuencia política problemática: el desplazamiento del antagonismo central desde la relación entre capital mundial y clase obrera mundial hacia la oposición entre naciones saqueadoras y naciones saqueadas. A partir de ahí, la tesis de la aristocracia obrera tendió a extenderse sin demasiadas mediaciones, hasta presentar a la mayoría —o incluso a la totalidad— del proletariado de los países centrales como beneficiaria neta de la estructura del capitalismo mundial, debilitando así la posibilidad misma de una política internacional de clase.

Ruy Mauro Marini introdujo una síntesis entre la teoría del intercambio desigual y la del capital monopolista, incorporando la noción de superexplotación del trabajo como mecanismo estructural de reproducción de las economías dependientes. Sin embargo, su marco dejaba de lado la renta de la tierra. Además, la evolución histórica de muchas economías periféricas

obligó a un replanteamiento de su tesis de un supuesto bloqueo estructural prácticamente insuperable de su desarrollo.⁶¹

Por último, Samir Amin representa quizá la formulación más sofisticada de este conjunto de problemas. En su obra⁶² la diferencia entre naciones aparece explicada en términos de explotación de unas por otras a través de una «renta imperialista». En el plano político, esa perspectiva lo condujo a sostener que la «desconexión» de los países periféricos podía bastar para sustraerlos, al menos relativamente, a la ley del valor mundial y abrir así una vía de desarrollo autocentrado.

Las teorías contemporáneas: correcciones útiles, límites persistentes

En las teorías contemporáneas se han corregido algunos de los puntos ciegos de las teorías anteriores; sin embargo, algunas arrastran la repetición de viejos problemas o la formulación de otros nuevos.

En primer lugar, han reaparecido enfoques que recuperan, con intensidades y sentidos distintos, elementos próximos al viejo ultraimperialismo. En William I. Robinson⁶³ —y, en otro registro, en Toni Negri y Michael Hardt⁶⁴— esta tendencia adopta la forma de una creciente transnacionalización del capital y del mando político, que desplaza la centralidad de los enfrentamientos entre grandes potencias. En Leo Panitch y Samuel Gindin,⁶⁵ por su parte, predomina la idea de un orden imperial informal bajo hegemonía estadounidense, una formulación que también tiende a subestimar la persistencia de conflictos abiertos entre Estados poderosos y la emergencia de rivales que no pueden reducirse a simples apéndices funcionales de ese orden.⁶⁶

En segundo lugar, autores como David Harvey⁶⁷ —y, en otro registro, Alex Callinicos⁶⁸— han retomado algunos de los puntos más problemáticos de la teoría del imperialismo de Rosa

61. Astarita, R. (2010). *Economía política de la dependencia y el subdesarrollo: Tipo de cambio y renta agraria en la Argentina*. Universidad Nacional de Quilmes.

62. Amin, S. (1977). *Imperialismo y desarrollo desigual*. Fontanella; Amin, S. (1978). *El desarrollo desigual: Ensayo sobre las formaciones sociales del capitalismo periférico*. Fontanella; Amin, S. (1988). *La desconexión: Hacia un sistema mundial policéntrico*. IEPALA.

63. Robinson, W. I. (2004). *A theory of global capitalism: Production, class, and state in a transnational world*. Johns Hopkins University Press; Robinson, W. I. (2014). *Global capitalism and the crisis of humanity*. Cambridge University Press.

64. Hardt, M., & Negri, A. (2005). *Imperio* (A. Bixio, Trad.). Paidós.

65. Panitch, L., & Gindin, S. (2012). *The making of global capitalism: The political economy of American empire*. Verso.

66. También en Rolando Astarita aparece una tendencia a subestimar la posibilidad del enfrentamiento directo entre grandes bloques capitalistas. Siguiendo en parte a Arrighi, insiste en que la internacionalización del capital, los intereses comunes entre grandes potencias y el temor a la destrucción mutua operan como frenos a una guerra abierta, relegando así la posibilidad de que las tensiones económicas y geopolíticas se traduzcan en choques militares de mayor escala. Ver de nuevo Astarita, R. (2016). *El imperialismo, fase superior del capitalismo...*, pp. 13-23.

67. Harvey, D. (2005). *El nuevo imperialismo*. Akal.

68. Callinicos, A. (2009). *Imperialism and global political economy*. Polity.

Luxemburgo. Aunque Harvey corrigió con fuerza la tendencia a reducir el imperialismo al control monopolista, terminó otorgando un peso explicativo central a la expropiación directa de espacios, recursos y ámbitos no plenamente capitalistas —la «acumulación por desposesión»—, hasta el punto de correr el riesgo de convertirla en un principio explicativo paralelo a la explotación. El problema de este desplazamiento es que el imperialismo puede aparecer entonces como si su núcleo residiera en mecanismos extraeconómicos de rapiña, cuando en realidad esas formas de desposesión se insertan en la reproducción ampliada del capital y no pueden sustituir a la producción de plusvalor como fundamento de la acumulación. Harvey distingue, además, entre una lógica territorial y una lógica capitalista del poder. Aunque Callinicos busca igualmente pensar la articulación entre acumulación y geopolítica, la separación analítica entre ambas dimensiones corre, en ambos casos, el riesgo de presentarlas como esferas exteriores entre sí y caer en el dualismo.

69. Ricci, A. (2021). *Value and unequal exchange in international trade: The geography of global capitalist exploitation*. Routledge; Hickel, J., Dorninger, C., Wieland, H., & Suwandi, I. (2022). «Imperialist appropriation in the world economy: Drain from the global South through unequal exchange, 1990-2015». *Global Environmental Change*, 73, 102467; Smith, J. (2016). *Imperialism in the twenty-first century: Globalization, super-exploitation, and capitalism's final crisis*. Monthly Review Press.

También han aparecido actualizaciones más sofisticadas de la tesis del intercambio desigual. Los trabajos de Andrea Ricci, Jason Hickel y John Smith⁶⁹ comparten, con intensidades distintas, un mismo núcleo problemático. Su mérito es indudable: incorporan mediaciones poco desarrolladas en Emmanuel, entre ellas el papel de los tipos de cambio. Pero justamente ahí aparece un punto ciego: se invierte el sentido de la mediación cambiaria. Allí donde el tipo de cambio funciona, en muchos procesos nacionales rezagados, como una forma de compensar desventajas de productividad y sostener competitividad externa —a menudo en articulación con la apropiación de renta de la tierra—, estas teorías ven ante todo la prueba misma del expolio imperialista.

La crítica del imperialismo tiende así a dibujar un cuadro de drenaje demasiado unilineal de riqueza entre bloques geopolíticos preconstituídos y homogéneos —«Norte» y «Sur»—, mientras la forma social del valor queda desplazada. La desigualdad internacional aparece de este modo demasiado ligada a diferenciales de precios, relaciones comerciales desfa-

vorables y transferencias de recursos o trabajo incorporado, y no lo bastante a la validación desigual del trabajo abstracto en el mercado mundial.

En Ricci esto se ve con claridad en el intento de medir las transferencias de valor a partir de la brecha entre tipos de cambio de mercado y medidas alternativas del poder adquisitivo. La jerarquía monetaria y cambiaria aparece entonces no solo como una distorsión que oculta el intercambio desigual, sino también como el mecanismo mismo mediante el cual se desacopla el valor producido del valor capturado a escala mundial. Al oponer esas medidas, como si permitieran revelar un valor más real detrás de la forma monetaria efectiva, la crítica desplaza el problema desde la constitución social del valor hacia una contabilidad alternativa de sus desviaciones.

En el caso de Hickel la dificultad reside en la reducción fisicalista del valor que estructura su obra. Su reconstrucción del drenaje global parte de flujos de trabajo incorporado, materiales, energía, tierra y agua, que luego son monetizados a precios del Norte o a precios medios, como si esa operación bastara para convertir la apropiación desigual de riqueza material en una teoría del valor.

Por último, ha surgido una corriente de autores que, en crítica tanto del monopolismo como de diversas relaboraciones del imperialismo, intenta volver a una lectura más estricta de la teoría del valor de Marx. Sin embargo, pese a esa pretensión, en muchos casos persiste un núcleo profundamente ricardiano. La desigualdad mundial sigue siendo explicada ante todo a partir de magnitudes ya dadas —productividad, costos, cantidades de trabajo o masas de valor producidas— que luego se enfrentan, se comparan o se redistribuyen en el mercado mundial. Con ello, la forma específicamente social y monetaria en que esos trabajos privados se validan como trabajo social mundial queda subordinada, y el mercado mundial tiende a aparecer más como espacio de competencia o transferencia entre unidades ya constituidas que como instancia de validación desigual del trabajo abstracto.

70. Shaikh, A. (2006). *Valor, acumulación y crisis: Ensayos de economía política* (2.ª ed.). Ediciones ryr; Shaikh, A. (2023). *Capitalismo: Competencia, conflicto y crisis*. Fondo de Cultura Económica.

71. Carchedi, G., & Roberts, M. (2021). «The economics of modern imperialism». *Historical Materialism*, 29 (4), pp. 23-36; Carchedi, G., & Roberts, M. (2023). *Capitalism in the 21st century: Through the prism of value*. Pluto Press; Carchedi, G. (1991). *Frontiers of political economy*. Verso.

72. Astarita, R. (2011, 25 de junio). «Discusiones sobre intercambio desigual». Rolando Astarita [Blog]. <https://rolandoastarita.blog/2011/06/25/discusiones-sobre-intercambio-desigual/> Este argumento reaparece en los colectivos Kursant y Antithesi: al negar que el trabajo menos productivo genere más valor, ambos tienden a sugerir que la productividad superior implicaría una mayor creación de valor, confundiendo así productividad y producción de valor. Kursant. (2024, 12 de agosto). «Sobre la aristocracia obrera». *Kursant*. <https://kursant.website/sobre-la-aristocracia-obrera/>; Antithesi. (2021, 6 de diciembre). *Against Leninist anti-imperialism*. Libcom. <https://libcom.org/article/contra-leninist-anti-imperialism-antithesi> Estos últimos imputan al «leninismo» errores de teorías del imperialismo que no son del propio Lenin.

Esto se ve con claridad en Shaikh.⁷⁰ Su reconstrucción de la competencia internacional es extraordinariamente poderosa, pero precisamente porque organiza la dinámica mundial a partir de la reducción de costos, la productividad relativa y los capitales reguladores, tiende a absorber la mediación monetaria en una lógica de competitividad. El tipo de cambio aparece así sobre todo como mecanismo de ajuste de costos y expresión de ventaja o desventaja competitiva, y no con la misma fuerza como forma en que se realiza la desigual capacidad de las monedas nacionales para representar valor mundial. En Carchedi y, con matices, también en Roberts,⁷¹ la misma recaída adopta otra forma: el valor aparece demasiado anclado en el proceso inmediato de producción, como si pudiera quedar constituido allí con relativa independencia de su validación social y monetaria. De ahí que, en algunos ejemplos de intercambio desigual, la mayor cantidad de trabajo empleada por las empresas tecnológicamente rezagadas aparezca como una mayor masa de valor producida que luego sería transferida a las más avanzadas a través de los precios de mercado. El resultado es, nuevamente, una reconstrucción del mercado mundial inclinada a pensar la desigualdad internacional como transferencia de valor entre países.

Por último, Rolando Astarita, en su crítica a este grupo de autores, sostiene una afirmación extremadamente problemática cuando concibe que el capital tecnológicamente atrasado no genera más valor, sino menos.⁷² Con ello corre el riesgo de sugerir que la productividad superior afecta directamente a la creación de valor. En la crítica de la economía política, el aumento de productividad no implica que una hora de trabajo produzca más valor, sino que este se reparte entre una mayor masa de valores de uso.

8. Los límites del campismo y del anticampismo abstracto

Lejos de una concepción meramente nominalista de la teoría, esta se traduce, en mayor o menor medida, en una determinada práctica política. Por lo tanto, una vez señalados los límites de las diferentes teorías del imperialismo es necesario hacer una crítica a dos posturas con relevancia contemporánea que se han extendido dentro de la práctica política de las organizaciones comunistas y que han tomado algunos elementos de las teorías ya señaladas.

Por paradójico que pueda parecer, entre dos posiciones aparentemente antagónicas pueden existir puntos de contacto. Esto es lo que sucede con el campismo⁷³ y el anticampismo abstracto. Ambos comparten una misma impaciencia teórica: quieren resolver demasiado rápido lo que solo puede pensarse a través de mediaciones concretas. El campismo se precipita a elegir entre bandos en el tablero de las grandes potencias; el anticampismo abstracto cree que basta con invocar la pureza revolucionaria para situarse por encima de toda determinación histórica. En ambos casos se pierde de vista el problema decisivo: cómo reconstruir la independencia política del proletariado frente a conflictos reales que no ha elegido y en los que, sin embargo, está materialmente implicado.

A partir de ahí, los errores divergen. El campismo es, en última instancia, una forma de nacionalismo malmenorista, un eurocentrismo invertido que toma de las teorías del imperialismo aquellos elementos que permiten sustituir la explotación de clase por la oposición entre naciones. Aunque algunos intenten recubrir esta operación con fórmulas de raíz marxista, como la distinción rígida entre una contradicción principal —imperialismo contra pueblos— y una contradicción secundaria —proletariado contra burguesía—, el resultado político es siempre el mismo: la independencia de clase queda relegada a un futuro indefinido.

⁷³ El término campismo es per se problemático, pues el uso corriente del término se ha restringido a aquellos que apoyan opciones burguesas no occidentales. Sin embargo, el apoyo a los campos burgueses por parte del social-imperialismo también es una opción campista. En lo que sigue, me ajustaré por las connotaciones ya dichas al uso habitual que se hace del término.

74. Stalin (1924). *Los fundamentos del leninismo*. Moscú: Ediciones en Lenguas Extranjeras: <https://www.marxists.org/espanol/stalin/1920s/fundam/fundam6.htm> Esto en ningún caso pretende insinuar un argumento voluntarista que adjudique personalmente a Stalin la invención del campismo. Digamos que el Stalin al frente de la URSS y su producción teórica son hijas de su tiempo y circunstancias particulares.

75. Lenin, V. I. (1920). «Tesis preliminares sobre los problemas nacional y colonial». En *Internacional Comunista, Los cuatro primeros congresos de la Internacional Comunista (1919-1923): Tesis, manifiestos y resoluciones* (2.ª ed.). Ediciones Internacionales Sedov. <https://www.marxists.org/espanol/tematica/internacionales/comintern/4-Primeros3-Inter-2-edicion.pdf>

El origen teórico de este desliz puede rastrearse en la ruptura introducida por Stalin en 1924, particularmente en *Los fundamentos del leninismo*.⁷⁴ Allí desaparece una distinción decisiva presente en Lenin: la diferencia entre la dirección política de un movimiento nacional y el carácter objetivo de ese movimiento en una coyuntura determinada. En Lenin, los comunistas debían apoyar los elementos democráticos y progresivos de los movimientos nacionales en la periferia, pero en ningún caso conceder carta blanca a sus direcciones burguesas. La tarea no consistía en ponerse a la cola de las burguesías nacionalistas, sino en disputar la dirección del movimiento antimperialista desde una posición independiente de clase.

Esta diferencia se ve con claridad en las tesis del II Congreso de la Internacional Comunista redactadas por Lenin.⁷⁵ En ellas el dirigente bolchevique defendía la obligación de los partidos comunistas de ayudar al movimiento democrático-burgués de liberación en los países coloniales y atrasados, especialmente por parte de los obreros del país imperialista del que dependía la nación oprimida. Pero al mismo tiempo insistía en la necesidad de luchar contra el clero, los elementos reaccionarios y medievales, el panislamismo, el panasiatismo y todas aquellas corrientes que trataban de utilizar el movimiento de liberación contra el imperialismo europeo y norteamericano para reforzar el poder de otros imperialismos, de terratenientes, nobles o sectores clericales.

Lenin también advertía contra los movimientos de liberación que adoptaban el color del comunismo sin ser realmente comunistas ni revolucionarios. La Internacional Comunista debía apoyar los movimientos revolucionarios en los países coloniales y atrasados solo bajo la condición de que los elementos de los futuros partidos proletarios se agruparan y educaran en la conciencia de su misión específica: luchar contra los movimientos democrático-burgueses dentro de sus propias naciones. La alianza con la democracia burguesa colonial podía ser temporal, pero nunca debía implicar fusión política. La independencia del movimiento proletario debía mantenerse incondicionalmente, incluso en sus formas más embrionarias.

Stalin desplaza este problema. Para él, el carácter revolucionario de un movimiento nacional bajo condiciones de opresión imperialista no presupone necesariamente la existencia de elementos proletarios, ni de un programa republicano, ni de una base democrática. De ahí su ejemplo del emir de Afganistán: su lucha por la independencia sería objetivamente revolucionaria, pese a sus ideas monárquicas, porque debilita al imperialismo. El problema no reside en reconocer que una lucha nacional puede debilitar objetivamente a una potencia imperialista, sino en convertir ese dato en criterio suficiente de orientación política. Ahí se abre la puerta al campismo: si todo enemigo del imperialismo occidental es progresivo por definición, la independencia proletaria queda sacrificada en nombre de la geopolítica.

Esta sustitución de la lucha de clases por la geopolítica tiene además otra consecuencia: la tendencia conspirativa a interpretar toda conflictividad interna en los países dependientes o en los Estados enfrentados a Occidente como una «revolución de colores» fabricada por la CIA, la OTAN o las ONG occidentales. Es evidente que el imperialismo interviene, financia, infiltra y trata de instrumentalizar contradicciones sociales reales allí donde puede. Negarlo sería ingenuo. Pero el campismo convierte esa posibilidad efectiva en explicación universal. De este modo, huelgas, levantamientos populares, protestas contra la carestía, revueltas contra burocracias estatales, luchas democráticas o conflictos nacionales internos quedan reducidos de antemano a maniobras externas. Y de paso, cualquier crítica política a los límites de los movimientos nacionales en las periferias es rechazado moralmente como un relato funcional al imperialismo.

El resultado es políticamente devastador. La clase obrera y las masas populares de los países dependientes dejan de aparecer como sujetos contradictorios, capaces de luchar por sus propios intereses, y pasan a ser representadas como masas manipuladas por servicios de inteligencia extranjeros cada vez que se enfrentan a gobiernos ubicados en el campo «antioccidental». La sospecha geopolítica sustituye al análisis de

76. Los ejemplos son numerosos; desde el campismo más explícito o duro —que tiende a alinearse abiertamente con Estados rivales de Occidente— pueden mencionarse a Sam Marcy, Workers World Party, Sara Flounders, CP-GB-ML, a la recién fundada Sovintern, Joti Brar, Harpal Brar, George Galloway, el Workers Party of Britain, el American Communist Party, Haz Al-Din, el PCRg y Agora Galiza; mientras que, en formas más sofisticadas o blandas —donde el énfasis en la multipolaridad o en la defensa del llamado «socialismo realmente existente» puede diluir la independencia de clase—, aparecen entornos como Gabriel Rockhill, Friends of Socialist China, Pepe Escobar, The Common Sense Socialist, Frente Antimperialista Internacionalista, Torkil Lauesen, Elías Jabbour, Domenico Losurdo, así como algunos posicionamientos del PSL, ANSWER, la UPG, Movimento Arredista y el BNG.

77. XVIII Asamblea do BNG, 2024, p 30.

78. Desarrollé una crítica a esta y otras variantes de frentepopulismo en el anterior Marx XXI. Ver Seijo, J. (2025). «Apuntes sobre el socialismo y la guerra». En *El derecho a la revolución* (Marx XXI, 4, pp. 35-62). También es interesante lo planteado en Macnair, M. (2026). «“Frente único antimperialista”: sin conexión inherente con la clase obrera». *Contracultura*.

79. Quien más ha trabajado esto, encuadrado en la teoría de Arghiri Emmanuel, es Torkil Lauesen. Ver Lauesen, T. (2025). *Unequal exchange: Past, present, and future*. Iskra Books. Lauesen es el seguidor más fiel de Arghiri, del cual importa la determinación exógena del salario que ya he criticado. Asimismo, la tesis de la aristocracia obrera sustentada sobre las ganancias imperialistas puede verse refutada en Charles Post (2014). «Explorando la conciencia

clase. En lugar de estudiar qué fracciones sociales intervienen, qué demandas expresan, qué dirección política predomina, qué papel juega el imperialismo y qué posibilidades existen para una intervención proletaria independiente, el campismo resuelve la cuestión mediante una fórmula policial: si debilita a un Estado enfrentado a Occidente, entonces sirve objetivamente a la CIA. Así, acaba reproduciendo el punto de vista de las burocracias estatales y de las burguesías nacionales que reprimen toda oposición social en nombre de la soberanía.

Para los defensores duros y blandos de estos postulados,⁷⁶ los BRICS+ representan la «soberanía de los pueblos» y encarnarían, por lo tanto, la esperanza de un mundo armónico de naciones soberanas —capitalismos nacionales— contra el carácter agresivo del imperialismo.⁷⁷ Estas organizaciones sostienen así —al igual que el viejo ultraimperialismo— la misma utopía pacifista de que un capitalismo armónico sin conflictos es posible. El sueño de los modelos liberales, donde las ventajas comparativas hacen del desarrollo nacional pleno algo al alcance, si cada nación se desdolariza y conquista un desarrollo autocentrado adoptando una nueva moneda más justa que el corrupto dólar. La estrategia política se reduce a conformar un frente popular antimperialista,⁷⁸ con o sin un partido político propio, en alianza con los sectores «progresistas» de las burguesías nacionales periféricas y/o patrias.

En los casos más sofisticados, el conjunto de la clase obrera occidental se considera una aristocracia obrera corrompida hasta la médula por las superganancias imperialistas o por el drenaje del Sur Global.⁷⁹ Esto empuja a que los pocos internacionalistas que existen en estos países deban apostar por el liquidacionismo organizativo, convirtiéndose en pequeños grupos de activistas que hacen propaganda a favor de cualquier lucha del campo que consideran progresista para que en algún horizonte se llegue a las condiciones que hagan posible hablar, por fin, de una lucha política partidista en suelo propio. La constitución de un partido comunista desaparece así como tarea del presente. Algunos ejemplos se pueden encontrar en pequeñas facciones radicales dentro de partidos nacionalistas

y campistas blandos,⁸⁰ mientras que otros son figuras de redes activistas.⁸¹

En algunos paradigmas campistas se parte de que China representa a una parte de los «socialismos realmente existentes»⁸² y los BRICS+, pese a su heterogeneidad de actores, serán por lo tanto dirigidos por un agente progresista. Estas lecturas ignoran los rasgos imperialistas que caracterizan a China —ya señalados— y recaen, además, en viejos errores. En el fondo, parten de la premisa de que economía y política constituyen esferas separadas, de modo que la propiedad estatal sobre determinadas industrias aparecería como algo exterior al capital. De ahí su recaída tanto en el «socialismo de los juristas»,⁸³ que identifica el socialismo con una determinada forma legal de propiedad, como en el «socialismo bismarckiano» del que hablaba Engels en su *Anti-Dühring*,⁸⁴ que confunde estatización con superación del capital.

Pero nada de esto autoriza a describir a China como una alternativa socialista o poscapitalista. La producción sigue organizada en torno al trabajo asalariado, la competencia entre empresas, la búsqueda de valorización y el disciplinamiento severo de la fuerza de trabajo. El peso del sector estatal o la existencia de nacionalizaciones parciales no bastan para abolir el carácter capitalista de una formación social mientras el trabajo siga mediándose por el mercado, el dinero y la coerción competitiva. Además, la propiedad estatal y el Partido Comunista Chino están constituidos por una burocracia que impide cualquier control político por parte del proletariado.

Sin embargo, es importante reconocerle al campismo su momento de verdad. Estados Unidos, la OTAN y el bloque atlántico son el bloque más reaccionario existente y han organizado una parte decisiva de la violencia mundial a través de guerras, genocidios, sanciones, deuda y disciplinamiento financiero, etc. Negar eso sería absurdo. Pero el campismo extrae de ese dato una conclusión falsa: que toda potencia o bloque enfrentado a Occidente tendría por ello mismo un contenido objetivamente progresivo o, al menos, favorable para

de la clase trabajadora: una crítica a la teoría de la aristocracia obrera». *Marxismo Crítico*. <https://marxismocritico.com/2014/05/19/explorando-la-conciencia-de-la-clase-trabajadora/ASas>

80. Arredistas señala —en polémica con el Movimiento Socialista— que en las condiciones de saqueo a manos del Norte Global, de la que Galicia se beneficia, los comunistas gallegos no pueden formar un partido comunista de masas, por lo que hay que construir una pequeña organización de cuadros que intervenga en un frente popular como es el BNG. Esto, por supuesto, es una justificación *ad hoc* de la subordinación de este pequeño grupo a los dictados de la UPG y del liquidacionismo en el seno del frente popular sobre la que estos mandan. «Por unha folla de ruta para organizarmos a mocidade arredista e comunista». En *Movemento*. Recuperado el 20 de abril de 2026, de <https://enmovemento.arredista.gal/por-unha-folla-de-ruta-para-organizarmos-a-mocidade-arredista-e-comunista/>

81. Rockhill, G. (2025). *Who Paid the Pipers of Western Marxism?* Monthly Review Press; Lauesen, T. (2024). *The long transition towards socialism and the end of capitalism*. Iskra Books; Lauesen, T. (2025). *Unequal exchange...* El propio Torkil Lauesen sostiene que los comunistas debemos ser una minoría activista en Occidente en un artículo que los comunistas occidentales deben apoyar abstractamente al Sur Global y ser una «minoría importante». Ver Lauesen, T. (2025, 21 de septiembre). El Estado socialista de transición y las contradicciones del sistema mundial multipolar. Frente Antimperialista Internacionalista. <https://frenteantimperialista.org/el-estado-socialista-de-transicion-y-las-contradicciones-del-sistema-mundial-multipolar-torkil-lauesen/>

82. Losurdo, D. (2010). *Un instructivo viaje a China: Reflexiones de un filósofo*. El Viejo Topo. <https://www.el-viejotopo.com/topoexpress/instructivo-viaje-a-china/>, Jabbour, E. y Gabriele, A. (2021). *China: o socialismo do século XXI*. Boitempo; Escobar, P. (2025, 26 de octubre). «Y la caravana china de los cinco años sigue su camino». *Diario Octubre*. <https://diario-oktubre.com/2025/1>

83. Friedrich Engels, & Karl Kautsky (1887). *El socialismo de los juristas*. Marxists Internet Archive. <https://www.marxists.org/espanol/m-e/1880s/87-jur.htm>

84. Friedrich Engels (1878). *Anti-Dühring (La revolución de la ciencia de Eugen Dühring)*. Marxists Internet Archive. <https://www.marxists.org/espanol/m-e/1870s/anti-duhring/>

los pueblos oprimidos y para la clase trabajadora, y que ello requeriría del apoyo cerrado de los comunistas a sus dirigentes nacionales.

Lo que se pierde aquí es precisamente el núcleo del internacionalismo proletario: la idea de que ninguna potencia capitalista puede encarnar los intereses históricos del proletariado, por reales que sean sus antagonismos con otras potencias. Situadas así, China, Rusia y los BRICS+ aparecen bajo otra luz. Lo que une a este bloque no es una estrategia coherente de ruptura con el imperialismo, sino la convergencia inestable de Estados que buscan renegociar su posición dentro de una jerarquía mundial en transformación. Su ampliación expresa el desgaste relativo del orden dirigido por Estados Unidos, la búsqueda de mayor autonomía frente al dólar y a las instituciones dominadas por Occidente, y el intento de distintas burguesías estatales de ampliar su margen de maniobra. Pero nada de ello constituye por sí mismo un proyecto antimperialista y mucho menos un horizonte socialista.

La multipolaridad, por tanto, no debe pensarse como superación del imperialismo, sino como una posible forma de su reconfiguración. Tampoco puede elevarse a horizonte político positivo en sí mismo. A lo sumo describe una modificación de la relación de fuerzas entre Estados y procesos nacionales de acumulación. Puede implicar una pérdida relativa de centralidad del viejo bloque atlántico; puede abrir márgenes de maniobra para ciertas burguesías periféricas o semiperiféricas; puede incluso dificultar la capacidad de un solo polo para imponer unilateralmente su voluntad. Pero nada de eso altera por sí mismo la lógica general del sistema. Un mundo con varios polos fuertes, varias monedas disputando espacios, varios centros logísticos y varias potencias militares no es menos capitalista que un mundo dominado por una sola potencia. Puede ser, de hecho, más inestable, más militarizado y más peligroso para la clase obrera internacional. Para traducir el declive del bloque imperialista occidental en posibilidad socialista hace falta una política proletaria propia, organizada sobre la independencia de clase.

Pasemos ahora a la otra cara de la misma moneda. Allí donde el campismo absolutiza la diferencia entre bloques y convierte a los rivales de Occidente en sujetos progresivos, el anticampismo abstracto tiende a hacer lo contrario: borrar las diferencias reales entre conflictos, posiciones nacionales y formas de dominación. Si se borra la diferencia entre forma general y posición específica, la crítica al campismo degenera en un formalismo incapaz de distinguir entre hegemonía mundial, dominación regional, subordinación dependiente, ocupación colonial o resistencia nacional.

Lo que esto trae consigo es una política que se abstrae del momento concreto y resulta incapaz de poner los pies en la tierra. Se habla, normalmente, de un eterno 1914, donde todo conflicto terrenal aparece como simple guerra interimperialista frente a la que habría que esgrimir intransigentemente el «derrotismo revolucionario». El resultado es una ceguera y una desorientación absolutas a la hora de plantear una táctica y una estrategia solventes. La crítica necesaria a la geopolítica de bloques burgueses termina entonces pagando un precio demasiado alto: el vaciamiento concreto del concepto de imperialismo. Si todo es imperialista en el mismo sentido, nada acaba siéndolo de manera determinada.

Este tipo de enfoques es propio, por ejemplo, de sectores de la izquierda comunista⁸⁵ y del Partido Comunista Griego (KKE) y de los partidos hermanados dentro de su internacional. Bajo el paradigma de la «pirámide»,⁸⁶ todo espacio nacional capitalista estaría integrado, en uno u otro nivel, en la cadena imperialista y, por tanto, los conflictos armados contemporáneos deberían analizarse ante todo como momentos de la competencia interimperialista.

Uno de los resultados más flagrantes de estas posiciones políticas aparece en su abordaje de la cuestión palestina. Es así como el KKE y sus hermanos siguen defendiendo hasta ahora la falsa y objetivamente cómplice «solución de los dos Estados», lo que no deja de ser una defensa encubierta del derecho

85. Un ejemplo particularmente extremo de la presentación del genocidio palestino como una lucha interimperialista está en: Barbaria. (2023, 9 de octubre). «Contra el nacionalismo palestino e israelí». *Barbaria*. <https://barbaria.net/2023/10/09/contra-el-nacionalismo-palestino-e-israeli/>

86. Papariga, A. (2013, 21 de marzo). *On imperialism-The imperialist pyramid*. Partido Comunista de Grecia. <https://inter.kke.gr/en/articles/On-Imperialism-The-Imperialist-Pyramid/>; Partido Comunista de Grecia. (2016, 1 de septiembre). *The Leninist theory on imperialism-The guide for the struggle of the communists*. <https://inter.kke.gr/en/articles/THE-LENINIST-THEORY-ON-IMPERIALISM-THE-GUIDE-FOR-THE-STRUGGLE-OF-THE-COMMUNISTS/>; Partido Comunista de Grecia. (2013). *The Leninist approach of the KKE on imperialism and imperialist pyramid*. <https://inter.kke.gr/en/articles/The-Leninist-approach-of-the-KKE-on-imperialism-and-imperialist-pyramid/>

87. Partido Comunista de Grecia (KKE). (2023, 9 de octubre). *On the military conflict between Israel and Palestine and the developments in the region*. Inter.KKE; Partido Comunista de los Trabajadores de España (PCTE). (2024, 28 de mayo). *El PCTE ante el reconocimiento de España al Estado de Palestina*. PCTE.

de existencia del estado sionista de Israel bajo sus fronteras previas a 1967.⁸⁷

El KKE se encuentra así ante una contradicción por su peso y orientación histórica, no puede abandonarse a la fantasía de un «derrotismo revolucionario» universal que los pequeños grupos de ultraizquierda querrían imponer incluso en Palestina, y sin embargo este se deriva lógicamente de la teoría ultraizquierdista que han construido —a modo, diría uno, de sobre-reacción— para protegerse de las orientaciones campistas. De ahí que se vean obligados a resolver esta aporía recayendo en formulaciones centristas: no solo aquella que defiende la «solución de los dos estados», sino también la que conmina a trabajadores iraníes y norteamericanos a sumarse a un idéntico «pacifismo».

Pero el anticampismo abstracto no se agota aquí. También está presente en un fenómeno que podemos considerar el reverso exacto de la perspectiva conspirativa que ve en toda lucha de masas en un país enfrentado a Occidente una «revolución de color»: en la ceguera continuada a que las «revoluciones de colores» efectivamente existen. La celebración abstracta de las «luchas», desligada del análisis sobre su correlación de fuerzas interna, el grado de desarrollo político del proletariado o de quién dirige realmente estos movimientos acaba imponiendo una ceguera estratégica.

9. La política internacional de la clase obrera

La pregunta fundamental que queda pendiente ya ha sido formulada: ¿cómo reconstruir la independencia política del proletariado evitando, a la vez, la indiferencia ante la coyuntura y el seguidismo respecto de los distintos bloques burgueses?

Frente al campismo y frente a su reverso abstracto, la cuestión decisiva ya no es solo cómo definir el imperialismo, sino qué política se sigue de esa definición. No basta con demostrar

que el imperialismo es la forma política del mercado mundial capitalista, ni con distinguir entre potencias dominantes, posiciones intermedias, Estados dependientes y territorios sometidos a dominación colonial. Todo eso sería insuficiente si no condujera a una orientación práctica: el internacionalismo proletario.

El internacionalismo proletario no es un sentimiento moral de simpatía universal entre pueblos, ni una apelación abstracta a la fraternidad humana, ni una suma de solidaridades coyunturales. Es una necesidad estratégica impuesta por el carácter mundial del capital. Si la producción, la circulación, la valorización, la forma monetaria, la competencia y la dominación estatal están organizadas a escala planetaria, entonces la clase obrera no puede plantear seriamente su emancipación como agregado de fracciones nacionales inconexas. El capital existe como totalidad mundial; la política de la clase obrera, si quiere estar a la altura de su objeto, debe tender también a constituirse como política mundial.

Significa que ninguna estrategia basada en la subordinación del proletariado a un Estado capitalista, a una burguesía nacional o a un bloque geopolítico puede conducir a su emancipación. De ahí que el principio rector de esta política sea la independencia de clase. Esta no es una consigna moralista ni una exigencia de pureza doctrinaria, sino la condición mínima para que el proletariado no quede absorbido por estrategias ajenas. Una clase que renuncia a organizarse con programa, instituciones, objetivos y formas propias deja de ser sujeto político y se convierte en masa de maniobra de intereses ajenos.

Ahora bien, afirmar la independencia de clase no equivale a defender una abstención abstracta frente a los conflictos reales. No podemos negar sin más las mediaciones nacionales, ni ignorar que la lucha de clases se desarrolla siempre en condiciones concretas, bajo formas estatales determinadas y con ritmos históricos desiguales. Dicho de otro modo, la lucha de clases no se desarrolla en laboratorio: se despliega en medio de guerras, ocupaciones, opresión nacional, represión masiva,

levantamientos, colapsos estatales y relaciones de fuerza profundamente desiguales. En esas condiciones pueden existir acuerdos tácticos, coordinaciones limitadas o frentes prácticos con fuerzas no proletarias. La cuestión no es si esos acuerdos son puros o impuros en abstracto, sino si preservan o liquidan la independencia política, programática y organizativa de la clase obrera. Esta distinción evita dos errores opuestos: el oportunismo campista, que disuelve la política proletaria en direcciones burguesas o nacionalistas, y el doctrinarismo impotente, que rechaza toda mediación táctica incluso allí donde la supervivencia misma está en juego.

Esto obliga a recuperar, con las mediaciones necesarias, la discusión entre derrotismo revolucionario y defensismo revolucionario. Sobre el derrotismo revolucionario, en el contexto de derrota histórica y repliegue organizativo que atravesamos, ese horizonte no puede ser invocado como simple consigna vacía. Para que el derrotismo revolucionario sea algo más que fraseología, los comunistas deben contar con fuerzas reales capaces de implementarlo. Y hoy, en la práctica totalidad de los casos, esa condición todavía no existe.

Por eso la cuestión inmediata no puede resolverse mediante la repetición abstracta del objetivo final. Ante todo, los comunistas necesitan una organización política propia; sin ella no son nada. Pero esta constatación, siendo fundamental, no basta para responder por sí sola a las tareas de la coyuntura. Hay que distinguir entre el horizonte estratégico general y las tareas inmediatas que se derivan de la posición concreta que cada destacamento ocupa dentro de la jerarquía imperialista.

En los países del bloque imperialista, la tarea inmediata de los comunistas pasa por luchar activamente por la derrota de su propio bloque. Este es el terreno inmediato de intervención de las fuerzas revolucionarias: el enemigo principal está en casa. Implica oponerse a las políticas imperialistas de sus propios Estados, luchar por la salida de la OTAN y el cierre de sus bases, denunciar la connivencia de las fuerzas políticas y sindicales con las estrategias belicistas, combatir las medidas

de austeridad social destinadas a financiar la guerra y hacer frente, mediante un frente defensivo independiente de clase y a la ofensiva interna contra los derechos políticos y sociales de la clase trabajadora. Sobre este terreno debe proyectarse, al mismo tiempo, la necesidad de construir una alternativa organizativa capaz de hacerse cargo de la política en sentido fuerte: un partido comunista de masas.

Pero esa lucha no puede quedar encerrada en el marco nacional. Los comunistas del centro imperialista deben practicar un internacionalismo consecuente, orientado a que esta reconstrucción organizativa implique a destacamentos presentes en otros países. El internacionalismo reducido a declaraciones de solidaridad no pasa de ser una moralina diplomática. Lo que hace falta es avanzar, hasta donde sea posible, en la fusión organizativa y estratégica de fuerzas revolucionarias capaces de enfrentarse al bloque imperialista en la propia escala en que este actúa.

En los países sometidos a una agresión imperialista directa, la situación es distinta. En esas coyunturas, los comunistas deben evitar dos errores simétricos: convertirse en agentes auxiliares del bloque imperialista o disolverse en las distintas burguesías nacionales. La orientación adecuada en estos casos es el defensismo revolucionario.

El defensismo revolucionario⁸⁸ sitúa como primera tarea la defensa frente al agresor imperialista: la resistencia por todos los medios a la injerencia, la ocupación o la devastación impuestas desde fuera. Pero, al mismo tiempo, debe preservar la independencia política frente a las burguesías nacionales del propio espacio. Esto significa luchar por mejores condiciones para la propia organización, por el mantenimiento de las condiciones de vida de las masas, por el derecho a organizarse legal e independientemente, por el derecho a armarse, por formas de racionamiento y autodefensa controladas por comités populares y, allí donde sea necesario, por una respuesta militar directa contra la agresión imperialista sin subordinarse estra-

88. Para un desarrollo concreto en torno a esta consigna y su aplicación en el contexto de Irán ver Mather, Y. (2026, 10 de marzo). Derrotar la agresión israelí-estadounidense, defender al pueblo de Irán. Contracultura. <https://contracultura.cc/2026/03/10/agresion-israeli-eeuu-defender-pueblo/>. Aguiriano, M. (2026, 13 de abril). La lucha contra el imperialismo: Por un derrotismo a escala de nuestro bloque. Diario Socialista. <https://diario-socialista.net/2026/04/13/la-lucha-contra-el-imperialismo-por-un-derrotismo-a-escala-de-nuestro-bloque/>

tégicamente a direcciones ajenas y preparar pacientemente la revolución de forma realista.

El caso palestino vuelve especialmente visible este problema. En contextos de agresión imperialista extrema, colonización, apartheid, limpieza étnica y genocidio, la lucha inmediata es, en primer lugar, por la supervivencia. En tales condiciones, negarse en abstracto a toda forma de frente defensivo militar no expresa radicalidad, sino impotencia y una acción suicida. Puede ser necesario articular coordinaciones o incluso frentes militares con fuerzas que no son comunistas ni proletarias. Pero eso no obliga a renunciar a la independencia política ni a callar ante los límites, contradicciones o elementos reaccionarios de esas direcciones.

Recapitulando, la política internacional de la clase obrera exige, por tanto, una doble delimitación. Por un lado, combatir al imperialismo del propio bloque y rechazar toda unión sagrada con la propia burguesía. Por otro, negarse a apoyar bloques rivales en nombre de un supuesto antihegemonismo progresivo. La posición comunista debe combatir al imperialismo del propio bloque sin entregar la independencia política a ningún otro campo burgués, sea o no imperialista.

De este criterio se siguen varias tareas concretas. La primera es reconstruir una práctica internacionalista efectiva que fusione a diferentes contingentes organizativos más allá de la mera solidaridad diplomática entre organizaciones. La segunda es combatir la fragmentación interna de la clase obrera mundial, rechazando tanto el chovinismo como las teorías que convierten a sectores enteros del proletariado en enemigos estructurales de otros.⁸⁹ La tercera es recuperar la necesidad de una organización política internacional. La idea de un Partido comunista de masas a escala internacional puede sonar grandilocuente si se formula vacíamente, pero expresa una exigencia real: el capital actúa mundialmente, y la clase obrera necesita formas de centralización política que correspondan a esa escala.

89. Aquí sigue siendo fundamental la defensa del derecho de las naciones a la autodeterminación. No como elemento positivo en sí mismo, al modo nacionalista, sino, al modo bolchevique, como una precondición para una unión fraternal —no mediada por la coacción— de la clase obrera internacional. Ver Lenin, V. I. (1914). *El derecho de las naciones a la autodeterminación*. <https://www.marxists.org/espanol/lenin/obras/1910s/1914auto.html>

IMPERIALISMO: TEORÍA, COYUNTURA E INTERNACIONALISMO

En última instancia, la política internacional de la clase obrera no puede definirse solo por lo que niega —campismo, chovinismo, subordinación a bloques—, sino por el horizonte que afirma. Ese horizonte no es la multipolaridad, ni la reforma democrática del orden mundial, ni un equilibrio más justo entre Estados soberanos. Es la abolición de las relaciones sociales que hacen necesario al imperialismo: el trabajo asalariado, la valorización del valor, la competencia entre capitales y la separación del mundo en Estados que administran territorialmente la dominación de clase. Mientras ese suelo permanezca intacto, toda reconfiguración geopolítica no será más que una redistribución interna de la dominación capitalista.

ESTADOS UNIDOS COMO POTENCIA IMPERIAL: ACUMULACIÓN, HEGEMONÍA Y CONTROL DEL SISTEMA MUNDIAL

ESTHER GÓMEZ

I. El imperialismo como sistema de poder global

1.1. Un sistema de poder, no solo un Estado poderoso

El imperialismo, como sabemos, no es una mera política exterior, ni un capricho de las naciones más poderosas, ni un exceso que contaminaría un desarrollo capitalista potencialmente armónico. Es, por el contrario, la estructura que el capitalismo mundial acaba inevitablemente por tomar. El carácter internacional del capital configura un mercado mundial

jerarquizado, en el que la expansión reorganiza las economías según la posición específica que ocupan dentro del proceso global de valorización. El mercado mundial, considerado de manera abstracta, puede aparecer como una simple yuxtaposición de economías nacionales. Sin embargo, en su funcionamiento real constituye una totalidad articulada, estructurada a partir del papel que cada espacio desempeña en el circuito ampliado de reproducción del capital.

A nivel internacional, la ley de valor opera mediante la competencia entre capitales con diferentes niveles de productividad y diferente composición orgánica del capital —la relación entre el capital constante y el capital variable; a mayor composición orgánica, mayor tecnificación—. Dado que no en todos los sitios se produce de la misma manera y en las mismas condiciones, se dan mecanismos de apropiación de plusvalor en ese punto donde capitales con grados desiguales de desarrollo tecnológico se enfrentan en el terreno de juego. Un mayor control tecnológico y financiero tiende a capturar y hacer suya una parte del valor generado en esos espacios donde la productividad es menor, produciendo así una transferencia de valor que va mucho más allá de intercambios comerciales al uso, sino de la ostentación de una posición concreta dentro de la jerarquía global.

Esta estructura desigual del mercado mundial plantea un problema que la competencia entre capitales por sí sola no puede resolver. La ley del valor, cuando opera en un espacio internacional fragmentado en unidades políticas diferentes, tiende a generar tensiones que desbordan los mecanismos espontáneos de ajuste. A diferencia de lo que ocurre en el interior de los Estados nacionales —donde existen bancos centrales, sistemas jurídicos y marcos regulatorios capaces de intervenir en situaciones de crisis—, en el plano internacional no existe una instancia única que garantice de forma automática las condiciones de estabilidad necesarias para la circulación del capital y que dirima los conflictos entre capitales rivales.

La competencia, con su lógica propia, tiende a generar crisis. La historia del capitalismo lo ha ido demostrando desde sus inicios. Cuando esa dinámica se despliega a escala mundial y enfrenta a capitales con características muy distintas —como ocurre entre las economías centrales y las periféricas—, sus efectos desestabilizadores se vuelven más intensos. Las diferencias en productividad, en acceso a tecnología o en control financiero introducen una tendencia permanente a los desajustes: cierres de mercados, conflictos entre Estados que, en última instancia, siempre van a priorizar la defensa y mejora de su propia posición.

Es por ello que el mercado mundial no puede funcionar de forma sostenida como una totalidad si no existen mecanismos que ayuden a ordenar esas tensiones. Para que la acumulación pueda seguir adelante a escala global hace falta cierto grado de previsibilidad en los intercambios y marcos que permitan encauzar los conflictos antes de que deriven en rupturas difíciles de revertir. Pensemos en el ejemplo más sencillo: el dinero. La producción generalizada de valor requiere de una mercancía particular que opere como representante del valor mismo, y sea por ello un equivalente universal (capaz de igualar a todas las mercancías e intercambiarse por todas ellas a unas magnitudes dadas). Pero esta necesidad, al anclarse en el contexto necesariamente mundial del capitalismo, obliga a que una moneda particular cumpla la función de *dinero mundial* (o, como mínimo, que existan varias monedas con un amplio nivel de aceptación). De lo contrario, el capitalismo internacional se encontraría ante el mismo tipo de aporías que se derivarían de una economía sin dinero basada en el intercambio generalizado.

Esta clase de necesidades son las que explican la aparición de un centro capaz de cumplir estas funciones de estabilización y regulación. En otras palabras, un Estado particular de los muchos que participan de la competencia del mercado mundial se eleva al nivel de hegemonía, principal garante y regulador de la acumulación capitalista internacional. Para que una potencia se eleve al rango de hegemonía debe acumular ventajas en varios

1. Giovanni Arrighi, *El largo siglo XX*, cap. I: «Las tres hegemonías del capitalismo histórico». El Estado que se eleva a la condición de hegemon lo hace acumulando ventajas posicionales en los planos productivo, financiero y militar que le permiten organizar el sistema interestatal y presentar sus intereses particulares como interés general.

planos a la vez: el productivo, el financiero, el tecnológico y el político-militar.¹ A partir de ahí, su capacidad para influir en el funcionamiento del conjunto crece hasta el punto de poder condicionar, en cierta medida, las condiciones generales en las que opera el mercado mundial.

Entre las funciones que definen a ese centro destaca, en primer lugar, la capacidad de proveer liquidez en los momentos en que más se necesita. Cuando los desequilibrios en las balanzas de pagos amenazan con frenar el comercio internacional, contar con una economía capaz de emitir activos ampliamente aceptados permite mantener los intercambios a flote y evitar bloqueos. Estrechamente ligada a esto está la oferta de instrumentos financieros percibidos como suficientemente seguros, en los que otros países puedan depositar sus excedentes sin asumir riesgos excesivos. Esto último resulta clave para canalizar el ahorro global y mantener en marcha los circuitos financieros internacionales. Por decirlo sencillamente de nuevo: los bonos del tesoro estadounidense son el activo financiero más fiable porque están garantizados por el país que controla la moneda mundial y posee el mayor ejército.

Junto a estas funciones, el centro hegemónico desempeña un papel clave en la definición de las reglas que rigen el sistema, teniendo la capacidad de establecer aquellos criterios que ordenan el comercio y la protección de la propiedad. Estas reglas reflejan cuáles son las correlaciones de poder específicas y contribuyen a fijarlas con el paso del tiempo, además de condicionar su viabilidad a las muchas y muy diferentes herramientas que iremos viendo a la largo del texto, y que implica tanto una aceptación a nivel más formal, como de la capacidad de hacerlas operativas y viables.

2. *Ibid.* Siguiendo a Gramsci, Arrighi define la hegemonía mundial como combinación de dominación (coerción) y liderazgo intelectual y moral (consentimiento). Su base material reside en la fusión entre Estado y capital: el hegemon es el Estado que concentra suficiente poder capitalista para organizar la expansión del sistema en su conjunto.

En este punto emerge una dimensión que no puede desligarse del análisis económico: la coerción. En un sistema formado por Estados «soberanos», la capacidad de imponer reglas —o de castigar a quienes las incumplen— depende de que exista un poder material real (que es también un poder *militar*) que respalde esas normas.² No hace falta que ese poder

se ejerza de forma continua; con que exista basta para condicionar, en muchas ocasiones, las decisiones que los actores se atreven o no se atreven a tomar.

Y ese poder no está al alcance de cualquier país. Requiere, como decíamos, de una combinación muy particular de capacidades que rara vez aparecen repartidas: una superioridad productiva notable, un dominio financiero capaz de sostener las ventajas competitivas y el peso político necesario para proyectar todo eso más allá de las propias fronteras. Solo cuando estas tres piezas encajan en un mismo lugar tiene sentido hablar de un centro hegemónico en el pleno sentido del término.

La historia del capitalismo ha conocido distintas versiones de este esquema. Las Provincias Unidas en el siglo XVII y Gran Bretaña en el XIX cumplieron, cada una en su momento, una función articuladora del sistema internacional. En ambos casos, su capacidad para organizar los flujos comerciales y financieros descansaba en una combinación de ventajas económicas y poder político que les permitía influir de forma decisiva en el funcionamiento del resto.

Este recorrido ayuda a entender algo fundamental, y es que el capitalismo mundial no funciona en el vacío, sino que depende de cómo se organiza la jerarquía internacional y, en particular, de si existe o no un centro capaz de articularla. Identificar esa posición y analizar las condiciones que permiten consolidarla resulta, por tanto, indispensable para comprender cómo se mueve el sistema en cada etapa histórica.

Conviene, sin embargo, realizar una serie de apuntes aclaratorios. El primero es que ni el hegemon, ni el conjunto de países imperialistas poseen un control total y consciente del desarrollo capitalista. No son demiurgos que generan a placer la realidad que más les conviene, sino más bien aurigas que tratan de conducir el carro incontrolable de la acumulación global. El segundo es que, a partir de mediados del siglo XIX, esta competencia por la hegemonía se da dentro de un escenario en el cual la presión de la sobreproducción en el

«centro» convierte la exportación de capitales en un imperativo estructural, empujando a las principales potencias a una lucha por repartirse el globo —la característica más general de la «fase imperialista» analizada por Lenin y tantos otros—. El imperialismo, por ende, no puede reducirse a la existencia de un hegemon; alude más bien a una forma —impuesta por el propio carácter contradictorio de la acumulación capitalista— de organizar la jerarquía del mercado mundial, dominada por una serie de potencias imperiales capaces de apropiarse de grandes cantidades del plusvalor producido a lo largo y ancho del globo, marcadas por un alto nivel de concentración de capitales, etc. En segundo lugar, como es obvio, la forma concreta del imperialismo va mudando históricamente. El paso siguiente consiste, en ese sentido, en situar este marco en una trayectoria concreta. La segunda mitad del siglo XX marca la consolidación de una configuración muy específica del orden internacional: aquella en la que una sola potencia concentra, de manera especialmente intensa, las funciones de organización, estabilización y proyección del sistema. Examinar cómo se construye esa posición y qué la define permite avanzar en la comprensión del imperialismo en su forma contemporánea.

II. La construcción histórica del orden estadounidense

2.1 La arquitectura institucional del liderazgo estadounidense (1945-55)

El final de la Segunda Guerra Mundial alteró profundamente los equilibrios económicos globales. La destrucción industrial en Europa continental y Japón generó una fuerte desigualdad productiva a escala internacional: infraestructuras devastadas, sistemas financieros frágiles y economías incapaces de sostenerse por sí mismas. En contraste, Estados Unidos, alejado de esos daños materiales, emergió como la

única economía que no solo resistió, sino que salió fortalecida, con una base industrial intacta y en plena expansión.

A mediados de la década de 1940, la economía estadounidense ya repuntaba como una de las que claramente iba a consolidarse como líder en la producción manufacturera mundial, con capacidad para reconvertir rápidamente toda la producción militar —en la que había estado enfocada los últimos años— hacia la producción civil. Mientras las potencias del Eje veían desplomarse su producción minera y manufacturera hasta el 33% y 53% de los niveles de 1937, Estados Unidos alcanzaba entre 1947 y 1948 cifras que oscilaban entre el 165% y el 170% respecto a ese mismo periodo de guerra.³

Esta diferencia en cuanto a productividad, composición técnica del capital, etc., reforzaba aún más si cabe la capacidad de competir internacionalmente. La magnitud de esta hegemonía se ilustra en que el Producto Nacional Bruto (PNB) de Estados Unidos en 1950 era ligeramente superior al PNB total de todos los países de Europa Occidental combinados.⁴ La consolidación del dólar como medio privilegiado de circulación —o sea, como *dinero mundial*— quedó cimentada sobre una base industrial y financiera sin rivales, sustentada a su vez en las enormes reservas de oro y activos financieros, las cuales llegaban a representar entre el 60% y el 80% de las reservas mundiales.⁵ De este modo, el desplazamiento de capitales hacia Estados Unidos, incluso antes del fin de la guerra, otorgaba a su sistema financiero el poder de proveer de liquidez a un sistema internacional que en ese momento estaba caracterizado por la escasez de divisas y una urgente necesidad de reconstrucción.

Sin embargo, esta posición dominante también implicaba un problema, y es que la enorme capacidad productiva estadounidense se podría ver limitada si no encontraba suficientes mercados donde colocar su excedente y, por ende, realizar el plusvalor. Esta necesidad de reconstrucción, presentada en términos de cooperación y estabilidad, se convertía al mismo tiempo en condición de posibilidad para la expansión y consolidación de la acumulación estadounidense.

3. United Nations, Department of Economic and Social Affairs (UN/DESA), *World Economic and Social Survey 2017*, Chapter II: «Post-war reconstruction and development in the Golden Age of Capitalism», p. 28, Table II.1.

4. UN/DESA, *World Economic and Social Survey 2017*, cap. II, p. 38, n. 19. El PNB de Estados Unidos en 1950 era aproximadamente un 4% superior al PNB total de los países de Europa Occidental combinados, según Maddison (2001), tabla A1-b.

5. Fontana, Josep, *Por el bien del imperio*, capítulo 1: «De una guerra a otra», p. 26. Barcelona: Pasado & Presente, 2013. Las reservas de oro norteamericanas representaban en aquel momento del 60 al 80 por ciento de las reservas mundiales, lo que permitía mantener el dólar dentro del sistema del patrón oro con plena convertibilidad a razón de 35 dólares por onza.

Así fue como la conferencia de Bretton Woods, ante un panorama totalmente desigual entre los diferentes países, quería asegurar y fijar las bases del sistema económico internacional de posguerra. La discusión, que encerraba dos modos diferentes de organizar el capitalismo internacional, oscilaba entre la propuesta británica liderada por Keynes, que planteaba la creación de una unidad de divisa internacional (el *bancor*) cuyo objetivo fuera eliminar esa asimetría entre economías y relaciones comerciales, y Harry Dexter White, liderando los intereses estadounidenses, se centró en la defensa del dólar como eje del sistema. Como era previsible, terminó imponiéndose esta última.⁶

6. *Ibid.* p. 26. Para el desarrollo de la conferencia de Bretton Woods y la imposición del modelo estadounidense sobre la propuesta británica.

Las características fundamentales de este nuevo sistema son las siguientes. Por un lado, las diferentes monedas nacionales fijaban su valor respecto al dólar, comprometiéndose así a intervenir en los mercados si fuera necesario para mantener ese valor dentro de unos márgenes limitados. Y, por otro lado, el propio dólar mantenía una relación fija con el oro: EE. UU. garantizaba la convertibilidad de su moneda a razón de 35 dólares por onza de oro. Esto implicaba que, en última instancia, el dólar actuaba como sustitutivo del oro a nivel internacional, ya que los demás países acumulaban las reservas en dólares con la expectativa de poder convertirlos en oro si fuera necesario. Con esta decisión, el funcionamiento del sistema monetario internacional pasa a depender directamente del dólar.

El Fondo Monetario Internacional y el Banco Mundial nacieron para gestionar este marco. Presentados como instrumentos de cooperación multilateral, ambos respondían a una arquitectura diseñada para reproducir, y no para corregir, la correlación de fuerzas existente.⁷

7. David Harvey, *El nuevo imperialismo*, pp. 56-7. Sobre el papel del FMI y el Banco Mundial como instrumentos de proyección de la hegemonía estadounidense en el marco de Bretton Woods.

Bretton Woods resolvía la cuestión de cómo organizar los pagos internacionales, pero dejaba abierta la pregunta más urgente: ¿de dónde sacar los dólares necesarios para importar bienes estadounidenses cuando la capacidad productiva europea se había reducido a escombros? La respuesta fue el Plan Marshall (1948), inscrito en la lógica más amplia de la

ESTADOS UNIDOS COMO POTENCIA IMPERIAL

Doctrina Truman (1947). Esta doctrina formalizaba la política de contención frente a la URSS y partía del supuesto de que la devastación económica supondría el avance político y electoral de los partidos comunistas en países como Francia, Italia o Grecia, ampliando la esfera de influencia soviética. La ayuda, en consecuencia, llegó condicionada: exigía la marginación de las fuerzas comunistas en los gobiernos beneficiarios y cerraba la cooperación económica al perímetro de los países alineados con Estados Unidos.

El Plan Marshall funcionó además como el mecanismo perfecto para la realización de excedentes estadounidenses. Cada dólar enviado volvía rápidamente a las arcas norteamericanas: los fondos debían utilizarse en gran medida para comprar alimentos, materias primas y maquinaria en Estados Unidos. Era, en esencia, un circuito cerrado donde Europa recibía los bienes que necesitaba para sobrevivir, mientras que Estados Unidos garantizaba que su industria siguiera funcionando a plena capacidad.

Y tras el afianzamiento de esta arquitectura económico-institucional se encontraba la fuerza militar, cristalizada en la necesidad de crear un dispositivo de coerción capaz de garantizar la reproducción de las relaciones capitalistas frente al bloque socialista. Nace así en 1949 la Organización del Tratado del Atlántico Norte (OTAN), concebida como un espacio destinado a proteger las fronteras del bloque occidental frente al bloque socialista a través de la militarización del orden de clase burgués que se venía configurando en los años anteriores.

La OTAN articula, por tanto, la defensa de los intereses de la burguesía occidental bajo el liderazgo de Estados Unidos. Su principio rector, basado en la defensa mutua frente a amenazas externas, no hacía sino establecer un compromiso firme y permanente entre los países miembros, subordinando en la práctica sus capacidades defensivas al poder militar estadounidense. De este modo, Estados Unidos se consolidaba nuevamente como elemento vertebrador del bloque occidental. Su papel no se limitaba únicamente —como ya se ha señalado— a

actuar como eje militar capaz de contener a la URSS, sino que funcionaba también como un mecanismo de disciplinamiento interno, garantizando su hegemonía política dentro del bloque y evitando, bajo la amenaza de la fuerza directa, que los países miembros se desviaran del camino impuesto.

Con la creación de la OTAN, los acuerdos de Bretton Woods y la puesta en marcha del Plan Mashall tenemos un «todo» conformado por la unidad de lo económico y lo militar y embarcado en una retórica bélica de «defensa del mundo libre» desde cuya óptica se medía cualquier decisión. Dicha defensa coincidía, por supuesto, con la protección de la propiedad privada y el fortalecimiento del mercado capitalista, configurado como un espacio económico políticamente alineado y subordinado a la dirección estadounidense.⁸

8. Véase Fontana, *Por el bien del imperio*, p. 60, sobre la creación de la OTAN como alianza militar del bloque occidental en el contexto de la Guerra Fría y bajo liderazgo de Estados Unidos

2.2 Guerra Fría y militarización permanente

La OTAN había sido concebida, al menos en su formulación oficial, bajo un paradigma estrictamente defensivo: su mandato se limitaba a garantizar la soberanía de los estados miembros ante una agresión directa. El problema es que el conflicto con la URSS no adoptaba esa forma. No había un ataque en marcha ni un frente abierto. Y si la amenaza no era militar en sentido estricto, los márgenes en los que operaba la «defensa» tal y como la entendía la OTAN resultaban insuficientes para contenerla. Era necesario, por tanto, transformar una alianza militar de respuesta puntual en algo cualitativamente distinto: una estructura de militarización permanente capaz de enfrentar no ya un ataque, sino la mera existencia de un desafío a la lógica capitalista.

9. *A Report to the National Security Council by the Executive Secretary on United States Objectives and Programs for National Security* (NSC-68), Washington, 14 de abril de 1950. El documento, elaborado por un comité interdepartamental encabezado por Paul Nitze, respondía a una directriz que ordenaba reevaluar la estrategia nacional a la luz de la «probable capacidad de bomba de fisión y la posible capacidad de bomba termonuclear de la Unión Soviética».

Esta estructuración nace con el NSC-68 (o Informe 68) del Consejo de Seguridad Nacional en el 1950.⁹ Su diagnóstico de partida no dibujaba a un adversario con objetivos geopolíticos concretos y negociables, sino que definía a su enemigo como potencia animada por lo que el propio documento denomi-

naba un «designio fanático», estructuralmente incompatible con la existencia del «mundo libre». ¹⁰ La amenaza, por lo tanto, no se derivaba de intenciones inmediatas ni de movimientos verificables, sino de la misma naturaleza de la URSS. Con independencia de lo que la URSS hiciera, el problema era lo que la URSS *era*: un Estado que había expropiado a la burguesía. Desde esa premisa, el informe construía un escenario de antagonismo total entre dos bloques irreconciliables, en el que cualquier salida diplomática quedaba subordinada a la lógica del enfrentamiento.

La reorientación en torno al fortalecimiento militar sin una aparente amenaza real se consolida a partir del 1950, sin embargo, esto requería de la construcción de un consenso interno que fuese capaz de sostener dicho fortalecimiento. La tradición política estadounidense se había venido caracterizando por una reticencia a compromisos militares permanentes en Europa. Superar este ánimo «aislacionista», requería crear un clima de psicosis colectiva que extendiera entre la población la idea de que existía una amenaza de características excepcionales. El senador Arthur Vandenberg resumió la crudeza de la lógica política imperante en el momento en el que señaló que era necesario «matar de miedo al pueblo estadounidense». ¹¹ Esta frase, más allá de la mera anécdota, ejemplifica la táctica que siguió el gobierno para exigir «obediencia y combatir despiadadamente a los enemigos internos, reales o imaginarios». ¹²

Ese impulso doctrinal que toma forma en el macartismo, por un lado, y en el NSC-68, por otro, encontró en la Guerra de Corea el catalizador que necesitaba para traducirse en una transformación radical de los presupuestos. El gasto militar se multiplicó en pocos años: si en 1950 absorbía aproximadamente un 5% del PNB, durante el conflicto superó el 13% —el nivel más alto de todo el periodo de la Guerra Fría—. La respuesta que adoptó el Estado fue canalizar hacia el aparato militar una proporción creciente del producto social, convirtiendo el gasto en «defensa» en el eje estructural de la economía. La «paz» de posguerra se volvía, en términos económicos, casi indistinguible de la guerra.

10. *Ibid.*, p. 4. El diagnóstico sobre la naturaleza del régimen soviético es particularmente explícito: «La Unión Soviética, a diferencia de aspirantes anteriores a la hegemonía, está animada por una nueva fe fanática, antitética a la nuestra, y busca imponer su autoridad absoluta sobre el resto del mundo». Si el enemigo es absoluto, la respuesta debe ser total.

11. Advirtiendo al presidente Truman que confirmaba que la única manera de conseguir que el Congreso aprobara «Make a speech and scare the hell out of the country»

12. Josep Fontana, *Por el bien del imperio. Una historia del mundo desde 1945*, Barcelona, 2011, p. 72.

13. Harry Magdoff, *La era del imperialismo: política económica internacional de Estados Unidos*, Editorial Nuestro Tiempo, México, 1969, p. 214. El autor critica explícitamente el uso acrítico del PNB como denominador, señalando que no establece diferencia entre sectores estratégicos y no estratégicos. «Se escucha a menudo que los gastos de defensa ascienden a menos del 10% del Producto Nacional Bruto [...]. Una debilidad crucial de este enfoque es el aceptar sin crítica el Producto Nacional Bruto como una cosa en sí».

14. «The Interindustry Structure of the United States», *Survey of Current Business*, noviembre de 1964, p. 14, citado en Magdoff, *La era del imperialismo...*, pp. 216-7. El análisis detallado muestra cómo industrias como motores y turbinas (35%), maquinaria para construcción y minería (33%), equipos de radio, TV y comunicación (47%), componentes electrónicos (25%), aviones y piezas (72%), o instrumentos científicos y de control (26%), presentaban porcentajes de dependencia que oscilaban entre el 20% y el 50%, llegando en algunos casos a superar ampliamente esa cifra.

Sin embargo, sería conceptualmente erróneo limitar nuestra argumentación a las cifras del Producto Nacional Bruto, pues el gasto militar se organizaba en torno a una serie de sectores estratégicos cuya función en el ciclo de acumulación va mucho más allá del peso que representan como componente estadístico.¹³ Para comprender la magnitud real de lo que hay detrás de las cifras, es necesario atender a la posición que cada sector ocupa dentro de la estructura productiva. En particular, las industrias productoras de bienes de capital—acero, maquinaria pesada, equipos eléctricos, medios de transporte, etc., a lo que Marx se refiriera como «Departamento I»—ocupan un lugar central en el ciclo económico, porque son precisamente estas ramas las que fabrican los medios de producción que permiten ampliar la capacidad industrial del conjunto de la economía. Por ello, cuando los capitalistas prevén una desaceleración en el ritmo de producción, lo primero que se contrae no es el consumo básico, sino la inversión en nueva maquinaria, plantas o equipamiento; es decir, en capital constante.

Desde esta perspectiva, el peso del gasto militar adquiere una dimensión distinta. El análisis de la estructura insumo-producto de finales de los años cincuenta revela que, en muchas de estas industrias estratégicas, entre el 20% y el 50% de la demanda total estaba vinculada directa o indirectamente a las adquisiciones militares y a las exportaciones asociadas a ellas.¹⁴ En otras palabras, la actividad de los sectores más decisivos de la economía estadounidense no dependía del mercado en sentido estricto, sino de contratos garantizados por el Estado a través del presupuesto militar.

Esto tiene implicaciones estructurales. Estas industrias de bienes capitales son industrias con unos costes fijos muy elevados, por lo tanto, se necesita una cierta estabilidad y constancia para que estas se considerasen rentables. Así, en un contexto donde los pedidos militares estaban asegurados por el presupuesto federal, nos aseguramos de que, en ciertas fases de desaceleración, la demanda pública va a tener la capacidad de absorber la capacidad productiva, que de otro modo podría quedar ociosa, y, por tanto, se asegura un mecanismo que es

capaz de sostener la rentabilidad y la continuidad de unos sectores clave del capital monopolista. Al ofrecer a los capitalistas privados una garantía de que sus inversiones serían rentables, el Estado americano se aseguraba de contar con unos niveles estables de inversión privada que permitieran seguir impulsando su desarrollo industrial.

Es por ello por lo que no estamos en una cuestión que se agote en los meros volúmenes de gasto militar; se trata también de dónde se sitúan estos gastos y en qué lugar de la estructura productiva se encuentran. En el momento en que se es capaz de garantizar un flujo estable de pedidos hacia el núcleo de las industrias de inversión, el Estado integra así la producción militar en el funcionamiento cotidiano de la economía, y la militarización por tanto pasa a formar parte del mecanismo regular de reproducción ampliada del capital.

Dicha consolidación de estos niveles de gasto militar termina configurando así una peculiar estructura de relaciones entre el aparato estatal, la industria armamentística y los grandes conglomerados industriales. Empresas dedicadas a la producción aeronáutica, electrónica, maquinaria pesada o instrumentación científica pasaron a depender de los contratos militares, investigación financiada con fondos públicos y programas de desarrollo tecnológico que estaban estrechamente vinculados con el Departamento de Defensa. Con el paso de los años, esta interdependencia fue generando un entramado estable en el que la política de defensa, la política industrial y la estrategia económica del país quedaban íntimamente entrelazadas, consolidando la nueva forma de articulación entre el Estado y el capital monopolista. Esto es lo que en pocos años sería identificado de forma pública como el «complejo militar-industrial». En rigor, se trataba del Estado americano asegurándose de que una masa suficiente del plusvalor que lograba capturar en el mercado mundial se reinvirtiera en sus industrias centrales a la par que consolidaba su dominio militar.

Dwight D. Eisenhower, presidente saliente de Estados Unidos, fue quien popularizó el concepto al referirse en su

discurso de despedida, el 17 de enero de 1961, a la creciente «conjunción de un establecimiento militar de inmensas proporciones y una gran industria armamentística». En aquella intervención advirtió además de la necesidad de «protegernos contra la adquisición de influencia injustificada, ya sea buscada o no, por parte del complejo militar-industrial». Lejos de ver en estas palabras la denuncia de un ingenuo que descubre desde fuera un peligro que le resulta ajeno, lo que el discurso pone de manifiesto es el reconocimiento —desde el interior mismo del aparato de poder— de una estructura que se había consolidado durante las décadas precedentes y que había adquirido una dinámica propia, capaz de imponerse incluso a quienes aspiraban a controlarla.

La referencia de Eisenhower señalaba el síntoma visible de un proceso más profundo. La reorganización del capitalismo estadounidense en la segunda mitad del siglo XX había incorporado la producción militar a gran escala en el núcleo del propio sistema económico, integrando la «producción de destrucción» en el metabolismo de la acumulación. Para entender cómo operaba este metabolismo es necesario descomponer los diferentes elementos que lo constituían: la industria armamentística, el aparato del Estado y el capital financiero, tres instancias que, actuando de forma interrelacionada, fueron las que otorgaron al complejo militar-industrial su capacidad de reproducción autónoma.

La industria armamentística dejó de ser un sector meramente complementario para convertirse en el eje de un oligopolio *de facto*. Empresas como Lockheed, Boeing o General Dynamics pasaban a depender de los contratos del Pentágono para su desarrollo y supervivencia tecnológica. Todo lo que tenía que ver con investigación y desarrollo (I+D) se financiaba con fondos públicos, mientras que los resultados —patentes, el *know-how* [«saber hacer»], capacidad instalada— seguían permaneciendo en manos privadas.

Aquí el Estado ejercía el papel de planificador de la economía militar. El Departamento de defensa se ocupaba de

definir cuáles iban a ser las prioridades tecnológicas, orientar la investigación y garantizar la demanda a largo plazo. Esta función distaba mucho de la función tradicional que la teoría liberal adscribe al «gasto público». En este contexto, el gasto militar operaba simultáneamente como mecanismo de estabilización macroeconómica, compensando las fluctuaciones de la demanda privada y sosteniendo el ritmo de actividad en los sectores industriales más estratégicos de la economía.

El capital financiero era el elemento que cerraba y completaba el circuito. Aquí los inversores encuentran un activo seguro y rentable en la compra de deuda pública a través de bonos emitidos por el Estado. Los bancos y los fondos de inversión, además de en la propia industria de defensa, consiguieron un complemento fundamental en la compra de estos títulos de deuda. Además, eran las propias industrias armamentísticas las que, basadas en una posición de estabilidad de sus contratos y de su posición de oligopolio en el propio mercado bélico, se convirtieron en valores refugio para el capital financiero.

Por tanto, lo que Eisenhower identificaba como un peligro no era más que el funcionamiento normal de un capitalismo que había convertido la guerra en un motor industrial y financiero de primera clase. La máquina ya no necesitaba un impulso externo, sino que era capaz de alimentarse a sí misma, generando permanentemente una serie de amenazas que fueran capaces de justificar el gasto de alimentación de la industria, mientras que las finanzas obtenían su parte del pastel en forma de intereses.

Sin embargo, el capitalismo de la época se enfrentaba a un doble problema: por un lado, la concentración de capital generaba un excedente creciente que debía de ser absorbido para evitar una crisis de sobreproducción; y, por otro lado, los mecanismos tradicionales de absorción —la inversión productiva y el gasto social— en ese momento resultaban contraproducentes. El gasto militar tenía en el corto plazo la capacidad de dar respuesta a ambas contradicciones a la vez: por un lado, producir bienes cuya función era la destrucción o la amenaza,

15. Elveren, *The Economics of Military Spending*, pp. 70-4. Sobre la función del gasto militar como absorbedor de excedente, la crítica a la inversión productiva y al gasto social.

y que no son ni medios de producción ni medios de consumo, y por otro, absorbía el excedente sin generar nueva capacidad productiva, todo ello mientras blindaba la estructura de dominación capital-trabajo.¹⁵ La Guerra Fría, por su parte, proporcionaba la cobertura ideológica perfecta para sostener este mecanismo durante décadas: la amenaza comunista era la excusa ideal para mantener un nivel de gasto que de otro modo hubiese sido políticamente insostenible.

16. *Ibid.*, pp. 103-4, 108, 119-22. Para el conjunto de países, Tablas 6.4 y 6.5; para EE. UU., Tablas 7.3 y 7.5.

Los análisis cuantitativos realizados sobre el conjunto de diferentes países durante la segunda mitad del siglo XX confirman que este mecanismo cumplió una función clara en lo que respecta al sostenimiento de la rentabilidad del capital. Durante las décadas más centrales de la Guerra Fría, el gasto militar mostró una relación directa con la tasa de ganancia: los recursos desviados hacia la «producción de destrucción» actuaron como un eficaz estabilizador de la acumulación. Sin embargo, este efecto positivo se desvaneció en los 70, momento en el que el gasto militar perdió el impacto significativo que había tenido sobre la rentabilidad. El caso de Estados Unidos, el mayor exportador de armas del planeta confirma esta pauta. De hecho, el efecto pasa a difuminarse a partir de 1980, cuando el centro de gravedad de la acumulación se desplazó hacia la financiarización y el crédito al consumo.¹⁶ El motivo básico es que el gasto militar podía ayudar a lidiar con ciertas contradicciones, posponiendo su expresión en forma de crisis, pero en ningún caso eliminarlas. La emisión masiva de dólares que permitía financiar este gasto acabó contribuyendo a generar un desfase entre la cantidad de dólares en circulación y la cantidad de oro del que disponía EE. UU., haciendo estallar las costuras del acuerdo de Bretton Woods, con su paridad oro-dólar. La sobreacumulación era el reverso del mismo problema: el avance productivo de rivales como Alemania y Japón había socavado la superioridad de EE. UU. a la vez que generaba unos volúmenes de producción que el gasto militar, por sí mismo, no era ya capaz de absorber. Cabe mencionar, de paso, que frente a los cantos de sirena de quienes quieren vender el militarismo contemporáneo como una respuesta virtuosa a la crisis del capital, lo cierto es que el gasto militar es de todo

punto incapaz de resolver la inevitable tendencia al desfase entre el desarrollo de las fuerzas productivas y las capacidades de valorización, la contradicción básica que anida en el núcleo mismo del capitalismo.

La función económica del militarismo que venimos exponiendo no se puede entender al margen de la capacidad de proyección internacional. La consolidación del orden de posguerra exigió la configuración de una red de presencia militar permanente capaz de operar directamente sobre los puntos estratégicos de la economía mundial. Esta expansión se extendió a lo largo de Europa, Asia y Oriente Medio, donde se fue desarrollando un entramado de bases, flotas y acuerdos de despliegue que fijaban una geografía muy concreta de poder y superioridad estratégica. El objetivo principal era el control de los espacios donde se concentran los flujos de la economía mundial: la presencia en los principales estrechos y corredores marítimos garantizaba la circulación de mercancías y el acceso a recursos en condiciones ventajosas y estables para Estados Unidos, mientras que el despliegue en las regiones clave de suministro energético aseguraba la continuidad de los flujos de materias primas necesarias para la economía industrial.

Esta infraestructura incorporaba además la capacidad de intervenir en cualquier momento sobre aquellos territorios considerados estratégicos. En un contexto marcado por los procesos de descolonización y la emergencia de nuevos Estados, la presencia militar funcionaba como un mecanismo de delimitación de las trayectorias posibles para las economías periféricas, estableciendo límites en función de su compatibilidad con el sistema capitalista dominante. Allí donde surgían procesos políticos que cuestionaban la estructura de la propiedad, alteraban el acceso a recursos estratégicos o abrían vías de desarrollo relativamente autónomas, estos eran sistemáticamente etiquetados como «amenaza comunista». Esta operación traducía conflictos de naturaleza social y económica al lenguaje de la seguridad internacional, habilitando distintas formas de intervención: presión diplomática, operaciones encubiertas o apoyo a actores locales seleccionados, todas

compartiendo la misma exigencia de mantener la integración de esos espacios en el orden económico bajo hegemonía estadounidense.

Es a mediados de la década de los 60 cuando esta dinámica alcanzó un grado de sistematización especialmente relevante. En diferentes contextos en los que podríamos llamar «Tercer Mundo» o «Sur Global» se empiezan a desarrollar procesos de eliminación de fuerzas políticas y sociales al considerarlas como incompatibles con dicho orden. Este tipo de episodios se presentan como un patrón amplio de reorganización en la periferia en el que la violencia operaba como un instrumento de estabilización. La instauración por la fuerza de regímenes alineados respondía a una intervención externa que buscaba una orientación económica y política concreta dentro de estos países. De este modo, se daba una presencia de una red militar que asegurase un disciplinamiento lo suficientemente sólido que permitiera mantener las economías periféricas en el estatus de subordinación requerido para que el dominio occidental pudiera seguir perpetuándose. Esto sienta las bases materiales sobre las que se desarrollarían las transformaciones posteriores del capitalismo a nivel global.

2.2.1 El disciplinamiento de la periferia: Indonesia como laboratorio contrarrevolucionario

La violencia que atravesó Indonesia a mediados de la década de 1960 suele aparecer, cuando aparece, como una anomalía difícil de encajar en los relatos más asentados sobre la Guerra Fría. Durante muchas décadas se ha presentado como un episodio altamente confuso y casi opaco, difícil de interpretar desde fuera. Sin embargo, cuando se reconstruye con algo más de detalle, deja de aparecer como anomalía y empieza a revelar una lógica mucho más amplia y recurrente en distintos puntos del sistema internacional.¹⁷

Indonesia no era, en aquel momento, un país cualquiera. Su tamaño, su posición estratégica y, sobre todo, la existencia de un partido comunista de masas —el más grande en términos

17. Vincent Bevins, *El método Yakarta: La cruzada anticomunista y los asesinatos masivos que moldearon nuestro mundo* (Madrid: Capitán Swing, 2021), pp. 11-4, 34-5 y 89-93. Sobre la caracterización de la violencia indonesia como una «anomalía» y su posterior reinterpretación como parte de una lógica internacional más amplia.

cuantitativos fuera del bloque socialista — la situaban en una posición difícil de absorber dentro de los esquemas rígidos de alineamiento. La ambigüedad de su ubicación —ni plenamente integrada en la órbita estadounidense ni subordinada al bloque soviético— abría un margen de indeterminación que resultaba problemático en sí mismo. Bajo la presidencia del nacionalista Sukarno, Indonesia se había erigido en uno de los líderes del movimiento de los Países No Alineados, y su proyecto político, sintetizado en la ideología NASAKOM (Nacionalismo, Religión, Comunismo), pretendía transitar una vía propia al margen de las dos superpotencias. Este proyecto, sin ser explícitamente socialista, albergaba en su seno al Partido Comunista Indonesio (PKI), que para mediados de la década de 1960 contaba con aproximadamente tres millones de miembros de pleno derecho y veinte millones más vinculados a sus organizaciones de masas, lo que lo convertía en el tercer partido comunista más grande del mundo, solo por detrás de los de la Unión Soviética y China.

Lo que ocurre a partir de 1965 rompe esa indeterminación de forma abrupta. El golpe militar y la violencia anticomunista que este despliega, de forma masiva y sistemática, atraviesa al conjunto de la clase trabajadora del país y la distinción entre militancia activa y afinidad se diluye rápidamente. La cifra de víctimas es imposible fijar con exactitud; sin embargo, las estimaciones disponibles permiten situarla entre trescientas mil y más de quinientas mil personas, pudiendo alcanzar incluso cifras superiores a las seiscientas mil víctimas en apenas seis meses.¹⁸ Este rango obliga a reconocer en esa violencia una cierta coherencia operativa, por brutal que resulte.

Dicha coherencia se evidencia cuando se observa lo que siguió después. El PKI fue aniquilado como fuerza política: sus líderes fueron ejecutados o encarcelados, sus sedes destruidas y su mera mención quedó prohibida durante décadas. Pero la operación no se limitó a la eliminación del partido: su alcance fue mucho más amplio. Pues la destrucción del Partido fue también la desarticulación total de todo un tejido social vinculado a procesos de movilización, organización colectiva,

18. John Roosa, *Pretext for Mass Murder: The September 30th Movement and Suharto's Coup d'État in Indonesia* (Madison: University of Wisconsin Press, 2006), estimaciones de correspondientes contemporáneos que sitúan las víctimas entre 300.000 y más de 500.000; Robert Cribb, «Unresolved Problems in the Indonesian Killings of 1965-1966», *Asian Survey* 42 (2002): estimaciones historiográficas que sitúan la cifra en torno a 500.000/600.000, y un rango general entre 200.000 y 1.000.000.

etc., una verdadera purga social dirigida contra sindicalistas, campesinos que habían participado en las movilizaciones por la reforma agraria, maestros, intelectuales, periodistas...

Estados Unidos tuvo un papel determinante en el proceso. La documentación desclasificada en las últimas décadas revela una implicación completa articulada a diferentes niveles. Para empezar, los EE. UU. habían venido fortaleciendo sus vínculos con el ejército indonesio desde finales de la década de los 50, haciendo que los mandos militares indonesios fueran receptores privilegiados de formación, equipamiento y financiación estadounidenses. Miles de oficiales indonesios se formaron en academias militares de Estados Unidos, donde se empaparon de la ideología anticomunista más militante y de las técnicas de guerra psicológica y contrainsurgencia que luego aplicarían en su propio país.

Además, durante las propias masacres, la embajada estadounidense en Yakarta proporcionó al ejército indonesio listados de nombres de comunistas y supuestos comunistas, facilitando así su localización y, por ende, su eliminación. Un funcionario de la embajada, Robert Martens, reconoció décadas después haber elaborado estas listas y haberlas entregado al ejército afirmando que «probablemente tenga mucha sangre en las manos, pero a veces eso no es del todo malo».¹⁹

Y tras todo esto, no podía faltar la cuestión propagandística, una cobertura mediática internacional que fue crucial para legitimar ante la opinión pública mundial la masacre, aislar a las víctimas y evitar a toda costa que existiese ningún tipo de solidaridad internacional, ya que «*mientras fueran comunistas, a nadie le importaba que los masacraran*».²⁰ La deshumanización previa de las víctimas es condición de posibilidad para que la escalada de violencia no genere ningún tipo de conmoción, y, además, facilite la consumación del proceso.

Las consecuencias inmediatas de este cambio de régimen fueron profundas y abarcaron todas las dimensiones a nivel tanto social como económico del país. En el plano geopolítico,

19. Kathy Kadane, «US Officials' Lists Aided Indonesian Bloodbath in '60s», *The Washington Post*, 21 de mayo de 1990. Aquí la declaración original de Robert J. Martens, exmiembro de la sección política de la embajada estadounidense en Yakarta: «*It really was a big help to the army [...]. They probably killed a lot of people, and I probably have a lot of blood on my hands, but that's not all bad.*».

20. La cita pertenece a Howard Federspiel, funcionario del Departamento de Estado, recogida en Kadane, «US Officials' Lists».

Indonesia pasó de ser un líder del movimiento de los Países No Alineados y un crítico del imperialismo a convertirse en un socio silencioso y obediente del titán estadounidense. La nueva dictadura se integró plenamente en la arquitectura de la Guerra Fría occidental, alineándose con Washington en las principales cuestiones internacionales. A nivel económico se dio una reorientación radical, pero que no sorprende en exceso una vez somos conocedores del *modus operandi* de Estados Unidos. En esta ocasión, con un grupo de economistas formados en la Universidad de California al mando, apodados como «La mafia de Berkeley», los EE. UU. pusieron en marcha un recetario compuesto de medidas ya conocidas en torno a la disciplina fiscal, privatización de empresas y un largo etcétera poco sorprendente. ¿El resultado? Un capitalismo clientelar, con altísimos niveles de corrupción, donde el dinero fluía desde los recursos naturales hacia una pequeña élite militar y empresarial vinculada a EE. UU.²¹

Indonesia se convirtió así en el «laboratorio contrarrevolucionario» por excelencia, el banco de pruebas de un método que luego sería exportado a otras regiones. El éxito de la operación fue tal que el nombre de su capital, Yakarta, pasó a ser una metáfora en América Latina. En Brasil la dictadura militar planificó una «Operação Jacarta» para exterminar a sus propios opositores.²² En Chile la ultraderecha pintó en las calles de Santiago la amenaza «Yakarta viene», en referencia explícita al modelo de masacre que esperaban replicar si Salvador Allende llegaba a la presidencia y que efectivamente aplicaron tras el golpe de 1973.

21. Bevens, *El método Yakarta*, pp. 263, 306-7 y 311-2. Sobre la reorientación económica, la «Mafia de Berkeley», el capitalismo clientelar y la corrupción.

22. *Ibid.* pp. 305-8 y 323-6. Sobre Indonesia como «laboratorio», la «Operação Jacarta» en Brasil y el uso de «Yakarta» como amenaza en Chile.

2.3. En síntesis: del marco de la contención al marco de la ofensiva

Ubicando todos los elementos anteriores en un esquema más sintético, nos encontramos ante la siguiente secuencia. Tras 1945 EE. UU. se consolidó como hegemón mundial y guardián del orden burgués, por medio de una arquitectura institucional capaz de relanzar la acumulación en términos

favorables a sus intereses. Ante el avance del movimiento obrero occidental, el empoderamiento de la URSS, el triunfo de la Revolución en China y el impulso descolonizador que recorría los dominios de los viejos imperios en declive, se impuso una política de «contención» del comunismo articulada en torno a dos polos. En primer lugar, tenemos la zanahoria: concesiones a gran escala a la clase trabajadora occidental y los capitales nacionales del Sur Global. En segundo lugar, tenemos el palo: la amenaza —o la realidad, como en el caso de Corea— de la agresión militar directa, y un proyecto a gran escala de contrainsurgencia comunista correlativo al empoderamiento de la CIA. Lo interesante en este punto es que esta reconfiguración del orden capitalista internacional se llevó a cabo por medio de una *intervención reguladora consciente* sobre alguna de las tendencias internas del capitalismo. La clase dirigente entendió que los efectos desintegradores de estas tendencias eran un arma en manos del socialismo, y optó por contenerlas. El renovado papel del gasto militar cumplía simultáneamente ambas funciones, incorporando la intervención sistemática en la economía para sostener la acumulación y el fortalecimiento del brazo armado del capitalismo. Su cara más amable era el pleno empleo en Occidente, la extensión de los derechos sociales y políticos o el aumento del nivel de vida en el Sur Global derivado del intento consciente por ofrecerle un mínimo margen para el desarrollo industrial.

Pero esta forma de intervencionismo tenía límites internos que empezaron a mostrarse en los años 60, cuando la sobreproducción y la consiguiente caída de la tasa de ganancia comenzaron a amenazar su estabilidad. Se impuso entonces un intento de reestructuración del sistema mundial acompañado por un enfoque donde las concesiones comenzarían a retirarse en favor de una perspectiva más ofensiva —cristalizada desde mediados de los 60 en el ya mencionado «método Yakarta»—. Hablamos, en rigor, de un marco de ofensiva general que tenía entre sus objetivos el movimiento obrero, el bloque soviético y los movimientos nacionalistas del Sur Global, en lo que pasaría a conocerse como *rollback* (esto es, el intento de «echar para atrás» las concesiones entregadas, que pasaban a resultar in-

compatibles con la estabilidad del sistema, enmarcado dentro de un proyecto más amplio de ofensiva de todos los reductos de poder vinculados al periodo anterior). Lo que se conoce como «neoliberalismo» es parte de este proceso, y no puede desligarse del intervencionismo directo: fueron la Indonesia de Suharto y la Chile de Pinochet, y no la Gran Bretaña de Thatcher, quienes ejercieron la función de primer laboratorio de las políticas neoliberales. De ahí también que estas políticas tuvieran su reverso en la escalada en la competencia militar contra una Unión Soviética que había empezado a perder la carrera productiva a la par que se contraía su prestigio internacional.

Un elemento importante en lo anterior fue el acercamiento entre EE. UU. y China cristalizado en la visita de Nixon a Pekín en 1972. Esta maniobra permitió a EE. UU. valerse de la ruptura entre China y la URSS para reforzar el aislamiento de esta última, arrancar concesiones diplomáticas realmente indignantes —como el apoyo chino a la Chile de Pinochet o a los jermes rojos de Pol Pot contra Vietnam— y abrir la puerta a la incorporación del gigante asiático al mercado global bajo el mando de Deng Xiaoping.

Económicamente, el «neoliberalismo» impuesto desde los puestos de mando del capitalismo global hegemónico por EE. UU. consistió, al nivel más básico, en el desmantelamiento de un marco de concesiones que ofrecía a los diferentes países unos mínimos de protección contra los dictados de unas leyes del mercado donde el pez más grande se impone inevitablemente. Liberado de las restricciones impuestas en el ciclo anterior y contando en todo momento con el pleno respaldo de su Estado, el capital americano podría enseñorearse por el mundo en busca de la máxima rentabilidad, constituyéndose así la unidad entre la «globalización» y financiarización que caracterizó el periodo.

Políticamente, lo anterior hubiera sido difícilmente imaginable sin la severa derrota que tanto el proletariado mundial como los movimientos nacionalistas del Sur Global sufrieron en el periodo 1965-80. A los sucesos de Indonesia se le sumó

la derrota de la ola de movilizaciones que recorrió Occidente (nueva victoria de De Gaulle en Francia, domesticación de la revolución portuguesa, consolidación del *statu quo* burgués en Italia tras los «años de plomo», Pactos de la Moncloa, desarticulación de la «oposición extraparlamentaria» alemana, fin del «invierno del descontento» en Gran Bretaña, desarticulación/integración de los movimientos de protesta en EE. UU.), el ocaso del panarabismo/nasserismo tras la victoria israelí en la Guerra de Yom Kippur, el creciente desprestigio de la URSS (tanques en Checoslovaquia, etc.) y China (alianza con EE. UU., giro hacia el mercado) y la sucesión de dictaduras militares en Latinoamérica, auténticos verdugos de los movimientos obreros y populares (Brasil, Argentina, Chile, Uruguay, Bolivia, Guatemala, etc., todas enmarcadas en la «Operación Cóndor» diseñada por EE. UU.). Estados Unidos estuvo implicado de forma más o menos directa en todas estas contiendas, y de todas salió victorioso. Lo anterior allanó el camino a que pudiera hacer frente a sus dificultades económicas de fondo reestructurando el sistema internacional de nuevo de acuerdo con sus intereses.

2.4 Después de 1991: hegemonía sin contrapeso

Tras la caída de la Unión Soviética, la OTAN dejó de estar vinculada a su objetivo principal —la contención de la URSS— para convertirse en un instrumento de reorganización del espacio europeo. Lejos de disolverse tras la desaparición del bloque que había justificado su existencia, la Alianza inició un proceso de expansión hacia Europa del Este, incorporando progresivamente a países del antiguo bloque soviético en un ámbito institucional, económico y estratégico más amplio, en el que la dimensión militar se articulaba con la apertura de sus economías y su inserción en el mercado mundial. La Alianza había dejado de ser una organización «defensiva» para convertirse en el brazo armado de una hegemonía que, al carecer de contrapeso, podía presentar sus intervenciones como universales y sus intereses como los del «mundo libre».

La década de los 90 dio un nuevo impulso al proceso que venía desarrollándose desde finales de los 70: una transformación económica que reconfiguraría la estructura productiva mundial en un sentido neoliberal. Con la caída de la URSS cae también la única muestra viva de existencia de un referente alternativo al capitalismo privado, permitiendo que el proceso escalara en amplitud geográfica, cebándose con los territorios exsoviéticos.

El FMI y el Banco Mundial desempeñaron un papel central en la plena incorporación de todas estas economías dentro del mercado mundial, lo que dio lugar a la mayor catástrofe humanitaria jamás acaecida fuera de un periodo de guerra. El «Consenso Washington», un conjunto de reformas que establecía un programa con una relativa homogeneidad basado en la privatización de empresas públicas, la apertura comercial, la desregulación financiera, la disciplina fiscal, etc., se presentó como un instrumento de estabilización económica, pero en última instancia no era más que la puesta en práctica del mecanismo de reestructuración orientado a adecuar las economías nacionales a las exigencias del capital global. La condicionalidad asociada al acceso al crédito internacional funcionó como método de chantaje en este proceso, limitando así los márgenes de maniobra de los diferentes Estados e instando a la adopción de estas políticas.

Las consecuencias fueron especialmente visibles en las economías de la periferia. Los activos públicos —desde las empresas estratégicas hasta los sistemas de pensiones— fueron transferidos a manos privadas, con frecuencia extranjeras, a precios de liquidación. Las protecciones sociales que habían tenido una funcionalidad de dique de contención para paliar las desigualdades habían sido dismanteladas. Los países de tanto América Latina como África y Europa del Este se insertan en este entramado económico como proveedores de materias primas y de mano de obra barata, mientras las economías centrales, especialmente Estados Unidos y sus aliados, concentran los beneficios de esta nueva división internacional del trabajo.²³

23. Harvey, *Breve historia del neoliberalismo*, pp. 16-21, 27-35, 38-40, 71-7, 159-89. Sobre la transformación de la OTAN en instrumento de hegemonía global, el papel del FMI y el Banco Mundial en la imposición del Consenso de Washington y los programas de ajuste estructural, y las consecuencias de la globalización neoliberal para la periferia (privatizaciones, dismantelamiento de protecciones sociales, inserción subordinada en el mercado global).

Pero la implementación de este programa no viene por arte de magia: difícilmente habría sido posible sin la complicidad de quienes se habían presentado como los guardianes de los intereses de la clase obrera y del llamado Estado de Bienestar. Sería simplista reducir este fenómeno a una mera «traición». El proyecto socialdemócrata clásico es un proyecto con unos claros límites y su viabilidad depende siempre de la capacidad de reparto de la ganancia que permita la redistribución. Su función en la construcción del Estado del Bienestar, en este sentido, está subordinada a su papel como brazo izquierdo del atlantismo, consolidado a partir de 1945. Cuando la crisis de rentabilidad de los años 70 puso fin a ese crecimiento, sus limitaciones de fondo salieron a la luz, demostrándose que aquellas concesiones que habían reclamado como propias se debían en realidad a la amenaza de las mismas fuerzas que aquellos pugnaban por contener.

El toque de corneta vino de la mano de Mitterrand, que había ganado las elecciones en coalición con los comunistas para pasar a aplicar un programa socialdemócrata relativamente ambicioso. En apenas unos meses, ante el escenario de fuga de capitales y huelgas patronales, ruido de sables en el ejército y presión diplomática estadounidense y europea, Mitterrand dio un giro de 180 grados y pasó a aplicar las vías maestras del recetario neoliberal. Tanto Felipe González como Mario Soares se comportaron como fieles discípulos del nuevo credo, del mismo modo que los partidos socialdemócratas de Australia y Nueva Zelanda, principales impulsores del neoliberalismo en su país. En ello les siguieron Tony Blair y el «Nuevo Laborismo», que la propia Thatcher identificara como la mayor de sus victorias.

En Estados Unidos Clinton proclamó que «la era del gran gobierno había terminado» y firmó la reforma del sistema de bienestar que se encargó de eliminar las protecciones sociales a los sectores más precarizados, al tiempo que impulsaba la desregularización financiera que allanaba el camino a la crisis del 2008.²⁴ Esta convergencia entre la derecha neoliberal y un renovado socioliberalismo movió cielo y tierra para asentar la

24. *Ibid.*, pp. 18-20, 45-8, 88-90. Sobre el giro de la socialdemocracia —incluyendo el «Nuevo Laborismo» de Blair, la reforma del bienestar de Clinton y los límites estructurales del reformismo— y su papel en la consolidación del neoliberalismo.

idea de que no ya el socialismo, sino la más mínima desviación con respecto a los dictados del capital pertenecía al reino de la fantasía. La fórmula «There is no alternative» [no existe alternativa] acuñada por Thatcher se convierte en la forma de enunciación más clara de la realidad de la época. Los partidos socialdemócratas, en lugar de ofrecer una resistencia al desmantelamiento del Estado social, se convirtieron en sus eficaces ejecutores.

Esta expansión neoliberal requería de una dimensión coercitiva que hiciera posible su implantación en aquellos espacios que mostraban resistencia o que simplemente suponían un obstáculo al acceso irrestricto de EE. UU. a los recursos y fuentes de energía. Aquí es Oriente Medio el que se va a encontrar como un eje central en el objetivo de Estados Unidos, tanto por su relevancia a nivel energético como por su posición en el sistema internacional. Ya desde mediados de los 70, tras la crisis del petróleo, EE. UU. había establecido el control sobre las reservas energéticas de Oriente Medio como una prioridad estratégica. Las intervenciones militares que se dan a partir de los años 90 pueden enmarcarse en esta lógica. Fue la Guerra del Golfo la que marcó el inicio de la presencia militar permanente en la región, y que supuso la demostración de la capacidad por parte de los Estados Unidos de su poder militar a escala global en el Golfo Pérsico. La Guerra del Golfo supone el asentamiento de las bases de una forma de intervención que se repetiría años posteriores en la intervención en los Balcanes —el bombardeo de la OTAN sobre Yugoslavia en la Guerra de Kosovo—, siempre bajo el mismo pretexto: intervención humanitaria, defensa de los DD. HH. o prevención de amenazas.

El punto de inflexión llega con los atentados del 11 de septiembre del 2001, donde, más allá de su impacto inmediato, se evidencia la vulnerabilidad interna de Estados Unidos y las limitaciones de su aparato de seguridad. La denominada «guerra contra el terror» configura un enemigo difuso, sin una base territorial definida, que legitimaba una proyección del poder militar sin unos límites claros en el tiempo ni en el espacio. Bajo este marco, la seguridad pasó a ocupar una po-

25. Josep Fontana, *Por el bien del imperio*, pp. 706-8 y 711-4.

sición central como el principio rector de la política exterior, ampliando de forma drástica los márgenes de actuación tanto a nivel internacional como interno.²⁵

La intervención en Afganistán inaugura una dinámica de presencia militar prolongada y sostenida, mientras que la de Irak pone de manifiesto cómo articular la reestructuración económica a través del poder militar. La invasión, presentada bajo la lógica de la guerra preventiva, se legitimó en términos de seguridad y de expansión de la libertad, configurando un marco discursivo que permitía justificar la intervención más allá de amenazas concretas. Llevó así a cabo una serie de decretos que establecían la privatización prácticamente total de las empresas públicas, la apertura de la economía al capital extranjero con plenos derechos de propiedad, la libre repatriación de beneficios y la eliminación de barreras comerciales. A ello se sumaba la apertura del sistema bancario al control extranjero y la imposición de un marco fiscal favorable al capital, junto con restricciones al derecho de huelga y a la organización sindical en sectores clave.²⁶

26. David Harvey, *Breve historia del neoliberalismo*, pp. 9-15. Sobre los decretos de la Autoridad Provisional de la Coalición (2003)

III. El imperialismo estadounidense en el camino hacia 2008, y más allá

3.1 Economía mundial y apropiación de valor

La centralidad de EE. UU. en la economía mundial contemporánea no se sostiene únicamente sobre su capacidad militar, aunque esta haya sido históricamente uno de sus pilares fundamentales. Su posición privilegiada dentro del sistema capitalista global descansa sobre una arquitectura más amplia, cuya expresión más característica en la fase actual es la organización de la producción en torno a cadenas globales de valor, donde los procesos productivos se fragmentan y se distribuyen internacionalmente según criterio de rentabilidad. Este modelo permite a las grandes corporaciones estadounidenses

reorganizar la producción a escala global, localizando las fases intensivas de trabajo en regiones con bajos salarios, mientras que concentran en su propio espacio las funciones estratégicas que están más vinculadas al control, la financiación, la propiedad intelectual o la comercialización.

Esta reorganización productiva se apoya en la división salarial internacional, la cual es constituyente de uno de los pilares del sistema capitalista actual. Las diferencias salariales entre centro y periferia son la condición necesaria para el funcionamiento de la cadena productiva. La actual existencia de una amplia mano de obra barata en lugares como Asia, África o América Latina es lo que permite al gigante estadounidense sustituir trabajo relativamente bien pagado (cojamos con pinzas el concepto «bien pagado» bajo un sistema capitalista) por un trabajo totalmente pauperizado y de bajo coste, teniendo como consecuencia el aumento de los márgenes de beneficio sin necesidad de transformaciones tecnológicas o contratación de mano de obra equivalente. Este proceso se articuló, entre otras cosas, por mecanismos tales como el *outsourcing*, o lo que tradicionalmente hemos llamado siempre «subcontratación». Este mecanismo permite a las grandes corporaciones externalizar la producción hacia una red externa de proveedores que compiten entre sí por acceder a dichos contratos, generando constantemente una presión a la baja sobre los salarios, los derechos laborales y las condiciones de trabajo.²⁷

Sin embargo, por mucho que esta dispersión geográfica se lleve a cabo en torno a la propia producción, no se lleva de igual forma la descentralización del poder económico. La realidad es la contraria: las cadenas globales de valor se jerarquizan fuertemente y el control sobre las mismas sufre un proceso cada vez mayor de concentración en manos de las grandes corporaciones, especialmente estadounidenses. Estas empresas no coordinan únicamente la producción, sino que definen los estándares técnicos, fijan precios, controlan el acceso a los mercados y monopolizan activos intangibles como marcas, patentes y (los ya comentados antes) derechos de propiedad intelectual.

27. John Smith, *Imperialism in the 21st Century* (2016), pp. 51-6. Sobre la transferencia de valor en las cadenas globales de producción.

Aquí opera un intercambio desigual debido en última instancia a la disparidad en la composición orgánica del capital — la relación entre tecnología y fuerza de trabajo —: las empresas del centro pueden intercambiar productos de alta tecnología por mercancías que han requerido un esfuerzo humano masivo en el Sur Global. En la práctica, esto supone una transferencia neta de valor: las horas de trabajo del Sur se intercambian por una fracción mínima de las horas de trabajo del Centro, consolidando un imperialismo de carácter extractivo donde la innovación tecnológica sirve para perfeccionar los mecanismos de succión de plusvalor.

Uno de los ejemplos más ilustrativos es Apple, la cual organiza su producción a través de redes globales en las que el diseño, la innovación y la comercialización se concentran en Estados Unidos, mientras que la fabricación se externaliza a países asiáticos. Aunque el ensamblaje se realice fuera del centro, la mayor parte del valor se genera y se captura en las fases que controla la propia empresa estadounidense gracias a su renta tecnológica y su monopolio de patentes. Un patrón similar opera en la industria textil: empresas como Nike concentran la producción en países como Bangladesh o Vietnam, donde los costes salariales son extremadamente bajos, mientras que las empresas que controlan la distribución y la propia marca es la que captura la mayor parte del valor final del producto. En ambos casos, el «valor» que aparece en los balances de las corporaciones estadounidenses es, en última instancia, trabajo vivo succionado de la periferia que no ha sido remunerado en su justa medida.

A estos mecanismos hay que añadir la dimensión monetaria del sistema, cuya expresión más determinante es el papel del dólar como moneda de reserva internacional y que refuerza de forma estructural la capacidad de apropiación de valor por parte de Estados Unidos. El papel del dólar permite a la economía estadounidense acceder a recursos globales en condiciones privilegiadas. Este fenómeno, que es conocido como *seigniorage* [señoreaje], implica que EE. UU. puede financiar parte de su consumo y de su inversión mediante la emisión de

activos en su propia moneda, que son demandados internacionalmente, cuestión que veremos en el siguiente punto.

Esta capacidad de centralizar la riqueza producida en una red de producción totalmente descentralizada constituye la base material del imperialismo actual. Es sobre este drenaje constante de valor real donde se asienta la arquitectura financiera que permite a Estados Unidos, además, ejercer un dominio monetario global a través del dólar, cerrando así el círculo de la acumulación a escala planetaria.

3.2 Poder financiero y monetario

Los orígenes del sistema monetario financiero actual se remontan a la decisión unilateral de Estados Unidos en 1971, bajo la presidencia de Richard Nixon, de suspender la convertibilidad del dólar en oro. El sistema de Bretton Woods contenía una contradicción de base, y es que para poder sostener la expansión del comercio mundial era necesario emitir dólares en grandes cantidades, pero esa misma emisión era la que incapacitaba la posibilidad de respaldarlos en oro. Las reservas estadounidenses se fueron mermando hasta que el abandono de la convertibilidad se convirtió en una condición necesaria para la continuidad del sistema.

Este cambio supone el inicio de una nueva fase en la que la acumulación de capital ficticio adquiere un peso mayor. El dólar deja de estar vinculado con un respaldo material directo, y se consolida como una moneda fiduciaria cuyo valor descansa en la confianza y en la capacidad para estructurar los flujos económicos internacionales.²⁸

En este sentido uno de los pasos decisivos fue la consolidación del dólar como moneda de referencia en el comercio de materias primas estratégicas, especialmente petróleo, lo cual aseguró una demanda de la divisa a escala mundial. Durante la crisis petrolera del 73 EE. UU. logró que el comercio de este

28. Andrés Piqueras y Wim Dierckxsens [eds.], *El colapso de la globalización: La humanidad frente a la Gran Transición* (2011). Sobre el fin de la convertibilidad del dólar en oro y el inicio de la acumulación de capital ficticio.

29. *Ibid.* «Introducción», pp. 13-22. «Durante esa crisis petrolera los EE. UU. lograron que el comercio de este recurso energético se realizaría en dólares, cuya demanda aumentó entonces de manera sostenida, y con ello la "fe" en dicha moneda [...], la "fe" en el dólar, se basa cada vez más en el mero poder político y militar estadounidense».

30. *Ibid.* Para las ideas sobre el petrodólar como generador de demanda de dólares y el papel del poder político-militar como respaldo de la «fe» en la moneda.

31. Carchedi, G. y Roberts, M. (2021). «The Economics of Modern Imperialism», *Historical Materialism*, 29(4), pp. 37-8.

32. David Harvey, *El nuevo imperialismo*, pp. 69-70. Sobre la vulnerabilidad estructural del endeudamiento externo estadounidense y la relación de interdependencia con los países excedentarios que financian ese déficit.

recurso se realizará en dólares, Sin embargo, con el paso del tiempo, esa «fe»²⁹ en el dólar pasa a sustentarse y depender cada vez más del poder político y capacidad coercitiva a través del poder militar de Estados Unidos, erigido en garante de su valor.³⁰

Esta capacidad para emitir moneda de reserva mundial le concede a Estados Unidos lo que se conoce como el privilegio del señoreaje global, anteriormente mencionado. A efectos prácticos, el señoreaje no significa otras cosas que la capacidad de obtener bienes y servicios reales del resto del mundo pagando con una moneda que él mismo crea prácticamente de la nada. El coste de producir un billete de 100 dólares es totalmente insignificante, pero con esos 100 dólares en valor real estos se pueden traducir en desde alimentos, hasta petróleo, productos manufacturados, etc. Hablamos, en esencia, de un impuesto que el resto del mundo paga a EE. UU. por el uso de su propia moneda.³¹

Los países exportadores, especialmente los del sudeste asiático (como pueda ser China) y los productores de petróleo, acumulan enormes superávits comerciales en dólares. Para evitar que la apreciación de sus propias monedas dañe su competitividad exportadora, sus bancos centrales reinvierten esos dólares sobrantes en activos denominados dólares, principalmente Bonos del Tesoro estadounidense. De esta forma, el ahorro de países como China, Japón, Arabia Saudí o Alemania fluye hacia Wall Street y financia el déficit fiscal y comercial de Estados Unidos.

El resultado de esta dinámica ha sido un endeudamiento externo de proporciones históricas, que convierte a la economía estadounidense en especialmente vulnerable, ya que cualquier pérdida de confianza podría desencadenar una masiva fuga de capitales y un colapso del dólar.³² Esto genera una relación de interdependencia donde los países excedentarios se convierten en rehenes de su propia inversión, ya que no pueden dejar de comprar bonos estadounidenses sin provocar un colapso en el dólar que hundiría también el valor de sus propias reservas.

Y permite a la vez que Estados Unidos mantenga su nivel de consumo y de gasto militar muy por encima de su capacidad productiva real.

Este control del dólar otorga una serie de instrumentos bien pensados de coerción geopolítico que permitía a Estados Unidos mantener bien a raya al resto de países. Uno de estos instrumentos es la capacidad de imponer sanciones económicas unilaterales, dado que la gran mayoría de transacciones comerciales y financieras internacionales se realizan en dólares además de darse por el sistema de compensación de pagos SWIFT,³³ por lo que EE. UU. tiene la capacidad de bloquear a cualquier país o entidad si así lo decidiese. Basta con incluir a un banco, empresa o gobierno a la lista de sancionados para que quede prácticamente excluido del comercio y las finanzas mundiales.

Aunque el discurso oficial recurra a los argumentos conocidos —defensa de los derechos humanos, lucha contra el terrorismo, no proliferación nuclear—, el objetivo estratégico que subyace a este tipo de medidas es claro: disciplinar a aquellos Estados que intentan seguir vías de desarrollo autónomo y que desafían la hegemonía del dólar. En este sentido, las sanciones económicas son la prolongación de la guerra, pero por medios distintos a los puramente bélicos, los cuales cuentan además con la ventaja de que causan estragos en las poblaciones enemigas, pero sin la necesidad de desplegar tropas ni asumir bajas propias. La eficacia coercitiva de las sanciones descansa de nuevo, en la «fe» en el dólar y sus bases materiales. Mientras el mundo siga necesitando del dólar para comerciar y los bancos centrales sigan acumulando bonos del Tesoro como reserva de valor, la capacidad de Washington para excluir a un país del sistema financiero global será devastadora. Sin embargo, vemos como el abuso de este mecanismo está generando un efecto no deseado para EE. UU., donde países sancionados como China o Rusia, han acelerado sus esfuerzos por crear sistemas de pagos alternativos como el SPFS en Rusia o el CIPS en China o por firmar acuerdos bilaterales de comercio con monedas nacionales.³⁴

33. SWIFT (*Society for Worldwide Interbank Financial Telecommunication*) es la plataforma de mensajería financiera que utilizan los bancos de todo el mundo para realizar transferencias internacionales. Aunque formalmente es una cooperativa neutral con sede en Bélgica, su control efectivo es por parte de Estados Unidos que puede exigir el acceso a sus datos y ordenar el bloqueo de transacciones.

34. Andrés Piqueras, *De la decadencia de la política en el capitalismo terminal* (2022), capítulo VII. Papel de las sanciones económicas como instrumento de dominación financiera global

Otro de los instrumentos antes mencionados sería el poder que el control del dólar otorga sobre la deuda externa. Mano a mano con El Fondo Monetario Internacional (FMI) y el Banco Mundial, EE. UU. tiene la capacidad de imponer programas de ajuste estructural que busquen profundizar aún más si cabe en la dependencia y transferencia de riqueza de los países deudores a los acreedores, fundamentalmente privados y con sede en Wall Street. El FMI y el Banco Mundial se han comportado históricamente como *«ujieres de justicia al servicio de la banca privada»*,³⁵ garantizando que sean los Estados deudores —y, por ende, la clase trabajadora— quienes asuman las pérdidas, mientras los bancos privados rescatan sus beneficios.

35. Éric Toussaint, *Banco Mundial y FMI: al servicio de los acreedores* (capítulo 15). La expresión literal es: «Se convirtieron en ujieres de justicia al servicio de la banca privada».

Esta mecánica de disciplinamiento se ha ido perfeccionando a lo largo de las sucesivas y diferentes crisis, como por ejemplo la de México de 1982. Un país que cuenta con dificultades financieras solicita el rescate al FMI. A cambio de los fondos, se debe aplicar un paquete de medidas que suelen incluir la privatización de empresas públicas, el recorte del gasto social, la flexibilización laboral, medidas de austeridad fiscal o la apertura de mercados al capital extranjero. El resultado suele ser casi siempre el mismo: la economía nacional se contrae, el desempleo se dispara y los recursos estratégicos pasan a manos de empresas extranjeras. La deuda, lejos de reducirse, suele aumentar y el país queda atrapado en una espiral de dependencia de la que difícilmente tiene la capacidad de escapar.

Además de ello, el FMI y el Banco Mundial se han asegurado siempre de impedir de forma sistemática cualquier tipo de discusión en torno a la anulación de la deuda. Cuando economistas internos del Banco Mundial propusieron incluir en los informes oficiales el cálculo de la «transferencia neta» —que descuenta los intereses pagados, mostrando así la sangría real de recursos— su dirección vetó la propuesta por considerarla un tema tabú. La razón no es otra que la negativa a reconocer que los países de ingresos medios estaban transmitiendo masivamente recursos al Norte a través de pagos de los intereses y por ende que se pudiera abrir levemente una puerta a exigir quitas o reestructuraciones de la deuda.³⁶

36. *Ibid.* Toussaint detalla cómo, en 1984, un equipo de economistas del Banco Mundial liderado por Sidney Chernick y Basil Kavalsky propuso calcular la «transferencia neta» descontando los intereses pagados, lo que revelaba transferencias masivamente negativas desde 1983. La dirección del Banco, encabezada por el vicepresidente Ernest Stern, vetó la publicación del informe argumentando que no se debía «sacar a relucir esa cuestión».

Todo esto, sumado a la creciente internacionalización del sistema bancario se va consolidando como la muestra más clara de lo que supone la intervención del FMI y la mera existencia de este. A medida que los flujos financieros se han ido globalizando, los grandes bancos han ido expandiendo su actividad más allá de las fronteras nacionales, operando así de forma más integrada en los mercados internacionales en relación con el crédito, la deuda y el capital. Aquí el FMI actúa como una institución que garantiza todo este entramado cuyo objetivo principal es asegurar la viabilidad de los espacios de circulación del capital internacional.

3.3 Militarismo como garantía del orden económico

La expansión financiera de las últimas décadas, por espectacular que haya sido para los bolsillos de unos pocos, nunca ha sido capaz de disipar una tensión clara: el valor—esa sustancia escurridiza que el capital persigue sin cesar— sigue teniendo su fuente en el trabajo vivo gastado en la producción, un proceso que requiere de fuentes de energía y recursos naturales. El acceso a unos y otros se garantiza en última instancia a través de las relaciones de poder y coerción, aunque, en muchas ocasiones, estas no sean del todo visibles.³⁷

En este marco, el gasto militar estadounidense difícilmente puede interpretarse como una respuesta coyuntural a amenazas específicas y más bien puntuales. Su persistencia y su magnitud nos sugieren una inserción mucho más profunda en la lógica del funcionamiento del sistema capitalista. Este se configura como la condición de posibilidad del sostenimiento de una determinada estabilidad, especialmente en el contexto en cual la inversión productiva encuentra cada vez más dificultades para asegurar unos niveles medianamente elevados de rentabilidad. Por lo tanto, el complejo militar-industrial desempeña una función central. En este sentido, su papel se aproxima no tanto a un sector productivo autónomo, sino a una infraestructura de poder que asegure la circulación de

37. Andrés Piqueras, *De la decadencia de la política...*, capítulo 4, apartado 4.3.

38. Reinaldo Carcanholo, «Interpretaciones sobre el capitalismo actual, crisis económica y gastos militares», en Andrés Piqueras y Wim Dierckxsens (eds.), *El colapso de la globalización...*

39. Department of Defense, *Base Structure Report FY2025*. El informe identifica en torno a 520 emplazamientos militares en el exterior que superan las 4 hectáreas de extensión y los 10 millones de dólares en valor de reposición. Esta cifra no incluye instalaciones de menor tamaño, cuya incorporación incrementa de forma significativa el número total de instalaciones militares estadounidenses fuera de su territorio.

40. La Iniciativa de Defensa Estratégica (IDE), anunciada por Ronald Reagan en 1983, proponía el desarrollo de un sistema de defensa capaz de interceptar misiles balísticos, cuestionando el principio de destrucción mutua asegurada (MAD). El Tratado Antibalístico (ABM), firmado en 1972 entre Estados Unidos y la Unión Soviética, limitaba el desarrollo de estos sistemas para preservar el equilibrio estratégico. La retirada unilateral de Estados Unidos en 2002 eliminó dichas restricciones, permitiendo el despliegue de sistemas antimisiles en un nuevo contexto geopolítico.

capitales en las condiciones más beneficiosas posibles para las potencias imperialistas.³⁸

Esto se materializa en una red de aproximadamente quinientos emplazamientos militares de gran tamaño dispersos por todo el planeta, a los que se suman numerosas instalaciones de menor escala que amplían significativamente este despliegue global.³⁹ Cada una de ellas es una pieza en un tablero especialmente diseñado para controlar los estrechos, los oleoductos, las rutas marítimas por donde transita el comercio global, etc.

El despliegue de bases militares constituye en sí mismo la parte visible en la forma de la represión imperial sobre el terreno. Sin embargo, ya desde finales de la Guerra Fría, emergió con fuerza toda una dimensión tecnológica complementaria a lo anteriormente enunciado, con una serie de características cualitativamente distintas, que toma forma en lo llamado Defensa Antimisiles Balísticos, construidos por EE. UU. en varios países de la OTAN.

El precedente se encuentra en la conocida como Iniciativa de Defensa Estratégica (IDE) impulsada en los años ochenta. Esta iniciativa se presenta oficialmente como un sistema que orientado a interceptar misiles nucleares enemigos, pero su relevancia iba mucho más allá de una cuestión puramente técnica, pues abría una puerta a la posibilidad de alterar el principio de vulnerabilidad mutua imperante durante la Guerra Fría. Hablamos, claro está, del principio sobre el cual ninguna potencia podía lanzar un ataque sin exponerse a una respuesta equivalente. Por lo tanto, la disuasión descansaba precisamente en esa certeza compartida por ambos bloques, lo que garantizaba cierta estabilidad.

Esto se vuelve más tangible décadas después, con la retirada unilateral del Tratado Antibalístico (ABM),⁴⁰ que hasta entonces había funcionado como un límite formal al desarrollo de este tipo de sistemas. Al eliminar este marco, se abre la posibilidad de interceptar un ataque, por lo tanto, se introduce

una asimetría entre el atacante y el atacado. La lógica opera de una forma simple: si Estados Unidos lanza un ataque preventivo, el adversario intentará responder con sus propios misiles; en ese momento, la DAB entra en acción para neutralizar la represalia. El agresor puede así golpear sin miedo a ser golpeado. En términos prácticos, esta asimetría introduce una ventaja estratégica que reduce el coste percibido de un ataque preventivo. La DAB asegura impunidad mientras las bases militares controlan las rutas y los recursos.⁴¹

En el fondo la función del dispositivo militar no se orienta tanto a la protección del territorio—ya que objetivamente ningún poder extranjero ha amenazado seriamente el territorio estadounidense desde el siglo XIX—, sino de interrumpir, o de amenazar con interrumpir, el acceso de otros a lo que el centro necesita. Así, los diferentes Estados que dependen de estos circuitos, ya sean energéticos, comerciales o financieros, han de asimilar ciertos límites. La coerción se vuelve difusa, casi invisible, pero a la vez totalmente efectiva.

41. Noam Chomsky, *Hegemonía o supervivencia*, Barcelona, Ediciones B, 2004, pp. 319-22. La DAB no es un sistema defensivo sino ofensivo: al escudar a Estados Unidos de represalias, le confiere libertad de acción para lanzar un primer ataque. Como sintetiza Bacevich, citado por Chomsky, «la finalidad de la defensa antimisiles no es realmente la protección de América. Es una herramienta de dominación mundial».

3.3.1. Los síntomas del declive

La historia de los grandes imperios capitalistas no sigue un esquema lineal, por más que se encuadre inevitablemente dentro de un marco de auge, plenitud y declive. En su recorrido histórico, los imperios sufren reveses de los que acaban logrando recomponerse, alterando su fisonomía, y pueden acompañar los síntomas de declive con contraofensivas que consolidan su dominio en un nuevo plano. Ninguno escapa, sin embargo, a la ecuación que funde el declive con la creciente agresividad, ni a las dinámicas que en el gran esquema histórico acaban por dictaminar su decadencia y ocaso. Tampoco pueden retrotraerse a una dinámica más amplia: aquella que impulsa la decadencia no solo de ciertas configuraciones del poder, sino de modos de producción enteros. En el caso americano, la decadencia relativa experimentada en los 60, cuando otras potencias comenzaron a superarle en términos industriales, fue parcialmente cauterizada mediante la imposición del marco de la «globalización»: un sistema de acumulación

crecientemente financiarizado erigido sobre una nueva división internacional del trabajo. Pero la crisis de 2008, por un lado, y el ascenso de China, por otro, hirieron de muerte a este nuevo orden.

La crisis de 2008 no solo mostró lo ilusorio de un modelo de crecimiento cada vez más centrado en la especulación, sino sobre todo el trasfondo de agotamiento productivo del capitalismo, especialmente palpable en su centro histórico. Las tasas de crecimiento globales habían ido contrayéndose décadas tras década a partir de 1970, y el periodo post—2008 trajo consigo una contracción extra, con niveles que apenas superaban el 1%. EE. UU. se vio confrontado por un el espejo que devolvía la imagen de un hegemon decadente, sostenido sobre la especulación, la deuda, y una reducida capa de grandes industrias que contrastaba con la creciente desindustrialización, todo ello en un contexto internacional que obligaba a buscar nuevos mecanismos a través de los que apropiarse de la mayor parte posible de una masa de plusvalor en descenso. Los niveles de sobreacumulación presentados por el sistema en su conjunto, la creciente pérdida de la supremacía en lo que respecta a la tecnología de avanzada, y el recrudecimiento de la competencia internacional por los recursos y las rutas comerciales con China como nueva gran amenaza configuraban un escenario que, desde la perspectiva del declinante hegemon, demandaba un cambio. El orden de la «globalización» que el propio EE. UU. había construido debía ser desmantelado en pos de un nuevo ordenamiento internacional que permitiera al viejo hegemon contener a sus enemigos, relanzarse en la carrera tecnológico-industrial, equilibrar su balanza de pagos y asegurarse de un acceso aún más amplio a los recursos estratégicos decisivos y el control de las principales rutas comerciales. Esta panoplia de objetivos, todos ellos coherentes desde el punto de vista de la preservación de la hegemonía imperial, requieren de un enfoque aún más agresivamente militarista, así como decididamente neocolonial.

IV. Conclusión y cierre

A lo largo de estas páginas hemos recorrido un camino que no pretende cerrar el debate. El imperialismo no es un accidente de la historia ni una desviación moral del capitalismo, es la forma que toma la acumulación cuando crece lo suficiente y cuando las condiciones internas de las economías dominantes empujan a sus capitales a reorganizar el mundo a su favor. Es, en pocas palabras, la lógica normal del capitalismo cuando madura.

Lo que Lenin, Hilferding o Rosa Luxemburgo trataron de analizar a principios del siglo XX sigue siendo reconocible hoy, aunque la superficie haya cambiado. La concentración del capital, la exportación sistemática del mismo como respuesta a la caída de la rentabilidad doméstica, el reparto del mundo en zonas de influencia..., todo eso continúa, entrelazándose con nuevas formas, reorganizándose para sobrevivir como estructura de dominio, integrando nuevos actores y conflictos y en ocasiones, incluso, como la actualidad parece indicar, volviendo con escaso pudor a sus orígenes en el colonialismo directo.

Lo que sí es genuinamente nuevo en el caso estadounidense es la escala y la sofisticación de su arquitectura de poder. Ninguna potencia anterior había logrado fundir tan hábilmente lo financiero, lo normativo y lo militar en un solo sistema. Bretton Woods, el FMI, el Banco Mundial y la OTAN se han erigido como los instrumentos con los que los intereses del capital estadounidense aprendieron a presentarse como intereses de todos. Esa capacidad —hacer pasar el orden particular por orden universal— es lo que le ha dado al imperialismo norteamericano una solidez que sus predecesores nunca alcanzaron. Y ese dominio no lo ejerce solo: las burguesías de Europa Occidental, Japón y Corea del Sur son socias activas. Lo que hay en el fondo es una clase capitalista que opera ya a escala transnacional.

Pero ese bloque dominante tiene fisuras, y algunas son profundas. La más persistente es la crisis de rentabilidad que arrastra el capitalismo desde los setenta y que la financiarización ha conseguido aplazar, mas no resolver. A eso se añade el ascenso de China, que ha erosionado márgenes de control que Washington consideraba garantizados. Los intentos chinos de construir rutas alternativas, desplazar al dólar en los pagos internacionales y asegurar posiciones estratégicas son el síntoma de una disputa más profunda sobre quién fija las reglas del juego económico mundial.

El imperialismo de hoy es, en definitiva, un sistema bajo tensión. No está a punto de derrumbarse, pero tampoco puede seguir reproduciéndose indefinidamente sin cambiar. Sus contradicciones son reales y van a más, pero ningún mecanismo automático las va a resolver. De lo que se trata, al final, es de si la clase trabajadora de la periferia y del propio centro, junto con los movimientos que las articulan, serán capaces de convertir esas grietas en una alternativa real, y no simplemente en una gestión más ordenada del desorden.

EL TABLERO MUNDIAL, PALESTINA Y LA LUCHA ANTIMPERIALISTA

GABRIEL MIASNI

Europa estaba en ruinas. La mitad vivía tras un telón de acero y el resto parecía que pronto seguiría sus pasos. Los grandes imperios occidentales habían entrado en un declive terminal, acelerado por las revoluciones comunistas ateas y los levantamientos anticolonialistas que transformarían el mundo y cubrirían con la hoz y el martillo rojos vastas extensiones del mapa en los años siguientes.

En ese contexto, entonces como ahora, muchos llegaron a creer que la era de dominio occidental había llegado a su fin y que nuestro futuro estaba destinado a ser un eco débil y fugaz de nuestro pasado. Pero juntos, nuestros predecesores reconocieron que el declive era una elección, y fue una elección que se negaron a tomar.

—MARCO RUBIO¹

1. Rubio, M. (14 de febrero de 2026). *Discurso del secretario de Estado de EE. UU. Conferencia de Seguridad de Munich.*

Estas palabras encarnan crudamente el espíritu de nuestra época. La autoconciencia de la oligarquía occidental sobre sus intereses, no debemos engañarnos, siempre ha sido clara. No obstante, es difícil encontrar expresiones honestas de esta conciencia. Normalmente, se esconden entre bastidores, lejos de la opinión pública: tras unas copas en un reservado, en conversaciones privadas en gabinetes oficiales o en informes clasificados.

El discurso carga contra el orden internacional basado en reglas, que solo serviría para constreñir los intereses vitales de las naciones. Reivindica una concepción fuerte de civilización occidental cristiana, colonial y anticomunista, frente a sentimientos de culpa y vergüenza que la debilitarían. Denuncia abiertamente la globalización, las migraciones y la desindustrialización, mientras no nombra a ninguno de los países que cuestionan el dominio atlantista.

Marco Rubio muestra una percepción cada vez más habitual entre la oligarquía occidental. La percepción según la cual el orden internacional construido tras la Segunda Guerra Mundial para mantener el frágil equilibrio de la Guerra Fría, primero, y el dominio unipolar estadounidense, después, es crecientemente inoperativo. O, lo que es lo mismo, ya no sirve para garantizar los intereses de una civilización occidental decadente. Porque en los momentos de crisis hegemónica, cuando una potencia emergente comienza a cuestionar la posición de la potencia hegemónica en declive, el *laissez faire* y los *diplomatic manners* dejan paso a la dialéctica de las pistolas.

Aunque como todo discurso político tiene una intencionalidad meditada, los destellos de sinceridad de Marco Rubio nos sirven para hacernos una idea de quién tenemos delante. Alguien que ante la crisis normativa e institucional del liberalismo propone otra cosa, que esté a la altura de sus adversarios. Su obsesión es el enfrentamiento comercial, financiero y militar con Rusia y, sobre todo, con China. Esto ni es nuevo, ni es un capricho de la administración Trump. No nos engañemos por los aspavientos de los dirigentes europeos

y el gobierno progresista. La oligarquía occidental lleva años fraguando este gran viraje. Dan buena cuenta de ello el *Concepto Estratégico de la OTAN* (2022), ya superado por el OTAN 3.0 (2026), donde se define a Rusia como amenaza y a China como desafío sistémico; la *Brújula Estratégica de la UE* (2022), que detecta problemas como la falta de inversión en industria militar, el exceso de derechos digitales o la ausencia de capacidad de despliegue rápido de tropas; el plan *Rearm Europe*, renombrado como *Preparación 2030* (2025), donde se definen herramientas institucionales y de financiación para generar una industria de drones, defensa aérea y espacial, entre otras; y, por último, la cumbre de la OTAN en la Haya (2025), que fijó el objetivo del 5%. Quizás el resultado más patente de todo esto es el aumento del gasto militar en un 14% en el último año en la UE, siguiendo las directrices del Despacho Oval.²

2. SIPRI (2026) *Military Expenditure Database*.

Ahora bien, estos acuerdos generales en el plano estratégico están atravesados por grandes diferencias tácticas que están rasgando las vestiduras que dieron forma a la Alianza Atlántica en 1949. La injerencia permanente de Estados Unidos en la política interna de sus aliados, los aranceles contra socios y el genocidio retransmitido en directo (y reivindicado públicamente) han tensionado una alianza que parecía inquebrantable. Sin embargo, la dependencia tecnológica, militar, comercial y financiera de la UE respecto a Estados Unidos e Israel es total. Una ruptura en el corto o medio plazo por parte de la UE es, en este sentido, inviable.

Pero la agresión imperialista contra Irán, el cierre del Estrecho de Ormuz y la negativa de varios países europeos a colaborar activa y abiertamente delinea otro escenario: la ruptura por parte de Estados Unidos, ya sea en la forma de disolución, de retirada de las tropas en Europa o de abandono de la Alianza. Cualquiera de estos escenarios supondría un suicidio estratégico, que es poco probable que ocurra más allá de las declaraciones de Trump. Sería una inversión de las tesis de *El gran tablero mundial* (1997). La obsesión estadounidense siempre ha sido evitar alianzas en el *Heartland* euroasiático (esto es, entre China, Rusia y Europa) para bloquear la emergencia de

una potencia capaz de disputar su dominio global. Ahora, en cambio, podríamos tener una retirada parcial del continente euroasiático. El segundo elemento era asegurar la hegemonía por medio de alianzas y un imperialismo informal y velado. Ahora, en cambio, podríamos tener una ruptura de las alianzas y una vuelta al imperialismo abierto, que renuncia a dominar mediante el consenso. Las dimisiones del gobierno de Trump deben ser entendidas desde este punto de vista y no desde el humanitarismo aducido por los burócratas que han salido del gabinete.

Por eso, la región de Asia Occidental tiene un interés económico y geográfico fundamental. Constituye un nexo entre África, Asia y Europa y entre el Mediterráneo y el Índico a través del Estrecho de Ormuz, el Canal de Suez o el estrecho de Mandeb. Rusia tiene presencia a través de su frontera suroccidental, a pesar de la victoria de Al-Jolani. China proyecta sus intereses comerciales a través de la Nueva Ruta de la Seda. Irán se sirve de su liderazgo espiritual, político y militar para disputar la hegemonía yanqui en la región. Además, este territorio concentra casi la mitad de las reservas y el comercio mundiales de petróleo, un recurso cuyo precio puede generar crisis inflacionarias y financieras. El bloque imperialista occidental necesita garantizar su dominio en esta zona. El principal medio es relativamente sencillo. En palabras del exsecretario de Estado y comandante supremo aliado en Europa de la OTAN, Alexander Haig, Estados Unidos tiene en la región el mayor portaaviones del mundo, que no puede hundirse y no lleva ni un solo soldado estadounidense a bordo: Israel.

Así, en este momento, Asia Occidental, la agresión imperialista contra Irán y el genocidio contra el pueblo palestino son hoy el centro del mundo. Hasta el 28 de febrero de 2026 los avances del imperialismo dejaban poca esperanza, a pesar de la férrea resistencia de los gazatíes y el amplio movimiento de solidaridad internacional. El Eje de la Resistencia fue fragmentado territorialmente tras la caída del régimen de Bashar Al-Assad; Israel amplió su zona de seguridad a los Altos del Golán y consiguió desviar el foco de la atención internacional

con el acuerdo de paz; Joseph Aoun, menos beligerante con Israel y más crítico con las fuerzas políticas chiitas, fue elegido presidente del Líbano; Hezbollah y Hamás asumieron altos al fuego desde posiciones de debilidad; y la Autoridad Nacional Palestina en Cisjordania redobló la represión contra las milicias de la resistencia.

Esta situación regional, sumada al exitoso y criminal secuestro del presidente Maduro y a las protestas populares que estallaron en Irán a finales de 2025, alentaron a Trump a iniciar una guerra de agresión contra la República Islámica. Una ofensiva que ha fracasado estrepitosamente y se encuentra encallada en unas opacas negociaciones de paz, mientras la economía mundial se dirige a un escenario incierto, entre aumentos de los precios del petróleo, escasez de fertilizantes, la sombra de una catástrofe alimentaria y la amenaza de una nueva crisis.³ Desde el 28 de febrero Oriente Medio concentra las contradicciones del imperialismo no solo porque muestra la cara más descarnada del bloque atlántico y del sionismo, ni tampoco por la resistencia del pueblo palestino ante un agresor económica y tecnológicamente superior, ni siquiera por abrir la posibilidad de reorganizar un movimiento de solidaridad internacional antimperialista capaz de cuestionar el militarismo desvergonzado de nuestros gobiernos, sino porque el Eje genocida ha iniciado una guerra en la que parece que no puede conseguir sus objetivos, ni mucho menos ganar. Dicho en otras palabras, el escenario realista más halagüeño para los agresores es volver al momento previo a la ofensiva con el Estrecho de Ormuz abierto, un Irán militar y económicamente debilitado, pero con una legitimidad política exterior e interior redoblada y las bases militares estadounidenses en la región destruidas.

Si la guerra en Ucrania y la agresión imperialista contra Irán son los primeros actos de una guerra —cuya forma específica no podemos definir aún—⁴ por la hegemonía mundial, los pronósticos no son muy buenos para la oligarquía occidental. Por ahora, la sucesión de guerras híbridas y guerras abiertas está desangrando a países semicoloniales y potencias regionales. Cualquier intento de impulsar procesos de desarrollo que no

3. Georgieva, K. (9 de marzo 2026). *Coping and Thriving in a Fluid World*. FMI y Lagarde, C. (20 de abril 2026); *The energy shock: where we stand and what we need to know*. BCE.

4. Estos dos conflictos están mostrando que las innovaciones tecnológicas, particularmente el uso masivo de drones, la inteligencia artificial y la guerra digital, están dando lugar una crisis de la doctrina militar. A la vez que escuchar a líderes de grandes potencias mencionar el uso de bombas nucleares tácticas o defensivas se vuelve cada vez más habitual. Véase: Poch, R. (2 de mayo de 2026). *La Nueva Guerra Mundial*. Blog personal; y Trenin, D. (2 de mayo de 2026). *Aspecto y carácter de las guerras de la nueva era*. Blog personal. Ambos disponibles en: <https://rafaelpoch.com>

estén completamente subordinados a la tutela yanki, están siendo sometidos *manu militari*. Sin embargo, como recuerdan todos los aficionados a la geopolítica en los platós de televisión y sus canales en redes sociales, no se puede dominar únicamente mediante la coerción y con mensajes en *Truth Social*. Así, la militarización de las grandes potencias apunta hacia una proliferación de conflictos y hacia el hundimiento de la humanidad en una espiral de violencia.

Aunque Palestina sea uno de los puntos donde se concentran estas tensiones, tiene una serie de particularidades que hacen que debamos detenernos antes de caer en el realismo que imponen los conflictos geopolíticos. ¿Por qué? Porque no es un conflicto entre dos Estados capitalistas, uno imperialista y el otro dependiente, emergente o también imperialista, sino que es una lucha anticolonial. Es un conflicto entre el Estado colonial israelí y el pueblo palestino, que resiste con los medios que tiene a su disposición. Esto es así por mucho que la lucha anticolonial esté dirigida por fuerzas políticas conservadoras y antiproletarias, por mucho que la escasa burguesía palestina haya sido cómplice en repetidas ocasiones del Estado sionista y por mucho que los intereses de potencias regionales atraviesen el conflicto.

Por tanto, atender a la cuestión Palestina requiere volver sobre la cuestión colonial. Este artículo se va a dividir en tres partes. Primero, sintetizaremos las posiciones de la tradición socialista sobre la cuestión colonial. Luego caracterizaremos la cuestión palestina en la región de Oriente Medio y repasaremos cómo han ido cambiando las posiciones de los comunistas palestinos e israelíes en el último siglo. Acabaremos definiendo algunas de nuestras tareas actuales.

I. La cuestión colonial y el socialismo

Para analizar la cuestión colonial, tenemos que distinguir al menos cuatro momentos: el periodo de formación y exten-

sión del capitalismo maduro en tiempos de Marx y Engels; la época de la Segunda Internacional, donde se sistematizan sus posiciones aún desde un marco fundamentalmente europeo; y las discusiones en la época de la III Internacional y el comunismo oficial, cuando el socialismo se vuelve una fuerza política global, pero entra en un largo declive marcado por sucesivos virajes.

Son de sobra conocidas las posiciones de Marx y Engels sobre la cuestión colonial y su evolución. Han corrido ríos de tinta al respecto. En su época el capitalismo industrial aún estaba naciendo en algunos países de Europa y la expansión de un imperialismo propiamente capitalista estaba a la orden del día. Por eso, en una primera etapa, hasta los años 50, Marx y Engels entienden el colonialismo como un factor civilizador. Básicamente, si el capitalismo era una condición necesaria para el paso al comunismo, la expansión global del capitalismo era un paso previo a la expansión global del comunismo. Así, Marx puede condenar la violencia de la colonización inglesa mientras afirma que:

no se trata de eso. De lo que se trata es de saber si la humanidad puede cumplir su misión sin una revolución a fondo en el estado social de Asia. Si no puede, entonces, y a pesar de todos sus crímenes, Inglaterra fue el instrumento inconsciente de la historia al realizar dicha revolución⁵

Posteriormente, a raíz de su atención al caso irlandés y ruso, esta posición será matizada. Por un lado, ambos toman nota de que el colonialismo no promueve el desarrollo en los países colonizados, sino que los lastra: el subdesarrollo en su sentido capitalista es un efecto de la integración subordinada de los países colonizados al mercado mundial. A su vez, el mercado mundial, el tráfico de esclavos, la explotación de las colonias y la expropiación del campesinado son «la sangre y el lodo»⁶ sobre las que se yergue el naciente capitalismo. Y, por otro lado, salen del esquema lineal de la historia que habían heredado. Ya no piensan que sea necesario repetir las miserias del capitalismo en la periferia para alcanzar una sociedad

5. Marx, K. (1853). «La dominación británica en la India». En K. Marx y F. Engels (1980). *Obras escogidas*. Tomo I. Editorial Progreso, p. 262.

6. Marx, K. (1988) *El Capital. Crítica de la economía política*. Libro primero. Tomo III. Siglo XXI, p. 950.

emancipada. Una combinación de revoluciones proletarias en los países del capitalismo clásico y revoluciones democráticas en países semif feudales podía permitir sortear el crudo camino de la acumulación capitalista. La cuestión no se plantea desde el punto de vista de un país aislado sino desde una perspectiva global, adaptada a los diferentes grados y formas de desarrollo de las fuerzas productivas:

si la revolución rusa se convierte en la señal de una revolución proletaria en Occidente, de forma que ambas se complementen entre sí, entonces la actual propiedad común rusa de la tierra puede servir como punto de partida para un desarrollo comunista⁷

7. Marx, K. y Engels, F. (1882). «Prólogo a la edición rusa». En (2025) *Manifiesto del Partido Comunista*. Ediciones Extáticas, p. 28. Muchos marxólogos contemporáneos, como pueden ser Marcelo Musto, Kohei Saito o Kevin B. Anderson han intentado utilizar este cambio para adaptar a Marx a las corrientes intelectuales y políticas actuales, alejándolo de los rígidos esquemas históricos del comunismo oficial. Sin embargo, por el camino acaban desgajándolo de sus planteamientos políticos básicos: la conciencia de la crisis ecológica se convierte en decrecentismo, el estudio de las sociedades no occidentales en comunismo y la consideración de la cuestión racial y de género en interseccionalidad.

8. Engels, F. (1882). «Carta a Karl Kautsky». En K. Marx y F. Engels (1980) *Obras escogidas*. Tomo III. Editorial Progreso, p. 272.

Para el caso de las colonias, Engels es más precavido. Mientras condena las actitudes cómplices con el colonialismo dentro del movimiento obrero, descarta todo esquema histórico lineal y evita hipótesis fuertes sobre el desarrollo de los países colonizados incluso en su correspondencia privada. Lo único que afirma con firmeza, contra cualquier forma de imperalismo progresista, proletario o socialista, es lo siguiente: «el proletariado victorioso no puede imponer la felicidad a ningún pueblo extranjero sin comprometer su propia victoria».⁸

Estas dos facetas del pensamiento de Marx y Engels van a repetirse en las discusiones dentro de la Segunda Internacional. La Segunda Internacional durante sus primeros años defendió siempre en sus resoluciones un posicionamiento político crítico con el colonialismo. El colonialismo, aunque se disfrazase de misión cristianizadora, civilizadora o simplemente supremacista, ocultaba unos intereses menos grandilocuentes y más ordinarios: la voluntad de desplazar los límites y las contradicciones de la acumulación capitalista. Nuevos territorios donde expoliar materias primas y explotar trabajadores, nuevos mercados donde exportar capitales y productos manufacturados y tierras vírgenes donde enviar a la población excedente que se amontonaba en las primeras ciudades industriales.

La fundamentación teórica y económica del imperialismo y de la política colonial vino de la mano de las principales figuras de la socialdemocracia: Bauer, Luxemburgo, Hilferding, o Lenin. Algunos centraron la explicación en el subconsumo, otros en el estancamiento de las fuerzas productivas y la formación de monopolios y los menos en la composición orgánica de capital.⁹ Más allá de las diferencias, estas teorías contribuían a mostrar la conexión interna entre las contradicciones del desarrollo capitalista a nivel global, la política colonial y, en última instancia, la guerra.

A nivel político, se distinguieron dos formas de dominación colonial: las colonias de trabajo y las colonias de explotación.¹⁰ Si las primeras sirven para aliviar la presión que la población excedente ejerce en los países centrales, la segunda sirve para extraer recursos y explotar a la población local. En la primera la población local es sustituida por colonos, como sucedió en Estados Unidos, Argentina o Australia, mientras en la segunda los colonos se constituyen como una élite que explota a los trabajadores indígenas al servicio de la metrópoli, como ocurrió en Argelia o Vietnam. Esta caracterización del colonialismo no implicaba unas tareas precisas. La II Internacional no tenía apenas implantación fuera de los países imperialistas. Además, dentro de los partidos socialistas comenzaron a crecer tendencias parlamentaristas y nacionalistas que promovían una política cómplice con el colonialismo.

Ya en 1904, en el Congreso de Ámsterdam, algunos socialdemócratas, con Hendrick Van Kol a la cabeza, defendieron la necesidad de una política colonial socialista. Para este socialdemócrata holandés la expansión internacional del socialismo vendría de la mano de una nueva política colonial, que continuaría siendo necesaria tras superar el capitalismo. Esta política colonial socialista no era más que una expresión más sistematizada y abierta de los resabios civilizadores y progresistas que espontáneamente surgen en el movimiento obrero.

Frente a esta posición, el ala ortodoxa de la Segunda Internacional, así como todas las secciones de los partidos socialde-

9. Hay distintos trabajos que abordan estos debates de manera rigurosa y pedagógica, por ejemplo: Quiroga, M. y Gaido, D. (2019). «Teorías marxistas del imperialismo en la Segunda Internacional: Orígenes y debates (1899-1914)», *Rúbrica Contemporánea*, vol. VII, n.º 13.; Astarita, R. (2004). *Valor, mercado mundial y globalización*. Ediciones cooperativas; Brewer, A. (1980). *Marxist Theories of Imperialism. A Critical Survey*. Routledge. También hay publicaciones que recogen los textos clásicos: Day, R.B. y Gaido, D. (2011). *Discovering Imperialism. Social Democracy to World War I*. Brill o la Colección de Cuadernos Pasado y Presente.

10. Kautsky, K. (1907). *Sozialismus und Kolonialpolitik*. Buchhandlung Vorwärts.

mócratas en los países colonizados, recuperaron las posiciones marxistas: la denuncia de la política colonial y reivindicación de la descolonización. Estas posiciones no ganaron únicamente en 1904, sino que se reafirmaron en Congreso de Stuttgart (1907) y se concretaron para ciertas naciones oprimidas en congresos posteriores.¹¹

11. Todas las resoluciones de la Segunda Internacional están disponibles en: Taber, M. (Ed.). (2021). *Under the Socialist Banner: Resolutions of the Second International, 1889-1912*. Haymarket Books.

Sin embargo, con el paso de los años y el desarrollo del imperialismo, las tesis colonialistas del oportunismo acabaron dominando. Primero en la forma de votaciones cada vez más ajustadas y discusiones más acaloradas en los congresos. Después con la firma de los presupuestos de la Primera Guerra Mundial, una guerra cuya causa principal era la disputa sobre los territorios coloniales. Para explicar esta tendencia de la clase trabajadora a identificarse con los intereses de su nación y su Estado —contra el principio de que los obreros no tienen patria— se definieron distintas hipótesis complementarias. La dominante durante gran parte del siglo XX fue la teoría leninista de la aristocracia obrera, según la cual la capa superior de la clase trabajadora es corrompida por la burguesía imperialista y los grandes monopolios.¹²

12. Esta teoría tiene problemas para explicar el nacionalismo y el oportunismo en países dependientes o semicoloniales. Para una alternativa, véase: Macnair, M. (2013) «Rethinking imperialism». *Weekly Worker*, n.º 980.

De esta manera, el legado anticolonial e internacionalista de la Segunda Internacional quedó en manos de quienes se opusieron a la guerra imperialista en la Conferencia de Zimmerwald, que tras la Revolución de Octubre se reorganizaron en la III Internacional. La desintegración de los imperios multiétnicos que habían sido derrotados en la Primera Guerra Mundial y la difusión de ideas anticoloniales impulsaron movimientos de liberación nacional en todo mundo. Además, esta tendencia encontró un motivo táctico fundamental: cuando la revolución fracasó en Occidente, los bolcheviques pusieron sus esperanzas en los pueblos colonizados: el eje de la revolución se desplazaba hacia el Este. Estos movimientos eran aliados objetivos del joven Estado soviético, porque debilitaban a los países imperialistas. Así se explica que en el primer congreso de la III Internacional en 1919 apenas se mencionase la cuestión colonial y que pasara a ser uno de los temas centrales en los siguientes.

Las discusiones tácticas sobre cómo debía articularse la política comunista en los países colonizados no tardaron en surgir. El primer encontronazo trató sobre la política de alianzas en países colonizados en los que el proletariado constituía una minoría ínfima y la mayoría estaba formada por un campesinado oprimido y explotado.

Aunque Lenin reconoce la necesidad de luchas contra los sectores clericales y terratenientes, en su *Esbozo inicial de las tesis sobre los problemas nacional y colonial* (1920) defendió una posición que concedía un papel prominente a la burguesía nacional. Lenin promovió la necesidad de que «los partidos comunistas ayuden al movimiento democrático-burgués de liberación en esos países», mientras tanto «la Internacional Comunista debe sellar una alianza temporal con la democracia burguesa de las colonias y de los países atrasados».¹³ Todo esto sin fusionarse con la burguesía nacional, perder la independencia política u organizativa, censurar sus posiciones, ni renunciar a sus objetivos finales. La burguesía nacional en los países oprimidos podía jugar un rol progresista y dirigente, porque estaba objetivamente enfrentada a la burguesía imperialista.

Frente a la posición de Lenin, uno de los fundadores del Partido Comunista de la India, M. N. Roy, aspiraba a que el proletariado urbano estableciera una alianza con las masas campesinas hacia la revolución socialista y anticolonial. Así, «la tarea necesaria y primordial es la formación de Partidos Comunistas que organicen a los obreros y los campesinos y los conduzcan a la revolución y al establecimiento de repúblicas soviéticas», mientras «la cooperación de elementos nacionalistas revolucionarios burgueses» solo debe ser vista «como primer paso hacia la revolución en las colonias».¹⁴

El resultado de este debate fueron las *Tesis sobre la cuestión nacional y colonial* aprobadas en el segundo congreso, donde se apoyaba a los movimientos revolucionarios-nacionales, definidos por permitir al proletariado conservar la independencia política y organizativa. En caso contrario, los comunistas combatirían a los movimientos de liberación nacional. Además,

13. Lenin, V.I. (1920). «Esbozo inicial de las tesis sobre los problemas nacional y colonial». En (1961) *Obras escogidas*. Tomo III. Editorial Progreso, p. 236.

14. Roy M.N. (1920). «Supplementary theses on the national and colonial questions». En Riddell, J. (Ed.) (1991) *Workers of the World and Oppressed Peoples, Unite!* Volumen I. Pathfinder, pp. 220-1.

15. Lenin, V.I. (1920). «Informe de la comisión para los problemas nacional y colonial». En (1961) *Obras escogidas*. Tomo III. Editorial Progreso, p. 255.

frente a un etapismo rígido, Lenin acaba defendiendo que «es erróneo suponer que la fase capitalista de desarrollo sea inevitable para los pueblos atrasados».¹⁵ La diversidad de escenarios y la falta de información fidedigna sobre el curso de la lucha de clases en estos países hicieron que se abriera la posibilidad de colaborar con la burguesía nacional sin definir una táctica más específica.

Sin embargo, podemos decir que los potenciales problemas de la política comunista en las colonias ya estaban definidos premonitoriamente en el Segundo Congreso de la III Internacional y en el Congreso de los Pueblos de Oriente celebrado en Bakú ese mismo año: la peligrosa tensión entre la defensa de los intereses inmediatos e históricos de la clase trabajadora y los compromisos parciales con los movimientos nacionales burgueses.

No obstante, la política que se acabó imponiendo fue la versión más derechista de estas discusiones: la táctica del frente único antimperialista, definida en el IV Congreso de la III Internacional, celebrado en 1922. El paralelismo con el giro que se dio en ese mismo congreso en los países occidentales era claro: si el frente único proletario debía servir para desenmascarar las vacilaciones y traiciones de la socialdemocracia, el frente único antimperialista debía servir para desenmascarar las vacilaciones y traiciones del nacionalismo burgués. Sin embargo, tenía un problema añadido: el frente único antimperialista es un frente interclasista con la burguesía nacional. Así, las tareas definidas para los comunistas en las *Tesis generales sobre la cuestión de oriente* (1922) eran crecientemente contradictorias:

[P]or una parte, lucha por una solución radical de los problemas de la revolución democrático-burguesa cuyo objeto es la conquista de la independencia política; por otra parte, organización de las masas obreras y campesinas para permitirles luchar por los intereses particulares de su clase, utilizando para ello todas las contradicciones del régimen nacionalista democrático burgués.¹⁶

16. Aricó, J. (1973). *Los cuatro primeros congresos de la Internacional Comunista. Segunda Parte*. Siglo XXI, p. 230.

Esta contradicción era, sin embargo, productiva: la racionalidad era llevar hasta las últimas consecuencias una política que la burguesía nacional era incapaz de llevar a término, implicando a sectores amplios de las masas oprimidas. De esta manera, los comunistas irían constituyendo alianzas sucesivas —primero con la burguesía nacional e intelectuales liberales, luego con la pequeña burguesía y el campesinado, etc.— que serían desbordadas por el propio desarrollo del movimiento, ya que

las clases dirigentes de los países coloniales y semicoloniales no tienen ni la capacidad ni el deseo de dirigir la lucha contra el imperialismo, a medida que esta lucha se transforma en un movimiento revolucionario de masas se construía un frente con el movimiento nacional democrático¹⁷

17. *Ibid.*, p. 225.

El resultado práctico fue un frente político que acabó por incluir al proletariado, al campesinado, al lumpemproletariado, a la pequeña burguesía y a la burguesía nacional, excluyendo a la burguesía compradora y a los terratenientes, considerados aliados objetivos del imperialismo. Una política de alianzas que subordinó a los partidos comunistas a los movimientos nacionales burgueses y estableció un rígido esquema de etapas, desde la condición colonial o semicolonial hasta la revolución socialista, pasando por una fase democrático-burguesa. El problema reside en que la burguesía, aunque sea nacional, siempre acaba por poner sus intereses por encima de la lucha antimperialista que, para ser consecuente, debe ser proletaria y socialista. A un nivel más inmediato, la defensa de las condiciones de vida y derechos políticos del campesinado pobre y del proletariado urbano era incompatible con los intereses de la burguesía nacional. Esta tensión irresuelta dio lugar a dos escenarios: el aniquilamiento de comunistas o su subordinación a la burguesía nacional.

El fracaso de la táctica del frente único antimperialista no debemos atribuirlo a limitaciones particulares de cada una de las experiencias concretas en las que tuvo resultados desastrosos (Turquía, China, Irán, etc.), sino más bien a un problema de

18. Macnair, M. (2013). «“Anti-imperialist united front”: No inherent connection with the working class». *Weekly Worker*, n.º 954.

19. Lenin, V.I. (1916). «Acerca de la naciente tendencia del “economismo imperialista”». En (1985). *Obras completas*. Tomo 30. Editorial Progreso.

concepción más amplio. Los comunistas en países oprimidos deben combatir activamente las diferentes formas de colonialismo y neocolonialismo y luchar contra las agresiones imperialistas. Tal y como señalan los documentos de la Comintern, los comunistas pueden establecer alianzas y compromisos parciales con sectores de la burguesía nacional, que tienen un interés objetivo en expulsar a los imperialistas, pero también tienen un interés objetivo en prosperar en el mercado mundial y en explotar a su clase trabajadora nacional. Por eso, ni deben ceder la dirección del movimiento a la burguesía nacional, ni deben establecer un frente político permanente con ella, que necesariamente conllevará la censura de sus objetivos finales, diferentes formas de conciliación de clases y, en consecuencia, una subordinación política.¹⁸ El partido, como se definía en el Segundo Congreso de la III Internacional, debe conservar su independencia para llevar la lucha antimperialista hasta las últimas consecuencias. Esta lección política es hoy mucho más clara que hace un siglo, ya que el proceso de expansión de las relaciones de producción capitalistas se ha completado y las formas de colonialismo clásico han sido progresivamente sustituidas por formas de dominación financiera, comercial, política y militar mucho más sofisticadas.

La posición que hemos definido debe ser claramente diferenciada de lo que Lenin llamaba el economismo imperialista.¹⁹ El economismo imperialista representa para la política internacional del proletariado el equivalente al antisindicalismo y el abstencionismo en la política nacional. Mientras el abstencionismo o el antisindicalismo acaban por reforzar a la izquierda reformista por la vía de la incomparecencia, dejando en manos de la socialdemocracia la lucha política y económica, el economismo imperialista alimenta objetivamente a los socialimperialistas, negando el peso específico de la opresión nacional y colonial. En ambos casos, representan una desviación izquierdista: la voluntad de llegar al fin de la revolución socialista mundial sin abordar las tareas específicas que esta requiere: el lento y farragoso trabajo de construcción paciente en partidos, sindicatos y parlamentos, en el primer caso, el derecho de las naciones a la autodeterminación, el desarrollo

de una perspectiva internacional de clase y la aplicación de una política militar proletaria, en el segundo. Ambas, por supuesto, encarnan la posibilidad de desviaciones de derechas: el sindicalismo y el cretinismo parlamentario, en el primer caso, y el nacionalismo, en el segundo. Así, en las *Tesis generales sobre la cuestión de oriente* también se afirmaba que «no menos nociva es la tentativa de apartarse de la lucha por los intereses cotidianos e inmediatos de la clase obrera en nombre de una «unificación nacional» o de una «paz social» con los demócratas burgueses».²⁰

De esta manera, solo cuando el proletariado revolucionario se puso a la cabeza de los movimientos de liberación nacional, estableciendo alianzas con el resto de las clases subalternas y subordinando a la burguesía nacional, consiguió establecer un nexo entre luchas anticoloniales y revolución socialista. Por eso, los principales procesos revolucionarios en países semicoloniales o coloniales tras la Segunda Guerra Mundial tuvieron lugar contra las indicaciones de la III Internacional y el comunismo oficial. En China, entre 1927 y 1934 fueron varias las masacres de proletarios y comunistas a manos del Kuomintang hasta que Mao decidió abandonar las ciudades e iniciar la Larga Marcha, abandonando las directrices de la Comintern sin romper con ellas nominalmente, ni con su esquema etapista y su política de alianzas.²¹ La tensión llegó al máximo cuando las pretensiones de tomar el poder por parte del Partido Comunista de China tras expulsar a los japoneses y reanudar los enfrentamientos con Chiang Kai-shek chocaron con el reparto de zonas de influencias que Stalin estaba organizando con los Aliados.²²

El caso cubano es aún más sintomático. La nueva política internacional definida por Jruschov tras la muerte de Stalin supuso otra vuelta tuerca: una negación de la posibilidad de expandir la revolución por medios militares, una renuncia a intervenir en los asuntos internos de terceros países y la propuesta de expandir el socialismo por medio de la competencia ideológica y económica. Esta profundización en la orientación derechista de la política internacional soviética se justificó,

20. Aricó, J. (1973). *Los cuatro primeros congresos...*, p. 230.

21. Mao, a pesar de la actitud del Kuomintang, continuó caracterizando así la revolución china: «una república democrática basada sobre la alianza revolucionaria de la clase obrera, el campesinado, la pequeña burguesía urbana y otros elementos antimperialistas y antifeudales». Mao Tse-tung (1939). «La revolución china y el partido comunista de china». En (1968) *Obras escogidas*. Ediciones en Lengua Extranjera, pp. 315-346. Esta aquiescencia con el lenguaje de la III Internacional escondía un cambio profundo en la concepción del papel del campesinado en la revolución sintetizado en la consigna «rodear las ciudades desde el campo», que será la base de la guerra popular prolongada.

22. Para un análisis más detallado del conflicto entre la III Internacional y el Partido Comunista de China: Weiner, M. (1996). «Comintern in East Asia, 1919-1939». En K. McDermott y J. Agnew. *The Comintern. A History of International Communism from Lenin to Stalin*. Macmillan press, pp. 158-190; y Claudín, F. (1970). «El relevo oriental». En *La crisis del movimiento comunista: de Komintern a Kominform*. Ruedo Ibérico, pp. 125-139. Aquí obviamente no pesaban ya únicamente los problemas generales del frente único antimperialista —que, de hecho, había sido temporalmente dinamitado en el Tercer periodo—. Ya durante la Segunda Guerra Mundial y especialmente con la disolución de la III Internacional, ganó un peso fundamental el interés geopolítico de la Unión Soviética sobre los procesos revolucionarios nacionales, en este caso el reparto del mundo tras el final de la guerra.

23. Véase: Lenin, V.I. (1920). ¿Cómo debe organizarse la emulación?». En (1961). *Obras escogidas*. Tomo II. Editorial Progreso, pp. 282-7; y Lenin, V.I. (1919). «A los obreros norteamericanos». En (1986). *Obras completas*. Tomo XXIX. Editorial progreso, pp. 205-6.

24. Asian-African Conference (1955). *Selected documents of the Bandung Conference*. Institute of Pacific Relation. Sin embargo, el principio de no injerencia quedó manifestamente cuestionado tras la ruptura sino-soviética, las invasiones en los países del Pacto de Varsovia, la doctrina de la soberanía limitada de Brezhnev y, finalmente, con la invasión de Afganistán. Aquella máxima engelsiana de que «el proletariado victorioso no puede imponer la felicidad a ningún pueblo extranjero sin comprometer su propia victoria» se demostró con toda su crudeza. Uno de los principales factores que provocaron la desintegración de la URSS fue las injerencias militares en países aliados. Estas invasiones impulsaron enormes movimientos nacionalistas y anticomunistas que fue insostenible económica y políticamente reprimir.

25. Véase: Masson Sena, C. (2 de junio de 2020). *Proyectos y accionar del Partido Socialista Popular de 1952 a 1958*, La Tizza y Solar Cabrales; F.J. (5 de marzo de 2023). *Fidel y el marxismo de la Revolución cubana: rebelión contra los dogmas*. La Tizza.

26. Ruane, K. (2024). «War and revolution, 1930-1946». En *The Vietnam wars*. Manchester University Press, pp. 9-32.

27. Wermus, P. (2015). «Revolución y guerra en Vietnam». En *Defensa del Marxismo*, n.º 46.

como de costumbre, en decisiones coyunturales de Lenin: la coexistencia pacífica en el marco de los debates sobre el Tratado de Brest-Litovsk y la emulación socialista durante la discusión sobre el comunismo de guerra.²³ La contraparte de esta línea en los partidos comunistas nacionales fue la consolidación de una línea reformista, que llevaba años practicándose: la participación en gobiernos burgueses, el cretinismo parlamentario y el ministerialismo y la renuncia a la revolución socialista. El giro jruschovista estuvo precedido por la Conferencia de Bandung (1955), donde se recogieron una serie de puntos que servirían de base para el Movimiento de Países no Alineados y coincidían con los planteados desde el Kremlin: coexistencia pacífica, no injerencia, etc.²⁴ Así, la colaboración con regímenes postcoloniales opuestos al campo imperialista, con Estados Unidos a la cabeza, se hizo cada vez más habitual, a pesar de la intermitente persecución de comunistas dentro de sus fronteras. De esta manera, la revolución cubana de 1959 se hizo por debajo del radar soviético y sin un gran protagonismo del Partido Socialista Popular, que en los años 40 había apoyado las candidaturas de Batista, luego denunció el asalto al cuartel de la Moncada como un aventurerismo izquierdista y solo tras el golpe de Estado de 1953 pasó a la clandestinidad y apoyó la revolución.²⁵

El tercer ejemplo que podemos citar es más ambiguo. Las primeras décadas del proceso de independencia de Vietnam estuvieron marcadas por tensiones con la III Internacional. En un primer momento, el Partido Comunista de Indochina mantuvo una actitud vacilante hacia la dominación colonial durante la política del frente popular y una política de alianzas típica del frente único antimperialista: el campesinado, el proletariado, la pequeña burguesía y la burguesía nacional.²⁶ La proclamación de la independencia el 2 de septiembre de 1945 tras la revolución de agosto chocó con el reparto del mundo acordado en la Conferencia de Potsdam entre las potencias vencedoras y marcó el inicio de la Guerra de Indochina, que se enquistaría durante décadas.²⁷ En ese momento, el campesinado y el proletariado urbano pasaron a constituir la fuerza motriz del proceso revolucionario y su línea militar, inspirada

en la experiencia china —que empezó a asistir a los vietnamitas—, viró hacia la guerra popular prolongada.²⁹ A pesar de los sucesivos acuerdos de paz que partieron Vietnam en dos y de las invasiones francesa y estadounidense, la lucha de los obreros y los campesinos vietnamitas, apoyada por la solidaridad internacionalista, los movimientos de liberación nacional y los países del socialismo real, acabó por triunfar.

No obstante, esta revolución, que removió la conciencia política de millones de personas a lo largo y ancho del mundo y sirvió para organizar uno de los mayores movimientos antimperialistas de la historia, pasó rápidamente de la esperanza a la decepción. La guerra entre Vietnam y Camboya, dos países socialistas, que era una guerra indirecta entre China y la Unión Soviética, tuvo un impacto extraordinario. Asimismo, la restauración capitalista en Vietnam, iniciada ya en 1982, bajo la etiqueta de economía de mercado de orientación socialista, dejó pocas dudas.²⁹ De esta manera, la solidaridad internacional que durante gran parte del siglo XX se había articulado en torno a un antimperialismo de inspiración comunista pasó a estar dominado por la retórica de los derechos humanos y el ongerismo neoliberal.³⁰

Más allá de estas tres experiencias, en la mayoría de los casos, los comunistas tuvieron un papel prominente en los movimientos de liberación nacional; sin embargo, la descolonización no cuestionó los fundamentos del imperialismo y el capitalismo, solo cambió su forma: la dependencia comenzó a estar mediada por Estados soberanos y burguesías nacionales. Hoy la dominación imperialista se asegura a través de instituciones financieras globales, grandes multinacionales, tratados de libre comercio y formas de injerencia más suaves que permiten explotar al proletariado global sin recurrir, a menos que sea necesario, a la dominación colonial directa.³¹ Además, ya no existe una Unión Soviética que pueda desplazar a los movimientos de liberación nacional hacia el socialismo y tampoco existen fuerzas socialistas relevantes en la mayor parte del mundo capaces de impulsar las luchas anticoloniales más allá de sus límites. Sin embargo, esto no puede llevarnos

28. De hecho, algunos de los escritos más influyentes sobre la guerra popular prolongada son vietnamitas: Nguyễn Giáp, V. (1962). *People's war, People's Army: the Viet Công insurrection manual for underdeveloped countries*. Praeger.

29. Oviedo, L. (1996). «Vietnam, adelante de China». En *Defensa del Marxismo*, n.º 11.

30. Mohandesi, S. (2023). *Red internationalism. Anti-Imperialism and Human Rights in the Global Sixties and Seventies*. Cambridge University Press.

31. En este sentido, frente a una lectura fuerte de la teoría trotskista de la revolución permanente, no es que la burguesía nacional sea incapaz de llevar a término las tareas de la revolución democrática y, por tanto, recaigan necesariamente en el proletariado —algo que, como hemos visto, no casa con la historia de la segunda mitad del siglo XX—; es que solo el proletariado tiene el interés y la capacidad para acabar con la base material del imperialismo más allá de demandas democráticas.

a adoptar una actitud pasiva ante ellas. El balance de varias décadas de luchas anticoloniales es contradictorio, pero hoy podemos juzgar cada una de las posiciones sobre la cuestión colonial para traerla a nuestro presente.

En primer lugar, la posición indiferentista, propia de los izquierdistas, ha mostrado su impotencia política. Al no apreciar el papel determinante que la dominación colonial y semicolonial ejerce sobre la lucha de clases, su intervención política es irrelevante, ya que no adaptan su táctica en países semicoloniales o ante agresiones imperialistas. Y, lo que es peor, al no reconocer este hecho, hacen el juego al imperialismo.

En segundo lugar, la posición etapista estricta, que hoy recuperan los defensores del multipolarismo, pierde su sentido. Por un lado, el imperialismo ha mostrado su capacidad de adaptarse a diferentes formas políticas a través de todo tipo de mecanismos que aseguran la jerarquía internacional de Estados sin recurrir a la dominación política directa. En este sentido, es fundamental no identificar la crisis de la hegemonía mundial estadounidense con la crisis del imperialismo. Es importante también no confundir el papel circunstancialmente progresista que puede jugar una potencia emergente para los países dependientes con una caracterización de un país capitalista como esencialmente progresista. Por otro lado, ya no existe un bloque socialista que pueda desplazar a fuerzas anticoloniales hacia posiciones socialistas o simplemente verse favorecido por el debilitamiento de los países imperialistas. La disputa por áreas de influencia entre grandes potencias debe ser entendidas como lo que son: guerras de rapiña por controlar mercados. Un mundo multipolar con nuevas potencias imperialistas surgidas de las luchas anticoloniales y de la desintegración del bloque socialista reproduciría nuevas formas de dominación y explotación determinadas por la pervivencia del mercado mundial. El imperialismo no es una política de algunas potencias, particularmente agresivas, si no un sistema mundial. Una potencia que abre nuevos mercados, exporta capital por todo el mundo e intenta ponerse a la vanguardia de la innovación tecnológica (y militar) necesariamente tendrá que

hacer valer sus intereses por una u otra vía, más tarde o más temprano. Por estos motivos, ceder la dirección de toda una etapa estratégica, sea esta una revolución democrático-burguesa o la crisis del imperialismo occidental, e integrar al partido comunista en frentes dirigidos por otras clases es hoy, aún más que hace cien años, una renuncia a nuestros objetivos.

Por último, la posición de la independencia política es la única que puede servir para enlazar las luchas anticoloniales y antimperialistas con la lucha por el socialismo. Una política de independencia de clase implica desarrollar una fuerza política proletaria, que integre a todos los sectores oprimidos. Una fuerza política que podrá establecer alianzas y compromisos parciales con otras clases en todos los planos que sea necesario, pero sin renunciar a la defensa de su programa. Desde nuestro lugar en el mundo, como comunistas en el centro imperialista, esto implica enfrentar a nuestros gobernantes y a los grandes empresarios: la oligarquía occidental. Este proyecto internacionalista basado en la independencia de clase tendrá diferentes tareas según las condiciones específicas de cada territorio. En este sentido, es una línea general que debe traducirse en diferentes líneas políticas. Solo así podremos construir un antimperialismo proletario y socialista, dotado de un programa propio. Un antimperialismo que aspire a disputar la dirección de las luchas contra la opresión nacional y colonial y que sea capaz de enfrentar a los imperialistas que los someten. Un antimperialismo capaz de unir las distintas luchas de la clase trabajadora en una lucha general contra el capitalismo. Un antimperialismo que hoy debe concentrar todas sus miradas en Oriente Medio y en Palestina.

Pero ¿qué nos dice este recorrido sobre la relación de los marxistas con la cuestión colonial sobre Palestina?

II. De nuevo, Palestina

El plan de Trump para Gaza es el tercer alto al fuego desde la operación Inundación de Al-Aqsa el 7 de octubre de 2023. Este plan, a diferencia de los anteriores, ha conseguido desplazar de la discusión pública el genocidio y debilitar al movimiento de solidaridad con Palestina. También ha supuesto una reducción significativa de la intensidad de los ataques israelíes, que han pasado a dirigirse hacia el Líbano e Irán. Lo terrible es que podamos hablar de reducción significativa cuando han muerto más de ochocientas personas desde que se inició la tregua en octubre de 2025³² y mientras se cuentan ya por miles los asesinados en Irán y Líbano.

32. Ya son 809 los muertos en Gaza por fuego israelí desde la tregua. (25 abril 2026). Swissinfo.

Todo esto sumado a las excentricidades que rodean a la Junta de Paz. Trump autoproclamado como presidente vitalicio y plenipotenciario. Gobiernos participantes elegidos a dedo por el propio Trump, que además se encargarán de financiar la nueva institución. La voluntad manifiesta de transformar la franja de Gaza en un resort de lujo. El objetivo es que la junta sustituya muchas de las funciones de la ONU. Toda una declaración de intenciones. Es un paso más en la construcción de un nuevo orden ajustado a las necesidades del imperialismo occidental. Esto obviamente no es nuevo. Y no es nuevo particularmente cuando hablamos de Palestina.

Israel siempre ha violado las resoluciones de la ONU desde el mismo momento en que se constituyó como Estado. Esta es una paradoja que es constitutiva del Estado de Israel. Su condición de Estado colonial en un mundo que iba dejando atrás el colonialismo abierto es una anomalía histórica. Un mundo que dejaba atrás estas formas de dominación no por gusto sino por la presión que ejercieron los movimientos de liberación nacional y el movimiento obrero. El sionismo es la ideología que da forma a este proyecto. Una ideología nacionalista, nacida en el boom de los nacionalismos europeos en el siglo XIX, como una solución a la cuestión judía. Su propósito era el retorno de los judíos a Israel para conformar un Estado propio, «si quiero

levantar un edificio nuevo en lugar de uno viejo, tengo primero que demoler y luego construir».³³

Por eso, el Estado de Israel es, siguiendo la distinción kautskiana, esencialmente una colonia de asentamiento.³⁴ Una colonia que busca desplazar y sustituir a la población árabe local, por población judía proveniente de todo el mundo. Esto lo diferencia de los proyectos coloniales típicos donde lo que se busca es abrir nuevos mercados, explotar a los trabajadores y apropiarse de los recursos locales. Por decirlo de manera más clara: al sionismo le sobra la población árabe nativa. Es por eso por lo que el genocidio, sea en sus formas más brutales o en formas más lentas y graduales, forma parte de la naturaleza del proyecto sionista y de Israel. El sionismo tuvo diferentes versiones. Algunas más religiosas y conservadoras y otras con tintes más laicos y progresistas. Sin embargo, todas ellas tienen una misma raíz colonial. De hecho, lejos de representar una fase benigna o progresista, el sionismo laborista fue el principal artífice de la colonización material de Palestina mediante la creación de instituciones como el Histadrut y el Kibbutz, que, bajo un manto socialista y cooperativo, excluyeron sistemáticamente a la población árabe nativa del trabajo y la tierra, consolidando así las bases étnicamente excluyentes sobre las que se erigió el Estado de Israel. Sin embargo, desde 1970 el sionismo laborista ha dejado paso a las versiones más reaccionarias del sionismo, que defienden abiertamente la necesidad de conquistar lo que llaman el Gran Israel, delimitado por unas fronteras que incorporan territorios de todos los países circundantes.

La condición colonial del proyecto sionista y de Israel determina el carácter de la lucha del pueblo Palestino. Esta es una lucha anticolonial. Primero, en la forma de un emergente nacionalismo árabe y con un fuerte componente campesino. Luego, contra el Mandato Británico de Palestina, cuando el conflicto entre la población árabe local y los colonos sionistas comenzó a fraguarse y, por último, contra Israel.

33. Herzl, T. (1964). *El Estado Judío*. Organización Sionista Mundial, p. 35.

34. Sayegh, F.A. (1965). *Zionist Colonialism in Palestine*. Palestine Liberation Organization; y Wolfe, P. (2006) «Settler colonialism and the elimination of the native». *Journal of Genocide Research*, 8(4), pp. 387-407.

Asimismo, el desplazamiento permanente de palestinos y los lazos de estos con los países árabes circundantes implica que los pueblos y Estados de la región han sido hostiles al proyecto colonial, dando lugar a conflictos armados abiertos recurrentes: la revuelta árabe en 1936, la Nakba en 1948, la guerra del Sinaí en 1956, la guerra de los 6 días en 1967, la guerra de Yom Kipur en 1973, la Primera Guerra del Líbano en 1982, la Segunda Guerra del Líbano en 2006, la reciente guerra contra Irán en 2025 y en 2026. Sin embargo, la consolidación del proyecto sionista ha ido dando lugar a un reconocimiento por parte de los Estados de la región y, en muchos casos, a una colaboración activa para perseguir a la resistencia palestina. Por ejemplo, en Jordania durante el septiembre negro en 1970 y en el Tratado Wadi Araba en el 94; tras la firma de los Acuerdos de Camp David con Egipto en 1978; o más recientemente con el reconocimiento de Israel por parte de muchos países de la zona con los Acuerdos de Abraham, abortados tras la operación Inundación de Al-Aqsa el 7 de octubre de 2023. En este sentido, la historia de la resistencia palestina es una historia de la traición de los Estados árabes de la región y de la creciente necesidad de integrar la descolonización en un proceso revolucionario regional.³⁵

35. Daher, J. (2024). *La cuestión palestina y el marxismo*. Editorial Sylone.

Por eso, la lucha del pueblo Palestino no puede entenderse al margen de la compleja red de intereses geopolíticos, grupos étnico-religiosos y proyectos políticos que conforman la región de Oriente Medio. Los palestinos han ido siendo abandonados por diferentes Estados de la región hasta llegar al presente, donde su principal apoyo es Irán. Esto no puede entenderse como un déficit de la resistencia palestina, que necesita servirse de alianzas de todo tipo para continuar su lucha, sino que es un límite de las fuerzas obreras y populares fuera de Palestina, que durante las últimas décadas hemos sido incapaces de ofrecer un apoyo material, excepto en estallidos de solidaridad internacional como los que vivimos hace unos meses.

Israel y el bloque imperialista occidental

Israel desde su constitución despertó la oposición de la población árabe local y de los Estados de la zona. Ya el plan de partición de Palestina de 1947 mostró lo que iba a ser una tendencia general. Todas las potencias aliadas que salieron victoriosas de la Segunda Guerra Mundial firmaron el acuerdo, incluida la Unión Soviética. Los países árabes votaron en contra. Las organizaciones políticas y paramilitares sionistas más radicales, como el Irgun, se opusieron al plan. Los propios palestinos se negaron a asumir la resolución, que negaba su derecho a la autodeterminación y legitimaba la ofensiva sionista que llevaba décadas colonizando tierras árabes. El resultado fue la Nakba: el desplazamiento de unos 750.000 palestinos de sus tierras y la eliminación de cualquier estatalidad propia, dejando sus territorios bajo control israelí, egipcio y jordano durante décadas. El éxito de Israel en esta primera guerra árabe-israelí no se puede entender sin el apoyo de Estados Unidos y, sobre todo, de la Unión Soviética.

La Unión Soviética entendía que el nacimiento del Estado de Israel serviría para debilitar al Imperio británico.³⁶ Sin embargo, pasaba por alto el hecho de que Estados Unidos estaba financiando y respaldando a los sectores más decididos del sionismo desde hacía años para asegurarse un aliado en la zona. Así, el recién surgido bloque del Este reconoció a Israel ante la ONU, armó a las milicias sionistas durante la Nakba y definió la política de los comunistas palestinos en clave de autodeterminación nacional y no de lucha anticolonial. Esto implicaba reconocer la legitimidad del Estado de Israel y entender la cuestión palestina no como un proceso de ocupación, desplazamiento y sustitución étnica, sino como un conflicto entre dos pueblos. Pasaron casi dos décadas hasta que finalmente la Unión Soviética se alineó con los nacionalismos socialistas y panarabistas de la región contra Israel.

Estados Unidos, por su parte, desde 1922 va a comenzar a ofrecer un apoyo intermitente pero sostenido al proyecto sionista en Palestina. Durante la Segunda Guerra Mundial esto

36. Sobre los motivos de este apoyo: Réal, M. (septiembre de 2019). «Cuando la Unión Soviética apadrinaba a Israel». *Le Monde Diplomatique*.

37. Es ilustrativo comparar dos documentos: la Conferencia de Biltmore (1942), donde el sionismo va a adoptar posiciones más radicales, abiertamente orientadas a desplazar y sustituir a la población árabe local, frente al *Libro Blanco* de MacDonald (1939), donde los representantes del Mandato Británico en Palestina llamaban a limitar la inmigración judía, la adquisición de tierras y construir un Estado unitario multiétnico. Este *Libro Blanco*, ideado para contener la Gran Revuelta Árabe (1936-1939), contradecía los planes anteriores que habían fracasado estrepitosamente, como la propuesta de la Comisión Peel (1937) o la Declaración de Balfour (1917).

38. Aunque en 1981 Israel lanzó ataques unilaterales contra Irak para acabar con sus programas nucleares, lo cual deterioró brevemente su relación, el Memorándum de Entendimiento se mantuvo.

39. La afinidad entre Estados Unidos e Israel no es meramente geopolítica. Ambas naciones son el resultado de proyectos coloniales sostenidos sobre un relato teológico, que justifica la conquista del territorio y la subordinación de otros pueblos. Véase: Kaplan, A. (2025). *Our American Israel. The Story of an Entangled Alliance*. Harvard University Press.

va a generar tensiones entre el Mandato Británico, que quería reducir los choques entre colonos sionistas y la población árabe, y Estados Unidos, que va a brindar apoyo a los primeros.³⁷ Los británicos tras la gran revuelta árabe de 1936 van a optar por limitar la llegada de judíos europeos a territorio palestino, mientras los estadounidenses van a respaldar a los sectores más radicales del sionismo que reconocían la necesidad de llevar hasta el final el conflicto con la población árabe.

Sin embargo, la alianza entre Israel y Estados Unidos, tal y como hoy la conocemos, tardó décadas en estrecharse. Aunque el presidente Truman fue el primero en reconocer al Estado de Israel en 1948 en el mundo, formalmente se mantuvo neutral durante la Nakba. Hubo posteriormente dos momentos clave que sirvieron para consolidar esa relación, que hoy hace de Israel el principal aliado del bloque imperialista occidental en la zona. Durante los años sesenta, las presidencias de Kennedy y Johnson, llevaron a constituir una relación especial sostenida sobre el apoyo militar y económico, que se reforzaría tras la victoria israelí en la guerra de los seis días en 1967. Veinte años después, durante el primer mandato de Reagan, Israel pasó a ser reconocido como aliado de la OTAN y se firmaron una serie de acuerdos.³⁸ Desde entonces Israel pasó a ser el principal receptor de ayuda militar y económica de Estados Unidos y su socio privilegiado en la zona.³⁹

Hoy el resto de las potencias occidentales a menudo mantienen una actitud hipócrita hacia Israel: apoyan en la práctica con todos los medios a su disposición, mientras cuestionan sus excesos y sus formas. El motivo es sencillo. Israel se ha convertido con el paso de las décadas en la mejor garantía de los intereses occidentales en la región, pero los gobiernos occidentales no quieren reconocer la violencia que requiere garantizar esos intereses.

Sin embargo, Israel no es la única garantía. De hecho, el bloque imperialista occidental cuenta cada vez con más apoyo por parte de los regímenes de Oriente Medio. El único proyecto político que ha conseguido hacer retroceder al imperialismo

occidental en la zona proviene del islam político, la revolución islámica que fundó la República de Irán. Hagamos un repaso rápido de la situación. Turquía es un país de la OTAN y solo ha tenido momentos de tensión con el bloque atlantista por las pugnas territoriales con Grecia y Chipre. No hace falta repetir el papel que han jugado Líbano y Jordania en las últimas décadas. Las monarquías del Golfo Pérsico han sido siempre favorables a los intereses estadounidenses, excepto la primera crisis del petróleo y la crisis diplomática con Catar en 2017 por sus vínculos con el yihadismo. El Egipto posterior a Nasser se alejó de la Unión Soviética para mejorar sus relaciones con Israel y Estados Unidos tras los Acuerdos de Camp David (1978). En Siria los dirigentes baazistas desde los primeros setenta han sido menos beligerantes con Israel que sus predecesores. A esto se suma el hecho de que el nuevo régimen de Al-Sharaa parece estar teniendo una actitud dialogante con Israel, a pesar de que ha tomado por la fuerza los Altos del Golán. Y, por último, la República de Irak bajo Sadam Hussein fue apoyada por Estados Unidos contra Irán, hasta 1990, cuando este invadió Kuwait iniciando la segunda guerra del Golfo.

En este juego de intereses cambiantes, los sucesivos apoyos del pueblo palestino han sido sometidos por el imperialismo occidental. Por eso, los comunistas palestinos han tenido que ir modulando su política de alianzas para combatir a Israel, a menudo bajo la influencia de los giros y las rupturas en el movimiento comunista internacional. Veamos cómo evolucionó la política de los comunistas palestinos a lo largo de las décadas.

Los comunistas palestinos y las potencias regionales

Durante el periodo que va desde la formación del Partido Comunista de Palestina en 1923 hasta la Nakba en 1948, la Unión Soviética incitó a los comunistas en Palestina, la mayoría de los cuales eran judíos provenientes de Europa, a organizar a los trabajadores palestinos contra el poder colonial británico. El objetivo era arabizar el partido entendiendo que los campesinos

nos y trabajadores árabes debían ser la fuerza motriz del movimiento de liberación nacional. A la vez, era necesario combatir el naciente odio racial e intentar construir un movimiento obrero unitario al margen de diferencias étnico-religiosas.

La composición social del partido y el crecimiento de un movimiento nacional palestino opuesto al sionismo y con redes en países limítrofes, provocaron que su influencia entre la población local fuese realmente reducida. Un partido fundamentalmente formado por judíos europeos; con unos dirigentes que no señalaban directamente al sionismo; y en un contexto de creciente tensión entre la población árabe local y los colonos; no podía tener éxito. Además, existía una tendencia, llamada yishuvismo, que se resistía a la arabización según la cual los trabajadores judíos inmigrantes podían ser la vanguardia del proceso, lo cual chocaba con toda la dinámica anticolonial.

A partir de 1935 la táctica de los frentes populares provocó dos tipos de tensiones durante la Segunda Guerra Mundial. En primer lugar, esta táctica provocó una división dentro del partido. Los palestinos interpretaron que esta táctica implicaba intervenir en el movimiento nacional palestino para formar un frente popular contra el sionismo y el imperialismo británico. La sección judía dentro del partido decidió mantener su trabajo político dentro del sionismo de izquierda y, particularmente, en sus organizaciones obreras. El conflicto era difícilmente conciliable y resultó en una escisión.⁴⁰

40. Para un análisis de los virajes de la III Internacional, sus implicaciones para los comunistas en Palestina y las tensiones entre las directrices y la composición social del partido: Buderí, M. (2025). *El partido comunista de Palestina (1919-1948)*. Ediciones Dos Cuadrados.

Durante el periodo que va desde la Nakba hasta la guerra de los seis días, en 1967, los comunistas asumieron que debían conformar un partido comunista binacional que defendiera las fronteras acordadas por la ONU en 1948, es decir, la solución de los dos Estados. Esto suponía reconocer la legitimidad de la agresión israelí en 1947, el desplazamiento de cientos de miles de árabes y la existencia de un Estado de naturaleza claramente colonial. En este momento, la cuestión palestina e israelí comenzó a analizarse como un conflicto nacional y no como un ejemplo de colonialismo. Esta lectura del conflicto palestino-israelí es la que subyace a la solución de los dos Es-

tados que defienden los herederos del comunismo oficial a lo largo y ancho del mundo. La traducción organizativa de esto fue la fragmentación del Partido Comunista de Palestina en tres organizaciones: el Partido Comunista de Israel, el Partido Comunista de Jordania y el Partido Comunista de Gaza.⁴¹

A partir de los años sesenta, la perspectiva sobre la cuestión palestina cambió. La influencia de la República Popular China, de la revolución cubana, de las luchas de argelinos y vietnamitas contra el imperialismo francés mostraron que era posible otra vía. Las luchas anticoloniales y la lucha armada, en su versión maoísta y guevarista, ganaron prestigio. El mayo del 68 global dio un nuevo impulso a luchas a lo largo y ancho del mundo. Aunque la derrota en la guerra de los seis días supuso un duro golpe para los sectores más radicales del panarabismo socialista en Siria y Egipto, las relaciones con la Unión Soviética mejoraron. Así, muchos sectores de jóvenes radicales palestinos e israelíes viraron hacia la izquierda y crearon nuevas organizaciones de corte abiertamente marxista. Tanto dentro del movimiento de liberación palestino, como en el movimiento comunista israelí ganaron peso las tesis de la descolonización. Es decir, aquellas tesis que buscan acabar con el sionismo y constituir un Estado laico, democrático y socialista, ya fuese en Palestina o en toda la región.

Ejemplos de esta tendencia son el Frente Popular para la Liberación de Palestina y el Frente Democrático para la Liberación de Palestina, así como Matzpen o la Nueva Lista Comunista que surgen como escisiones del Partido Comunista de Israel. Estos grupos van a asumir la continuidad entre la lucha de liberación colonial y la lucha por el socialismo. Algunas desde posiciones difusas y con escaso éxito político, como es el caso de Matzpen, y otras con un gran protagonismo y asumiendo los planteamientos del guevarismo y el maoísmo en cuanto a su línea militar, su política de frentes únicos con todas las fuerzas políticas palestinas y su visión de la revolución por etapas, como es el caso del FPLP y el FDLP.⁴²

41. Charif, M. (sf.) *The Palestinian Communist Movement (1948-present)*. Interactive Encyclopedia of the Palestine Question. <https://www.palquest.org/>

42. Kilani, R. (2024). «Strategies for liberation: old and new arguments in the Palestinian left». *International Socialism*, n.º 183.

Estas organizaciones van a tejer alianzas con los pocos regímenes panarabistas y progresistas restantes en la región y con movimientos guerrilleros antimperialistas de todo el mundo. Sin embargo, a partir de los años ochenta estas propuestas fueron declinando en favor de nuevos actores políticos de corte más islamista que panarabista y más conservador que socialista. Los factores que determinaron este declive son muchos, pero podemos hacer un breve resumen.⁴³

43. Hirsch, I. (7 de diciembre de 2025). «Historia de la lucha por la liberación de Palestina (II)». En *Defensa del Marxismo*.

En primer lugar, el fracaso de la experiencia panarabista en la región y el declive del bloque socialista a nivel internacional. El panarabismo socialista del baazismo en Siria, Egipto o Irak, acabó dominado por militares y burocracias estatales, que desplazaron y reprimieron a los comunistas y movimientos populares. Estas experiencias fueron perdiendo pujanza y se disolvieron entre conflictos internos y, sobre todo, por agresiones imperialistas. En este proceso, las organizaciones palestinas comunistas tuvieron relaciones tensas con los movimientos populares que surgieron en estos países, ya que los Estados que combatían eran su principal soporte material.

En segundo lugar, la dificultad para mantener una implantación popular sólida y consecuente tras la primera Intifada (1987-1993) y los Acuerdos de Oslo (1993). La primera Intifada surgió como un movimiento popular que puso en jaque a Israel durante seis años y mostró el enorme coste que tenía para Israel controlar los territorios palestinos ocupados. Por eso, se sentaron a negociar los Acuerdos de Oslo. A medio plazo, las fuerzas políticas mayoritarias, con la excepción del FDLP, van a apoyar los acuerdos. Estos sirvieron para constituir un gobierno palestino en la Franja de Gaza y Cisjordania, pero supusieron de facto el reconocimiento de Israel y su soberanía sobre los territorios ocupados. En las siguientes décadas, la solución de los dos Estados, que implicaba este reconocimiento, se mostró como lo que era: una vía para continuar el proyecto colonial por otros medios. Al transformar una lucha de liberación anticolonial en una disputa sobre fronteras y soberanías administradas, la solución de los dos Estados neutralizó el horizonte revolucionario palestino y consolidó un régimen

de apartheid bajo el disfraz de una partición negociada. La impunidad de las milicias y los colonos israelíes continuó. Las anexiones también. Aunque el Frente Popular acabó haciendo autocrítica por legitimar los Acuerdos de Oslo, las nuevas fuerzas políticas nacidas en los 80, como Hamás y la Yihad Islámica Palestina, se opusieron a los acuerdos y pudieron ganar legitimidad mostrándose como las más firmes defensoras de la lucha anticolonial.

En tercer lugar, la ofensiva militar de los Estados árabes circundantes contra las organizaciones palestinas progresistas. En Jordania, en Egipto y en el Líbano se van a vivir procesos de represión, llegando incluso a la guerra civil, para acabar con las milicias palestinas. Este hecho es un ejemplo de cómo el apoyo de los Estados y las clases dominantes a las luchas anticoloniales es circunstancial y oportunista.

Por último, el surgimiento de un nuevo apoyo a nivel internacional: Irán. Hoy en día y desde hace varias décadas el principal soporte político y material de la resistencia palestina es una república islámica. Una república que por sus orígenes revolucionarios se ha mostrado más decidida en la lucha contra el sionismo y el imperialismo estadounidense que todos los Estados árabes.

Por estos motivos hoy la resistencia palestina está hegemonizada principalmente por Hamás. Hamás no solo se mostró como el principal opositor a los Acuerdos de Oslo, sino que además consiguió ser la fuerza política más votada en Gaza en 2006, llegando a constituir de facto desde entonces el gobierno de la franja. Hamás y todo el Eje de la Resistencia dependen en buena medida de Irán. Y, como es lógico, cierran filas en torno a este país ante cualquier situación de inestabilidad promovida desde el exterior o por sus propias contradicciones internas.

Es importante detenerse en la naturaleza de este régimen. La República se formó tras la revolución islámica de 1979. En esta revolución participaron diferentes fuerzas políticas progresistas, laicas y comunistas, que se unieron para derrocar a la

dinastía Pahlaví, que gobernaba con el favor de Israel y Estados Unidos. Sin embargo, la fuerza hegemónica fueron los clérigos chiitas dirigidos por el Ayatolá Jomeiní. La caída del Sha y el ascenso del Ayatolá contó para tomar el poder con el consentimiento secreto de las principales potencias occidentales. Además, este favor no fue gratuito: las potencias occidentales requerían que el nuevo régimen acabase con los comunistas y se alejase de la órbita soviética. Y así fue: los comunistas del partido Tudeh y los Fedahínes del Pueblo fueron aniquilados y exiliados durante los años ochenta.

Estos grupos habían apoyado la revolución, entendiendo que era necesario cerrar filas para combatir al imperialismo yanki. Este es el ejemplo más reciente y sonado de los desastrosos resultados de la política del frente único antimperialista. Las protestas contra el Sha tenían un carácter progresista por enfrentarse al poder estadounidense e israelí en la región y porque confiaron en que el régimen posrevolucionario les permitiría hacer política en mejores condiciones. Sin embargo, el resultado fue distinto: hubo represión política y se detuvieron conquistas como la reforma agraria o la educación laica.⁴⁴

44 Para un balance de la experiencia de los comunistas iraníes: Mather, Y. (2019). «Iran's communist movement: Reform and revolution». En L. Feliu y F. Izquierdo-Brichs (2019). *Communist Parties in the Middle East*. Routledge, pp. 45-59; y Moghadam, V. (1987). «Socialism or anti-imperialism? The left and revolution in Iran». *New Left Review*, n.º 166.

Ahora bien, sí se mantuvo uno de los elementos del diagnóstico: la República Islámica va a enfrentarse con Estados Unidos desde su constitución, conservando el antiamericanismo y el antisionismo de la revolución. Durante la guerra entre Iraq e Irán, Estados Unidos participará dando apoyo a Sadam Hussein. Durante la década de los 90 se iniciarán las sanciones contra el programa nuclear iraní y por el apoyo a diferentes grupos de la resistencia palestina y a Hezbollah en el Líbano. Estas sanciones se mantienen hasta el presente, con el breve relajamiento durante la administración Obama. Tras la operación Inundación de Al-Aqsa se produjo un recrudecimiento de la ofensiva sionista y estadounidense contra Irán, dando lugar a los primeros bombardeos directos sobre suelo iraní contra su programa nuclear y sus capacidades militares en 2025. Y, por último, desde el 28 de febrero hemos visto como la agresión imperialista contra Irán ha intentado forzar un cambio de ré-

gimen y acabar con el único Estado de la región que se opone a sus intereses.

Hoy Irán y el Eje de la Resistencia son el único contrapeso estatal al poder sionista y estadounidense en la región. Por eso, el Eje genocida primero intentó instrumentalizar y promover las protestas que estallaron al final del pasado diciembre y, cuando fueron ahogadas en sangre, iniciaron la ofensiva. La represión dejó miles de muertos. Las protestas empezaron por el hundimiento de la moneda iraní, que comenzó en un momento en el cual las condiciones económicas del país eran cada vez más difíciles, en buena medida debido al bloqueo que impone Estados Unidos. La clase trabajadora iraní siempre ha vivido en una precariedad absoluta, entre políticas de austeridad, mientras la burocracia militar y clerical se enriquece a su costa.

La oposición en el exilio, encabezada por el hijo del Sha, está demandando abiertamente que Estados Unidos e Israel lleven la intervención hasta el final, aunque eso implique llevarse la infraestructura civil por delante y agudizar la crisis global que ya está fraguándose. Aquí el dilema con el que se encuentra Estados Unidos, sabiendo que la agresión ha servido para relegitimar a República Islámica internamente,⁴⁵ es doble. Por un lado, no quiere implicar a sus tropas directamente en el terreno, lo cual exigiría poner muertos. Por otro lado, se encuentra ante las presiones de la economía global y de sus aliados. Ante esta situación le quedaría, o bien, optar por un modelo venezolano, o bien optar por el modelo libio.

Sin embargo, la República Islámica se ha mostrado más cohesionada que la República Bolivariana. A pesar de haber descabezado al régimen, no parece que haya sectores políticos dispuestos a abandonar el proyecto y subordinarse al imperialismo yanqui y sionista.⁴⁶ Por tanto, queda modelo libio, es decir, transformar Irán en un Estado fallido y fragmentado, siguiendo el deseo de Netanyahu de eliminar todo Estado que suponga una amenaza para sus intereses en la región. También queda, por supuesto, una retirada maquillada que

45. Citrinowicz, D. (29 de abril de 2026). *How the War Saved the Iranian Regime*. Foreign Affairs.

46. *Ibid.*

nos devuelva a la situación previa a la agresión. Cualquier escenario que no sea este último, supondría un reordenamiento de la relación de fuerzas en la región y un duro golpe para la resistencia palestina. Por ello, debemos reivindicar el derecho del pueblo iraní a defenderse ante una agresión imperialista. Una defensa que no debe identificarse con un cierre de filas en torno a la República Islámica, pero que tampoco debe caer un indiferentismo impotente y cómplice. Una defensa que sirva para que la clase trabajadora gane posiciones, mientras apoya la derrota de los imperialistas.⁴⁷

47. Yasmine, M. (2026). «Defeat US-Israeli aggression, defend the peoples of Iran». *Weekly Worker*, n.º 1575.

III. El movimiento de solidaridad con palestina y la política antimperialista

Y esto nos lleva a nuestras tareas actuales. ¿Qué puede hacer el movimiento de solidaridad con Palestina ante esta situación? ¿Y qué papel debemos jugar además los comunistas en este movimiento?

Está claro que el movimiento de solidaridad con Palestina ha jugado un papel relevante durante los últimos años. La tregua vino precedida por la Global Sumud Flotilla, la huelga general en Italia y manifestaciones masivas en varios países occidentales que apoyan materialmente a Israel. En esta experiencia hubo tres procesos que se solaparon: una cierta acumulación de experiencia militante durante dos años de movilizaciones periódicas; una progresiva clarificación política sobre el carácter de la cuestión palestina y los medios para su resolución y un salto a nivel de movilización por el impacto mediático del genocidio, de la flotilla y de los cortes en la vuelta ciclista.

El hecho de que la opinión pública mayoritaria en las sociedades occidentales fuese crítica con el genocidio retransmitido en directo y con Israel permitió que se fuera construyendo una capacidad de movilización considerable que desembocó en estos eventos. Así, los gobiernos occidentales entendieron que su respaldo explícito o velado al sionismo no iba a salir gratis.

La expresión más clara de esta presión la vemos en la reacción ante la agresión imperialista contra Irán. Frente a la participación activa de los gobiernos europeos en el genocidio en Gaza, la mayoría han decidido dar un paso al lado frente a la guerra contra Irán, llevando a una crisis sin precedentes en la OTAN.

Sin embargo, el proyecto colonial continúa y la solidaridad ha decaído. Mientras las movilizaciones fuera de Palestina tienden a declinar tras sus momentos álgidos, los palestinos no pueden permitirse el lujo de dejar de luchar, de resistir con heroicidad al invasor, por muy difíciles que sean las condiciones. Las movilizaciones dejan un aprendizaje, dejan ciertas estructuras organizativas, pero no mantienen su empuje.

¿Por qué sucede esto? Porque no se percibe la solidaridad internacionalista como una cuestión existencial, porque no se percibe la guerra y el genocidio como un problema que nos afecte directamente. La solidaridad, así entendida, sería una muestra de preocupación moral con el sufrimiento de otros: personas que sufren los excesos de un Estado particularmente agresivo lejos del jardín europeo. Sin embargo, la lucha contra el imperialismo en general y contra el proyecto sionista en Oriente Medio en particular no se puede entender como una cuestión ajena o lejana, ni mucho menos excepcional.

El imperialismo siempre ha desplazado, asesinado y explotado a la clase trabajadora en todo el mundo; siempre ha oprimido a los pueblos negando sus derechos democráticos más básicos y su soberanía. Está en su ADN. No es una excepcionalidad de Netanyahu o de Trump, ni tampoco de Israel. El ejemplo más claro es el recrudecimiento de la ofensiva imperial occidental contra Siria, Irán, Venezuela o Cuba, que tiene por objetivo acabar con los Estados que cuestionan la hegemonía estadounidense en dos regiones clave para las cadenas de suministro globales.

No obstante, lo relevante es subrayar cómo las prácticas neocoloniales pueden tener un efecto bumerán; pueden retornar sobre la clase trabajadora occidental en la forma de em-

48. Cesáire, A. (2006). *Discurso sobre el colonialismo*. Akal.

49. Dana, T. (2024). «Merchants of Death: Israel's Permanent War Economy». *Security in Context*; y Badrak, V. (2025). *Recent Trends in the Development of Ukraine's Military-Industrial Complex in an International Context*. Konrad-Adenauer-Stiftung Ukraine.

peoramiento de las condiciones de vida, pérdida de derechos políticos y auge de las nuevas extremas derechas.⁴⁸ Solo hace falta ver el papel que cumplen países como Ucrania o Israel en el desarrollo de nuevas tecnologías de vigilancia y armas de guerra;⁴⁹ la centralidad del entramado mediático israelí en la propagación de bulos y propaganda fascista; o en el desarrollo de nuevas formas de Estado autoritario. También debemos prepararnos ante una más que posible crisis económica provocada por el cierre del Estrecho de Ormuz. Los recortes en gasto público, la precarización laboral y el aumento del gasto de la vida van a ser de nuevo puestos sobre nuestras espaldas.

Por eso, la lucha contra el genocidio en Palestina no puede ser entendida como una cuestión aislada. Reconocer este vínculo es un primer paso. Un segundo paso es recordar que el éxito de la solidaridad internacionalista siempre ha radicado en su capacidad para conectar con otros conflictos. La victoria de las protestas contra la guerra de Vietnam, por ejemplo, vino precedida del auge de distintos movimientos por los derechos civiles, por la liberación sexual, sindicales, pacifistas, etc. de manera que sirvió como catalizador de estas e impulsó la impugnación del imperialismo estadounidense.

Es la labor de las fuerzas antimperialistas señalar que la lucha contra el imperialismo es parte central de la lucha de los trabajadores por su emancipación; que es una forma más de combatir a nuestro Estado y a sus proyectos internacionales, pero que además es la única vía para evitar las versiones más sangrientas de la escalada militarista a la que nos lleva la oligarquía atlantista ante el declive del bloque imperialista occidental.

Mientras trabajamos por construir esa fuerza política, el movimiento de solidaridad debe armarse de un programa que conecte las tareas inmediatas con este horizonte estratégico. Este programa mínimo debería incluir, en primer lugar, la exigencia del fin inmediato de todo comercio de armas y transferencia de tecnología militar con Israel, desenmascarando la complicidad material de nuestros propios Estados en el ge-

nocidio. En segundo lugar, la implantación efectiva del boicot cultural y económico, denunciando cada feria empresarial, cada proyecto de investigación y cada evento musical vinculado con el genocidio. En tercer lugar, el desarrollo de redes de solidaridad con las organizaciones obreras, campesinas y populares palestinas, no desde el humanitarismo, sino parte de un movimiento internacionalista que reconoce en la resistencia palestina uno de los centros de la lucha de clases global. Finalmente, la lucha contra las bases militares, los centros logísticos y las infraestructuras de la OTAN en nuestro propio territorio, que son los nodos desde los que se organiza la agresión imperialista. Estas tareas no son un fin en sí mismas, sino los pasos concretos pueden servir para la acumulación de fuerzas de un movimiento, capaz de unir la lucha contra el genocidio con la lucha contra el capitalismo. En resumen, ruptura de relaciones diplomáticas, fin del comercio de armas, sanciones y apoyo activo a la resistencia.

Sin embargo, no debemos dejarnos engañar. Con un movimiento de solidaridad abnegado no podremos frenar el mundo de guerras y catástrofes al que nuestras élites nos dirigen. Para acabar con el imperialismo y el orden político que lo sostiene es necesario construir una fuerza política capaz de confrontar al nivel de los aparatos mediáticos de la oligarquía, con una presencia en movimientos sociales y sindicales que le permitiera desplegar una movilización permanente contra las andanzas de nuestro bloque geopolítico y, sobre todo, con la aptitud para elevar el movimiento de solidaridad contra el genocidio en una lucha contra el Estado y todos sus partidos leales. Esta fuerza política es, como se puede intuir, un partido comunista.

Hoy carecemos de esta fuerza, pero la lucha contra el genocidio, contra la opresión de los pueblos y contra la explotación de la clase trabajadora, deben ser pasos en el camino para construirla. Deben ser la forma de generar las condiciones para afrontar un mundo que solo nos ofrece un futuro de barbarie.

ROMPER EL HIELO: LAS TRAYECTORIAS DE LA REVOLUCIÓN MUNDIAL (1914-1949)

VOLODIA

La autocrítica es un arma indispensable y permanente en el arsenal del bolchevismo, una que está íntimamente ligada con la naturaleza del bolchevismo y su espíritu revolucionario.

—Iósif Stalin

Del escenario internacionalista al «colapso de todas nuestras ilusiones»

Hasta el estallido de la primera guerra mundial, la idea misma de revolución estaba directamente asociada al escenario europeo. Las revoluciones de 1789, 1848 y 1871 fueron episodios de un proceso único, en el que el proletariado iba consolidando

una tradición política que tenía en Europa su horizonte espacial. En Europa occidental la concentración industrial era más avanzada, el movimiento obrero había desarrollado sus organizaciones más poderosas y el capitalismo había alcanzado su forma más madura. En el extremo oriental del continente, con el naciente capitalismo ruso y su corsé autocrático maduraba un cóctel particularmente explosivo: en este escenario, la revolución en el imperio de los zares podía convertirse en señal de la revolución socialista en occidente.

Esta perspectiva convergía con la visión sostenida desde hacía mucho tiempo por Engels de que la energía acumulada en Rusia era tal que «1789, una vez puesta en marcha, pronto será seguida por 1793». Creía, como Marx, que era en Rusia donde existía la vanguardia revolucionaria de Europa. «Y una vez que empiece la diversión en Rusia», decía en 1887, «¡entonces, hurra!». La «lava» rusa, en otras palabras, «fluirá... hacia Occidente».¹ Bajo esta perspectiva, Lenin reivindicó la propaganda por repúblicas en Alemania, Polonia, Rusia y otros países y por la transformación de todos los Estados europeos en una república de los Estados Unidos de Europa.² La revolución en Europa, finalmente, podría arrastrar consigo a las naciones asiáticas que comenzaban a incorporarse al mundo capitalista —Turquía, Persia, China— y levantar a los pueblos oprimidos de las colonias, en un marco político que era simultáneamente internacional e internacionalista.

El internacionalismo de esta propuesta descansaba en un sustrato económico. El capitalismo es un modo de producción esencialmente global. La dictadura de la burguesía es un sistema de dominación de clase de carácter internacional, cuya cohesión trasciende las fronteras de cualquier Estado particular. El dinero mundial, las finanzas internacionales y el sistema de Estados que reproduce y garantiza las condiciones de la acumulación forman un sistema cuya unidad es irreductible a sus partes nacionales. De ello se seguía una consecuencia estratégica de que la emancipación del proletariado solo podía consumarse a la misma escala a la que operaba su opresión. Desde la época de la Liga Comunista y la Primera Internacio-

1. Citado por Nimtz, A., *Lenin's Electoral Strategy: From Marx and Engels Through the Revolution of 1905*, Palgrave Macmillan, New York, 2014, p. 35. Esta hipótesis fue posteriormente elaborada, entre otros, por Karl Kautsky: «Es posible que ahora [los rusos] estén llamados a ser la tormenta que rompa el hielo de la reacción y traiga consigo irresistible una nueva y feliz primavera para los pueblos». Citado en Lenin, V. I., *La enfermedad infantil del «izquierdismo» en el comunismo*, Akal, Madrid, 2021, pp. 10-11. En 1921 Lenin todavía se acordaba de aquellas palabras: «Nosotros hemos empezado la obra. Poco importa saber cuándo, en qué plazo y los proletarios de qué nación culminarán esta obra. Lo esencial es que se ha roto el hielo, que se ha abierto camino, que se ha indicado la dirección correcta» (Lenin, V. I., *La cultura y la revolución cultural*, Editorial Progreso, Moscú, 1971, pp. 164-165).

2. Lenin, V. I., *Sobre la consigna de los Estados Unidos de Europa*, 1915 [todas las referencias en las que no se indique otra cosa pueden encontrarse en marxists.org].

nal, la clase obrera había luchado por crear órganos políticos supranacionales que lo coordinaran en su enfrentamiento con la burguesía. El socialismo, decía Lenin, es «por naturaleza» un movimiento internacional.³

3. Lenin, V. I., ¿Qué hacer?, 1902.

Con el estallido de la primera gran guerra imperialista se confirmaron los pronósticos. El sistema de Estados vigente hasta ese momento colapsó, el zarismo se derrumbó y, en octubre de 1917, la clase obrera tomó el poder en Rusia. La revolución maduraba en Europa occidental, como los marxistas habían previsto, aunque no a la velocidad suficiente. La federación soviética que los bolcheviques comenzaron a construir mientras tanto no tenía bandera nacional ni delimitación territorial preestablecida. Originalmente estuvo concebida como la encarnación de la república internacional de los trabajadores, el embrión de lo que Lenin describía como una «Unión de repúblicas soviéticas de Europa y Asia».⁴ Una vez la revolución prendiese en Europa occidental, la revolución rusa culminaría su misión como prólogo de la revolución europea, integrando al resto de pueblos en una república obrera virtualmente internacional. «Para nosotros estaba claro —reconocía Lenin— que sin la ayuda de la revolución mundial era imposible el triunfo de nuestra revolución proletaria. Tanto antes como después de la revolución pensábamos: inmediatamente, o al menos en muy poco tiempo, se producirá una revolución en los países atrasados y en los que están más desarrollados desde el punto de vista capitalista, o, en caso contrario, tendremos que perecer».⁵

4. Lenin, V. I., *On the Establishment of the U.S.S.R.*, 1922.

5. Lenin, V. I., *Obras Completas* [OC; todas las citas de Editorial Progreso, Moscú, 1986], vol. 44, p. 35.

Asediados por el ejército alemán, los bolcheviques pronto recibirían su primer golpe. Con la firma del tratado de Brest-Litovsk, en marzo de 1918, el gobierno bolchevique se vio obligado a la que sería su *primera gran retirada*. Al ceder en condiciones humillantes buena parte de su territorio, los bolcheviques estaban renunciando a su consigna de una paz democrática y sin anexiones. Con esta maniobra se desligaban también momentáneamente de la transformación de la guerra imperialista en guerra civil revolucionaria: el pacto con el gobierno alemán implicaba fortalecer temporalmente al régi-

men imperial frente a la revolución que brotaba en Alemania, cuando era precisamente de la alianza con esa revolución de donde los bolcheviques esperaban conseguir la paz. Era la renuncia al programa con el que habían conquistado la mayoría que los llevó al poder en 1917, que colapsaba ante la brutalidad de las circunstancias. Como consecuencia, los bolcheviques estuvieron a punto de escindirse, y los eseristas de izquierdas salieron inmediatamente del que hasta entonces había sido un gobierno de coalición de relativo buen funcionamiento. Los bolcheviques quedaron solos en un gabinete que pasaba así a una posición de minoría política, sin el respaldo mayoritario de los soviets y sostenido por la vanguardia de una clase obrera ya de por sí minoritaria a escala social. En estas condiciones tuvieron que sostener una guerra civil de cuatro años contra el ejército blanco, asistido por la intervención imperialista de catorce países.

Pero no era la revolución rusa la que había abandonado a la revolución alemana, sino el proletariado socialista alemán el que había abandonado a la revolución rusa. En los años inmediatamente anteriores el partido internacional de la clase obrera —la herramienta fundamental de la revolución en marcha— había entrado en bancarrota. La incomparecencia del proletariado socialista occidental, cuyo sector mayoritario había desertado alineándose con el orden liberal burgués, traicionó el escenario de revolución europea previsto durante décadas por todos los marxistas, precipitando con ello el aislamiento de los bolcheviques. Como apuntó Rosa Luxemburg en 1918 desde la cárcel, «los acontecimientos de la guerra y la Revolución Rusa no probaron la inmadurez de Rusia, sino la inmadurez del proletariado alemán para la realización de sus tareas históricas».⁶

6. Rosa Luxemburg, *La revolución rusa*, 1918.

Esta combinación de factores puso en marcha un proceso que iba dejando huellas que los propios protagonistas identificaron con preocupación creciente. La sustitución de las milicias por un ejército profesional, el control estatal forzoso de la economía, la ilegalización de los partidos de oposición, el vaciamiento progresivo de la democracia soviética, etc., era

una reacción desesperada a las presiones de una situación crítica, cuya lógica era la de la supervivencia en el poder. Ya en 1919 Lenin reconocía que los soviets, que eran «por naturaleza unos órganos de gobierno *por los trabajadores*», habían pasado a ser «órganos de gobierno *para los trabajadores*, gobierno ejercido por el estrato más avanzado del proletariado, pero no por las masas obreras». ⁷ «Lo que existe hoy en Rusia —decía Bujarin— no es simplemente la dictadura del proletariado; es una dictadura militarista-proletaria». ⁸ Era el diagnóstico de una democracia soviética en proceso de ser absorbida por el aparato burocrático-militar que estaba surgiendo en medio de la guerra civil. ⁹

Pero esta deriva todavía conservaba un fondo revolucionario e internacionalista. Tal y como la describía Lenin, tenía al menos dos pilares. El primero era que el sistema soviético era un instrumento al servicio de la revolución mundial que debía defenderse a cualquier precio, no como un fin en sí mismo, sino en la medida en que servía de soporte a la revolución en el resto de países. Por eso los bolcheviques se aferraron al poder con todos los medios a su disposición, incluidos los que suponían retrocesos burocráticos. Pero, por esa misma razón, Lenin creía que en ciertas circunstancias los comunistas rusos podían verse obligados a arriesgar la supervivencia del poder soviético si eso contribuía a la conquista del poder en otros países: «al sucumbir nosotros [en una guerra con la Alemania capitalista] distraeríamos una parte de las fuerzas de la contrarrevolución alemana y, con ello, salvaríamos la revolución alemana. Es admisible por completo que, con tales premisas, no solo sería “conveniente”, sino absolutamente *obligatorio* aceptar la posibilidad de una derrota y de la pérdida del poder soviético». ¹⁰ El segundo elemento era que el hundimiento de la revolución en Rusia era un horizonte ineludible si esta no conseguía extenderse a otros países: una economía aislada y técnicamente atrasada no podría sobrevivir indefinidamente sin ahogarse en el mercado capitalista global.

En el contexto de esta tensa dialéctica había sido fundada la Tercera Internacional, concebida como herramienta para

7. Lenin, V. I., «Informe sobre el programa del partido» (1919), OC, tomo 38, pp. 181-2.

8. Bujarin, N, y Preobrazhenski, Y., *The ABC of Communism*, 1920.

9. El diseño institucional de la democracia soviética arrastraba además una tensión estructural entre la participación permanente de las masas a través de soviets locales y la centralización de las funciones ejecutivas del Estado. En la práctica, la necesidad de coordinación administrativa y militar terminó restringiendo los mecanismos de control democrático desde abajo y favoreciendo la autonomización progresiva del aparato burocrático. Macnair, M., *Revolutionary Strategy*, 2007, pp. 29-30.

10. Lenin, «Peregrino y monstruoso» (1918), OC, tomo 35, pp. 418-9.

extender la revolución e internamente diseñada como Estado Mayor de una inminente guerra civil a escala europea. Las veintinueve condiciones de admisión expresaban esa vocación exigiendo la ruptura con el reformismo, la subordinación de la acción parlamentaria a la lucha extraparlamentaria por la revolución, el apoyo incondicional a los movimientos de liberación colonial y la organización según el principio del centralismo democrático. Algunas de las medidas adoptadas durante la guerra civil rusa —la creciente identificación entre dictadura del proletariado y dictadura del partido, la extensión del mando único desde el Ejército Rojo al conjunto del aparato estatal, etc.— comenzaban a sistematizarse a través de la Internacional, proyectando sobre sus secciones nacionales métodos que habían mostrado su eficiencia en la guerra civil rusa.¹¹

11. Lenin concebía la centralización cuasimilitar de la Comintern —y, por extensión, de cada una de sus secciones nacionales— como una consecuencia directa del escenario de guerra civil europea que consideraba inminente. «Operando en condiciones de aguda guerra civil, la Internacional Comunista debía estar mucho más centralizada que la Segunda Internacional»; y, «en este periodo de guerra civil aguda, los partidos comunistas solo podían cumplir su deber si estaban organizados del modo más centralizado posible y marcados por una disciplina de hierro cercana a la disciplina militar». Lenin, V. I., *Theses on Fundamental Tasks of The Second Congress Of The Communist International*, 1920.

Revolución en Alemania, República Soviética en Baviera, República Soviética en Hungría, huelgas revolucionarias en España e Italia, consejos obreros en Turín... Sin embargo, la guerra civil revolucionaria no terminó de prender. La Nueva Política Económica (NEP) formulada en 1921 respondía precisamente a ese nuevo revés, y exigió una *segunda gran retirada* del gobierno bolchevique en su camino hacia el socialismo. El programa que justificaba el sostenimiento de un gobierno en minoría por medios de excepción también colapsaba: la guerra civil había devastado la economía, el campesinado expresaba su descontento con la requisita forzosa de grano y la clase obrera —agotada, hambrienta, reducida numéricamente por años de guerra— daba muestras de que no podía seguir sosteniendo indefinidamente el esfuerzo que se le exigía. La acción de marzo fracasaba en Alemania y ahogaba la esperanza de una extensión inmediata de la revolución, mientras que la huelga de los marineros de Kronstadt ese mismo mes, aplastada por el Ejército Rojo, condensaba una crisis que obligaba a reformular todos los esquemas. Aunque en condiciones cada vez más desfavorables, los bolcheviques se sostenían heroicamente en el poder, al que era imposible renunciar sin faltar al compromiso con la revolución mundial.

En la estela de lo que Bujarin denominaría el «colapso de todas nuestras ilusiones», Lenin y otros bolcheviques comenzaron el doloroso proceso de repensar sus premisas básicas sobre la revolución.¹² El abandono del comunismo de guerra y la reintroducción de relaciones de mercado reguladas representaban la admisión de que el camino hacia el socialismo no era recto: era, como Lenin explicaría en 1922, el descenso peligroso de una montaña mal explorada, donde el alpinista que no puede avanzar debe retroceder buscando otro camino, «tal vez más largo, pero que, sin embargo, le permitirá llegar a la cumbre». A pesar de este nuevo mazazo —o quizás aleccionado por él—, Lenin insistía en que «hacer hasta el fin» el tipo soviético de Estado «no lo logrará en la práctica más que la clase obrera de varios países».¹³

El joven Estado soviético, erigiéndose en árbitro entre un proletariado industrial minoritario y una abrumadora mayoría de pequeños propietarios campesinos, comenzaba a independizarse no solo de las masas, sino también de los designios del partido situado a su cabeza. Lenin, en su informe al XI Congreso del Partido en 1922, formulaba el problema abiertamente: «Si tomamos Moscú con sus 4.700 comunistas en puestos responsables, y si tomamos esa enorme máquina burocrática, ese gigantesco montón, debemos preguntarnos: ¿quién dirige a quién? Dudo mucho que pueda decirse con verdad que los comunistas dirigen ese montón. Para decir la verdad, ellos no dirigen; los dirigen a ellos».¹⁴ El aparato heredado del zarismo, «apenas barnizado con aceite soviético», reproducía la lógica característica de toda burocracia, incompatible por principio con la idea de un gobierno obrero: «el aparato estatal que llamamos nuestro nos es, en realidad, todavía bastante ajeno; es una mezcla burguesa y zarista, y no ha habido posibilidad de deshacerse de él en los últimos cinco años».¹⁵ Era la época en la que Lenin empezó a referirse a él como un Estado obrero con «distorsiones burocráticas».¹⁶

Es cierto que en este período comenzaron a establecerse algunas identificaciones que sentarían bases problemáticas para el futuro, ya fuera la dictadura del proletariado como

12. Stephen F. Cohen, *Bukharin and the Bolshevik Revolution. A Political Biography, 1888-1938*, Vintage Books, New York, 1975, p. 107.

13. Lenin, V. I., «Notas de un publicista» (febrero de 1922), OC, vol. 33, pp. 204-11.

14. Lenin, «Informe político del Comité Central al XI Congreso del PCR(b)» (marzo de 1922), OC, tomo 33, p. 279.

15. Lenin, V. I., «Más vale poco y bueno» (1923), OC, tomo 33, p. 487.

16. Lenin, V. I., «Proyecto de tesis sobre el papel y las tareas de los sindicatos en las condiciones de la nueva política económica» (1922), OC, tomo 33, p. 188.

dictadura del partido o el partido como organización ultracentralizada modelada sobre las necesidades de la guerra civil. Pero ninguna de las grandes retiradas de 1918 y 1921 se tradujo en concesiones teóricas sustanciales. Entonces no existía una voluntad de ocultar los errores tácticos ni de negar que el gobierno bolchevique se estaba batiendo en retirada. Incluso bajo una presión durísima y una correlación de fuerzas endiablada-mente adversa, Lenin nunca negó que la creación del ejército regular, la aplicación de la pena de muerte o la prohibición de las fracciones en el partido, junto a muchas otras medidas, representaban retrocesos forzados —y por ello potencialmente reversibles—. La conciencia de la reversibilidad era, en última instancia, la única garantía de que los retrocesos parciales pudieran comprenderse como zigzags dentro de un camino más largo, guiado por los dos pilares de programa internacionalista defendido por Lenin.

«¡La revolución proletaria llama a la puerta de Alemania; habría que ser ciego para no verlo!», proclamaba Zinóviev en 1923. «Muy pronto, todos verán que este otoño de 1923 es un punto de inflexión no solo para la historia de Alemania, sino para la historia del mundo entero».¹⁷ Zinóviev tenía razón: 1923 fue un punto de inflexión de la historia universal. Pero no en el sentido esperado. La derrota de la última tentativa insurreccional en Alemania —en la que las directrices de la Comintern encabezada por el propio Zinoviev jugaron un papel determinante a juicio de una oposición que empezaba a organizarse alrededor de la figura de Trotsky— clausuró la perspectiva de una revolución socialista en Europa occidental. Con ella moría también el escenario para el que el Estado soviético, la Internacional y el propio programa bolchevique habían sido concebidos. Era necesaria una nueva teoría para un escenario no previsto, y la lucha por el poder en el PCUS tras la enfermedad y muerte de Lenin iba a determinar qué teoría. Una tercera gran retirada se cernía sobre la revolución rusa, la más decisiva y dramática de todas.

17. Zinoviev, G., *The Problems of the German Revolution*, 1923.

El debate sobre el socialismo en un solo país

El debate sobre el socialismo en un solo país fue esencialmente uno sobre los ritmos, métodos y garantías del proceso de construcción del socialismo en un país económicamente atrasado e internacionalmente aislado. No fue un dilema sobre la posibilidad de avanzar (o no) en la construcción del socialismo: esa era una premisa compartida por todos los grupos que tomaron parte activa en este debate, y era un lugar común en el partido desde la época del comunismo de guerra, mucho antes de que Lenin muriese. Tampoco fue un debate entre internacionalismo y aislacionismo en abstracto, ya que todos los participantes sostenían la necesidad de extender la revolución a otros países. Lo que estaba en disputa era la jerarquía entre esos dos objetivos y la relación que los vinculaba: si la extensión de la revolución era la condición de la construcción del socialismo en la URSS o si, por el contrario, la construcción del socialismo en la URSS era la condición de la extensión de la revolución. Formulado así, el debate revela su verdadero alcance, ya que a la discusión táctica sobre política económica le subyacía una disputa estratégica sobre el horizonte del proyecto comunista.

La postura bujariniana del «crecimiento hacia el socialismo» puede rastrearse ya en noviembre de 1922, mucho antes del fiasco alemán, en una formulación en la que el avance hacia el socialismo en Rusia no dependía en ningún punto de la internacionalización de la revolución. Aunque Bujarin negó en ocasiones que la doctrina representase una revisión de sus posiciones anteriores, esas negaciones eran poco convincentes —y con razón: de 1917 a 1921, como él mismo había sostenido públicamente, el socialismo en Rusia sin el concurso de la revolución europea era imposible—. La expresión formal de la doctrina constituía, como reconoció a medias, una partida radical del pensamiento bolchevique oficial, ya que resultó que «la cuestión no era tan simple como parecía antes, cuando pensábamos menos en ella».¹⁸

18. Cohen, Bukharin and..., p. 187.

No obstante, la formulación explícita que se someterá a discusión pública no aparece hasta finales de 1924, cuando Stalin modifica un fragmento de su folleto *Fundamentos del leninismo* de acuerdo con una tesis que era completamente nueva para la tradición bolchevique (que era nueva lo demuestra el hecho de que tuviese que alterar su propia obra para presentar el argumento). En enero de 1925 publica una segunda edición que incorpora esa modificación, en línea con las tesis desarrolladas un mes antes en *La revolución de octubre y la táctica de los comunistas rusos*. La crisis de las tijeras de 1923-4 —la primera gran crisis de la NEP, expresada en la divergencia entre los precios industriales en alza y los agrícolas a la baja— había hecho urgente la cuestión económica.¹⁹ ¿Podía la URSS avanzar hacia el socialismo sobre la base de concesiones económicas al campesinado, con una industria técnicamente atrasada y sin apoyo económico y político internacional? La respuesta que Stalin y Bujarin comenzaron a construir era afirmativa: no solo era posible avanzar, sino construir *completamente* el socialismo. El «socialismo a paso de tortuga» sobre la base de la alianza obrero-campesina y un mercado estatalmente regulado era la traducción económica de la nueva estrategia.

19. La crisis de las tijeras de 1923-4 —la divergencia entre los precios industriales en alza y los precios agrícolas en baja— amenazaba con hacer del mercado soviético un mecanismo de expropiación involuntaria del campesinado, al que la ciudad no podía suministrar bienes de consumo a un precio que compensase la entrega de sus excedentes. La primera sistematización del problema fue de Trotsky, *El nuevo curso*, 1923.

El XIV Congreso del partido, en diciembre de 1925, no planteó todavía la cuestión en toda su crudeza: en su intervención Zinóviev denunció la teoría del socialismo en un solo país, aunque este no fuera el centro de su ataque. Hasta ese momento toda la discusión giraba alrededor de la política económica y la organización interna del partido. En enero de 1926 Stalin publicó *Cuestiones del leninismo* y lanzó una ofensiva aún más explícita a favor de la nueva teoría. La revisión que planteaba era más profunda que la de Brest-Litovsk o la NEP, puesto que no teorizaba un repliegue coyuntural forzado por las circunstancias, sino la construcción nacional del socialismo como principio universal del bolchevismo. El cambio propuesto no era táctico, sino estratégico.

En la primavera de 1926 Zinóviev y Kamenev formaron un bloque de oposición junto a Trotsky. Este último no llegó a pronunciarse públicamente contra la teoría del socialismo en

un solo país hasta noviembre de ese mismo año, en su discurso ante la XV Conferencia del PCUS —el último que pudo pronunciar ante un encuentro de delegados del partido—, cuando Stalin presentaba simultáneamente *La desviación socialdemócrata en nuestro partido*.²⁰ Para ese entonces Trotsky ya había sido expulsado del Politburó, junto a Kamenev y Zinóviev, y este último había sido retirado de la presidencia de la Comintern. Hasta ese momento, las objeciones de Trotsky a la línea del bloque Stalin-Zinóviev-Kamenev habían girado alrededor de la política económica y el régimen interno del partido. La plataforma de Trotsky no tenía la cuestión del socialismo en un solo país como uno de sus ejes. De hecho, no contenía ni una sola palabra al respecto. Fueron Zinóviev y Kamenev quienes iniciaron la polémica acerca de la nueva doctrina estratégica, a la que Trotsky solo se sumaría más adelante, una vez Zinóviev y Kamenev fueron derrotados.

20. Stalin, J., *Cuestiones del leninismo*, 1926.

Tal y como la presentó Stalin en 1926, la teoría tenía dos aspectos que es necesario distinguir.²¹ El primero era el de las relaciones internas de la Unión Soviética: el problema de liquidar a la burguesía dentro de sus fronteras y la construcción completa del socialismo. Sobre este punto, la posición de Stalin era que se podía construir el socialismo en un país económicamente atrasado e internacionalmente aislado exclusivamente a partir de las fuerzas económicas de Rusia. La construcción completa del socialismo requería en primer lugar la industrialización —único medio de elevar la productividad del trabajo sobre la que descansaba cualquier economía avanzada—, y esa industrialización debía desarrollarse sobre la base de la alianza con el campesinado, que proveía de alimento y materias primas a la ciudad y cuyo descontento podía desestabilizar el régimen. De ahí el «socialismo a paso de tortuga» de Bujarin: una modernización gradual que no exprimiere a la mayoría campesina de la población.

21. Stalin, J., *The possibility of Building Socialism in our Country*, 1926; *Letter to Slepkov*, 1926. Véase también *On the Final Victory of Socialism in the USSR*, 1938.

El segundo aspecto era el de las relaciones externas: el problema de asegurar el país del peligro de la intervención militar y garantizar la victoria definitiva del socialismo. Aquí Stalin admitía que la URSS, por sí sola, no podía mantenerse en pie

frente a las potencias capitalistas, que podrían orquestar una intervención militar y restaurar el capitalismo desde el exterior. Para evitar ese escenario y proteger el socialismo dentro de las fronteras soviéticas era necesaria la victoria de la revolución en varios países occidentales. La nueva teoría otorgaba a clase obrera mundial una misión, orientada precisamente a la defensa del Estado soviético. Este enfoque sería desarrollado por Bujarin en su folleto *Construyendo el socialismo* de 1926 y sistematizado en el nuevo programa de la Comintern, aprobado en el sexto congreso de 1928.²²

22. Trotsky escribió una extensa crítica en *Crítica del programa de la Internacional Comunista*, 1928.

La cobertura teórica de este giro se apoyaba en la ley leniniana del desarrollo desigual del capitalismo. Desde esa perspectiva, la posición de Marx y Engels habría quedado obsoleta, superada por el descubrimiento de Lenin de que la victoria del socialismo era posible en un solo país. Stalin lo planteaba en los siguientes términos: «al convertirse la ley del desarrollo desigual descubierta por Lenin en el punto de partida de la teoría de la victoria del socialismo en países aislados, la vieja fórmula de Engels se vuelve incorrecta y debe inevitablemente ser sustituida por una nueva fórmula que afirme la posibilidad de la victoria del socialismo en un solo país». La ley del desarrollo desigual demostraba que el capitalismo no maduraba de forma simultánea en todos los países, de modo que era posible —y necesario— que el socialismo triunfase primero en aquellos donde las condiciones lo permitiesen. La revisión de la teoría Marx y Engels, justificada con una lectura *sui generis* de algunos textos de Lenin, pasó a reconocerse abiertamente: «hay que tener el valor de decir francamente que Lenin fue el primero de los marxistas en presentar la cuestión de la victoria del socialismo en un país de una manera nueva y en responderla afirmativamente».²³

23. Las dos citas de Stalin provienen de *Sobre la desviación socialdemócrata en nuestro partido*, 1926.

La nueva doctrina descansaba en la necesidad, reconocida por sus mismos defensores, de mantener alta la moral del movimiento. Dado que la revolución europea no llegaba, era necesario crear la certeza de que el socialismo podía triunfar en la URSS sin ella para que los comunistas tuviesen razones para seguir combatiendo. En esta operación las obras de Lenin

funcionaban como una suma de citas despiezadas, en las que se buscaban desesperadamente los rastros de una posición que ya había sido decidida de antemano. Se renunciaba así a la fundamentación científica del proyecto en beneficio de su eficacia propagandística, confundiendo deliberadamente la necesidad subjetiva de un horizonte de victoria con la demostración objetiva de que ese horizonte era alcanzable.

En el marco de este nuevo enfoque desaparecen los dos pilares de la política internacionalista que habían legado los primeros años de gobierno bolchevique: la inevitabilidad del hundimiento de la revolución rusa a largo plazo y la subordinación del Estado soviético a la revolución internacional como única vía de salvación. Desde la perspectiva de la nueva estrategia, la acción del proletariado del resto de países quedaba incondicionalmente sometida a los intereses estratégicos del Estado soviético, que de este modo podría completar la transición al socialismo. La idea de «aceptar la posibilidad de una derrota y de la pérdida del poder soviético» que Lenin todavía estaba dispuesto a defender en nombre de la revolución mundial jamás volvió a considerarse.

En estas coordenadas el aislamiento de la revolución dejó de ser una limitación para convertirse en un programa positivo. Entre los sofismas que comenzaron a ser norma en este período destaca uno según el cual, si no fuese posible la construcción completa del socialismo en Rusia, la revolución de 1917 habría carecido de propósito; luego el verdadero propósito de la revolución de 1917 era la construcción del socialismo en Rusia.²⁴ El razonamiento invertía deliberadamente la relación entre medios y fines que había articulado la estrategia bolchevique desde 1917 y construía retroactivamente el sentido de la revolución a partir de las exigencias de la política inmediata. Se creó una narrativa según la cual Lenin y los bolcheviques habían luchado siempre por una revolución exclusivamente rusa, tratando de presentar las raíces de la nueva teoría en la tradición del partido.²⁵ El revisionismo ideológico en materia de principios fue así acompañado de un revisionismo histo-

24. Stalin, J., *Cuestiones del leninismo*, 1926.

25. D. Brandenberger, «Stalin's rewriting of 1917», *Russian Review*, vol. 76, n.º 4 (2017), pp. 667-89.

26. Brandenberger, D., «Stalin as historian», *Weekly Worker*, 2020.

riográfico crecientemente pronunciado, que en los años subsiguientes no haría más que radicalizarse.²⁶

Dado que no existía ninguna obligación de presentar la construcción completa del socialismo como algo alcanzable con certeza en una única nación, la teoría del socialismo en un solo país expresaba un compromiso no obligado, una capitulación ideológica cuyo efecto más duradero fue hacer irreversibles la suma de compromisos tácticos previos. No solo borró la conciencia de que todas las concesiones realizadas hasta ese momento eran efectivamente renunciadas —convirtiéndolas en posturas de principio—, sino que promovió activamente nuevas y más profundas renunciadas, que desde ese momento pasarían a presentarse como innegables avances.

Colectivización, industrialización, burocratización

El socialismo en un solo país fue la adaptación burocrática al aislamiento internacional y atraso económico de la Unión Soviética. Aunque inicialmente se teorizó como corolario de la alianza obrero-campesina, el socialismo en un solo país terminó siendo incompatible con la NEP. Para salvar aquel, fue necesario sacrificar esta. La NEP suponía gestionar el equilibrio entre dos clases con intereses materiales divergentes —el proletariado urbano y el campesinado propietario— en un marco de mercado regulado por el Estado. Ese equilibrio era frágil por definición, y su mantenimiento dependía de que ninguno de los dos polos de la alianza pudiese afirmarse sobre el otro. La derrota de la huelga general inglesa de mayo de 1926 y la beligerancia del nuevo gobierno británico, sumados al aplastamiento de la revolución china por Chiang Kai-shek en 1927, acentuaron el aislamiento soviético y aceleraron el debate sobre la orientación económica interna, pues volvían de todo punto improbable el horizonte de una pronta asistencia exterior que aliviase las condiciones de la construcción del socialismo en un país atrasado.

Durante el transcurso de 1927 se produjo una crisis en la adquisición estatal de grano que puso en riesgo no solo el suministro interno, sino también los planes de exportación y, con ellos, la financiación del capital para la industrialización.²⁷ Sin una industrialización acelerada que elevase la productividad del trabajo en la ciudad, el aparato soviético no podría suministrar al campo los bienes de consumo suficientes para mantener al campesinado ligado a su economía y políticamente subordinado. El dilema era circular: sin resolver la cuestión agraria no había industrialización posible; sin industrialización no había solución duradera a la cuestión agraria. La salida dentro de los marcos de la construcción nacional del socialismo que se acabó imponiendo fue la que Stalin emprendió a partir de 1929: resolver la contradicción por la fuerza, liquidando uno de sus términos.

27. R. W. Davies, *The Socialist Offensive: The Collectivisation of Soviet Agriculture, 1929-1930*, Macmillan, London, 1980. La crisis de abastecimiento de 1927 —en la que las entregas de grano al Estado cayeron un 25% respecto al año anterior— es analizada como detonante inmediato del giro hacia la colectivización forzosa.

1929, el año del Gran Viraje, representó la *tercera gran retirada* de la revolución rusa, precedida y pavimentada por la nueva estrategia de construcción del socialismo en un solo país. Se abandonó la NEP y el proyecto que le era implícito, al menos como intención: madurar las capacidades de gobierno de la clase obrera mediante el rodeo gradual que Lenin había prescrito. En su lugar se apostó por una revolución desde arriba, comandada por el aparato, que al presentarse como la ofensiva revolucionaria que culminaría la construcción del socialismo en la Unión Soviética borraba deliberadamente el hecho de que se trataba de una huida hacia adelante. La diferencia decisiva respecto a Brest-Litovsk y la NEP era que, en esas dos retiradas anteriores, se había mantenido la conciencia de que se estaban haciendo concesiones forzadas por circunstancias adversas; aquí, en cambio, la teoría del socialismo en un solo país convertía la capitulación en principio y la retirada en avance.

El primer acto del Gran Viraje fue la colectivización forzosa del campo, cuya lógica era a la vez fiscal y política. Fiscalmente, se trataba de sustituir los aproximadamente veinticinco millones de explotaciones campesinas individuales por grandes unidades de producción controladas por el Estado —los *kolkhozy* y los *sovkhozy*— capaces de entregar cuotas de grano

28. Preobrazhenski, E., *La nueva economía*, 1926.

29. La desorganización del aparato productivo que la deportación masiva conllevaba y la imposición de cuotas de extracción de grano brutales condujeron directamente a la hambruna de 1932-3, que costó la vida a millones de personas en Ucrania, el Bajo Volga y Kazajistán. Robert Conquest, *The Harvest of Sorrow: Soviet Collectivization and the Terror-Famine*, Oxford University Press, Oxford, 1986. La base documental de este proceso puede encontrarse en Viola, Lynne, Denis Kozlov y V. P. Danilov [eds.], *The War Against the Peasantry, 1927-1930: The Tragedy of the Soviet Countryside*. New Haven: Yale University Press, 2005.

30. Sobre el Primer Plan Quinquenal y el papel del Rabkrin en la escalada de los objetivos, véase R. W. Davies, *The Soviet Economy in Turmoil, 1929-1930*, Macmillan, Londres, 1989. La variante «óptima» del plan preveía un crecimiento del 20% anual del PIB; la variante «básica», aprobada inicialmente, era ya considerada por economistas como Groman y Bazarov como irrealizable en las condiciones soviéticas.

31. Sobre la evolución de los planes y los debates que rodearon el proceso de industrialización véase Davies, R., *The Industrialisation of Soviet Russia 3. The Soviet Economy in Turmoil, 1929-1939*, Karvard University, Cambridge, 1989.

32. La dependencia de la industrialización soviética respecto a la tecnología occidental ha sido documentada en detalle por Antony Sutton, *Western Technology and Soviet Economic Development*, 3 vols., Stanford: Hoover Institution Press, 1968-73.

previsibles y de ser gravadas sin las fricciones que imponía el mercado. El régimen buscaba resolver las crisis crónicas de abastecimiento y extraer del campo el «tributo» necesario para financiar la industrialización acelerada mediante la exportación de productos agrícolas —la «acumulación socialista originaria» con que la fracción de Stalin rebautizó el esquema de Preobrazhenski y la oposición de izquierda—. ²⁸ Políticamente, se trataba de liquidar a los kulaks «como clase»: exportar y deportar a las capas campesinas más acomodadas, cuya capacidad de acumulación individual las convertía en un polo de estabilización de relaciones de producción capitalistas en el campo. Los bienes confiscados servían para constituir el fondo inicial de las nuevas granjas colectivas, y los cuerpos deportados para poblar los campos de trabajo forzado cuya expansión era inseparable del proceso de industrialización. ²⁹

La industrialización que se financiaba con ese tributo campesino obedeció a una lógica de autarquía y militarización que hizo irreconocible el marco de la NEP. El Primer Plan Quinquenal, lanzado en 1929 con metas que los economistas más moderados del partido consideraban irrealizables, fue superado en ambición por sus propios ejecutores: el partido ratificó la variante «óptima» del plan, que preveía un aumento casi cuádruple de la inversión y un crecimiento del PIB del veinte por ciento anual. ³⁰ El eslogan de cumplirlo en cuatro años se convirtió en un voto obligatorio para el proletariado, y el Comisariado del Pueblo de la Inspección de Trabajadores y Campesinos actuó como Estado Mayor de una ofensiva que forzaba incrementos constantes en los objetivos, ignorando sistemáticamente las advertencias sobre los cuellos de botella materiales. Lo que se presentaba como planificación racional era en buena medida una carrera voluntarista contra los propios cálculos del plan. ³¹

La retórica de la autosuficiencia socialista obscurecía la dependencia crítica de la tecnología, la maquinaria y los expertos importados de Occidente. ³² A diferencia de las potencias capitalistas, que podían recurrir a préstamos exteriores o a la extracción colonial, la URSS debía generar las divisas necesarias

a partir de sus propias exportaciones, y la principal de ellas era el grano. Stalin insistió en forzar las exportaciones agrícolas incluso durante las crisis de suministro interno, asumiendo el elevado coste humano que encerraban decisiones como esta. La caída sostenida del nivel de vida de los trabajadores y la escasez generalizada de productos básicos eran el reverso material del milagro industrial que la propaganda celebraba. A partir de 1931, tras la invasión japonesa de Manchuria, la industrialización se solapó con el proceso acelerado de rearme: las fábricas de tractores y automóviles fueron diseñadas para su reconversión rápida en producción de tanques y vehículos militares, y la participación de la industria de defensa en el total industrial se duplicó entre 1930 y 1932.³³

El régimen de trabajo que sostuvo este proceso construyó un auténtico sistema de servidumbre industrial. En octubre de 1930 se prohibió la libertad de movimiento de los trabajadores; dos meses después se prohibió a las empresas contratar a quienes hubieran abandonado su puesto sin autorización; en enero de 1931 se introdujeron penas de prisión por infracción de la disciplina laboral; en febrero se implantaron los Libros de Trabajo obligatorios para todos los obreros industriales y de transporte; en marzo se anunciaron medidas punitivas contra la negligencia y se responsabilizó individualmente a los trabajadores de los daños a las herramientas y los materiales. La ayuda por desempleo fue abolida con el argumento de que el socialismo había eliminado el desempleo. Simultáneamente se lanzó una campaña contra la nivelación salarial —la *uravnilovka*—, imponiendo que las raciones y los salarios dependiesen estrictamente de la productividad individual. El sistema de trabajo a destajo, que los marxistas habían combatido como instrumento típico de la intensificación capitalista de la explotación, se convirtió en la norma universal de la economía soviética.³⁴

Mientras tanto, la liquidación de cualquier atisbo de oposición interna borraba definitivamente la posibilidad de que el proletariado actuase como clase gobernante. El partido dejaba de ser, siquiera de forma remota, una herramienta que

33. Sally W. Stoecker, *Forging Stalin's Army. Marshal Tukhachevsky and the Politics of Military Innovation*, Westview Press, 1998, pp. 31-58.

34. Sobre la secuencia legislativa completa y su relación con la disciplina laboral, véase Donald Filtzer, *Soviet Workers and Stalinist Industrialization: The Formation of Modern Soviet Production Relations, 1928-1941*, Pluto Press, Londres, 1986. Sobre la resistencia obrera que desencadenó este proceso, Jeffrey J. Rossman, *Worker Resistance under Stalin. Class and Revolution on the Shop Floor*, Cambridge, 2005.

serviese a la clase obrera para expresar su voluntad política a través de la discusión de plataformas tácticas y programas de acción entre los que la militancia pudiera optar. La elección y control de los cargos era un vago recuerdo del pasado. La voluntad política fluía exclusivamente de arriba hacia abajo: esa es, precisamente, la esencia del burocratismo. Los principios marxistas de organización, resumidos en la fórmula «libertad de discusión y unidad de acción», habían sido sustituidos por un régimen de partido puramente policial, donde las disputas políticas, mientras todavía pudieron existir, fueron atajadas por los órganos represivos del Estado. La liquidación de la fracción de derecha de Bujarin en 1929, que coronaba el proceso de «bolchevización» del PCUS y de la Internacional, ponía fin a la última corriente interna del partido que había articulado posiciones económicas y políticas diferenciadas.

La reconstitución del aparato burocrático-militar avanzaba así a pasos acelerados. El XVII Congreso del partido de 1934 abolió el TsKK-NK RKI —el organismo concebido por Lenin como contrapeso institucional a los órganos dirigentes del partido—, allanando el camino hacia un sistema de control radicalmente más represivo y concentrado.³⁵ El antiguo OGPU fue absorbido por el nuevo NKVD de toda la Unión, que gestionaba simultáneamente la seguridad interior, las fronteras, la milicia y la red de campos de trabajo forzado. En 1935 Stalin lanzó el eslogan «los cuadros deciden todo», marcando un giro deliberado en la concepción del aparato. Se reforzó el principio de *edinonachalie* para que los directores tuvieran poder absoluto sobre sus subordinados sin interferencias de comités obreros, aceleró la formación de una nueva inteligencia técnica soviética —obreros y campesinos educados en las academias para sustituir a los especialistas de procedencia zarista— sin tradiciones políticas propias ni lealtades previas a corrientes del partido.³⁶ Para entonces el aparato burocrático-militar estaba plenamente reconstituido, con la jerarquía militar burguesa restaurada y el viejo sistema zarista de justicia criminal prácticamente recompuesto.³⁷ La Constitución de 1936 codificó esta transformación, subordinando completamente las leyes de las repúblicas a las directivas de Moscú y consagrando por

35. El XVII Congreso del partido (enero-febrero de 1934), conocido como el «Congreso de los vencedores», abolió el TsKK-NK RKI y lo substituyó por la Comisión de Control del Partido, subordinada directamente al Comité Central. Rees, E. A., *State Control in Soviet Russia: The Rise and Fall of the Workers' and Peasants' Inspection, 1920-1934*, Palgrave Macmillan, Londres, 1987.

36. Priestland, D., *Stalinism and the Politics of Mobilization*, Oxford University Press, 2007.

37. Peter H. Solomon, Jr., *Soviet Criminal Justice under Stalin*, Cambridge University Press, Cambridge, 1996.

primera vez al Partido Comunista como «núcleo dirigente» de todas las organizaciones estatales. De la democracia soviética ya no quedaba ningún rastro.³⁸

El congreso de 1934 había proclamado la victoria del socialismo. Pero la estatalización de la economía no fue una medida socialista aplicada por la clase obrera a través de su Estado, sino una medida despótica aplicada por la burocracia para perpetuar las condiciones de su dominación. Tanto el aislamiento comercial como el atraso técnico —las dos caras del reto que la construcción del socialismo en un solo país debía enfrentar— fueron resueltos en clave bonapartista, mediante una revolución desde arriba que modernizó el país en nombre del socialismo ejecutando la desposesión violenta de los campesinos —una práctica que la tradición marxista siempre había descartado por principio—.³⁹ La alianza proletario-campesina en nombre de la que el sector dirigente había combatido a la oposición interna durante los años 20 se había disuelto brutalmente, y no en favor del proletariado a costa del campesinado, sino en contra de ambos, en favor de un aparato burocrático-militar erigido sobre ellos que consumaba en el proceso su divorcio completo de las masas. La burocracia era ya una clase consolidada de pequeños propietarios no de capital, sino de cargos administrativos y del poder de mando sobre trabajo ajeno del que les investían esos cargos.⁴⁰

A esta ofensiva sobre las condiciones laborales y políticas se sumó una reorganización étnica y nacional del territorio soviético. Deportaciones masivas, migraciones forzadas y procesos de limpieza étnica afectaron a centenares de miles de personas —polacos, alemanes del Volga, tártaros de Crimea, chechenos, ingusetios, coreanos, ucranianos, bálticos, baskarios, calmuco...—, millones de ciudadanos soviéticos objeto de castigos colectivos en función de su origen étnico y de su proximidad a regiones fronterizas consideradas sensibles.⁴¹ La federación nominal de repúblicas libres otorgaba en la práctica una centralidad creciente a Rusia, cuyo idioma se instauró como lengua obligatoria en todas las escuelas soviéticas y cuyo alfabeto cirílico se impuso como universal sobre una población

38. A pesar de ello, Stalin y la élite gobernante soviética mantuvieron una concepción *sui generis* de la democracia socialista, basada en la participación y movilización de las masas. Al quedar desligada de mecanismos capaces de someter a control democrático a los representantes y al aparato estatal, esa participación era una simple integración subordinada dentro de las estructuras burocráticas. Erik van Ree, *The Political Thought of Joseph Stalin*, Routledge, New York, 2002, pp. 3-5. Corrientes como el maoísmo o el castrismo/guevarismo heredaron esta concepción de la democracia, entendida fundamentalmente como movilización —en la guerra popular, la lucha armada o la «línea de masas»— antes que como una democracia política republicana basada en derechos efectivos, control desde abajo y rendición de cuentas de los órganos dirigentes.

39. Engels, F., *The Peasant Question in France and Germany*, 1894. Esta era también la postura de Lenin. Lenin, V. I., *Preliminary Draft Theses On The Agrarian Question*, 1920.

40. Sobre los burócratas como pequeños propietarios, Mike Macnair, «Socialism is a form of class struggle», *Weekly Worker*, 2010.

41. Sobre las deportaciones étnicas y la política nacional soviética, véase Nikolai Bougai, «The Deportation of Peoples in the Soviet Union», *Nova Science*, New York, 1996.

en la que más del 40% no era de origen ruso. Este proceso fue acompañado de la rehabilitación selectiva de la iconografía, los héroes y los mitos de la era zarista. En 1944 se terminaría adoptando un nuevo himno que sustituía los versos de la Internacional por el ensalzamiento de una sola de las naciones soviéticas: «¡Unión irrompible de repúblicas libres que la Gran Rusia ha unido por los siglos!». A este retroceso nacional se añadieron la penalización de la homosexualidad en 1933 y la ilegalización del aborto en 1936, orientadas a reforzar la familia monógama e incentivar la natalidad en función de las necesidades del esfuerzo productivo y militar. La URSS protagonizaba una ofensiva sobre los derechos laborales, políticos y nacionales en una atmósfera de marcado retroceso ideológico y cultural que ningún apologista del régimen ha podido explicar coherentemente como un avance hacia el comunismo.

El Gran Terror de 1936-8 fue la fase culminante de este proceso, pero también su transformación cualitativa: de la liquidación de la oposición política organizada y la concentración del poder en los instrumentos burocrático-policiales del Estado se pasó a la decapitación sistemática del propio aparato. La lógica que lo impulsó puede reconstruirse en tres niveles. El primero era la cobertura ideológica: ante los fracasos económicos provocados por la industrialización frenética y la colectivización forzada, se adoptó un relato antiburocrático en el que la responsabilidad recaía sistemáticamente sobre los funcionarios y especialistas, acusados de ser saboteadores que dañaban la economía desde dentro. La narrativa del sabotaje desviaba la responsabilidad de la dirección política hacia enemigos anónimos infiltrados en el aparato y convertía cada fracaso del plan en evidencia de una conspiración. El segundo nivel era el preventivo: desde el convencimiento de que en caso de guerra cualquier funcionario que hubiera expresado en algún momento críticas al partido se convertiría automáticamente en agente de potencias extranjeras, la purga se presentó como una acción profiláctica destinada a limpiar el país de una potencial quinta columna. El tercero, y más fundamental, era el político: transformar el sistema de partido único —que funcionaba todavía como una oligarquía de líderes veteranos

con trayectorias propias— en una autocracia absoluta donde todo el poder emanase de una sola persona, subyugando el partido y el Estado a la jerarquía paralela de la policía política y eliminando cualquier rastro de independencia institucional.⁴²

Las cifras son elocuentes. Diez de los trece integrantes del primer gobierno soviético que aún vivían en los años 30 fueron ejecutados. De los veintitrés miembros del Comité Central vigente, solo cuatro sobrevivieron a las purgas. 1.108 de los 1.966 delegados del Congreso de 1934 fueron arrestados y la mayoría ejecutados. Tres de los cinco mariscales soviéticos fueron fusilados. Responsables directos de la represión como Yagoda y Yezhov, también. Para 1938, el noventa por ciento de los bolcheviques vivos en 1917 estaban fuera del partido.⁴³ Los puestos vacantes fueron ocupados por los *vydvizhentsy*, jóvenes graduados técnicos sin experiencia política previa cuya carrera dependía enteramente de la lealtad personal al dictador: para 1939, el 91% de los jefes de organizaciones regionales tenían menos de cuarenta años. La burocracia, paradójicamente, no se contrajo, sino que se expandió. El personal administrativo pasó de 1,45 millones en 1928 a 7,5 millones en 1939.⁴⁴ La purga no redujo el aparato, sino que lo renovó generacionalmente, sustituyendo una capa con tradiciones revolucionarias propias por otra modelada íntegramente bajo el estalinismo.

Destacados viejos bolcheviques como Grigori Zinóviev, Lev Kámenev, Nikolái Bujarin, Alexéi Rýkov, Karl Rádek, Yevgueni Preobrazhenski o Mijaíl Tomski no sobrevivieron al Terror. Muchos de los comunistas que habrían podido jugar un papel decisivo en las crisis revolucionarias que siguieron sacudiendo Europa a lo largo de los años 30 y 40 también fueron asesinados por los soviéticos o entregados directamente a la Gestapo.⁴⁵ Entre los cientos de miles de exterminados se cuentan los polacos Lénski, Warszawski, Wera Kostrzewa y Henrik Walecki; los húngaros Béla Kun, József Pogány y József Kelen; los yugoslavos Filip Filipovic y Simo Miljius; los alemanes Hugo Eberlein y Heinz Neumann; los finlandeses Eino Rahja y Kullervo Manner; los letones Janis Berzins y Peteris Stucka; los estonios Hans Pöögelmann y Jaan Anvelt; los españoles Kurt

42. J. Arch Getty y Oleg V. Naumov, *The Road to Terror: Stalin and the Self-Destruction of the Bolsheviks, 1932-1939*, Yale University Press, New Haven, 1999.

43. Robert Conquest, *The Great Terror: A Reassessment*, Oxford University Press, Oxford, 1990. Las cifras de víctimas del Gran Terror han sido objeto de debate historiográfico. Las estimaciones de Conquest (aproximadamente 750.000 ejecutados entre 1937 y 1938, y varios millones de detenidos) han sido en general confirmadas por el acceso a los archivos del NKVD.

44. Kotkin, S., Stalin. *Waiting for Hitler, 1929-1941*, Penguin Press, New York, 2017, pp. 818-9.

45. En la Unión Soviética fueron ejecutados más miembros del politburó del Partido Comunista Alemán que en la propia Alemania nazi; de los 68 líderes comunistas alemanes que buscaron refugio en la URSS, 41 fueron ejecutados. Erich D. Weitz, *Creating German Communism, 1890-1990*, Princeton University Press, Princeton, 1997, pp. 280-310. Si se excluyen los soviéticos caídos durante la guerra con Alemania, el número de comunistas ejecutados por el estalinismo supera ampliamente los del régimen nacional-socialista.

Landau y Andreu Nin. Era toda una generación internacional de cuadros formados en la experiencia revolucionaria de la primera posguerra. Su liquidación debía garantizar que la lealtad de los partidos comunistas extranjeros a la cadena de mando del aparato soviético no pudiera ser cuestionada por quienes tenían autoridad propia y memoria acumulada. El siguiente paso solo podía ser la liquidación política de la propia Internacional.

La Comintern y la revolución mundial

La Internacional Comunista había nacido como instrumento de la revolución mundial. En el transcurso de una década, ese instrumento se había transformado en algo cualitativamente distinto. La dirección efectiva dejó de ser la de un cuerpo colegiado de partidos con peso propio y pasó a ser la del aparato de la política externa del PCUS. Su propósito dejó de ser la extensión de la revolución y pasó a ser la prevención de la intervención imperialista contra la URSS. La transformación no fue súbita ni unilateral: fue el resultado acumulado de una serie de decisiones que respondían, cada una por separado, a presiones coyunturales reales, pero cuyo efecto conjunto fue la conversión de la Comintern en un instrumento de la diplomacia soviética.

El lento proceso de «bolchevización» de los partidos comunistas extranjeros, iniciado con las veintiún condiciones y proclamado como programa en el V Congreso de 1924, llegó a su conclusión con la consolidación de la fracción de Stalin. Si en 1924 este declaraba que «el proceso de formación definitiva de auténticos partidos bolcheviques en el Occidente ha comenzado»,⁴⁶ a finales de 1929 se había puesto fin a los prolongados y duros enfrentamientos en el seno de los partidos alemán, francés, polaco, checoslovaco, británico y estadounidense mediante decisiones firmes de la Comintern de dar su protección a una de las facciones en litigio y expulsar del partido, o eliminar de su dirección, a las facciones rivales.⁴⁷ La «bolcheviza-

46. Stalin, J., «La situación internacional», OC, tomo VI, Edición Lenguas Extranjeras, Moscú, 1953, p. 100.

47. Stalin, J., *Stalin's Speeches on the CPUSA*, 1929.

ción» resultante no produjo partidos más revolucionarios, sino partidos más dóciles, organizaciones cuya lealtad a Moscú era la condición de su supervivencia institucional y cuya política era, por eso mismo, una extensión de la política exterior soviética. En 1927 el peligro de guerra contra la Unión Soviética había sido declarado el problema más acuciante para el movimiento comunista en su conjunto, y todos los esfuerzos de la clase obrera internacional debían orientarse a prevenirla. El programa de la Internacional de 1928 propuso la construcción integral del socialismo en la URSS como objetivo central del movimiento comunista mundial, estableció que la condición de esa construcción era evitar la intervención militar sobre la URSS y borró del programa la consigna de los Estados Unidos de Europa, que había sido la expresión más concreta de la perspectiva internacionalista.

La perpetuación del aparato soviético instituyó unos estándares de seguridad geopolítica que reforzaban su vocación de estabilidad y minaban con ello su compromiso con la revolución internacional, fuente permanente de potenciales perturbaciones para el orden que garantizaba su supervivencia. La estrategia del socialismo en un solo país contenía una contradicción potencial que con el tiempo se materializó de forma bruta: los intereses del aparato estatal soviético podían diferir de los intereses de la revolución proletaria en otros países, en la medida en que esta última representaba un riesgo para la estabilidad internacional y por lo tanto también para la perpetuación de aquel. El aparato soviético acabaría resolviendo esa contradicción suprimiendo activamente la revolución en otros países en nombre de su propia seguridad.

La colaboración secreta de la URSS con los mandos de la Reichswehr para la reconstrucción ilegal del ejército alemán—uno de los principales bastiones de la reacción antirrepublicana— había despertado la indignación del SPD, que dio a conocer el escándalo en diciembre de 1926 y lo aprovechó para intensificar su ataque a los comunistas alemanes. Los dirigentes soviéticos temían un acercamiento franco—alemán dirigido contra la URSS. La entrada, en mayo de 1928, de los

48. Agnew, J. y McDermott, K., *The Comintern: A History of International Communism from Lenin to Stalin*, p. 100.

socialdemócratas alemanes en un gobierno de coalición, encabezado por el socialista antisoviético Hermann Müller, hizo que esta eventualidad resultara aún más alarmante. El SPD confirmó su postura prooccidental en 1929—30 al apoyar firmemente el Plan Young, que reducía los pagos de reparaciones de Alemania a los Aliados y al cual el gobierno soviético y el KPD se oponían vehementemente.⁴⁸

En este contexto se fraguó la tesis del «socialfascismo», formulada en 1927 y convertida en línea oficial de la Comintern: la socialdemocracia no era ya un adversario político dentro del movimiento obrero, sino la «pata izquierda del fascismo», una fuerza objetivamente reaccionaria que debía ser combatida con una intensidad que superaba la dedicada a los propios nazis. Era un giro a la izquierda en la línea internacional, que replicaba de puertas para afuera el giro que comenzaría a practicarse también de puertas para adentro. La ansiedad por la perspectiva de una guerra con las potencias capitalistas forzó la política aventurista de la Comintern, marcada por la urgencia de derrocar a los gobiernos beligerantes con la URSS. Esta perspectiva se sostuvo sobre el vaticinio de un «tercer período» de crisis capitalista general, que debía culminar el proceso iniciado con la ofensiva de 1917-23, y solo temporalmente paralizada entre 1924 y 1928.

49. El KPD obtuvo 5,9 millones de votos en las elecciones de noviembre de 1932; el SPD, 7,2 millones. El NSDAP obtuvo 11,7 millones, por debajo de la suma de ambos partidos obreros (13,1 millones).

50. Sobre la respuesta de socialdemócratas y comunistas al *putsch* de 1920 y la política de frente único durante la república de Weimar, véase Rosenberg, A., *Origen e historia de la República de Weimar*, Verso Libros, Madrid, 2023.

El giro izquierdista de esos años fracasó estrepitosamente. La división sectaria entre los dos partidos que concentraban el apoyo de la clase obrera alemana torpedeó una alianza que realmente podría haber frenado a Hitler, considerando que los nacionalsocialistas *jamás* superaron en votos la suma del SPD y el KPD.⁴⁹ Una táctica adecuada, inspirada en la respuesta bolchevique al golpe de Kornilov en 1917 o en la respuesta de los propios comunistas alemanes al *putsch* de Kapp en 1920 —en ambos casos, coordinación defensiva con fuerzas políticas con las que se discrepaba profundamente, sin renuncia al programa propio—, habría podido orientar la lucha hacia una alianza que frenase el avance fascista sin que ninguna de las dos organizaciones abdicara de su independencia política.⁵⁰ La línea impuesta por la Internacional a los comunistas alemanes hizo

imposible esa táctica. Aunque el ascenso de Hitler al poder en 1933 representa probablemente la derrota más dramática del movimiento obrero en todo el siglo XX, la Internacional presentó este resultado como un acierto y la victoria de los nazis como un factor que aceleraría la revolución. Lo cierto es que la revolución no llegó, el KPD y todas las organizaciones obreras fueron barridas en pocos meses y Hitler conquistó Alemania sin encontrar ninguna oposición organizada por parte del movimiento obrero más poderoso de Europa.

La llegada de Hitler al poder, el aplastamiento fascista de los obreros austriacos en febrero de 1934 y los disturbios en Francia ese mismo año infundieron verdadero pánico a las autoridades soviéticas, que decidieron pasar de la política izquierdista de los años previos a una política de apaciguamiento: apaciguamiento de las ambiciones expansionistas alemanas, en primer lugar, pero también, como reverso necesario, de las ambiciones revolucionarias del proletariado, que en ese contexto podían detonar el conflicto directo con Alemania que la URSS quería evitar a cualquier precio —incluyendo en ese precio, naturalmente, la propia revolución—. En coherencia con este giro táctico, la URSS buscó instituir un régimen de seguridad colectiva en Europa mediante una alianza con Francia y Gran Bretaña, presentando el mantenimiento del *statu quo* imperialista como garantía de paz. Mientras la URSS buscaba formar un gran frente internacional con los imperios colonial-capitalistas británico y francés, los partidos comunistas comenzaron a hacer lo propio dentro de cada país, construyendo grandes bloques de gobierno —«frentes populares»— junto a todos los partidos del arco parlamentario en defensa del orden constitucional-liberal del Estado capitalista. Bajo presiones del mando soviético, pronto renunciaron a los elementos revolucionarios del programa comunista, que debían silenciarse para no herir la sensibilidad de los nuevos aliados.

En el contexto del pacto franco-soviético de 1935 el PCF abrazó una retórica patriótica, moderó su discurso y comenzó a ensalzar los valores de la Tercera República que durante años había presentado como un instrumento de dominación

de clase. La victoria electoral del Frente Popular en Francia en junio de 1936 desencadenó una oleada huelguística, con ocupaciones de fábricas y paralización de sectores enteros de la economía indicativos de que la clase obrera interpretaba el resultado electoral como el comienzo de algo más que un cambio de gobierno. Cuando el socialista de izquierdas Marceau Pivert publicó el 27 de mayo su artículo argumentando que *tout est possible* [todo es posible], en menos de cuarenta y ocho horas *L'Humanité* respondió tajante: *tout n'est pas possible* [no todo es posible]. Los dirigentes comunistas advirtieron constantemente del peligro del desorden, de la necesidad de poner fin rápidamente a las huelgas, de evitar cualquier acción que pudiese asustar a las clases medias o debilitar a Francia frente a la amenaza nazi. Cuando las huelgas continuaron incluso después de la firma del Acuerdo de Matignon, Maurice Thorez viajó personalmente a Marsella y a otros centros industriales para llamar al orden: *il faut savoir terminer une grève* [hay que saber cuándo poner fin a una huelga], proclamó, y añadió que tomar el poder no estaba sobre la mesa. A pesar de todo, el movimiento huelguístico, con la ocupación de fábricas y la movilización masiva de los trabajadores, protagonizó un ascenso progresivo hasta noviembre de 1938, creando una atmósfera prácticamente preinsurreccional que el PCF empleó toda su autoridad en contener.⁵¹ El suyo era, decía Thorez, «un partido de gobierno».⁵²

51. Sobre la experiencia del frente popular francés, Jackson, J., *The Popular Front in France defending democracy, 1934-38*, Cambridge University Press, Cambridge, 1988.

52. Bulaiti, J., *Maurice Thorez. A Biography*, Tauris, Londres, 2018, p. 127.

53. Togliatti, P., Escritos sobre la guerra de España, Editorial Crítica, Barcelona, 1980, p. 83.

El caso español fue, si cabe, más revelador. Togliatti caracterizó la revolución española como el acontecimiento más importante en la historia de la lucha por la liberación desde octubre de 1917.⁵³ España era el único país de Europa occidental donde una crisis revolucionaria real estaba en curso, donde las masas obreras y campesinas armadas controlaban partes sustanciales del territorio y donde la transformación social radical no era una consigna sino un hecho en proceso. La carta que Stalin dirigió a Largo Caballero el 21 de diciembre de 1936 ilustra con particular claridad la línea de la Internacional. Stalin aconsejaba atraer a la burguesía pequeña y mediana hacia el gobierno, protegerla contra las tentativas de confiscación, garantizarle la libertad de comercio, evitar que los enemigos de

España viesen en ella una república comunista y declarar por medio de la prensa que el gobierno de Madrid no toleraría que se atentase contra la propiedad y los legítimos intereses de los extranjeros. «Es muy posible que la vía parlamentaria resulte en España un procedimiento de desarrollo revolucionario más eficaz de lo que fue en Rusia», añadía.⁵⁴

Dimitrov subrayó que la promoción de soviets supondría «un error fatal».⁵⁵ Thorez defendía desde Francia que era «una calumnia aducir que se luchaba por el comunismo, por la dictadura del proletariado», y que la cuestión residía en la defensa de la Constitución republicana.⁵⁶ En 1937 dos miembros del PCE entraron —por primera vez en la historia de la Comintern— a un gobierno no comunista, negando categóricamente que el movimiento obrero tuviese por objetivo el establecimiento de una dictadura del proletariado tras la revolución. El propósito declarado era un Estado intermedio, «no un estado soviético, sino un estado antifascista, con participación del sector auténticamente izquierdista de la burguesía».

La tolerancia de Largo Caballero con las milicias y los comités obreros disgustaba a la Comintern, que exigía desarmar a las masas y subordinarlas al mermado aparato burocrático-militar de la República. La exigencia de unificar las fuerzas militares en un único ejército regular no respondía exclusivamente a un criterio de eficiencia militar. La revolución debía subordinarse a la estabilidad del orden burgués-republicano, y el instrumento más inmediato de esa subordinación era el desarme de las milicias obreras y campesinas y su disolución en un ejército regular bajo mando del Estado. El pretexto lo ofreció la negativa de Largo Caballero a ilegalizar el POUM tras los sucesos de mayo de 1937. Esta negativa forzó su dimisión. Su sustituto, Juan Negrín, procedió con energía a reconstruir el aparato burocrático-militar que la crisis revolucionaria había desmantelado: las milicias fueron subordinadas al ejército, los comités obreros y campesinos disueltos por la fuerza y las propiedades socializadas espontáneamente devueltas a sus antiguos propietarios.

54. Vidarte, J., *Todos fuimos culpables: Testimonio de un socialista español*, Ediciones Grijalbo, Madrid, 1978, vol. II, pp. 652-3.

55. Ramos, J., *Los años decisivos. Teoría y práctica del Partido Comunista de España*. Fundación Federico Engels, 2012, Madrid, p. 161.

56. Citado en Carr, E. H., *La Comintern y la Guerra civil Española*, Alianza Editorial, Madrid, p. 29.

57. Sobre la política de la Comintern en España y las Brigadas Internacionales, Richardson, D., *Comintern Army. The International Brigades and the Spanish Civil War*, University Press of Kentucky, Kentucky, 1982.

En el plano internacional el nuevo gobierno se mostró mucho más conciliador con las potencias imperialistas, cuyo favor quiso ganarse con gestos como la retirada unilateral de las Brigadas Internacionales de suelo español.⁵⁷ Esta contrarrevolución restableció el orden en su forma burguesa en un momento en que la burguesía se había pasado en bloque a la reacción fascista. El resultado de esta línea liquidadora difícilmente pudo haber sido otro que el golpe del coronel Casado, que no tardaría en capitular ante el ejército franquista. La política de la Internacional en la guerra civil española condujo a la restauración del orden burgués-republicano frente al pueblo en armas, y su resultado final fue la derrota del pueblo y del orden republicano ante Franco.

La comparación con la línea bolchevique durante el período que va de la formación del Gobierno Provisional a la Revolución de Octubre da la medida exacta de la distancia que había sido recorrida entre 1917 y 1936. El Gobierno Provisional ruso había nacido sobre las ruinas de un régimen absolutista, ampliando notablemente las libertades políticas e incorporando desde muy pronto ministros socialistas. Era un gobierno asediado por el imperialismo alemán —una fuerza al menos tan reaccionaria como el franquismo naciente, que infligía derrotas militares durísimas y amenazaba con la esclavización de Rusia— y por fuerzas reaccionarias internas que trataron desde el principio de restaurar el orden autoritario, con el golpe de Kornilov como su momento culminante. En ese contexto los bolcheviques en ningún momento se sometieron al Gobierno Provisional ni se integraron en él como ministros. Mantuvieron la integridad del programa revolucionario como fuerza de oposición, esperaron la desintegración de la autoridad del Gobierno y desplazaron todo el poder hacia los soviets de masas armadas en los que habían ido ganándose pacientemente una mayoría.

El contraste es devastador precisamente porque la Internacional de los años 30 disponía de esa experiencia y la invocaba permanentemente como fundamento de su autoridad. En la práctica, empero, hacía exactamente lo contrario. Y la razón

última no residía en la cobardía o la traición individual de sus dirigentes, sino en la lógica estructural del aparato soviético que comandaba las operaciones: un aparato cuya supervivencia dependía de la estabilidad del orden internacional, que necesitaba de los gobiernos burgueses como socios frente a Alemania, y que no podía permitirse revoluciones que perturbaran ese equilibrio. La Internacional no era ya el Estado Mayor de la clase obrera mundial, sino el departamento de política exterior de la URSS con implantación en el movimiento obrero. La disolución formal de la Comintern ya solo era, por tanto, una cuestión de tiempo.

Una nueva guerra mundial y una nueva bancarrota de la Internacional

En 1938 EE. UU., Gran Bretaña y Francia eran todavía descritos por la dirección del PCUS como «Estados democráticos no agresivos», potenciales socios de una alianza de seguridad colectiva capaz de contener las ambiciones de Hitler. Su renuencia a establecer con los soviéticos esa alianza de defensa mutua —imputable en buena medida a su esperanza de que Alemania orientase su expansión hacia el Este y a su interés en mantener a la URSS débil y acorralada— llevó a la burocracia soviética a una conclusión que el movimiento comunista internacional tardó semanas en asimilar: si las potencias occidentales no servían de escudo, solo quedaba convertir al agresor en socio. El pacto Mólotov-Ribbentrop, firmado el 23 de agosto de 1939, fue la expresión más brutal de esa conclusión.

El pacto tenía un primer componente de carácter económico: la URSS y Alemania firmaron un ambicioso acuerdo comercial —el más grande de la historia soviética hasta entonces— por el que los soviéticos proveían a los nazis de grandes cantidades de materias primas —petróleo, manganeso, grano, caucho—, que Alemania necesitaba urgentemente para ali-

mentar su industria de guerra, a cambio de ventajosas condiciones crediticias y tecnología industrial. Sin los suministros soviéticos, las reservas alemanas de petróleo, manganeso y grano habrían quedado completamente agotadas para el verano de 1941. Hitler, en suma, era casi completamente dependiente de Stalin para obtener los recursos que necesitaba para lanzar la contienda (solo tras cerrar su acuerdo con la URSS pudo iniciar, por fin, su guerra contra Europa).⁵⁸

58. Sobre la cooperación económica germano-soviética y su impacto en la capacidad de guerra alemana, véanse Eduard E. Ericson, *Feeding the German Eagle: Soviet Economic Aid to Nazi Germany, 1933-1941*, Westport: Praeger, 1999; y Adam Tooze, *The Wages of Destruction: The Making and Breaking of the Nazi Economy*, Allen Lane, London, 2006..

59. A todo ello se sumó la reorientación ideológica y propagandística destinada a eliminar toda retórica antifascista. Se censuró el uso del término «fascismo», se retiraron obras culturales antialemanas y se reformularon los materiales educativos. Incluso Molotov llegó a describir el hitlerismo como una ideología susceptible de ser «respetada u odiada» según preferencias políticas, negando legitimidad a una guerra que intentase «destruirlo por la fuerza». Molotov, V. M., *Soviet Peace Policy, 1939/1940*.

El 1 de septiembre de 1939 Alemania invadió Polonia. Mólotov felicitó al gobierno alemán tras la toma de Varsovia. El 17 de septiembre el Ejército Rojo se anexionó un tercio del territorio polaco. Este era el segundo elemento del acuerdo, que tenía, además del famoso pacto de no agresión, una cláusula secreta sobre el reparto de «zonas de interés» entre las dos potencias, que asignaba a la URSS Estonia, Letonia, Lituania, Besarabia y la mitad oriental de Polonia. La colaboración militar, aunque más limitada en alcance, resultó igualmente fructífera: los bombarderos alemanes sobre Polonia en septiembre de 1939 fueron guiados por señales direccionales de una estación de radio soviética, las invasiones soviética y alemana de Polonia se coordinaron operativamente y la URSS abrió sus puertos árticos a los buques alemanes que buscaban refugio, permitiendo el establecimiento de una base secreta de submarinos en las cercanías de Murmansk, que permaneció operativa hasta que la conquista de Noruega la hizo redundante. Para despejar cualquier duda sobre la sinceridad de su colaboración, la URSS entregó a la Gestapo a aproximadamente 4.000 refugiados políticos alemanes que habían buscado asilo en territorio soviético tras el ascenso de Hitler al poder. Al menos mil eran militantes del KPD.⁵⁹

Mólotov disolvió la candidez de quienes seguían viendo en la URSS un exponente del comunismo internacional en lugar de lo que realmente era —un aparato burocrático que velaba por sus propios intereses—: «La gente pregunta, con un aire de inocencia, ¿cómo puede la Unión Soviética consentir mejorar sus relaciones políticas con un Estado de tipo fascista? Olvidan que esta no es una cuestión de nuestra actitud ante el

régimen interno de otro país, sino de las relaciones exteriores entre dos Estados». ⁶⁰ Poco importaba que Alemania hubiese aniquilado el movimiento obrero y comunista en su territorio, que se hubiese anexionado por la fuerza Austria, los Sudetes y Checoslovaquia o que hubiese ahogado en sangre la república española. Los intereses del Estado soviético estaban por encima de todo eso, y en aquel momento pasaban por una relación amistosa con el Estado nazi.

60. Molotov, V. M., *Soviet Peace Policy, 1939/1940*.

Esto obligó a transformar integralmente la táctica de la Internacional, dejando atrás la idea de una lucha de todas las fuerzas democráticas contra el fascismo para abrazar la tesis de una guerra entre dos grupos imperialistas igualmente responsables. Los «Estados democráticos no agresivos» se transformaron de la noche a la mañana en potencias imperiales expansionistas, y de la alianza frentepopulista con las fuerzas políticas «democráticas» se pasó a la denuncia de su desenfrenado militarismo. «Hoy —declaraba Mólotov—, en la medida en que concierne a las grandes potencias europeas, Alemania está en la posición de un Estado que se esfuerza por la finalización inmediata de la guerra y por la paz, mientras Gran Bretaña y Francia, que hasta ayer clamaban contra la agresión, están a favor de continuar la guerra y contra la conclusión de la paz». ⁶¹ Una directiva del Ejecutivo de la Internacional del 28 de septiembre explicaba al PCF que no debía responder a la invasión alemana desde una línea de defensa nacional:

61. *Ibid.*

Esto no es una guerra de la democracia contra el fascismo; es una guerra imperialista y reaccionaria por parte tanto de Francia como de Alemania. En esta guerra, una posición de defensa nacional no es la correcta para los comunistas franceses. La lucha contra la guerra imperialista es la mejor forma de proteger los intereses vitales y el futuro entero del pueblo francés. Hoy la cuestión del fascismo desempeña un papel secundario; la cuestión primaria es la lucha contra el capitalismo —fuente de todas las guerras—, contra el régimen de dictadura burguesa en todas sus formas, y sobre todo en el propio país. ⁶²

62. Fridrikh, F.; Klehr, F., and Haynes, J., *Secret Cables of the Comintern, 1933-43*, Yale University Press, London, 2014, p. 152.

Cuando los nazis invadieron Francia, el PCF recibió órdenes explícitas de no colaborar en la resistencia frente al invasor. La dirección del PCF obedeció y priorizó la lucha contra su gobierno. Esta táctica, derivada del pacto germano-soviético, había caído como un jarro de agua fría sobre los comunistas franceses, cuya política de frente popular contra el fascismo debía enterrarse para luchar contra un nuevo enemigo principal que ya no era el fascismo, sino quienes se enfrentaban a él. El PCF, que había recabado la inmensa mayoría de sus apoyos durante los años de oposición al nazismo, recibió un golpe especialmente duro: sus cargos electos comenzaron a abandonar el partido, incluyendo veinticinco diputados; durante las semanas siguientes, el 44% de los alcaldes, el 20% de los vicealcaldes y el 15% de los concejales rompieron públicamente sus vínculos con sus antiguos compañeros. El partido fue duramente perseguido, su prensa clausurada y sus reuniones prohibidas. Sus dirigentes llegaron a negociar con las autoridades alemanas de ocupación la legalización del partido y sus órganos de prensa en las zonas ocupadas, bajo el argumento de que su enemigo principal seguía siendo el gobierno de Daladier.⁶³

63. La conmoción que causó el pacto germano-soviético en las filas del PCF fue descrita por Louis Aragon en su novela Aragon, L., *Les Communistes, Septembre-Novembre 1939*, La Bibliothèque Française, 1949.

Podría pensarse que la dirección del PCUS instó al menos a los comunistas de los países bajo administración alemana a luchar con la misma fiereza con que había instado a los franceses a combatir a su propio gobierno. Lo cierto es que no. La línea impuesta sobre los comunistas alemanes consistía en envolver su actividad en una retórica de rechazo contra el imperialismo y la guerra en abstracto, evitando en la medida de lo posible los señalamientos concretos al gobierno de Hitler. Stalin consideraba correctas consignas como «¡Abajo la guerra imperialista! ¡Poner fin al baño de sangre!», recordándole a Dimitrov que «¡No nos oponemos a los gobiernos que estén a favor de la paz!» —refiriéndose, por supuesto, al gobierno de Adolf Hitler—. La plataforma política del Partido Comunista de Alemania, aprobada por el Secretariado de la Internacional el 30 de diciembre de 1939, resumía el resultado de esta lógica con claridad desoladora: el centro de gravedad de la lucha «debía desplazarse hacia la desarticulación del plan militar del imperialismo británico y francés y hacia la destrucción de los

enemigos del pueblo alemán, que quieren socavar el Pacto de Amistad soviético-alemán». El principal enemigo de los comunistas alemanes no era el régimen nazi, sino los adversarios de este último en la guerra.⁶⁴

Alemania se había anexionado Austria y Checoslovaquia, ya había derrotado a Francia y había invadido Noruega, Dinamarca, Bélgica, los Países Bajos y Luxemburgo, pero las autoridades soviéticas mantenían la posición acordada: «el gobierno soviético comprende que Alemania se vio obligada a recurrir a tales medidas» y deseaba a Alemania «una victoria total en sus operaciones defensivas».⁶⁵ En noviembre de 1940 las conversaciones entre Mólotov y Ribbentrop en Berlín exploraron la posible integración de la URSS en el Eje Roma-Berlín. Las negociaciones no prosperaron, abriendo las primeras grietas en una alianza que se disolvería definitivamente cuando Hitler lanzó la operación Barbarroja en junio de 1941.

En todo ese tiempo la política de la Internacional había favorecido la expansión alemana por Europa, instando a los partidos comunistas a mirar de brazos cruzados. La anexión soviética de territorios en Finlandia, Estonia, Letonia, Polonia y Rumanía no había sido ninguna barrera de seguridad eficaz frente a las tropas alemanas, que se habían desplegado por nuevos flancos sensibles de la frontera soviética. Un Ejército Rojo maltrecho —al menos cuarenta y cuatro mil oficiales habían sido purgados, quince mil de ellos condenados a muerte— puso al descubierto su desorganización interna, mostrándose incapaz de contener la invasión: en cuestión de tres meses, la Wehrmacht estaba a las puertas de Moscú.

La consecuencia fue un nuevo viraje táctico y discursivo de ciento ochenta grados. La guerra imperialista se convirtió de la noche a la mañana en una guerra de liberación contra el fascismo, y las potencias agresivas en democracias amantes de la libertad. La Internacional se aseguró de traducir este giro en una nueva línea para los partidos comunistas:

64. Esta línea de actuación se replicó, con distintos niveles de intensidad, en Checoslovaquia, Noruega, Dinamarca, Bélgica, Países Bajos y Gran Bretaña. Fridrikh, F., Klehr, F. and Haynes, J., *Secret Cables of the Comintern, 1933-1943*, Yale University Press, London, 2014.

65. Schulenburg, Friedrich-Werner Graf von der. «Telegram from the German Ambassador in the Soviet Union to the German Foreign Office», *The Avalon Project*, 9 de abril de 1940.

Por ahora la Comintern no tomará ninguna acción abierta. Los partidos en los lugares de origen están montando un movimiento en defensa de la URSS. La cuestión de la revolución socialista no debe plantearse. El pueblo soviético está librando una guerra patriótica contra la Alemania fascista. Se trata de derrotar al fascismo, que ha esclavizado a varios pueblos y pretende esclavizar a más.⁶⁶

66. Fridrikh, Klehr and Haynes, *Secret Cables...*, p. 184.

Nunca fue una lucha por el comunismo, ni fue librada en nombre del comunismo. Era una guerra entre dos naciones, Rusia y Alemania, como la propaganda de guerra soviética no dejó de subrayar en ningún momento. El Ejecutivo de la Internacional se aseguró de que los partidos comunistas no presentasen la guerra como lo que no era:

Insistimos una vez más en la necesidad absoluta de evitar que vuestra propaganda represente la guerra de Alemania contra la Unión Soviética como una guerra entre el sistema capitalista y el socialista. Para la Unión Soviética, esta es una guerra defensiva contra la barbarie fascista. La charlatanería sobre la revolución mundial está prestando un servicio a Hitler y obstaculizando la consolidación internacional de todas las fuerzas antihitlerianas».⁶⁷

67. *Ibid.*

La razón era bastante simple: la URSS necesitaba ganarse la amistad de los que hasta entonces habían sido sus adversarios principales, y Gran Bretaña, Francia y Estados Unidos debían pasar a ser enemigos sinceros del fascismo y socios fiables de una eventual alianza militar.

La disolución de la Internacional, decretada en mayo de 1943, fue la culminación lógica de este último giro. Una decisión tan grave fue justificada con una honestidad brutal: se trataba de neutralizar el miedo angloamericano a una revolución bolchevique y favorecer la lucha de todos los patriotas contra el enemigo común. La Internacional Comunista fue sustituida por el Frente Popular internacional de los Aliados contra el fascismo, y la revolución socialista por la defensa de los Estados capitalistas occidentales. Así quedó clausurada, en

cuatro puntos, la historia de la organización fundada veinticuatro años antes para hacer la revolución mundial: la disolución demostraba que Moscú no intentaba intervenir en la vida de otros países, desmentía la «calumnia» de que los partidos comunistas actuaban por órdenes del exterior, facilitaba la unificación de las fuerzas patrióticas de cada país y preparaba el camino para una «hermandad de naciones» futura basada en su igualdad.⁶⁸

Si el propósito era no conceder el «argumento hitleriano» (*sic*) de que la URSS perseguía la expansión internacional del comunismo, la respuesta fue intachable. Cerraba así la historia de la Internacional sellando la renuncia a la revolución mundial que había comenzado quince años atrás con la nueva estrategia del socialismo en un solo país: «Sobrestimamos nuestra fuerza cuando creamos la Internacional y pensamos que podríamos dirigir el movimiento en todos los países. Fue nuestro error».⁶⁹ Como había declarado Stalin años atrás, a la pregunta de si la URSS había abandonado sus planes e intenciones de promover la revolución mundial, respondió con una sencillez que resumía el trayecto entero: «Nunca tuvimos tales planes ni intenciones».⁷⁰

68. Stalin, J., *The Dissolution of the Communist International. Answer to Reuter's Correspondent*, 1943.

69. McDermott, K., and Agnew, J., *The Comintern. A History of International Communism from Lenin to Stalin*, MacMillan Press, London, 1996, p. 209.

70. Stalin, J., *Interview Between J. Stalin and Roy Howard*, 1936.

Excursus sobre el trotskismo

Aunque las ideas tácticas peculiares de Trotsky cuentan con una larga prehistoria, la consolidación del trotskismo como tendencia organizada comienza en los años 20 y en las polémicas asociadas a la construcción del socialismo en la URSS. El fracaso de la revolución alemana en 1923 y la lucha por el poder tras la muerte de Lenin —conducida por el triunvirato Stalin-Zinoviev-Kamenev con el objetivo explícito de contener el ascenso del jefe del Ejército Rojo— constituyen el punto de partida. Trotsky había sido el principal portavoz del sóviet de Petrogrado en 1905 y en 1917, figura clave de la Revolución de Octubre y comandante del Ejército Rojo durante la guerra civil. La revolución era conocida en Europa como «la revolución

de Lenin y Trotsky». Tras la muerte de Lenin, todo hacía pensar en él como heredero natural, y su control del ejército lo proyectaba como el candidato más obvio a un papel bonapartista en un Estado en que el régimen burocrático-militar brotaba a cada paso de las condiciones materiales. Sin embargo, su candidatura también tenía debilidades notables. Trotsky solo había ingresado al partido bolchevique en 1917, tras años de duras polémicas con Lenin, y dentro del partido nunca había construido las lealtades que hacían intocable a un dirigente. El bloque formado por Zinóviev, Kamenev y Stalin pudo contener su ascenso.

Sus primeras protestas giraron alrededor de la política económica de la NEP y, significativamente, del régimen interno del partido —ahora que se veía arrinconado por el aparato, comenzó a señalar los obstáculos que existían para el debate limpio y transparente—. La paradoja que sus adversarios no dejaron de explotar es que Trotsky había sido uno de los principales impulsores de las medidas de burocratización del Estado y el partido entre 1918 y 1923. Como Comisario de Guerra había eliminado la elección de oficiales e introducido el reclutamiento masivo de exoficiales zaristas, había extendido el principio de mando único desde el ejército al transporte y la industria, había impulsado los departamentos políticos —órganos jerárquicos nombrados desde arriba que sustituyeron a los comités electos del partido en las unidades militares— y había defendido la militarización del trabajo y la absorción de los sindicatos en el aparato estatal como instrumentos de disciplina productiva. Su consigna era clara y transparente: «no hay esperanza de mantener la disciplina sin revólveres».⁷¹

71. Sobre el papel de Trotsky en la militarización del partido y del Estado entre 1918 y 1923, véanse Isaac Deutscher, *El profeta armado: Trotsky, 1879-1921*, Era, 1966; y Tony Cliff, *Trotsky, vol. 2: The Sword of the Revolution, 1917-1923*, Bookmarks, Londres, 1990.

En el X Congreso del Partido de marzo de 1921, con el Ejército Rojo bajo su mando aplastando simultáneamente la insurrección de los marineros de Kronstadt —quienes reclamaban soviets libres y libertad de prensa para los partidos socialistas—, Trotsky no expresó ninguna reserva sobre el uso de la represión contra la izquierda revolucionaria. En 1921 llegó a afirmar que el partido podía ejercer la dictadura incluso contra la voluntad de la «democracia obrera», porque el partido —de-

cía— «representa los intereses históricos de la clase, no sus estados de ánimo pasajeros». En ese mismo congreso, Trotsky respaldó la resolución que prohibía las fracciones organizadas dentro del partido, manteniendo la posición de firme intransigencia que venía mostrando frente a las demandas de democratización formuladas por la Oposición Obrera. Mientras conservó una posición de poder, Trotsky siguió apoyando todos los retrocesos burocráticos. Cuando a finales de 1923 lanzó su ofensiva contra el régimen de partido que él mismo había contribuido a construir, reescribiendo la historia de Octubre para argumentar la necesidad de «rearmar» al partido —lo que equivalía políticamente a desplazar a Zinóviev y encumbrarse a sí mismo—, sus adversarios tenían material abundante con el que responderle.

En el plano de la política económica, Trotsky nunca defendió que no fuese posible construir el socialismo en la URSS. Trotsky incluso defendió que era necesario construirlo a un ritmo mayor que el proyectado por la línea de Zinóviev-Kamenev-Stalin, primero, y Stalin-Bujarin, después. Lo que distinguía la posición de Trotsky residía en que, desde su perspectiva, no era posible construir el socialismo en un país económicamente atrasado que estuviese internacionalmente aislado: el atraso técnico de la industria soviética frente al mercado capitalista mundial lastraría inevitablemente su posición competitiva, y las economías capitalistas terminarían ahogando la economía soviética. La crisis de las tijeras de 1923-4 fue para Trotsky la expresión de una contradicción estructural, ya que, sin una industrialización acelerada, el aparato soviético no podría suministrar al campo los bienes de consumo necesarios para mantener al campesinado políticamente subordinado a la dirección obrera, y sin resolver esa contradicción no habría base estable para avanzar hacia el socialismo.⁷²

Solo si la premisa de la propuesta de Trotsky hubiese sido una revolución mundial inmediata tendría sentido la disyuntiva de «aventurismo o capitulación» que sus adversarios construyeron en torno a su figura. Su argumento no era que el socialismo en la URSS fuera imposible sin una revolución

72. Trotsky, L., *¿Hacia el capitalismo o hacia el socialismo?*, 1925.

mundial que hubiera de producirse en el plazo inmediato, era que la construcción *completa* del socialismo en un país económicamente atrasado e internacionalmente aislado resultaría, a largo plazo, insostenible. El horizonte temporal era indefinido, y la urgencia no se medía en años, sino en el ritmo al que el atraso técnico soviético y la diferenciación social interna restringían las posibilidades de la dictadura del proletariado.⁷³

73. Una reconstrucción sistemática de la política económica defendida por Trotsky en Day, R., *Leon Trotsky and the Politics of Economic Isolation*, Cambridge University Press, Cambridge, 1973.

Desde esta perspectiva, la cuestión del ritmo de industrialización pasó a ser para él inseparable de la del régimen interno del partido, y ambas de la de la posición de la economía soviética en el mercado mundial y de la eventual asistencia de la revolución en otros países. Sin la perspectiva de una ampliación de su base económica y técnica, la industrialización soviética sería siempre una carrera contrarreloj en condiciones de inferioridad. La industrialización acelerada estaba vinculada con la corrección de las degeneraciones burocráticas, que Trotsky —cambiando la opinión que había sostenido hasta entonces— dejó de presentar como simple ineficiencia administrativa para cuestionarlo como un síntoma de enajenación política del proletariado.⁷⁴ Lo que subyacía, en realidad, era la voluntad de hacerse de nuevo con la dirección del aparato, que en las condiciones actuales era reacto a la aplicación de la política económica sugerida por su fracción. Acompañó lo anterior con la demanda de incorporar nuevos militantes a las filas del partido, jóvenes y de extracción obrera, mientras advertía de la tendencia de la vieja guardia a la burocratización e involución ideológica. Se trataba, por supuesto, de alterar la correlación de fuerzas interna para favorecer el avance de su plataforma frente a la del triunvirato.

74. Twiss, T., *Trotsky and the Problem of Soviet Bureaucracy*, Haymarket Books, Leiden, 2015.

La política económica de la oposición de izquierda terminó imponiéndose, cuando la fracción de Stalin la hizo suya a grandes rasgos desde 1928. El irónico triunfo del programa económico de Trotsky entraba en contradicción con la teoría sobre la que se había construido. Sobre la base de su análisis de la burocratización de la URSS y las relaciones de clase subyacentes, Trotsky había previsto un giro a la derecha tras la derrota de la oposición unificada. Sucedió todo lo contrario.

La fracción dirigente adoptó el programa económico de la izquierda —industrialización acelerada y colectivización forzosa—, pero lo ejecutó no a través del control proletario de la planificación, sino a través del aparato burocrático-militar, por encima y contra el proletariado. La contradicción en que esto colocaba a la teoría trotskista de la «degeneración burocrática» no fue resuelta: si la burocracia era una capa parasitaria que frenaba la industrialización y la planificación económica, ¿cómo explicar que fuese precisamente esa burocracia la que la llevase a cabo, aunque con métodos que nada tenían que ver con los que la oposición había propuesto?

La respuesta de Trotsky a esta pregunta fue la teoría del Estado obrero degenerado. Según ella, la Unión Soviética había llegado a ser un Estado obrero en el que se habían establecido relaciones de producción socialistas y el proletariado era la clase socialmente dominante, pero que adolecía de una «degeneración» burocrática. La idea de degeneración presupone un organismo que no ha transmutado en algo cualitativamente distinto, sino que se conserva como una versión —imperfecta— de la misma entidad. La burocracia estalinista representaría una suerte de absceso que perturbaba el funcionamiento normal del Estado obrero. Su parasitismo constreñía el potencial económico del país, su ideología centrista torpedeaba la extensión internacional del socialismo y la suma de ambas favorecía la restauración capitalista. La tarea de los revolucionarios no era una nueva revolución social —porque las relaciones de producción socialistas ya existían—, sino una revolución política que derribase a la burocracia parasitaria y restaurase el control proletario sobre el Estado obrero.

Pero las democracias populares de la posguerra también pusieron este esquema en cuestión. Si la burocracia era un parásito que «degeneraba» un Estado obrero previamente sano, la única explicación coherente de los nuevos regímenes del Este europeo era que esa misma burocracia soviética, al imponerlos por la fuerza, había creado —sin quererlo, como efecto colateral de su política exterior— nuevos Estados obreros, aunque «deformados» desde su origen. Esta extraña implica-

ción —que una fuerza esencialmente contrarrevolucionaria podía ser, bajo ciertas condiciones, una fuerza constituyente del poder obrero— tensaba hasta el límite la lógica interna del trotskismo. La caracterización alternativa de trotskistas como Tony Cliff —la URSS como forma de capitalismo de Estado— resolvía la paradoja a costa de otro problema: dificultaba dar cuenta de en qué sentido la explotación soviética del trabajo era cualitativamente distinta de la capitalista, y reducía la especificidad histórica del estalinismo a una variante más de un género ya conocido.⁷⁵

75. Cliff, T., *State Capitalism in Russia, 1955/1974*. Cliff desarrolló la tesis del capitalismo de Estado como respuesta precisamente a las dificultades que planteaban las democracias populares para la teoría trotskista del Estado obrero degenerado.

Lo que Trotsky se negaba a ver es que el Estado soviético había llegado a un grado de degeneración tal que los hilos que vinculaban el aparato estatal con la influencia y la voluntad de las masas habían sido definitivamente cercenados con la derrota de la oposición de derecha y la ofensiva sobre el campo de los años 30. La URSS era ya *otra cosa*, y la posibilidad de revertir su degeneración había dejado de ser inmanente a sus estructuras políticas. El concepto trotskista de «Estado obrero» es deudor de la teoría de la revolución permanente y su peculiar caracterización de la democracia como simple fase burguesa de transición hacia el socialismo. «El régimen que guarda la propiedad expropiada y nacionalizada frente a los imperialistas es, con independencia de las formas políticas, la dictadura del proletariado»,⁷⁶ sostenía Trotsky. Pero es justo al revés: la dictadura del proletariado es la *forma política* del Estado obrero, que eventualmente puede convivir con formas de propiedad alternativas, como la propia NEP había demostrado. Como señala Donald Parkinson, si el criterio definitorio fuera la propiedad estatalizada, habría que concluir que la URSS dejó de ser un Estado proletario durante la NEP —donde se toleraba la propiedad privada— para volver a serlo con la colectivización bajo Stalin, lo que es manifiestamente absurdo.⁷⁷

76. Trotsky, L., *Not a Workers' and Not a Bourgeois State?*, 1937.

77. Parkinson, D., «Haciendo revolucionaria la teoría del Estado», *Contracultura*, mayo 2024.

La cuestión decisiva —la *forma* democrática del poder político— es eliminada por Trotsky de la ecuación, y el progreso hacia el comunismo termina reduciéndose a una cuestión técnico-económica. La forma política del Estado obrero no es un adorno institucional superpuesto a las relaciones de produc-

186

ción, sino el conjunto de mecanismos materiales que permiten al proletariado ejercer el poder. Para que el proletariado controle como clase los medios de producción son imprescindibles mecanismos colectivos de toma de decisiones, institucionalmente fijados, que subordinen la economía a su voluntad. La planificación democrática es la única alternativa a las distintas formas de propiedad privada, y el Estado-comuna desplegado a escala supranacional es la única forma política que permite someter conscientemente la economía a las necesidades de la población. Un Estado que suprime esos mecanismos —aunque mantenga la propiedad estatal de los medios de producción— no puede ser, en ninguno de los mundos posibles, un instrumento de la dictadura del proletariado.

La represión y los errores tácticos, pero también ciertas concepciones políticas de fondo —algunas de las cuales pueden rastrearse en los cuatro primeros congresos de la Comintern—, impidieron al trotskismo desarrollarse como alternativa consolidada frente a la línea comunista oficial, que contaba con los medios materiales y la fuerza acumulada para mantener intacta su hegemonía. La degeneración economicista que el trotskismo mostraba en la cuestión del Estado permeaba el conjunto de sus concepciones tácticas y programáticas.⁷⁸ En los momentos decisivos de los años 30 y 40 el trotskismo representó una tendencia dada al sectarismo y el escisionismo, no un partido internacional en condiciones de dirigirse a las masas. Esta tendencia era el resultado de un doctrinarismo incipiente, fundamento de una estrategia que priorizaba la preservación de su línea sobre la construcción paciente de una alternativa de masas, y que producía de forma sistemática organizaciones con una propensión al fraccionamiento doctrinal y con dificultades estructurales para establecer vínculos estables con las corrientes más combativas del movimiento obrero. Como consecuencia, el trotskismo fue incapaz de encarnar una alternativa política durante la gran crisis de 1943-6, en la que los partidos comunistas —con todos los límites analizados en este artículo— seguían siendo fuerzas de masas con arraigo real.

78. Aguiriano, M., «Por dónde (no) empezar. Del economicismo... ¿Al Podemos 2.0?», *Contracultura*, 2024.

El economicismo trotskista, por último, se expresó en el diagnóstico de que el capitalismo se encontraba en una fase de crisis terminal, en la que el derrumbe del sistema aparecía como horizonte inmediato. Este diagnóstico, que la Cuarta Internacional había adoptado en 1938, quedó refutado por la evolución real del período de posguerra. El relanzamiento de la acumulación capitalista en el Oeste y la expansión del bloque socialista en el Este eran fenómenos que el marco teórico trotskista era incapaz de integrar. Esto terminó de sellar la bancarrota política del trotskismo, que desde entonces entró en una fase de crisis intelectual, escisiones organizativas e influencia política decreciente de la que no ha logrado recuperarse.⁷⁹

79. Sobre la bancarrota política del trotskismo durante la segunda guerra mundial y su crisis organizativa posterior, véase Callinicos, A., *Trotskyism*, University of Minnesota Press, Minneapolis, 1990.

Crisis revolucionaria y restauración del orden de posguerra

Detrás de las concesiones que Francia y Gran Bretaña hicieron a Alemania antes de la guerra estaba, entre otras cosas, el miedo a que un nuevo conflicto mundial desencadenase en Europa la misma oleada revolucionaria que la primera guerra había producido. «Los políticos burgueses saben —señalaba Stalin— que la primera guerra mundial imperialista condujo a la victoria de la revolución en uno de los países más grandes. Temen que la segunda guerra mundial imperialista pueda conducir también a la victoria de la revolución en uno o varios países». ⁸⁰ El pronóstico compartido por todos los gobiernos europeos —el de una nueva crisis revolucionaria como secuela de la guerra— se cumplió. Pero la URSS estaba dispuesta a sacudir ese miedo: en Europa no habría revolución, y la propia Unión Soviética sería la encargada de ello. La *union sacrée* que los socialistas franceses y la *Burgfrieden* que los socialistas alemanes sellaron con sus clases dominantes en 1914 se replicaba ahora a escala internacional, con la URSS garantizando el acuerdo.

80. Stalin, J., *Report on the Work of the Central Committee to the Eighteenth Congress of the C.P.S.U. (B.)*, 1939.

Conforme avanzaba la guerra y el régimen de ocupación se desmoronaba, fueron los obreros armados los que en muchos países sustituyeron el poder del Estado, replicando una situa-

ción de dualidad de poderes más pronunciada aún que la de 1917-23. Los partidos comunistas habían encabezado la resistencia antifascista y emergían de la guerra con una autoridad y un arraigo sin precedentes en sus respectivas sociedades, respaldados por milicias armadas que controlaban partes del territorio. El movimiento de liberación nacional pudo transformarse, en varios países simultáneamente, en una guerra civil revolucionaria por la conquista del Estado. La victoria soviética sobre el nazismo y el relato fundacional de los Estados que nacieron en ese momento eclipsan la memoria de lo que realmente ocurrió a lo largo de esos años. Lo que sucedió fue una segunda gran crisis revolucionaria europea, que fue contenida no por la burguesía, sino por los propios partidos comunistas bajo instrucciones de Moscú.

El caso de la revolución en Italia es el más ilustrativo. Tras el armisticio de septiembre de 1943 entre los aliados angloamericanos y el Reino de Italia, el gobierno militar del mariscal Badoglio —compuesto exclusivamente por antiguos fascistas y responsable ante el monarca que había apoyado a Mussolini desde el principio— entró rápidamente en conflicto con el Comité de Liberación Nacional, que agrupaba a los seis partidos de la resistencia. Todos ellos rechazaban inicialmente cualquier cooperación con Badoglio y el rey. Este rechazo expresaba con nitidez la dualidad de poderes: «por un lado, un gobierno con poder, pero sin autoridad —decía Togliatti—; por otro, un movimiento con autoridad, pero sin poder».⁸¹ Todo cambió cuando Togliatti, a su regreso de Moscú en abril de 1944, anunció que el PCI dejaría de lado sus objeciones a la monarquía e ingresaría en el gobierno de Badoglio.

Alarmado por la atmósfera revolucionaria, Togliatti instó a los comunistas a recordar que «la insurrección que queremos no pretende imponer transformaciones sociales y políticas en una dirección socialista y comunista, sino la liberación nacional y la aniquilación del fascismo».⁸² La resolución del Consejo Nacional del PCI que ratificó este cambio de línea confirmaba «la política de unidad de la clase obrera y también de colaboración fraternal y consecuente con el Partido Socialista, de la

81. Agosti, A., *Palmiro Togliatti. A Political Biography*, Tauris, 2008, p. 151.

82. Agosti, A., *Palmiro Togliatti. A Political Biography*, Tauris, 2008, p. 151.

83. Seccia, P., *The Salerno Turning Point*, 1975. El discurso de Togliatti puede leerse en Togliatti, P., *The Political Situation in Italy*, 1944.

unidad de las fuerzas democráticas y liberal-antifascistas del movimiento de los Comités de Liberación Nacional y de la unidad de toda la nación italiana en la lucha por su libertad, su independencia y su resurrección». ⁸³ Las milicias partisanas fueron desmovilizadas y se formó un gobierno de unidad nacional. Este giro pasaría a conocerse como la Svolta di Salerno.

84. Bulaiti, J., *Maurice Thorez...* p. 157.

El caso francés fue prácticamente idéntico. El PCF abrazó un frente nacional junto a los partidos burgueses, colaborando con figuras que habían sido leales a Vichy: «el Partido Comunista de Francia apoya ahora al general Delattre de Tassigny, quien ayer mismo era fiel a Vichy», explicaba sin rubor una comunicación oficial del partido. En septiembre de 1944 se formó un gobierno presidido por De Gaulle con dos miembros del PCF. La postura del partido ante sus nuevos socios burgueses no podía haber sido más inequívoca: «mi partido no contempla tomar el poder, ni ahora ni durante la liberación, ni durante el período de convalecencia y reconstrucción del país». ⁸⁴

85. *Ibid.*, p. 159.

86. *Ibid.*, p. 164.

87. *Ibid.*

88. *Ibid.*, p. 179.

En algunas zonas de Francia, sobre todo en el sur, el movimiento de resistencia ejercía una soberanía efectiva. En algunas regiones industriales los trabajadores habían tomado el control de las fábricas de quienes habían colaborado con la ocupación. Un informe soviético describió la situación como una «dualidad de poderes» en la que el movimiento popular disputaba la autoridad al gobierno de De Gaulle. ⁸⁵ Habiendo vuelto de Moscú para tomar posesión de su cargo ministerial, Thorez exigió la integración de las milicias en el ejército regular bajo el lema «un solo ejército, una sola policía, un solo Estado» ⁸⁶ y llamó a los obreros a cumplir «el deber de clase de producir, producir y producir». ⁸⁷ Esto no solo incluía disipar las esperanzas de transformación revolucionaria y suprimir la dualidad de poderes, sino sofocar el movimiento huelguístico que se extendería peligrosamente hasta 1948, impulsar la reconstrucción de la economía nacional y colaborar con la violencia colonial que Francia seguía ejerciendo en Madagascar, Indochina y Argelia. El PCF no solo no apoyó la independencia de las colonias francesas, sino que participó en la represión de la resistencia del Việt Minh. ⁸⁹

En Francia o Gran Bretaña los partidos comunistas, bajo el dictado soviético, renunciaron abiertamente a la independencia de las colonias y apostaron por su encaje «igualitario» dentro de sus respectivos imperios.⁸⁹ Pero la lógica de los intereses nacionales del aparato soviético se expresó también en el apoyo activo de la URSS al sionismo. Con el objetivo de diezmar la influencia británica en Palestina y agenciarse un nuevo aliado en Oriente Próximo, la URSS promovió la así llamada solución de dos Estados para el mandato británico. Fue el primer país en reconocer el Estado de Israel y aprobó el envío de armas a través de Checoslovaquia mientras Israel practicaba su primera Nakba.⁹⁰

También en Bélgica, Países Bajos, Dinamarca, Noruega, Austria y Luxemburgo las milicias fueron desarmadas y los partidos comunistas integrados en los gobiernos de unidad nacional, jugando un papel clave en la contención de la conflictividad obrera y la priorización de la reconstrucción económica. La política de los partidos comunistas, en resumen, consistió en desarmar a los obreros, disolver los órganos de autoridad revolucionaria y reconstruir el aparato burocrático-militar del Estado en colaboración con los partidos burgueses. Con su integración plena en el Partido del Orden, los partidos comunistas habían dejado de encarnar un centro de autoridad alternativo al Estado, y su autoridad era ya una extensión de la de este. La expectativa de un orden civilizatorio superior fue sustituida por un nuevo relato nacional patriótico, y el sueño de una sociedad sin clases quedó enterrado bajo el manto de la seudodemocracia de posguerra. Los actuales Estados europeos son en parte el producto de este pacto estratégico entre los partidos comunistas y sus respectivas burguesías, que ahogaron la revolución para mayor gloria de la reconstrucción capitalista: si los derechistas de la Segunda Internacional justificaron su inmovilismo apelando a la ausencia de una mayoría revolucionaria efectiva, los de la extinta Comintern justificaron la disolución del movimiento revolucionario efectivo invocando la necesidad de devolverlo a los cauces del inmovilismo.

89. Singh, Vijay, «On the British Road to Socialism», *Revolutionary Democracy*, 1950-1.

90. Sobre el apoyo soviético al sionismo y el reconocimiento de Israel, véase Losurdo, D., *Stalin: Historia y crítica de una leyenda negra*, Viejo Topo, Madrid, 2011; y Musa Budieri, *El partido comunista de Palestina, 1919-1948: árabes y judíos en la lucha por el internacionalismo*, Dos Cuadrados, Madrid, 2024.

El impulso de la revolución rompía, sin embargo, las costuras de los acuerdos de Teherán, Yalta y Potsdam. Los comunistas griegos también habían recibido la instrucción de formar un gobierno de unidad nacional junto a Papandreou, y dos ministros del KKE llegaron a entrar en su gabinete. La cuestión era, una vez más, la de la dualidad de poderes: la coexistencia de dos fuerzas armadas leales a autoridades políticas separadas, nominalmente unificadas en un mismo gobierno. Si en Francia, Italia y el resto de los países occidentales se pudo capear el temporal, la falta de acuerdo sobre la disolución de las milicias en un único ejército nacional precipitó en Grecia el estallido de la guerra civil. Como Grecia caía en la zona de influencia británica que Churchill se había repartido con Stalin en su célebre acuerdo de porcentajes de octubre de 1944, el ejército británico pudo aplastar la insurrección griega mientras la URSS observaba desde la barrera.

Churchill reconoció la generosidad soviética: «Stalin se adhirió estricta y fielmente a nuestro acuerdo de octubre, y durante todas las largas semanas de lucha contra los comunistas en las calles de Atenas ni una sola palabra de reproche provino de *Pravda* o *Izvestia*».⁹¹ Los acuerdos de Varkiza pusieron fin a esta primera fase de la guerra. El KKE, a instancias de Moscú, aceptó un acuerdo de desarme sin garantías que permitió a las fuerzas reaccionarias dar rienda suelta a su revanchismo. La guerra se reanudaría en 1946, y fue la retirada yugoslava del apoyo a los partisanos griegos —consecuencia directa de la expulsión de Yugoslavia de la Cominform en 1948— la que condujo a la derrota definitiva del Ejército Democrático en 1949, poniendo fin a la última revolución obrera en suelo europeo.

91. Vlavianos, H., *Greece, 1941-49: From Resistance to Civil War*, Palgrave Macmillan, New York, 1992, p. 65.

En Europa oriental la política de los partidos comunistas también consistió en contener la ola revolucionaria desde dentro. En Bulgaria, donde el derrumbe del ejército de ocupación alemán produjo espontáneamente consejos de soldados, degradación de oficiales e izado de banderas rojas, los dirigentes comunistas evitaron liderar ese impulso insurgente contra el viejo orden. Mólotov intervino para poner fin a la situación: los comunistas debían restablecer la disciplina, reincorporar a los

oficiales depurados y devolver a los funcionarios destituidos a sus cargos. El Ejército Rojo preservó el *statu quo*. El líder comunista Yugov declaró en 1944 que el gobierno «no tiene la menor intención de establecer un régimen comunista en Bulgaria» y que era «infundado el rumor de que el gobierno pretende nacionalizar la empresa privada». El gabinete al que los comunistas prestaron su apoyo estaba encabezado por el general Kimon Georgiev, autor del golpe de Estado semifascista de 1923 —en el que decenas de miles de obreros y campesinos habían sido masacrados— y del golpe militar de 1934, que disolvió los sindicatos por primera vez en la historia búlgara.⁹²

92. Harman, C., *Class Struggles in Eastern Europe, 1945-1983*, Pluto Press, Londres, 1974, pp. 23-4.

En Rumanía la situación era prácticamente idéntica. El vicepresidente liberal Tătărescu había organizado pogromos antijudíos en 1927, el ministro de Cultura había sido admirador confeso del régimen hitleriano y el nuevo jefe de la policía secreta era un antiguo fascista activo. La magistratura permaneció virtualmente intacta, con apenas veinte jueces nuevos sobre dos mil, mientras el ministro comunista de Justicia redactó una ley que permitía a industriales, hombres de negocios y banqueros escapar de la condena como criminales de guerra y secciones enteras de la Guardia de Hierro fascista se integraban en el Partido Comunista rumano. En Hungría los comunistas fueron determinantes para devolver a sus propietarios privados las fábricas y minas que la marea revolucionaria había socializado. En Polonia el Ejército Rojo se detuvo a las puertas de Varsovia mientras los alemanes aplastaban el levantamiento del 1 de agosto de 1944. La insurgencia revolucionaria de las masas polacas fue destruida sin que las tropas soviéticas se planteasen siquiera intervenir en su auxilio.⁹³ En todos estos casos el mecanismo era el mismo que había operado en la Europa occidental: unirse a los representantes del viejo orden para destruir el movimiento revolucionario y reconstruir el aparato burocrático-militar capitalista desde arriba.

93. *Ibid.*, pp. 24-7.

Lo que vendría después —la «sovietización» de las democracias populares— no se produjo hasta que las condiciones geopolíticas lo hicieron necesario. Ese momento llegó en 1947, cuando el Plan Marshall redefinió el tablero. El relanzamiento

económico de Europa occidental bajo la hegemonía norteamericana obligó a la URSS a responder. En el Este lo hizo dando rienda suelta a los partidos comunistas para que consumaran la «sovietización» tutelada de las democracias populares, eliminando a sus aliados de coalición; en el Oeste, ordenando a los partidos comunistas que abandonasen sus respectivos gobiernos de coalición para pasar a una política de oposición hostil. El instrumento de coordinación de esta nueva línea fue la Cominform, fundada en septiembre de 1947.

La teoría de las «vías nacionales al socialismo» —que había servido durante dos años para presentar los regímenes de Europa oriental como experimentos de democracia pluriclasista irreductibles a la etiqueta de «sovietización»— fue sustituida por la teoría de los «dos campos»: de un lado, el campo «imperialista y antidemocrático» encabezado por Estados Unidos; del otro, el campo «antifascista y democrático» encabezado por la URSS. Los partidos comunistas occidentales, que habían salido de sus gobiernos por orden de Moscú, retornaron a la oposición desde la máxima lealtad a la URSS en su política exterior, pero definitivamente anclados en el legalismo constitucional que habían abrazado durante los años del frente popular. La semilla del eurocomunismo ya había sido sembrada.

China y Yugoslavia son los *rara avis* del comunismo de posguerra. Los partisanos yugoslavos tomaron la iniciativa en la guerra contra las fuerzas ocupantes y la situación progresó de tal modo que la perspectiva de la conquista revolucionaria del poder comenzó a ser factible. Las llamadas a la contención por parte de Dimitrov y Stalin fueron constantes: «Ten en cuenta que la Unión Soviética tiene relaciones de tratado con el rey y el gobierno yugoslavos, y que un ataque abierto a estos últimos creará dificultades adicionales para los esfuerzos militares conjuntos y en las relaciones entre la Unión Soviética, por un lado, e Inglaterra y América, por otro».⁹⁴ Pero los partisanos yugoslavos desoyeron las directrices de Moscú, se hicieron con todo el poder y «sovietizaron» el país con más premura que cualquiera de las otras democracias populares, arriesgando la alianza soviética con las potencias occidentales.

94. Banac, I., *With Stalin Against Tito. Cominformist Splits in Yugoslav Communism*, Cornell University Press, 1988, pp. 9-10. Sobre las presiones soviéticas sobre el PCY durante la guerra y la inmediata posguerra, véase también Ulam, A., *Titoism and the Cominform*, Harvard University Press, Cambridge, MA, 1952.

Aunque ideológicamente afines —Tito había sido uno de los más profundos admiradores de Stalin—, la divergencia de intereses económicos y geoestratégicos entre soviéticos y yugoslavos era bien real. Tito quería que Yugoslavia desarrollase un aparato industrial diversificado y no restringiese el trato comercial a los países del campo socialista. El nacionalismo económico yugoslavo fue recibido como un desafío intolerable y se convirtió en el pretexto para su expulsión de la Cominform. La expulsión fue seguida de una nueva oleada de purgas en los partidos comunistas europeos, con las ejecuciones del búlgaro Traicho Kostov y el húngaro László Rajk en 1949. Los yugoslavos procedieron a la purga de los estalinistas con el mismo entusiasmo. En esas condiciones, Tito reclamó para Yugoslavia el derecho al socialismo nacional que Stalin había invocado para la URSS: «Lenin dijo, y esto fue luego llevado a la práctica en la URSS, que es posible crear el socialismo en un solo país. Al decir esto tenía en mente, en primer lugar, la Unión Soviética; pero en ningún lugar afirmó que esto no fuera posible fuera de la Unión Soviética».⁹⁵

El caso de China sigue una lógica similar. La línea del PCUS fue en todo momento de apoyo al KMT y de contención del PCC, al que exigió en repetidas ocasiones que cesase la lucha por el poder. En Yalta Stalin había prometido no apoyar a los comunistas en la guerra civil china. Una vez derrotado Japón, la URSS insistió en una solución pactada entre el PCC y el KMT, argumentando que la guerra civil «acarrearía el peligro de una destrucción completa de la nación china».⁹⁶ Una victoria total de los comunistas podía provocar la reacción de EE. UU. y Gran Bretaña, comprometiendo la posición soviética en el nuevo reparto de esferas de influencia. Stalin llegó a proponer el desarme completo de la guerrilla. Mao finalmente conquistó el poder en 1949, contra las órdenes explícitas de los soviéticos y sin que la URSS hubiese salido en ningún momento de la neutralidad entre el PCC y el KMT. Sus declaraciones no podían ser más explícitas: «La revolución china triunfó actuando en contra de la voluntad de Stalin. El falso diablo extranjero no quería que el pueblo hiciese la revolución».⁹⁷

95. Tito, J., *Concerning the National Question and Social Patriotism*, 1948. Desarrolla este punto de vista en Tito, J., *Workers Manage Factories in Yugoslavia*, 1959.

96. Sobre la política soviética hacia el PCCh, véase Chen Jian, *China's Road to the Korean War: The Making of the Sino-American Confrontation*, Nueva York: Columbia University Press, 1994; y Heintz, Dieter. *The Soviet Union and Communist China, 1945-1950: The Arduous Road to the Alliance*. Armonk, NY: M. E. Sharpe, 2003.

97. Mao, T., *Talks At The Chengtu Conference*, 1958.

En 1950 China firmó un Tratado de Amistad, Alianza y Asistencia Mutua con la URSS. Mao expresó reservas sobre este acuerdo, ya que no terminaba de aceptar que Moscú siguiera teniendo tanto control sobre la línea ferroviaria estratégica en Manchuria, un remanente del imperialismo zarista. Lo mismo sucedía con las empresas conjuntas sino-soviéticas en sectores clave. Estas eran compañías sobre las que los soviéticos querían tener un control directo, otorgando a la URSS un poder económico considerable sobre China. Mao veía todo esto como una injerencia excesiva. Estos desencuentros se acumularon hasta implosionar tras el ascenso de Jruschov al poder. Mao terminaría denunciando el «socialfascismo» de la Unión Soviética y virando hacia la alianza con Estados Unidos, en una escalada que llegaría a su punto álgido con los choques armados de 1969, causando centenares de bajas en ambos lados de la frontera.⁹⁸

98. Sobre el cisma sino-soviético, véase Lorenz M. Lüthi, *The Sino-Soviet Split. Cold war in the communist world*, Princeton University Press, Princeton, 2008.

No es casualidad que los dos grandes partidos que desobedecieron las órdenes de Moscú —el chino y el yugoslavo— no tardaran en enfrentarse abiertamente al mando soviético, desatando los dos últimos grandes cismas del movimiento comunista tras el surgimiento del trotskismo. Yugoslavia y China eran los dos países más grandes de las democracias populares; en ambos el partido comunista había tomado el poder contra la voluntad de Moscú y ambos contaban con ejércitos realmente poderosos, independientes del Ejército Rojo. Esto les garantizaba la *auctoritas* necesaria para contradecir las directrices soviéticas, pero sobre todo la *potestas* que otros integrantes del campo socialista no tenían. Tanto en Yugoslavia como en China, la ruptura con Moscú sancionó irónicamente la vieja estrategia: la construcción del socialismo en un solo país, con todos sus rasgos nacionalistas, burocráticos y oportunistas en el terreno de las alianzas internacionales. Una línea que se replicaría a pequeña escala también en Albania, Corea del Norte, Cuba y Vietnam.

Si la relación con Yugoslavia y China progresó de la tensión a la ruptura, y de la ruptura al enfrentamiento, el caso del resto de democracias populares fue de subordinación desde 196

el principio. La URSS no quería ampliar su federación integrando en ella los países colindantes. Quería un cinturón de Estados neutrales-amistosos que blindasen su seguridad sin acarrear las obligaciones de la incorporación formal.⁹⁹ La tesis de las «vías nacionales al socialismo» —formulada por Stalin explícitamente para varios partidos europeos, incluyendo el británico— ha de entenderse en este contexto: estos nuevos regímenes debían ser la plasmación de una alianza de diversas clases, un Estado intermedio entre la dictadura de la burguesía y la dictadura del proletariado, que no pudiese ser presentado como «sovietización» ante las otras potencias.¹⁰⁰

99. Stalin, J., *Interview to «Pravda» Correspondent Concerning Mr. Winston Churchill's Speech at Fulton*, 1946.

100. Stalin, J., *On the British Road...*

A este proceso le acompañó la creación, junto al mercado mundial capitalista, de un «mercado mundial democrático» con un sistema socialista de división del trabajo, que involucraba cierta cooperación y asistencia mutua, pero en ningún caso integración económica en condiciones de igualdad. El objetivo era promover la especialización de los distintos países bajo la iniciativa de la URSS, que era naturalmente la principal beneficiada.¹⁰¹ La consigna de una Unión de Repúblicas Soviéticas de Europa y Asia proclamada por Lenin había sido completamente enterrada. El horizonte de una libre federación de repúblicas socialistas fue sustituido por la integración burguesa del comunismo en Occidente y un sistema jerárquico de repúblicas populares atadas a la URSS en el Este, lo que más adelante pasó a conocerse como «doctrina Brézhnev» —la sanción formal de una «soberanía limitada» que ya existía de facto—.

101. Stalin, J., *For Peaceful Coexistence: Postwar Interviews*, International Publishers, Nueva York, 1951.

Desde la Segunda Guerra Mundial la estrategia soviética proyectaba una competición económica a largo plazo entre el mercado capitalista y el «mercado democrático» sobre la base de una coexistencia pacífica en el plano militar. La superioridad de la planificación central debía ser capaz de elevar la productividad por encima de los estándares occidentales e imponer eventualmente la hegemonía soviética sobre el globo. Sin embargo, la URSS y el campo socialista nunca alcanzaron los niveles de productividad de sus competidores. El estancamiento económico de sus últimas décadas condujo no al colap-

so del capitalismo, sino al suyo propio, culminando un largo proceso en el que «es el propio Estado y la dinámica económica, necesariamente todavía de molde capitalista, el que acaba asimilando a todo el movimiento comunista internacional y aniquilando su forma-partido».¹⁰²

102. EHKS, «Nueva estrategia socialista: bases estratégicas para la recomposición internacional del comunismo», *Gedat*, 2023.

Coda: ¿Qué fue el estalinismo?

La transformación del socialismo en un proceso de construcción económica nacionalmente delimitado, la elevación del Estado socialista a aparato que sobrevive a la desaparición de las clases sociales y la reducción de su contenido a la estatización de los medios de producción son los tres pilares sobre los que descansa el proyecto soviético tal como quedó configurado a finales de los años 20. Considerados en conjunto, revelan una adaptación estratégica al atraso y el aislamiento que cimentó el retorno sistemático a posiciones que el marxismo había combatido y derrotado desde los años 70 del siglo XIX. En cada uno de esos tres pilares el estalinismo reproduce una posición característica del ala derecha del movimiento socialista de preguerra. El resultado es que rehabilita la línea de aquella ala bajo una nueva forma, haciendo ininteligible la ruptura de la que nació la Tercera Internacional.

La teoría del socialismo en un solo país no fue una innovación teórica de Stalin. Lassalle, Dühring, Schäffle y Vollmar ya habían sostenido, en la segunda mitad del siglo XIX, la viabilidad de un Estado socialista aislado, capaz de construir el socialismo dentro de sus propias fronteras sin depender de la extensión internacional de la revolución.¹⁰³ Sus argumentos —la soberanía económica del Estado socialista frente al mercado capitalista internacional— habían sido objeto de una crítica sistemática por parte del ala revolucionaria del movimiento, que vio en ellos la expresión teórica del nacionalismo económico pequeñoburgués. De este socialchovinismo germinal terminó brotando el ala reformista de la Segunda Internacional que traicionó la causa revolucionaria en 1914. Cuando

103. van Ree, E., «“Socialism in one country” before Stalin: German origins», *Journal of Political Ideologies*, 15(2), 2010, pp. 143-59.

Stalin formuló la misma tesis en 1924-5 no estaba aportando una respuesta nueva a un problema nuevo: estaba resucitando una posición derrotada décadas atrás en los debates internos del socialismo europeo, reciclándola con la terminología del leninismo y presentándola como su culminación lógica.¹⁰⁴

El segundo pilar —la perpetuación del Estado más allá de la «desaparición» de las clases— reproduce con igual fidelidad una posición que el marxismo había combatido desde sus orígenes. La idea del «Estado popular libre» —un Estado situado por encima de las clases, árbitro imparcial de los intereses sociales y gestor neutral del bien común— había sido el blanco explícito de las críticas de Marx y Engels, precisamente porque expresaba la incapacidad del movimiento obrero alemán para romper con las categorías políticas de la democracia burguesa.¹⁰⁵ La cuestión de la burocracia estatal llegó a ser, de hecho, uno de los ejes de la ruptura entre marxistas y oportunistas durante la Primera Guerra Mundial y el principal motivo por el que el sector revolucionario de la socialdemocracia decidió rebautizarse como «comunista». La burocracia soviética retomó esta idea del ala socialdemócrata bajo la fórmula del «Estado de todo el pueblo», cuyas premisas estaban ya presentes en la proclamación de la victoria del socialismo de 1934 y en la Constitución de 1936.¹⁰⁶ Si el socialismo había triunfado y las clases antagónicas habían desaparecido, el Estado soviético ya no era el instrumento de dominación de ninguna clase y no tenía por qué extinguirse. Lenin había refutado esta falacia *avant la lettre*: si el Estado soviético no pudo «adormecerse» fue porque no estaba en manos de la mayoría proletaria, sino de una minoría burocrática que necesitaba de la coerción para mantener su dominio. La expansión sin precedentes del aparato represivo en los años 30 era la demostración más elocuente de que el socialismo no había vencido, sino que había sido derrotado.¹⁰⁷

El tercer pilar —la reducción del socialismo a la estatalización de los medios de producción— conecta directamente la con la tradición del socialismo de Estado que Engels había combatido en el contexto del bismarckismo. «Desde que Bismarck se dedicó también a estatallar», señalaba Engels, «se

104. El proyecto estalinista ha sido convincentemente reconstruido en términos de un «patriotismo revolucionario». van Ree, E., *The Political Thought of Joseph Stalin*, Routledge, Nueva York, 2002.

105. Engels, F., *Carta a Auguste Bebel*, 18-28 de marzo de 1875; Marx, K., *Crítica al programa de Gotha*, 1875.

106. La expresión «Estado de todo el pueblo» [*obshchenarodnoe gosudarstvo*] fue introducida formalmente en el Programa del PCUS de 1961, bajo Jruschov, como corolario de la declaración de que las clases antagónicas habían desaparecido en la URSS. Sus premisas ideológicas —el Estado soviético como representante de los intereses de toda la sociedad— estaban ya implícitas en la Constitución de 1936 —uno de los borradores mencionaba el término explícitamente— y en la proclamación de la «victoria del socialismo» del XVII Congreso de 1934. Esta doctrina había aparecido puntualmente también en el programa de 1947.

107. El argumento sobre la extinción progresiva del Estado como condición estructural —y no voluntaria (i.e., anarquista)— de la dictadura del proletariado es la tesis central del texto. La refutación de la idea de que el Estado «fuerte» (i.e., burocrático) es la garantía de la revolución aparece explícitamente en el capítulo 5: «el pueblo puede reprimir a los explotadores con una máquina muy sencilla, casi sin máquina, sin aparato especial, por la simple organización de las masas armadas». Lenin, «El Estado y la revolución» (1917), OC, vol. 33, p. 93.

108. Engels, F., *Anti-Dühring*, 1878.

ha producido cierto falso socialismo —que ya en algunos casos ha degenerado en servicio al Estado existente— para el cual *toda* estatalización, incluso la bismarckiana, es sin más socialista. La verdad es que, si la estatalización del tabaco fuera socialista, Napoleón y Metternich deberían contarse entre los fundadores del socialismo». ¹⁰⁸ Para Marx y Engels la estatalización de empresas no podía ser socialista si el Estado era de tipo burocrático-burgués, donde la producción no está controlada por la clase obrera, sino por la minoría que controla el Estado.

109. Engels, F., *The Poverty of Philosophy. Preface to the First German Edition*, 1885.

El socialismo requiere de un Estado obrero, cuya forma política solo puede ser la dictadura del proletariado: el gobierno de la mayoría pobre. El socialismo soviético no pasaba de ser un socialismo burocrático y redistributivo, en el que el Estado dominaba la producción y repartía el producto social entre los sectores de la población que administraba. En palabras del propio Engels, este sistema «remite todo el asunto a la decisión de la burocracia, que determina desde arriba la parte que le corresponde al trabajador en su propio producto y le permite amablemente obtenerla». ¹⁰⁹ La estatalización de los medios de producción en los años 30 no alteró la relación entre los productores y las condiciones de su producción: los burócratas seguían siendo propietarios de nuevo tipo —en posesión de un cargo y del poder de mando sobre trabajo ajeno—, mientras el proletariado seguía desposeído y explotado para cubrir necesidades que no eran las suyas, sino las de la expansión del aparato que lo dominaba.

110. EHKS, «Nueva estrategia...». Para un desarrollo conceptual de este argumento, véase Aguiriano, M., «¡Viva la Comuna! Sobre marxismo y Estado», en *Marx XXI* 4. *El derecho a la revolución*, 2025.

Este retorno al socialismo pequeñoburgués suponía el abandono del elemento programático central del marxismo-bolchevismo: la destrucción de la maquinaria burocrático-militar del ejército, la policía y la judicatura separadas del pueblo trabajador, sustituidos por el Estado-comuna como forma política transitoria. ¹¹⁰ La culminación de la fusión entre socialismo y movimiento obrero que distinguía la aproximación de Marx y Engels era el gobierno de la clase proletaria, como medio para la socialización democrática de la propiedad privada. Desligada de esta perspectiva, la propuesta marxista carece de sentido, y el único socialismo realmente posible pasa

200

a ser el socialismo *utópico*: aquel en el que la clase obrera deja de ser la encarnación y ejecutora consciente del programa comunista para convertirse en una clase emancipada «desde arriba» por un Estado benefactor o algún reformador social. De aquella renuncia se sigue, por último, el desmantelamiento del programa propiamente *comunista*, basado en la desaparición de las clases y el Estado como resultado de la reorganización de la sociedad en un modo de producción superior —una «libre asociación de productores iguales»¹¹¹—. Sobre esa base, el resto de elementos del ala derecha del socialismo de preguerra se fueron rescatando uno tras otro conforme las exigencias de la política inmediata los hacían funcionales: el ministerialismo, la vía parlamentaria al socialismo, el chovinismo, la política colonial «socialista», etc.¹¹²

El retorno de los pilares ideológicos del ala derecha del movimiento socialista no fue el producto de la adhesión deliberada de los dirigentes comunistas a los postulados de Lassalle, Dühring, Vollmar o Bernstein. Fue el producto de condiciones materiales que ejercían sobre el aparato soviético una presión ideológica análoga a la que el capitalismo desarrollado ejercía sobre las burocracias de los partidos obreros occidentales. Todo aparato burocrático tiende a priorizar su propia conservación sobre los objetivos que justifican su existencia, igual que todo Estado tiende a reproducir las condiciones de su permanencia y toda organización anclada en las instituciones de un orden social dado tiende a asimilar los valores de ese orden. La diferencia entre el reformismo del SPD de preguerra y el estalinismo no era de principio, sino de escala y de contexto: en un caso, la adaptación a décadas de desarrollo pacífico del capitalismo; en el otro, la adaptación a su desarrollo violento y convulso. Lenin veía la causa de la consolidación de las burocracias obreras en la primera de estas modalidades. El caso soviético demostró que la segunda podía ser un incentivo mucho mayor: cuando los vaivenes de la coyuntura son permanentes y bruscos, la burocratización se presenta como el único refugio frente al caos, y la voluntad de adaptación al entorno inmediato termina por imponerse sobre cualquier orientación estratégica de largo plazo.

111. Engels, F., *El origen de la familia, la propiedad privada y el Estado*, 1884.

112. Sobre la genealogía de la crítica marxista al ministerialismo, desde la polémica de Marx con Louis Blanc en 1848 hasta la resolución de la Internacional Socialista sobre el «caso Millerand» en el Congreso de Ámsterdam de 1904, véase Lenin, V. I., *Blancism*, 1917; Taber, M., *Reform, Revolution and Opportunism. Debates in the Second International*, Haymarket Books, Chicago, 2023, pp. 15-52.

En cada caso la lógica era idéntica: los intereses del aparato estatal soviético en la coyuntura inmediata exigían una concesión táctica que se presentaba como principio teórico, y ese principio teórico exigía a su vez la rehabilitación de una posición que el marxismo revolucionario había combatido y derrotado décadas atrás. El mecanismo que hace posible este retorno sigue una lógica particular. En ninguna de las dos grandes retiradas del período leninista —Brest-Litovsk y la NEP— se hicieron concesiones teóricas sustanciales. En ninguna de ellas se ocultó que el gobierno bolchevique se estaba batiendo en retirada. Lenin nunca presentó una maniobra política como un paso hacia adelante cuando se trataba de un repliegue. Precisamente esa conciencia de la reversibilidad de toda concesión forzosa es la única garantía de que los retrocesos parciales puedan comprenderse como zigzags dentro de un camino más largo que conduce al objetivo final. La independencia política del proletariado exige poder insertar maniobras, compromisos y medidas de excepción en una estrategia integral; exige poder explicitar en todo momento el nexo que vincula la maniobra inmediata con los objetivos finales, incluso cuando aquella supone un repliegue temporal.

La teoría del socialismo en un solo país rompió esta lógica de forma decisiva, convirtiendo la capitulación en principio y la retirada en avance. A partir de ese momento ninguna maniobra se presentó como un legítimo repliegue parcial, y toda concesión se justificó teóricamente como un paso hacia adelante. Esto exigía adecuar toda la teoría a la medida de los virajes tácticos de cada situación, reorganizando el pasado completo del movimiento para que pareciese haber estado orientado desde siempre hacia la última posición adoptada. La implicación más general de este mecanismo es la desaparición de la noción misma de repliegue: toda maniobra pasa a ser eslabón en una cadena de progreso ininterrumpido hacia la victoria.

Este tacticismo radical produce sus propios mecanismos de justificación historiográfica. La ideología estalinista, señala Rose Wolff, consiste en «conferir un aire de inevitabili-

202

dad retroactiva a todo lo que ocurrió en el transcurso de las luchas históricas. Esta es la quintaesencia del estalinismo: la adaptación a horizontes reducidos, haciendo de la necesidad una virtud». ¹¹³ Esta historiografía convierte retroactivamente decisiones contingentes en la única opción posible, y la única opción posible se convierte en la única opción correcta. El posibilismo como método, aplicado a la historia propia, produce apologética; aplicado al análisis del adversario, produce su demonización. Ambos son la misma operación intelectual.

El resultado es que el marxismo deja de ser una guía para la acción política y se convierte en una ideología afirmativa que la justifica. Ya no es la comprensión revolucionaria de la realidad la que inspira la táctica, sino la táctica la que inspira la teoría. El marxismo degenera en tacticismo, y el tacticismo en un criterio de actuación idéntico al de cualquier otro Estado: moverse en un cálculo que mide la posibilidad de maximizar la seguridad a partir de la reserva de fuerzas disponibles. Leído desde esta perspectiva, las sucesivas decisiones tácticas de la URSS —desde el pacto con Hitler hasta el apoyo de Israel— encuentran una justificación razonable. Pero esa razonabilidad presupone haber renunciado a la perspectiva proletaria y haber asumido la perspectiva geoestratégica de un aparato gobernante. «El movimiento lo es todo, el objetivo final no es nada» —la fórmula que Bernstein había acuñado para expresar el gradualismo reformista— describe el proceder que el estalinismo institucionalizó a escala global. Marx lo había anticipado: «si hace falta unirse, pactad acuerdos para alcanzar los objetivos prácticos del movimiento, pero no trafiquéis con los principios, no hagáis concesiones teóricas». ¹¹⁴

Sin embargo, el estalinismo desborda la imagen de un simple proyecto modernizador regido por la *raison d'État*, y no puede entenderse sin el impulso mesiánico que animaba su visión del mundo. ¹¹⁵ Su peculiaridad como variante de la degeneración burocrática reside en que combinó la vocación de estabilidad inherente a todo aparato conservador con una «política de la movilización» —según la expresión de David Priestland— ¹¹⁶ que le confería una paradójica dimensión an-

113. Rose Wolff, «Revisitando el revisionismo. Neoestalinismo y filosofía: la nueva escuela de falsificación de Domenico Losurdo (III)», *Contracultura*, noviembre 2025.

114. Marx, K., *Crítica al programa de Gotha*. Una crítica similar puede leerse en Lukács, G., *Democratisation Today and Tomorrow: Part II. The Pure Alternative: Stalinism or Socialist Democracy*. 6. *Stalin's Method*, 1968.

115. Al contrario de lo que sugiere Doménico Losurdo, la construcción nacional del socialismo en Rusia no representó una alternativa pragmática al utopismo del «marxismo occidental». Una buena crítica de este planteamiento puede leerse en After History, «De-Stalinizing Stalin. Losurdo, Rockhill, and Soviet History», *The Stalin Era* (Substack), mayo de 2026.

116. Priestland, David. *Stalinism and the Politics of Mobilization: Ideas, Power and Terror in Inter-War Russia*. Oxford: Oxford University Press, 2007.

tiburocrática y revolucionaria —en el sentido más general de alteración voluntarista del orden establecido—. La violencia de masas durante las purgas, la colectivización forzosa del campo o la industrialización acelerada son expresiones de esta dimensión: el aparato destruyendo periódicamente sus propios cuadros, expropiando clases enteras, movilizándolo a las masas en campañas de productividad, sin que ese movimiento apuntase a ningún objetivo más allá de su propia supervivencia y expansión. La ideología estalinista no era el «optimismo fatalista y pasivo» de la burocracia reformista clásica, era un optimismo activo y violento, que sustituía la perspectiva de la emancipación por la perspectiva de la victoria nacional y la acción colectiva de las masas por la movilización de estas al servicio del aparato. Tras la muerte de Stalin se neutralizó este factor utópico y el aparato soviético cayó progresivamente en el conservadurismo estático que siempre fue su tendencia de fondo.

Este análisis permite comprender también por qué los grandes cismas del campo socialista —el titoísmo y el maoísmo— no representaron ninguna ruptura con el estalinismo como fenómeno histórico-ideológico. Yugoslavia y China reprodujeron los rasgos nacionalistas, burocráticos y oportunistas que ya había exhibido la Unión Soviética. La ruptura con Moscú no era ruptura con el modelo, sino con la pretensión soviética de monopolizar su aplicación. El estalinismo triunfó como ideología universal precisamente cuando se fragmentó como bloque político único. La retirada de los yugoslavos de la guerra civil griega en 1949, el enfrentamiento entre Albania y Yugoslavia, la invasión soviética de Checoslovaquia, los choques armados en su frontera con China, la agresión de China sobre Vietnam en 1979 o la guerra entre Vietnam y Camboya responden todas a una misma lógica, que es la del conflicto entre Estados con intereses nacionales enfrentados —una lógica que se mostró incapaz de consumir un modelo civilizatorio alternativo al capitalismo—. «Alternativo» significa aquí capaz de sustituir históricamente al capitalismo como modelo civilizatorio integral. Pero los dos requisitos de esa sustitución —su *universalización* y su *reproducción* estable a largo plazo—

encerraban una contradicción que el estalinismo, como hemos visto a lo largo de este trabajo, no estaba en condiciones de resolver.¹¹⁷

El relato que presenta el ciclo revolucionario del siglo XX como un gran golpe localizado en Rusia, replicado solo por ecos débiles y dispersos, no responde a la realidad histórica. El período que va de 1914 a 1949 se comprende mejor como una prolongada guerra civil europea —crecientemente extendida por el globo— con fases intercaladas de auge y de reflujo, pero de carácter permanente y en expansión. Los marxistas de preguerra la venían pronosticando como una «era de guerras y revoluciones».¹¹⁸ Es la historia de una primera ofensiva revolucionaria del proletariado internacional —la más extensa y promisoría que ha tenido lugar hasta hoy— que fue contenida, en parte por la burguesía, pero en parte decisiva y creciente por un aparato soviético que se reclamaba su representante. Esta ofensiva se estabilizó definitivamente tras el fin de la Segunda Guerra Mundial. Lo que vino a partir de entonces fueron escaramuzas periféricas que no reabrieron las hostilidades en el frente internacional de la guerra de clases, que había sido ya pacificado.

Desde esta perspectiva, la bancarrota de la Tercera Internacional es comparativamente más grave que la de la Segunda. En la Segunda Internacional existía un ala internacionalista-revolucionaria que combatió su claudicación desde dentro, la documentó en tiempo real y elaboró las herramientas teóricas para comprenderla y dar continuidad a las tradiciones revolucionarias que posibilitaron la primera gran ofensiva proletaria del siglo XX. Los bolcheviques y quienes se agruparon en torno a ellos dejaron un registro teórico de la degeneración de la Segunda Internacional que hizo posible la fundación de la Tercera sobre bases diferentes. En la Tercera Internacional, en cambio, no existió esa ala. La degeneración se consumó en nombre del legado internacionalista-revolucionario bolchevique y sin una oposición organizada capaz de presentarse como alternativa ante las masas. El resultado fue la identificación falaz entre el marxismo revolucionario y una práctica crecientemente opor-

117. Esto implica que el legado del «socialismo real» no puede ser reivindicado en bloque y sin mediaciones. En su interior coexistieron proyectos, estrategias y tradiciones políticamente incompatibles entre sí. Ignorar esas fracturas no solo conduce a una lectura ecléctica del fenómeno, sino que dificulta la elaboración de un horizonte emancipatorio capaz de extraer las lecciones históricas de su fracaso, favoreciendo en su lugar un identitarismo nostálgico e impotente. Un proyecto comunista actualizado debe ser capaz de asumir críticamente ese legado —incluidas sus derrotas y contradicciones— sin por ello verse obligado a renegar de su propia tradición histórica.

118. Kautsky, K., *El camino del poder*, 1909.

tunista y claudicadora, consumada con la disolución definitiva de la propia Internacional en 1943. Cuando llegó la mayor crisis revolucionaria jamás acontecida en Europa, asistida por el ascenso revolucionario en China e Indochina en el flanco oriental y por la lucha anticolonial en su periferia, no existía un partido internacional de masas dispuesto a dirigirla.

La ideología estalinista, al presentar cada decisión táctica como el único desarrollo posible de los principios del marxismo-leninismo, no solo falsificó la historia del movimiento, sino que bloqueó la posibilidad de aprender de sus derrotas. «Los nombres de los verdaderos partidos políticos —decía Engels— nunca son adecuados por entero; el partido se desarrolla y el nombre queda».¹¹⁹ La deformación del contenido bajo la continuidad del nombre obstaculizó la transmisión de los principios del marxismo revolucionario a las generaciones que llegaron al comunismo tras la muerte de Lenin, convirtiendo esa transmisión en uno de los problemas teórico-políticos más urgentes del siglo XXI. Engels lo formuló con la claridad que le es habitual: «si hemos sido derrotados, no podemos hacer nada más que volver a empezar desde el comienzo». Y añadió: «las causas de la derrota no deben buscarse en los móviles accidentales, ni en los méritos, ni en las faltas, ni en los errores o traiciones de algunos dirigentes, sino en todo el régimen social y en las condiciones de existencia de cada país afectado por la conmoción».¹²⁰ Comprender esta historia en sus propios términos es la condición de cualquier proyecto que aspire a reanudar esa ofensiva desde las premisas que la hicieron posible. En el borrador de lo que terminaría siendo el *Manifiesto del Partido Comunista*, un joven Engels se preguntó: «¿Puede esta revolución producirse en un solo país?» Su respuesta, firme y lacónica, aún no ha perdido vigencia: «No».¹²¹

119. Citado en Lenin, V. I., «El Estado y la revolución», pp. 82-3.

120. Engels, F., *Revolución y contrarrevolución en Alemania*, 1852.

121. Engels, F., *Principios del comunismo*, 1847.

PROLETARIOS DEL MUNDO, UNÍOS. UN RECORRIDO POR LA HISTORIA DE LAS TRES INTERNACIONALES

MARIO AGUIRIANO

–*Necesitamos una nueva Internacional.*

–Totalmente.

Entrevista a Jamie Merchant, *Nuevo Ciclo* 3.

No hace falta insistir en cómo el internacionalismo es una pieza integral del marxismo. Tampoco hace falta recordar, porque muchos lo han hecho ya antes y mejor que yo, que la clase obrera solo puede constituirse en clase política en calidad de clase internacional, que la superación plena del modo de producción capitalista, dejando atrás la «prehistoria» de la sociedad de clases, es necesariamente global, o que la práctica revolucionaria requiere de la acción política internacional. Por no hacer falta, no hace falta siquiera adelantar el contenido de lo que sigue, pues el título ya lo aclara, ni alargar esta introducción, que bastante largo es ya el capítulo.

0. Los orígenes del internacionalismo proletario

La Antigüedad fue testigo de la aparición de los primeros credos universalistas. Originados habitualmente en el seno de imperios, en territorios marcados por el comercio y el intercambio entre culturas, los universalismos de la Antigüedad acuñaron la idea de una humanidad común, trascendiendo las estrechas fronteras del presente y las diferencias de clase y etnia. Budistas, maniqueos y cristianos nos hablan, cada uno a su modo, de este sujeto universal, la humanidad, a quien también apelará la filosofía estoica, y que se trataba, sin embargo, de una humanidad abstracta, más un postulado que un posible sujeto, acorde al bajo desarrollo de las fuerzas productivas. Nada conectaba aún las vastas estepas siberianas con el altiplano de la actual Bolivia, los lagos suizos con las costas del sur de África, las frondosas selvas sudamericanas con los bosques teutónicos. Nada sabían los incas de la existencia del Sacro Imperio Romano, ni tampoco los millones de habitantes de China, el mayor imperio mundial durante buena parte de los últimos 20 siglos, de los pueblos de la actual Canadá. El *Hic sunt dragones* de los mapas europeos medievales simboliza un grado de desarrollo social donde la humanidad carece de conciencia de su propia extensión.

Por ello, los orígenes reales del internacionalismo moderno deben rastrearse en un periodo más cercano: el siglo XVIII, donde el desarrollo del capitalismo, aupado sobre el colonialismo y la expropiación gradual de los campesinos, había logrado consumir un grado de interconexión históricamente insólito entre los pueblos del mundo, a la vez que daba un vuelco al desarrollo de las fuerzas productivas por medio de la «revolución industrial». El comercio y los barcos coloniales sembraron el mundo de saqueos y muerte, trasladaron hacia América a millones de africanos esclavizados mientras traían de ella oro, plata y otros recursos, conectaron el lejano Oriente con el Occidente cristiano y habilitaron la acumulación de poder y riquezas que encumbraría las monarquías absolutas sobre sus vasallos a la vez que contribuía al despliegue histórico de la burguesía. El

desarrollo del capitalismo industrial afianzó las condiciones materiales para ir conectando al planeta en su conjunto en torno a la producción de mercancías, a la vez que entregaba a los imperios occidentales la superioridad que les permitió extender sus mortíferos tentáculos por todo el mundo. La ciencia moderna destruyó las viejas cosmologías y socavó las bases de la religión tradicional, y la creciente penetración del dinero y el intercambio mercantil en la vida productiva, correlatos de un cambio en las relaciones de producción, barrió el suelo bajo las relaciones sociales feudales. En la Escuela de Salamanca o en autores como Grocio encontramos las primeras teorizaciones de ese derecho internacional que empezaba a constituirse como corolario de la expansión colonial.¹ La Ilustración conectará todos los puntos anteriores para acuñar, codificando el impulso de las clases que comenzaban a liberarse del dominio feudal, una nueva forma de cosmopolitismo diferenciada del universalismo cristiano tradicional. Todo el proceso, cabe subrayarse, vino marcado por unos espeluznantes niveles de violencia contra los oprimidos, lo que sirve para recordar esa vieja tesis según la cual el capital viene al mundo chorreando sangre por los poros.

1. Ver Anderson, Perry. «El Estándar de la Civilización», *New Left Review*, vol. 143, 2023, pp. 7-34.

Por paradójico que pudiera resultar a primera vista, este nuevo cosmopolitismo nace junto al patriotismo en el sentido moderno, con quien comparte sus bases seculares. Si la expansión del capitalismo había generado en cada vez más sectores de la población el interés de librarse de los grilletes del absolutismo, el escaso desarrollo de un capitalismo aún mayormente preindustrial desconocía por el momento el antagonismo a gran escala entre proletariado y burguesía, permitiendo a la burguesía incipiente movilizar a los productores directos –las masas populares del campo y la ciudad, compuestas mayormente por pequeños artesanos y campesinos– contra la aristocracia y los poderes absolutistas, quedando la unidad de este «Tercer Estado» consagrada bajo la bandera del patriotismo. Pero este patriotismo, que se vestía con las ropas de la vieja tradición republicana, no reivindicaba la nación como unidad ancestral y prepolítica, fundada en la sangre o la raza, sino que veía la nación como proyecto futuro, algo a construir por

2. Ver Kant, Immanuel. *Sobre la paz perpetua*, Akal, Madrid, 2012.

3. Ver Anderson, Perry. «Internationalism: A Breviary», *New Left Review*, 14, 2002.

4. Ver Gauthier, Florence. *Périssent les colonies plutôt qu'un prince ! Contributions à l'histoire de l'abolition de l'esclavage, 1789-1804*, CTHS Éditions, París, 2002.

5. Ver Robinson, Cedric. *Los jacobinos negros: Toussaint L'Ouverture y la revolución de Haití*, Katakarak, Iruñea, 2022.

parte de los ciudadanos libres y no una vieja herencia cargada de obligaciones y restricciones. De ahí que este patriotismo fuera a su vez abierta y fuertemente cosmopolita: la soberanía popular o nacional, reivindicada contra el absolutismo y su soberanía monárquica, tenía su complemento en la fe en la unidad y potencial armonía de todos los «pueblos» (al menos los llamados «pueblos civilizados») en una lucha conjunta contra la tiranía, la oscuridad y la superstición. La hostilidad entre países quedaba identificada con el estrecho egoísmo de monarcas y príncipes, y por ello la victoria de las repúblicas traería la armonía y la unidad entre naciones.² Así, la lucha contra el absolutismo en el seno de cada Estado era concebida como parte de la lucha internacional contra la tiranía absolutista, por lo que los revolucionarios burgueses a menudo combatieron al enemigo en latitudes muy lejanas a su lugar de origen. Ahí están, nos recuerda Perry Anderson, los ejemplos de Lafayette y Thomas Peine, y también los de Bolívar, Sucre y San Martín.³ Ahí está también la guerra revolucionaria librada por Francia contra las potencias monárquicas europeas, donde la defensa de la patria frente al enemigo extranjero era explícitamente concebida como una guerra de liberación contra los opresores en cualquier frente. En su punto más alto, la experiencia jacobina, incluso el racismo que lastraba un «universalismo» todavía poco veladamente *blanco*, pudo verse atemperado en la emancipación de las colonias y el fin de la esclavitud, consagrados ambos bajo el emocionante lema: *Antes mueran las colonias que un principio*.⁴ Su correlato, la lucha de la propia población negra de Haití por su liberación, librada bajo la bandera del jacobinismo, demuestra el potencial realmente universal de este credo.⁵

Pronto, sin embargo, los altos ideales del periodo revolucionario de la burguesía chocaron con el crudo interés de clase. Ya bajo Napoleón la exportación de unos valores revolucionarios mutilados por medio de la guerra resultaba difícilmente distinguible de la mera agresión y voluntad de dominio. El jacobinismo sobre cuyas ruinas reinó el pequeño emperador había llevado a un punto de difícil retorno las contradicciones en el seno del «Tercer Estado», entregando el poder a las

masas populares para el terror de una burguesía que por un momento vio cómo la situación se le escapaba de las manos. El patriotismo, como paraguas común bajo el cual quedaban sepultadas unas contradicciones de clase todavía escasamente desarrolladas, comenzaba a ver sus telas rasgarse; la soberanía popular, bajo cuya bandera la burguesía había combatido el absolutismo, amenazaba con convertirse en el gobierno real del pueblo, fatal para la minoría propietaria. El desarrollo del capitalismo solo aceleraría este proceso, dando lugar a dos fenómenos paralelos: por un lado, el deslizamiento desde ese patriotismo de finales del XVIII a un *nacionalismo* que encierra, en plena revolución industrial, el deseo de las diferentes burguesías por un fuerte Estado propio, capaz de protegerle en el mercado mundial a la par que eliminaba a la interna barreras y aranceles, sellaba una alianza con las clases medias y contenía a las clases subalternas; por otro, la agudización de las contradicciones de clase entre los antiguos compañeros de armas del «Tercer Estado».

Este nuevo nacionalismo, de inspiración romántica, concibe la nación en términos culturales antes que políticos, y comienza a romper –como correlato de la creciente competencia capitalista entre Estados– el vínculo entre patriotismo y cosmopolitismo. Si la nación no es ya el proyecto futuro de los ciudadanos libres, sino la unidad prepolítica que condensa una tradición singular y diferenciada, la ecuación de los revolucionarios anteriores se quiebra. Pero esta tradición no desapareció tan rápidamente, pues el absolutismo contra el que había surgido seguía en pie. En lo inmediato, el cosmopolitismo radical-democrático se hibridó en diversos grados con este ideal romántico para proveer la ideología hegemónica tras la ola revolucionaria de 1848, conocida como la «primavera de los pueblos», cuyos pasos se extendieron por la mayor parte de Europa. En su interior, sin embargo, se había configurado una matriz ideológica novedosa, donde la lucha contra el absolutismo se enmarcaba en el seno de la lucha contra las clases propietarias, y los cantos de sirena sobre la unidad entre explotadores y explotados empezarán a perder su efecto, pasando a ser progresivamente sustituidas por la conciencia de la unidad

internacional de los explotados. La base social de esta nueva corriente política sería provista ante todo por el artesanado urbano, amenazado por la dupla industrialización-proletarianización, que comenzó a dar al radicalismo democrático-republicano en el que se había educado una forma explícitamente socialista. Este sector no solamente estaba altamente alfabetizado, sino que era fuertemente cosmopolita en la práctica: los viajes a otros países durante el periodo de aprendizaje eran comunes, como también lo eran las migraciones. En el Londres de la década de 1840 —según afirmara Heine— uno podía oír alemán en cualquier esquina. Berlín acogía polacos y suizos, Viena italianos y checos, París era un crisol de nacionalidades. Aquí están las semillas del internacionalismo proletario, que en las décadas posteriores irá fusionándose con la pujante clase trabajadora industrial. En 1848, sin embargo, el proletariado era todavía débil como clase, y la figura hegemónica del revolucionario sería el «libertador nacional» al estilo de Garibaldi, en cuya propia figura encontramos un punto liminal entre la tradición revolucionaria democrático-radical y el naciente movimiento obrero socialista.

Garibaldi —el «Che Guevara del siglo XIX», según la definición de Mike Davis— sintetiza a la perfección la unidad de patriotismo y cosmopolitismo que caracterizará a lo que por entonces se conocía como «la democracia», esto es, el bloque popular enfrentado al absolutismo, donde las contradicciones de clase aún no se han desarrollado lo suficiente como para consolidar como actor a un gran proletariado socialista. Luchador irredento Garibaldi, como nos recuerda Jacopo Custodi: «pasó muchos años de su juventud trabajando en el mar, pero también fue profesor de idiomas en Estambul, comerciante de fideos en Brasil, corsario en el Atlántico Sur (donde atacaba barcos mercantes y liberaba a los esclavos negros de los barcos), profesor de matemáticas en Uruguay y obrero en una fábrica de Nueva York». ⁶ También luchó en siete ejércitos diferentes, fue detenido e incluso torturado por policías rusos, italianos, argentinos, uruguayos, franceses y corsos, fue diputado en cinco países y elegido líder militar por la Comuna de París, cargo que declinó por lo avanzado de su edad. Ya en su

6. Ver Custodi, Jacopo, «El internacionalismo revolucionario de Giuseppe Garibaldi», *Jacobin Magazine*, 2024.

juventud, aprendió de ciertos sansimonianos franceses que, según confesión propia: «El hombre que, haciéndose cosmopolita, adopta la humanidad como patria y va a ofrecer espada y sangre a todos los pueblos que luchan contra la tiranía, es más que un soldado: es un héroe».⁷

7. Citado en *ibid.*

Acabar con el absolutismo, decíamos, formaba parte, en principio, de los intereses comunes de ese amplio bloque conocido como «el pueblo». No obstante, ya en 1848 se hizo patente que el proletariado, clase a la que el desarrollo histórico parecía reservar el destino de convertirse en mayoría social, poseía intereses propios, antagónicos con la propiedad privada de los medios de producción. El miedo al proletariado lanzó a la clase capitalista en brazos de las viejas clases aristocráticas, y moderó los ideales democráticos de la pequeña burguesía. Los primeros buscarían ahora una «revolución desde arriba» que convirtiera sus Estados en Estados burgueses sin pasar por el incierto fragor de una auténtica revolución (aquí está el origen de la «revolución pasiva» gramsciana). Los segundos oscilaron entre la defensa de modelos revolucionarios que impidieran al proletariado decidir sobre la propiedad, poniendo por tanto un límite al poder político de las masas, y la combinación de este republicanismo rebajado con ciertas medidas sociales, dejando igualmente intactos los pilares de la sociedad burguesa—este es el origen del socialismo pequeñoburgués, tal y como subraya Marx en *El 18 de Brumario*⁸—. El proletariado, por su parte, será quien integre y eleve a un grado nuevo y superior la tradición revolucionaria democrático-republicana, atándola a la lucha por su gobierno y la instauración del socialismo internacional. El internacionalismo proletario que nacerá de este proceso supondrá una superación de los esquemas anteriores, al partir de la conciencia de que la clase trabajadora solo puede existir como clase política en tanto que clase internacional.

8. Ver Marx, Karl. *El 18 de Brumario de Luis Bonaparte*, Fundación Federico Engels, Madrid, 2003, p. 53.

En suma, el propio desarrollo histórico acabaría llevando la unidad precedente de patriotismo y cosmopolitismo a un punto de ruptura, pasando el patriotismo a convertirse en *nacionalismo*—que encumbra la nación como principal valor político—y el cosmopolitismo a transformarse en *internacionalismo*

—que privilegia invariablemente la dimensión internacional y apunta hacia un horizonte en el cual la humanidad emancipada trascienda sus viejas divisiones—. La clase que porte este nuevo ideal, intrínseco a su proyecto, será el proletariado en tanto que única clase consistentemente internacionalista, en la medida en que la defensa de sus intereses colectivos y objetivos históricos solo puede abordarse desde una perspectiva internacional.

1. La Primera Internacional

El imaginario popular reduce el legado de la Primera Internacional a una serie de eslóganes memorables —¡Proletarios del mundo, uníos!— y a la caricaturizada disputa entre Marx y Bakunin. Nacida bajo el nombre de Asociación Internacional de Trabajadores (AIT), la Primera Internacional fue esto, desde luego. Pero también fue mucho más: entre otras cosas, la primera organización internacional del movimiento obrero. Con la AIT no hablamos ya de una pequeña organización de revolucionarios esparcidos por el viejo continente, como fuera la Liga de los Comunistas, sino de un referente centralizado para el todavía embrionario movimiento de la clase trabajadora.

1.1. Los orígenes de la Primera Internacional

Su creación no fue fruto de la voluntad de Marx, ni mucho menos de la de Bakunin —que en 1864 andaba a otras cosas—, sino de la acción colectiva de las organizaciones obreras de varios países del «viejo mundo». El periodo posterior a la derrotada «primavera revolucionaria» de 1848 había sido un periodo de reacción triunfante y gran desarrollo «pacífico» de la industria y el comercio. En su seno, empero, un creciente movimiento obrero empezó a reorganizarse. El cartismo —«primer partido obrero de los tiempos modernos», según el aserto de Engels— vivió su canto de cisne con la creación del Parlamento Obrero en 1853, tras una ola de huelgas en el

textil británico, indicando la necesidad de pasar de la lucha económica aislada a la lucha política.⁹ Los obreros británicos y franceses comenzaron a explorar formas de acción conjuntas desde finales de los 50, desde la conciencia de que una oposición estrechamente nacional a los movimientos del capital resultaría fútil. En Alemania, todavía subdividida en toda una serie de reinos y principados, las fuerzas de los trabajadores comenzaron su proceso de separación con respecto al liberalismo burgués. En Italia los partidarios de Garibaldi lograron tomar Sicilia en su lucha contra los poderes aristocráticos que impedían la unidad nacional.

9. Ver Marx, Karl. «Cuatro textos sobre el parlamento obrero», *Mario Espinoza Pino*, 2023; Karl Marx: *The Political Writings*, Verso, Londres, 2019, pp. 596-613.

En 1862, con motivo de una exposición universal celebrada en Londres, tuvo lugar una reunión entre representantes de los sindicatos británicos y miembros del movimiento obrero francés.¹⁰ La idea de construir una organización internacional de trabajadores comenzaba a tomar cuerpo. El capital se movía con fluidez por el estrecho, extendía sus tentáculos tanto en Lancashire como en París, estancaba los salarios en Birmingham de igual forma que en Lille y explotaba de la misma manera a bretones que a galeses. Combatirlo eficazmente requería de una forma de unidad mayor a la que cada Estado aislado podía ofrecer: esta era una verdad cada vez más evidente para los militantes obreros de ambos lados del Estrecho.

10. Ver Riazanov, David. *Los orígenes de la Primera Internacional*, Ediciones Rumbos, Buenos Aires, 2004.

Sin embargo, el origen inmediato de la AIT está estrechamente vinculado a dos grandes acontecimientos de comienzos de los 60: la guerra civil americana y el «Levantamiento de Enero» en Polonia. Gran Bretaña era una aliada del Sur esclavista, de quien recibía algodón en grandes cantidades y cuyo peso político a nivel federal garantizaba la perpetuación de las políticas de libre comercio a través de las cuales el más avanzado capital británico dominaba su antigua colonia. La burguesía industrial del Norte, por el contrario, era una competidora directa, y las políticas proteccionistas que propugnaba constituían una amenaza para las exportaciones imperiales. Pero en la guerra civil americana este conflicto entre élites vino mediado por la lucha contra la esclavitud, gran causa de emancipación que merecía el apoyo cerrado de los trabajadores

conscientes europeos. Así, cuando los trabajadores portuarios británicos se negaron a cargar un envío de armas dirigido a los esclavistas del Sur, no nos encontrábamos ante un hecho aislado, sino ante un gesto de internacionalismo práctico que daría un impulso decisivo a la formación de la Internacional. En la misma línea se movió el enorme mitin celebrado por los sindicatos británicos en Saint James Hall, tras el cual el gobierno británico tuvo que abjurar, dada tal expresión de descontento popular, de su plan para intervenir directamente en la guerra en favor de los esclavistas.¹¹

11. Ver Marx, Karl. «Carta de Carlos Marx a Kugelmann. 29 de noviembre de 1864», en *Cartas a Kugelmann*, Editorial de las Ciencias Sociales, La Habana, 1973, pp. 23-4.

El segundo suceso fue el llamado «Levantamiento de Enero» en Polonia, sangrientamente reprimido por el Imperio zarista. A nivel simbólico, la Polonia de la época, al igual que Irlanda, ocupaba para los trabajadores conscientes un rol similar al que hoy identificaríamos con Palestina (salvando todas las distancias, por supuesto). Polonia e Irlanda eran el David nacionalmente oprimido frente al brutal Goliat imperial: Eleanor Marx portaba una cruz irlandesa de un modo similar al que hoy podría portarse una kufiya. Del mismo modo, no había Estado más odiado por los revolucionarios europeos que la Rusia zarista, bastión de la reacción continental.

El «Levantamiento de Enero» polaco comenzó como la rebelión espontánea de la juventud ante la campaña de reclutamiento del Ejército imperial ruso, y acabó convirtiéndose en una amplia insurrección que combatió durante casi un año a las fuerzas imperiales con medios de guerra de guerrillas. La rebelión polaca propulsó una gran ola de solidaridad por parte de las organizaciones obreras y revolucionarias europeas. En 1863 una reunión en Londres que reunía a representantes obreros británicos y franceses redactó un manifiesto llamando a la solidaridad con los insurrectos polacos, a la vez que afirmaba la necesidad de celebrar congresos obreros internacionales periódicos para evaluar e impulsar las luchas de los trabajadores. A ese impulso también le debe mucho la creación de la AIT.

Analizar este cóctel ofrece lecciones importantes. La lucha de los polacos o la guerra civil americana no eran, al fin y al

cabo, luchas estrictamente obreras, sino grandes guerras de liberación en clave democrático-burguesa. Tampoco estaban, por ello mismo, vinculadas al bienestar inmediato de los trabajadores británicos o franceses: al contrario, al enfrentarse al Sur esclavista y sus lucrativas exportaciones de algodón —pieza clave de la industria textil británica y una de las mercancías más habituales en sus puertos—, los trabajadores británicos *arriesgaban* sus condiciones de vida. Y lo hacían, al mismo tiempo, enfrentándose directamente a los intereses de su Estado. Por otro lado, y como no podía ser de otra manera, la creación de la AIT no fue ajena a la cuestión de las condiciones de vida y trabajo de la clase obrera. Estas se encontraban en el centro mismo de las conversaciones y encuentros entre representantes obreros británicos, franceses y de otros países. Con todo, lo decisivo es que estas reivindicaciones quedaban enmarcadas dentro de un modelo político-emancipatorio en el cual, lejos de todo corporativismo, los trabajadores se veían como vanguardia de una gran lucha por la liberación, la única capaz de satisfacer sus aspiraciones. Todavía faltaba mucha claridad sobre el qué y el cómo, pero esto ya basta para entender que no es posible construir una internacional obrera desde una definición estrecha y corporativa de los «intereses de los trabajadores», reducida a la cuestión salarial o las condiciones de trabajo. Una vez se formulan en sentido riguroso, o sea desde una perspectiva internacional, los intereses de los trabajadores coinciden con la emancipación de la humanidad: el colonialismo, el autoritarismo, las guerras de rapiña, etc., son contrarios a estos intereses generales por más que benefician parcialmente a un sector reducido de obreros en un momento dado.

Esta definición de los intereses obreros da lugar a una conclusión solo aparentemente paradójica: la defensa de esos intereses requiere de grandes dosis de altruismo, de capacidad de sacrificar el propio bienestar inmediato en nombre de un bien mayor, de encumbrar la solidaridad por encima del interés estrecho y cortoplacista. Eso hicieron los trabajadores británicos que se negaron a cargar armas para los esclavistas.

Esta clase de actos de altruismo, de solidaridad activa, propulsaron decisivamente la Internacional.

1.2. Fundando la Internacional

Y con esto llegamos a la reunión de 1864 en St. Martin's Hall, Londres, donde delegados obreros y exiliados de diversos países europeos se reunieron para tomar la decisión de fundar la Internacional, dotándola de unos estatutos y un manifiesto. Su redacción fue encargada a un tal Karl Marx, elegido miembro del comité directivo provisional —que reunía cartistas, sindicalistas ingleses, proudhonianos, etc., abarcando buena parte de la diversidad del movimiento obrero de la época—. A nivel de composición, los dos mayores grupos de la Internacional eran los sindicalistas británicos y los proudhonianos franceses. El grupo con una capacidad superior de liderazgo, según su mayor clarividencia política, fue sin embargo el «partido de Marx», al que pertenecía la delegación alemana, pero que contaba con apoyos en varios países. Otros miembros originales, como los republicanos italianos (seguidores de los Garibaldi, Mazzini, etc.) jugaron un papel menor.

Marx y Engels se unieron con entusiasmo a la Internacional, primera organización de esta índole, no porque admiraran las visiones políticas de todos sus integrantes, sino porque constituía una organización real de la clase obrera, uniendo a diferentes tendencias dentro de un proyecto de clase independiente. La política de Marx nunca tuvo otro eje que el movimiento real de la clase trabajadora o, más bien, la necesidad de organizar ese movimiento real en un sentido político y revolucionario. A sus ojos, un movimiento obrero unificado e independiente acabaría adoptando el tipo de orientación que identificamos con el «marxismo». La etiqueta puede producir confusión, porque se abre a ser interpretada en términos sectarios. ¿Creía Marx que el movimiento obrero debía plegarse a sus ideas individuales, del mismo modo en que ciertos trabajadores rendían pleitesía a los esquemas utópicos de Fourier o

Saint-Simon? Claro que no. De ahí que «socialismo científico» siempre haya sido una etiqueta más precisa que «marxismo». Marx no creía que el movimiento obrero debiera someterse a un modelo subjetivo elaborado por él mismo, sino organizar su acción conforme a un análisis riguroso de la realidad. En este sentido, el «socialismo científico» es una doctrina impersonal, una teoría de la lucha de clases y el movimiento histórico en que se inserta.

La tarea de la Primera Internacional era, a ojos de Marx y sus compañeros, formular y ejecutar una política obrera independiente a escala internacional, unificando y elevando políticamente los diferentes procesos de lucha y organización proletaria que comenzaban a despuntar en todo el mundo industrializado. Las convicciones que subyacía a su fundación fueron recogidas en su *Manifiesto inaugural*. Ahí se afirma, por un lado, que:

La conquista del poder político ha venido a ser, por lo tanto, el gran deber de la clase obrera. Así parece haberlo comprendido esta, pues en Inglaterra, en Alemania, en Italia y en Francia se han visto renacer simultáneamente estas aspiraciones y se han hecho esfuerzos simultáneos para reorganizar políticamente el partido de los obreros [...]. La clase obrera posee ya un elemento de triunfo: el número. Pero el número no pesa en la balanza si no está unido por la asociación y guiado por el saber. La experiencia del pasado nos enseña cómo el olvido de los lazos fraternales que deben existir entre los trabajadores de los diferentes países y que deben incitarlos a sostenerse unos a otros en todas sus luchas por la emancipación, es castigado con la derrota común de sus esfuerzos aislados.

Aquí cabe subrayar dos cuestiones que en realidad son una. Por un lado, la identificación de la conquista del poder político como «el gran deber de la clase obrera». La historia demuestra que no hay emancipación posible, no hay modo de romper las cadenas económicas, que no pase por hacerse con el poder político. Al mismo tiempo, este «gran deber» solo puede ser for-

mulado desde una perspectiva internacionalista. Este mensaje es el núcleo de todas las internacionales obreras. Para la lucha por la emancipación obrera, en suma, el internacionalismo no es una opción ni una simple adición loable como puede serlo un voluntariado, es una *necesidad práctica*. Los «esfuerzos aislados» redundan inevitablemente en la «derrota común».

La segunda convicción que dio cuerpo a la Internacional, vinculada a la primera, es que la clase obrera necesita de una política internacional propia, independiente a la de las demás clases. Los hechos inmediatamente anteriores a la creación de la AIT lo habían demostrado sobradamente. La emancipación de los trabajadores es imposible si cada clase obrera nacional se ve sometida al yugo de la política exterior de las clases dominantes. Como el propio texto aclara: «La lucha por una política exterior de este género forma parte de la lucha general por la emancipación de la clase obrera». A continuación, el *Manifiesto* se cierra con el grito de guerra de la Internacional: «Proletarios del mundo, uníos».

Los Estatutos de la Primera Internacional son aún más sintéticos. Su primera sección anuncia los objetivos y razón de ser de la AIT en función de una serie de consideraciones que, de nuevo, pueden verse como los cimientos de toda internacional obrera. En ellas se establece que la emancipación de la clase obrera solo podrá venir de la mano de la propia clase obrera —ese «principio de autoemancipación» que Hal Draper identifica correctamente como el núcleo del socialismo marxista—,¹² que su emancipación no busca privilegios de clase, sino la abolición de tales clases, que la raíz del sometimiento del proletariado reside en el modo de producción capitalista, que la destrucción de esta raíz es una tarea internacional que necesita de la unidad fraterna de los trabajadores de diferentes países, que la ausencia de tal unidad es la razón principal del fracaso de los movimientos anteriores y que garantizarla es la razón de ser de la AIT. A continuación, los Estatutos delineaban la base organizativa de la Internacional, inspirada por el principio de «no más deberes sin derechos, no más derechos sin deberes».

12. Ver Draper, Hal. «The Principle of Self-Emancipation in Marx and Engels», *Socialist Register*, 1971, pp. 81-109.

Conviene detenerse en esta formulación, de raíz democrático-republicana. El desarrollo histórico ha ofuscado nuestro acceso a esta tradición, precedente decisivo del movimiento obrero socialista.¹³ Hoy, cuando hablamos de «ciudadano» pensamos en el individuo privado del liberalismo, y el epítome del «buen ciudadano» es poco más que el súbdito que solo mira por sus asuntos, respeta las leyes con independencia de su naturaleza y origen, etc. Alguien, en suma, que se somete a los poderes existentes a cambio de que estos le reconozcan ciertos derechos limitados. El «buen ciudadano» del liberalismo es pasivo por definición. Acostumbrados como estamos a verlo así, resulta difícil entender por qué los revolucionarios del siglo XIX, Marx incluido, se llamaban entre ellos «ciudadano» como índice de fraternidad y respeto. Por supuesto, esto deriva directamente de la Gran revolución francesa, y muy especialmente de su periodo jacobino. En esta tradición el ciudadano no es un súbdito con ciertos derechos, sino un agente activo de una comunidad autogobernada. Así, para los revolucionarios del siglo XIX la ciudadanía no era un hecho dado, sino una aspiración (todavía hoy incumplida).

13. Sobre esta cuestión, véase, por supuesto, Domènech, Antoni. *El eclipse de la fraternidad. Una revisión republicana de la tradición socialista*, Akal, Madrid, 2019. Para una versión que, a mi juicio, captura mejor la peculiaridad de la visión de Marx, véase Leipold, Bruno. *Citizen Marx. Republicanism and the Formation of Marx's Social and Political Thought*, Princeton University Press, Princeton, 2024.

Y con esto volvemos a la formulación clásica, también inmortalizada en el himno conocido como *La Internacional*: «no más deberes sin derechos, no más derechos sin deberes». La fórmula aspira a recoger y anular las dos dimensiones del despotismo moderno. Los «deberes sin derechos» son la esfera del autoritarismo puro y duro, derivado de la dominación directa que tiene lugar en la esfera de la producción, ramificada en la autoridad del superior en el ejército, el burócrata, etc. Los «derechos sin deberes» son la esfera de la dominación indirecta, presente en la esfera de la circulación, la de la falsa igualdad de la legalidad burguesa según la cual, siguiendo la memorable expresión de Anatole France, se prohíbe por igual dormir bajo el puente al banquero y al mendigo. En este sentido, «derechos sin deberes» recoge parte del escenario del «buen ciudadano» del liberalismo, aquel que vive como un átomo aislado en una sociedad que, al estar escindida en clases y vinculada por el dinero como nexo universal, no conoce una forma de colectividad en la que deberes y derechos sean dos caras de una misma

moneda. Para los trabajadores, el reverso de los «derechos sin deberes» del ámbito del mercado son los «deberes sin derechos» del ámbito de la producción, el servicio militar, etc. Nuestras sociedades se construyen sobre una combinación de ambos puntos: de ahí el carácter subversivo de la fórmula de la AIT. De ahí también que Engels llegara a afirmar que acompañar cada derecho con un deber despojaría a los primeros de su forma burguesa —concibiendo, de hecho, que un escenario donde se superara la escisión entre derechos y deberes implicaría el fin de la sociedad de clases—. ¹⁴

14. Ver Engels, Friedrich. *Contribución a la crítica del proyecto de programa social-demócrata de 1891*, marxists.org, 1891.

Y con esto llegamos a los Estatutos. La AIT reafirmaba que su objetivo era «la defensa, el progreso y la completa emancipación de la clase obrera», y establecía una forma organizativa centralizada sostenida en torno a dos pilares: el Congreso, celebrado anualmente y formado por delegados de todas las secciones de la Asociación, y el Consejo General como dirección de la Asociación. Al Congreso anual le correspondía proclamar «las aspiraciones comunes de la clase obrera», tomar «las medidas necesarias para el éxito de la AIT» y elegir a su Consejo General. A este último, por su parte, le correspondían las tareas de coordinación entre secciones, lo que incluía garantizar la unidad de acción, así como elaborar un informe público anual para el Congreso y otras tareas específicas como garantizar la elaboración de una encuesta obrera. ¹⁵ En lo que respectaba a su estructura interna, tenía cierto margen para organizarse de acuerdo con sus necesidades, repartiendo tareas como tesorería o cargos como el de «secretario correspondiente» con cada país. Cada sección territorial nombraría un secretario y podría preservar intacta su estructura organizativa. El Consejo contaba también con un secretario general, que en sí no poseía más poder que el resto de los miembros del consejo. El puesto fue ocupado por Randal Cremer, sindicalista británico, Peter Fox, periodista, Johann Georg Eccarius, sastre alemán, y John Hales, de nuevo un sindicalista británico. El cargo de Marx, principal teórico y cabeza política de la asociación, nunca fue otro que el de Secretario por Alemania. Engels, por su parte, solo pasó a integrarse en el Consejo en 1870 como «Secretario correspondiente» para España, Italia y Bélgica.

15. Sobre la cuestión de la «encuesta obrera», véase MacAllister, Clark. *Karl Marx's Workers Inquiry: International History, Reception and Responses*, Notes from Below, Londres, 2022.

Los Estatutos afirmaban su carácter revisable e incompleto, comprometiéndose a ampliarse en función de las necesidades que fueran surgiendo. Por ejemplo, una disposición de noviembre de 1864, apenas dos meses después de la creación de la Internacional, ofrecían a las nuevas secciones la capacidad para elegir un representante en el Consejo a la vez que otorgaban a este derecho de veto sobre los candidatos propuestos. También se declaraba inelegible, por motivos prácticos, a cualquier persona que no pudiera acudir de forma sistemática a las reuniones del Consejo.

Estas, en cualquier caso, son cuestiones menores que sirven simplemente para ilustrar el carácter dinámico de la estructura organizativa de la AIT. Una estructura que representaba, a la escala en la que era por entonces viable, el tipo de principios centralistas y democráticos que el proletariado necesita. Un Congreso soberano, encargado de definir la línea política general y elegir la dirección, compuesto por delegados electos de las diferentes secciones, con una dirección centralizada constituida por delegados provisionales, capaz de llevar a cabo las tareas de coordinación necesarias y con amplia autonomía local bajo la adhesión conjunta a una misma línea. No es un modelo válido para todo tiempo y lugar, pero sí uno apropiado para sus circunstancias, cuando lo decisivo era tratar de unificar las todavía magras fuerzas del proletariado europeo en torno a ciertos consensos políticos y a la idea de la necesidad de la acción conjunta, pero cuando las circunstancias seguían exigiendo que cada sección local tuviera un amplio margen de acción propio dentro de los criterios comunes.

1.3. La formulación de una política obrera

No debe sobrestimarse la fuerza de la AIT, que en algunos países apenas contaba con algunos cientos de adherentes, seguía restringida a un puñado de países mayormente europeos y que se vio desde el principio asediada por fuertes divisiones políticas, renuencias y todo tipo de dificultades prácticas. Un

16. Ver Marx, Karl. *Misericordia de la filosofía*, marxists.org, 1847.

ejemplo al azar, tomado de una carta de Marx, es la defensa por parte de John Weston —carpintero británico, tesorero del Consejo general y viejo owenista— de la idea de que el alza general de los salarios no beneficiaría a los obreros y de que los sindicatos tenían por ello un papel perjudicial. De hecho, tanto los antiguos seguidores del socialismo utópico como los proudhonianos se movían entre el desprecio y el rechazo radical hacia los sindicatos, los mismos que formaban buena parte del cuerpo de la Internacional. Y lo hacían con base en doctrinas abiertamente anticientíficas, en su mayoría versiones de aquella «ley de hierro de los salarios» que Marx ya había desmentido teóricamente casi 20 años atrás,¹⁶ y que los sindicatos llevaban décadas desmintiendo en la práctica. Esto era una muestra de la fuerza que poseía aún el sectarismo; esto es, la voluntad de someter el movimiento real de la clase obrera —que tiende necesariamente hacia la lucha económica— a esquemas subjetivos arbitrarios. Así que los sectores más conscientes de la AIT se movían, como equilibristas, en la búsqueda constante de una balanza entre mantener la unidad entre las heterogéneas fuerzas del proletariado europeo y evitar que la unidad se consiguiera a costa de concesiones inaceptables.

En esta tarea lograron éxitos notables. Las resoluciones de la Internacional sirvieron para crear unas bases para la política obrera en torno a toda una serie de cuestiones decisivas: la necesidad de la acción política y el internacionalismo, el papel de los sindicatos y las cooperativas, los objetivos finales y medios del movimiento obrero... Se estableció que la acción política era ineludible; que la conquista del poder político era un medio necesario para la emancipación económica; que los sindicatos jugaban un papel decisivo, pero limitado —pues la mera lucha económica por mejores salarios y condiciones no puede alterar por sí misma los fundamentos del sistema, lo que requiere de la ya mencionada conquista del poder y la socialización de la producción—; que las cooperativas podrían cumplir un rol loable en la maduración de los trabajadores como clase, pero que se veían constreñidas por las reglas inexorables del capitalismo; que las luchas de liberación nacional frente a los opresores eran luchas progresistas que allanarían el terreno

para la revolución socialista y que la construcción de partidos obreros de masas en todos los países desarrollados era la gran tarea de la época.¹⁷

La Internacional formuló a menudo estas cuestiones de forma tan límpida que, en cierto sentido, algunos sus textos no han sido superados. Siguen siendo el sustrato sobre el que construir cualquier política obrera que merezca tal nombre. Pero entre el dicho y el hecho, ya se sabe, hay un trecho que la AIT no consiguió cruzar del todo. La línea política que los sucesivos Congresos fueron desarrollando, no sin baches ni compromisos, así como la racionalidad revolucionaria concreta que le subyacía, encontraron dos adversarios generales: el tradeunionismo, mayormente representado por los sindicalistas británicos, y diferentes formas de sectarismo y utopismo, representadas entre otros por los proudhonianos, pero ante todo por Bakunin y sus seguidores. Ambos, por diversos motivos, descreían del mensaje central de la AIT: la necesidad de la acción política de los trabajadores a nivel internacional. En el caso de los sindicalistas británicos existía una fuerte renuencia a la creación de un partido obrero independiente y revolucionario, pues seguían parcialmente presos de cierto credo liberal. Mayormente reformistas en la práctica, preferían limitarse a las luchas económicas en busca de mejores salarios y condiciones de trabajo, delegando la política a los sectores «progresistas» de la burguesía (el Partido Liberal) y olvidándose de grandes objetivos revolucionarios. Bakunin, por su parte, despreciaba igualmente la idea de la acción política independiente, pero por los motivos opuestos: una suerte de insurreccionalismo conspirativo que despreciaba la política y la participación electoral, denunciaba la conquista obrera del poder político como una forma de tiranía y cifraba todas sus esperanzas en un gran acontecimiento insurreccional espontáneo guiado por pequeñas sectas revolucionarias, que aboliría de inmediato «toda autoridad».

17. Ver Musto, Marcello [ed.]. *¡Trabajadores del mundo, uníos! Antología política de la Primera Internacional*, Bellaterra Ediciones, Barcelona, 2022.

1.4. Marxismo versus bakuninismo: primer asalto.

18. Para la crítica de algunos de estos casos, véase Macnair, Mike. «Bakuninist Hatchet Job», *Weekly Worker*, 2016.

Sobre la disputa entre Marx y Bakunin se han vertido ríos de tinta, algunos de ellos francamente deleznable. ¹⁸ Sus mejores versiones, sin embargo, contribuyen a que contemos con toda la información necesaria para ubicar la confrontación en sus justos términos. El primer problema a la hora de interpretar esta disputa proviene del engañoso vocabulario promovido por Bakunin y los suyos, donde los marxistas «autoritarios» se enfrentan a los «antiautoritarios» bakuninistas. Esto invita a imaginar a Marx como un dictadorzuelo, defensor a su vez de alguna forma de tiranía, y a Bakunin como un bondadoso, aunque quizás utópico, luchador por la libertad, la democracia o lo que se quiera. El problema se agrava cuando interpretamos la disputa desde los estándares del siglo XX, donde Marx aparecería como un equivalente de, pongamos, Brehznev, y Bakunin como epítome del opositor de izquierda.

Todo lo anterior no es más que una fórmula para la confusión. Desbrozarla requiere, para empezar, detallar la secuencia histórica. En la época de la fundación de la Internacional, Bakunin estaba ocupado con otras empresas más dudosas. Acababa, como quien dice, de llegar a Londres tras una trepidante huida del exilio siberiano que le había impuesto el gobierno zarista, en la cual pasó por Japón, diferentes puntos de EE. UU. y finalmente, de Liverpool a la capital británica. Por esas fechas creó una sociedad secreta de revolucionarios de su cuerda, la Fraternidad Internacional. En 1864 se reunió con Marx en Londres, donde este le pidió que se uniera a la recién creada AIT. Bakunin vio la opción con buenos ojos y llegó a prometer ayudar a la Internacional, pero en lo inmediato pasó a entregarse a otros proyectos. El principal sería la participación en la llamada Liga de la Paz y la Libertad, asociación creada por demócratas burgueses en Suiza en 1867. Bakunin, asentado en Suiza, participó del congreso fundacional, confiando en que él y sus conspiradores podrían acabar tomando el control de la Liga. Para entonces ya había elaborado, filtrando el cóctel de teorías y corrientes —hegelianismo de izquierda, nihilismo ruso, proudhonismo, etc.— que había ido mamando en su

larga trayectoria como aventurero de la revolución, algo así como una doctrina revolucionaria. Así, el Bakunin de mediados de los 60 creía en la necesidad de apostar todo por catalizar una insurrección obrera que aboliera de inmediato el «Estado centralizado» y con él «la autoridad» —fuentes principales de los problemas sociales, según su concepción—, dando lugar a una sociedad organizada de forma descentralizada y adecuada a los principios de la libertad, la igualdad y la justicia (esto era «la anarquía»). Frente a los intentos de imponer nada semejante a esta visión a la Liga por la Paz y la Libertad, la realidad fue tozuda. Aunque Bakunin demostró sus dotes para la intriga logrando ser elegido para el Comité Central, cuando llegó el Congreso de 1868 los demócratas burgueses siguieron siendo demócratas burgueses y rechazaron los intentos de Bakunin y los suyos por aprobar resoluciones «revolucionarias». Frustrados, Bakunin y sus seguidores encabezaron una escisión, formando la llamada Alianza Internacional de la Democracia Socialista. Por sí misma, la organización recién creada carecía de mayor entidad. Como señala E. H. Carr en su biografía del anarquista ruso, se trataba más bien de un *proxy* de Bakunin para unirse a la AIT con un estatus y capacidad de maniobra como el que consideraba merecer. De hecho, a la hora de dejar la Liga Bakunin ya estaba inscrito como miembro de la AIT, pero no quiso ejercer como tal hasta contar con mayor respaldo. En palabras de Carr, Bakunin:

Seguía sin tener intención alguna de ocupar su lugar en las filas de la Internacional en la humilde y discreta condición de un nuevo recluta. Entraría en escena como un general al frente de sus hombres.¹⁹

De ahí que el día que abandonó la Liga fuera el mismo en que creó la Alianza Internacional por la Democracia Socialista, concebida como sociedad secreta que tenía por objetivo instituirse en la dirección clandestina de la Internacional. En sus propias palabras, la propuesta que hizo a sus seguidores fue: «Unirse en masa a la Internacional, manteniendo al mismo tiempo el estrecho vínculo entre ellos y ampliando la Alianza [...] en forma de sociedad secreta».²⁰ Sin embargo, algunos de

19. Carr, E. H. *Bakunin*, Vintage Books, Londres, 1961, p. 345.

20. Bakunin, citado en *ibid.*, p. 346.

sus correligionarios no compartían la devoción de Bakunin por el secretismo, y forzaron que la Alianza tuviera entidad pública. Pronto esta desplazaría su sede a Ginebra y engordaría sus filas cooptando a una serie de miembros de la sección local de la AIT.

Lo relevante, en cualquier caso, es que *desde el principio* la intención de Bakunin no fue aceptar los principios y estatutos de la Internacional, uniéndose honestamente a ella como un miembro más, sino convertir —por medios conspirativos— la principal institución de la clase trabajadora europea en una herramienta para sus propios fines. La Alianza de Bakunin no tenía otro propósito que «convertirse en la aristocracia y el Estado Mayor»²¹ de la organización en la que pretendía integrarse. Cabe subrayar que Bakunin había reconocido la superioridad de las posiciones de la AIT, fundadas en el movimiento del proletariado, con respecto a las que él había mantenido durante mucho tiempo; aun así, no dejaba de creer que era necesario ir más allá, aspirando a calcar su nueva doctrina, y que solo esa nueva aristocracia dirigente podría empujar a la Internacional en esta dirección. Esto ayuda a aclarar el escenario de su posterior disputa con Marx, que de nuevo no puede reducirse a una disputa con un individuo, sino con el espíritu original de la AIT.

Y las disputas empezaron de inmediato. Bakunin y los suyos propusieron unirse a la AIT creando en su seno una organización internacional separada, con sus propios órganos directivos, resoluciones, etc. La respuesta del Consejo General, que debía aprobar la moción, no se hizo esperar: un rechazo categórico. En sus palabras:

La presencia de un segundo organismo internacional que operara dentro o fuera de la Asociación Internacional de Trabajadores sería el medio más seguro de desorganizar a esta última²².

22. Citado en *ibid.*, p. 352.

Al mismo tiempo, la Fraternidad Internacional creada por Bakunin unos años antes pasaría a disolverse, tras una reu-

nión en la que sus otros miembros denunciaron los métodos dictatoriales del revolucionario ruso. A este, sin embargo, no pareció importarle, pues seguía contando con la recién creada Alianza. Pronto un encuentro de la Internacional en Ginebra le daría la oportunidad de conocer a un militante de esta que se convertiría en su leal discípulo y servidor: el joven James Guillaume. Guillaume quedó prendado con la exuberante personalidad de Bakunin, con sus aires de aventurero y profeta, y pasó a verle como su jefe y maestro. En los años siguientes, Guillaume administraría las apariciones públicas del anarquista ruso, organizaría a sus seguidores, corregiría sus escritos y llevaría a cabo sus intrigas.

Poco después Bakunin, tras el fracaso de su primera intenciona, aceptaría la integración de la Alianza en la Internacional desde el respeto a sus estatutos, comunicándoselo por carta al Consejo General. La Alianza habría de unirse con el mismo estatus que cualquier otra sección local, acabar con su forma de organización separada, comprometerse con los principios generales de la AIT y presentar de forma transparente su número de militantes. A cambio, dispondría, al igual que el resto, de plena libertad para definir su programa y objetivos dentro de los límites de su coherencia con los propósitos generales de la Internacional. Fue el propio Marx quien redactó la resolución del Consejo en la que quedaba aceptada la propuesta de Bakunin. En los meses siguientes la Alianza se reestructuró internamente para cumplir con los requisitos de la Internacional y quedó integrada en la sección local de Ginebra, disolviendo el resto de agrupaciones y declarando una cifra de 104 militantes. El resultado satisfizo a Marx y Engels, que lo consideraron una victoria contra el secretismo y el espíritu sectario de Bakunin y los suyos, pero la realidad es que en el proceso Bakunin había logrado internarse en la Internacional con una posición de cierto poder. Como comenta lacónicamente Carr: «el caballo de madera había entrado en la ciudadela de Troya».²³

23. *Ibid.*, p. 360.

No deja de llamar la atención, en este sentido, como Bakunin era el más decidido exponente de algunas de las prácticas que el anarquismo contemporáneo trata —formalmente al

menos— como sus mayores demonios. Era, al fin y al cabo, una especie de «hipervanguardista», convencido de la necesidad de que una aristocracia (preferiblemente secreta) de revolucionarios pastoreara a las masas hacia sus objetivos. Para asegurar su dominio sobre las organizaciones de masas —su «dictadura invisible», en los términos de Bakunin—, esta aristocracia podría valerse de las tretas que fuera necesario. Este esquema nada tiene que ver con el proyecto marxista de constituir en partido a la vanguardia de los trabajadores, de los sectores de la clase conscientes de la necesidad de la toma proletaria del poder y la construcción del socialismo, como cabeza de un movimiento obrero independiente. He aquí una de las grandes ironías del asunto: en la disputa entre Marx y Bakunin era este último quien representaba el autoritarismo, el secretismo y el hipervanguardismo, esos males que ciertos anarquistas tan rápidamente asocian con el marxismo. La segunda de las ironías, por otro lado, es que a lo largo de la historia —y especialmente tras la segunda mitad del siglo XX— muchos grupos autopercebidos como marxistas adoptaron efectivamente la concepción bakuninista de la política, en un mal que sigue extendiéndose hasta hoy. Pues el rechazo de la acción política y la idea de una élite de revolucionarios, más o menos secreta, cuyo objetivo se circunscribe esencialmente a radicalizar los movimientos de masas, tratando de liderarlos, no deja de ser, en esencia, el modelo bakuninista al que Marx se enfrentó. Existe, claro, quien trata de defenderlo invocando el *¿Qué hacer?*, dando con ello una pátina leniniana a su credo bakuninista. Pero la farsa de la operación es evidente: el *¿Qué hacer?* no es más que un intento de construir un partido marxista bajo las condiciones de atroz autoritarismo de la Rusia de la época, y nada tiene que ver con el bakuninismo.²⁴

24. Ver Lih, Lars. *Lenin Redescubierto. El ¿Qué Hacer? en contexto*, Ediciones Extáticas, Madrid, 2023.

1.5. Éxitos y tensiones

Antes de que Bakunin y los suyos se integraran en ella, la Internacional ya había cosechado una serie de éxitos prácticos. En 1866 sus miembros dirigieron una enorme lucha obrera en

Gran Bretaña en favor de los derechos políticos. Como comentaría Marx:

Las movilizaciones de los obreros de Londres, maravillosas, si las comparamos con cualquier otra que hayamos visto en Londres desde 1849, son fruto del trabajo de la Internacional. Por ejemplo, Lucraft, el líder de la movilización en Trafalgar Square, es miembro de nuestro consejo. En un mitin de 20.000 personas en Trafalgar Square, Lucraft propuso una demostración en Whitehall Gardens, «donde una vez hicimos picadillo la cabeza de un rey», y poco después, una manifestación de 60.000 personas en Hyde Park, casi se convierte en insurrección.²⁵

25. Marx, citado en Novack, George. *La Primera Internacional (1864-1876)*, marxists.org, 1977.

Ante la presión popular, el gobierno liberal llevó al Parlamento una ley para expandir el sufragio. La ley fracasó, provocando la caída del gobierno, pero los trabajadores habían demostrado una fuerza imposible de ser ignorada. Aunque las clases dominantes británicas tenían pavor a la extensión del sufragio, y especialmente a un sufragio universal, pues consideraban que la clase obrera acabaría utilizándolos para abolir la Constitución liberal e imponer su dictadura, hubieron de conceder una reforma.²⁶ Solo un año después, el gobierno conservador extendería el derecho al sufragio en una reforma que otorgaría derecho al voto a buena parte de la clase trabajadora urbana y masculina.²⁷

26. Roper, Jon. *Democracy and its Critics. Anglo-American Democratic Thought in the Nineteenth Century*, Routledge, Londres, 1989.

27. Dardé, Carlos. «La democracia en Gran Bretaña. La reforma electoral de 1867-1868», *Ayer*, n.º 3, 1991, pp. 63-82.

Al mismo tiempo, la Internacional promovió la extensión de los sindicatos y dio respaldo a la ola de luchas económicas que se extendió por el continente tras la crisis de 1866. Allí donde explotaba una huelga, la Internacional ofrecía su apoyo y llamaba a los camaradas de otros países a extender su solidaridad con los huelguistas, haciendo que los capitalistas comenzaran a hablar de la Internacional como un ente demoníaco que movía secretamente los hilos de la rebelión obrera por el continente. Además, la promoción de la organización sindical llevada a cabo por la AIT fue ejecutada desde coordinadas revolucionarias, buscando el célebre tránsito desde la mera lucha económica a la lucha política, y la consiguiente integración del

trabajo sindical en los grandes objetivos emancipatorios de la clase obrera. En palabras de la AIT:

Conduciendo incesantemente una guerra de guerrillas en la lucha diaria entre el capital y el trabajo, los sindicatos llegarán a ser aún más importantes como palanca para la abolición organizada del trabajo asalariado. En el pasado, los sindicatos han concentrado sus actividades demasiado exclusivamente en la lucha inmediata contra el capital, pero en el futuro no se pueden mantener por fuera de la política general y del movimiento social de su clase. Su influencia será cada vez más fuerte y las grandes masas de trabajadores se darán cuenta de que su meta no es estrecha ni egoísta, sino que se propone lograr la emancipación de millones de oprimidos.²⁸

28. Citado en Novack, George. *La Primera Internacional...*

Mientras tanto, la Internacional seguía dando apoyo a las luchas por la liberación nacional, la destrucción del absolutismo y el fin de la esclavitud, entendidas todas ellas como pasos que acercaban la emancipación definitiva de la humanidad, esa cuya ejecución correspondía encabezar a la clase obrera. Entre 1864 y 1869 envió cuatro misivas a Estados Unidos, remarcando su apoyo entusiasta a la causa antiesclavista. La primera fue a Lincoln, la segunda a su sucesor, la cuarta a todo el pueblo trabajador norteamericano, felicitándole por su victoria contra la causa sureña, y la cuarta al sindicalista William Sylvis, denunciando los intentos de la clase dirigente europea de empujar a los EE. UU. a la guerra.

Toda la actividad de la Internacional representaba un impulso para los trabajadores conscientes europeos. La noción de unidad que proyectaba, la materialización de un proyecto político independiente e internacional de y para los trabajadores, sirvieron de acicate para el trabajo político y sindical a lo largo y ancho de Europa, en un contexto donde los trabajadores aún estaban comenzando el proceso de separación política, ideológica y organizativa con respecto a las fuerzas burguesas. El mensaje revolucionario de la Internacional comenzó a tomar cuerpo, por más que aún fuera frágil.

Todo esto no hubiera sido posible sin una confrontación permanente con el sectarismo y utopismo. En los primeros años de la Internacional (1864-68) el principal representante de este último fue el proudhoniano, contrario la acción política —la creación de partidos obreros—, al trabajo sindical y a las huelgas (a la lucha de clases, en definitiva), y defensor de una redistribución de la propiedad privada bajo el concepto de «mutualismo». Esta corriente sufrió una decisiva derrota en el Congreso de 1866, que se pronunció a favor de la lucha de clases, el trabajo sindical y la limitación de la jornada laboral. En el Congreso los proudhonianos denunciaron el trabajo femenino, expresaron su rechazo a las huelgas y los sindicatos, amén de su fe absoluta en las cooperativas como fundamento de un nuevo orden social, criticaron la demanda de una limitación legal de la jornada laboral y defendieron con vehemencia su propuesta de un crédito estatal gratuito orientado a sostener su utópico sistema de cooperativas.

Desde la ventaja que da el presente es fácil ver que las ideas de los proudhonianos eran absurdas. Pero estas ideas representaban una fuerza real en el movimiento obrero de la época y encarnan una tendencia que en absoluto ha desaparecido del todo, por más que se haya distanciado de la clase obrera: aquella que reniega del trabajo político y sindical y prefiere centrarse en la construcción de pequeños proyectos «en los márgenes» en los que presuntamente laten ya los principios de una sociedad emancipada. La lección aquí es doble: el movimiento obrero pudo despegar porque derrotó esas ideas, por un lado; por otro, pudo despegar porque las derrotó desde dentro, por así decirlo, en la medida en que eran parte del acervo ideológico del movimiento realmente existente.

El Congreso de Lausana de 1867, por su parte, ofreció a los proudhonianos ciertas victorias. Vino precedido, eso sí, por varios éxitos prácticos, como la victoria de los obreros del bronce en París, a quienes la patronal quería obligar a abandonar la mutua obrera que habían creado (las mutuas obreras, cabe recordar, funcionaban como una especie de «Seguridad Social Proletaria», recibiendo ingresos de los trabajadores para

hacerse cargo de riesgos como las enfermedades, la viudedad, los entierros, etc.). Los obreros se negaron categóricamente, y la Internacional creó una campaña de solidaridad que incluyó transferencias económicas por parte de los Trades Unions ingleses. La patronal acabó cediendo y la mutua de los obreros parisienses experimentó un aumento exponencial de los obreros afiliados.

Como consecuencia de ello, así como del peso de los proudhonianos en el Congreso, algunas de sus resoluciones tenían abiertos dejes «mutualistas».²⁹ Tendían, en suma, a sobrestimar el peso de esta clase de iniciativas, aunque sin seguir a los proudhonianos hasta el punto de considerarlas la base de la nueva sociedad y el centro necesario de la actividad de los trabajadores.

El Congreso recogió otros puntos que sí se alineaban netamente con el pensamiento del «partido de Marx». En lo respectivo a los derechos políticos, sentenció que «la emancipación social de los trabajadores es inseparable de su emancipación política» y que «el establecimiento de libertades políticas es una medida parcial de absoluta necesidad». También recogió, por ejemplo, la necesidad de abolir los ejércitos permanentes, baluarte del militarismo.

Otras de las tesis aprobadas mostraban claramente los complejos equilibrios internos de la AIT. Así, en las resoluciones sobre la guerra se afirmaba que «para llegar a suprimir la guerra no basta licenciar los ejércitos, sino que hace falta modificar la organización social», fórmula coherente con la perspectiva revolucionaria que sin embargo se rebajaba inmediatamente añadiendo el difuso corolario «modificar la organización social en el sentido de establecer un reparto cada vez más equitativo de la producción». El mismo tipo de tibieza estaba presente en las resoluciones sobre el Estado, que se movían dentro de un republicanismo demasiado genérico como para aclarar realmente la cuestión.

29. Sobre la doctrina de Proudhon y las críticas de Marx, véase Draper, Hal. *Marx's Theory of Revolution. Volume 4: Critique of Other Socialisms*, Monthly Review Press, Nueva York, 1990, pp. 107-129; y Roberts, William C. *Marx's Inferno: the Political Theory of Capital*, Princeton University Press, Princeton, 2017.

El Congreso de Bruselas de 1868, por el contrario, fue un triunfo para los partidarios de la lucha de clases. Los «marxistas» contaban con los sindicalistas británicos como aliados, parciales al menos, en su lucha contra el mutualismo sobre la cuestión de la lucha sindical. Pero, ante todo, fue la propia experiencia de la lucha de clases lo que dejó a los proudhonianos en minoría. Como hemos señalado anteriormente, Marx siempre había dado por hecho que el desarrollo de la lucha de clases —la famosa «práctica como criterio de verdad»— acabaría siendo el correctivo más eficaz frente a todo doctrinarismo. Quizás no una vacuna infalible, puesto que presuponer que la adecuación entre la experiencia práctica y la recepción consciente de esa experiencia se dará de forma inmediata o automática puede ser ingenuo. Pero en el largo plazo, confiaba Marx, la verdad acabaría imponiéndose, por motivos similares —continuando con la metáfora anterior— a los que explican por qué un albañil, si realmente quiere construir una casa, tendrá importantes incentivos para abandonar aquellas ideas y planes que se muestran incompatibles con el proyecto, absurdamente costosos, etc. Así, el éxito de numerosas huelgas y procesos de lucha en el continente, el repunte de la organización sindical y la eficacia de las campañas de solidaridad gestadas por la Internacional convencieron a la mayoría de sus miembros de abandonar los ajados dogmas proudhonianos. De hecho, estos mismos acabaron teniendo que aceptar la legitimidad de las huelgas, aunque insistiendo, según los dogmas económicos de Proudhon, en su carácter «deplorable» desde el punto de vista económico.³⁰

Por todo ello, el Congreso de Bruselas introdujo una serie de importantes avances. En primer lugar, los acalorados debates en relación con la propiedad, donde las posturas socializantes habían de enfrentarse a la defensa de la propiedad privada por parte de los proudhonianos, se saldaron con la victoria de los partidarios de la socialización. La perspectiva socialista, aún formulada en términos mejorables (a fin de alcanzar compromisos) establecía así su dominio práctico en la Internacional. En segundo lugar, el Congreso reafirmó y clarificó su compromiso con las huelgas como medio de lucha irrenunciable, acla-

30. Congreso de Bruselas de la Primera Internacional-Asociación Internacional de Trabajadores (AIT) *Extractos de actas y resoluciones Celebrado en Bruselas del 6 al 13 de septiembre de 1868*, Grupo Germinal, p. 1.

31. *Ibid.*

rando que, si bien las huelgas «no son un medio para emancipar completamente al trabajador»,³¹ su necesidad se derivaba directamente del conflicto entre capital y trabajo.

1.6. Marxismo versus bakuninismo: segundo asalto.

El siguiente Congreso, celebrado en Basilea en 1869, ya estaría marcado por la integración de Bakunin y sus aliados, que habían comenzado una veloz campaña de proselitismo para generar nuevas secciones locales afines a sus ideas —especialmente en los países latinos, donde el proletariado era aún más inmaduro políticamente—. Así, el Congreso de Basilea fue el primer escenario de la disputa entre comunistas y partidarios de Bakunin en torno a las cuestiones más variadas, logrando este último imponer algunos aspectos de su doctrina. Los puntos particulares de conflicto se ramificaban a todos los niveles de acuerdo con la incompatibilidad de fondo, llegando por ejemplo al rechazo de Bakunin a dar apoyo a los presos políticos irlandeses, opción defendida por Marx.³²

32. Ver Marx, Karl. *Confidential Communication on Bakunin*, marxists.org, 1870; y *The English Government and the Fenian Prisoners*, marxists.org, 1870.

Lo que estaba en juego, empero, iba mucho más allá de cada conflicto particular. Era, por el contrario, si la Internacional descarrilaría para convertirse en una herramienta para la promoción y difusión de los dogmas de Bakunin, o si avanzaría en su programa original. Esta era la guerra interna que comenzaba a gestarse en el seno de la Internacional, mientras Europa se veía abocada a otra guerra, la franco-prusiana, que impediría a la AIT celebrar un congreso en 1870.

Pero el fin de la guerra trajo consigo el que sería el episodio más avanzado de la lucha obrera en el siglo XIX, y a su vez el punto más alto en la historia de la Primera Internacional: la Comuna de París. La Comuna, primer gobierno obrero de la historia, tuvo una existencia heroica y breve, así como un fin trágico: fue bañada en sangre por las tropas francesas. La clase obrera de París había demostrado qué significaba la conquista del poder político por parte del proletariado, destruyendo el

viejo aparato burocrático-militar para instituir una serie de instituciones subordinadas a la voluntad de las masas proletarias; logrando, en definitiva, según la expresión de Engels «hacer saltar el viejo poder estatal y sustituirlo por otro nuevo y realmente democrático».³³ Pero fue también incapaz de mantener el poder, extenderse eficazmente más allá de la capital o utilizarlo con la resolución necesaria. Reveló, por ello, tanto la fuerza como la debilidad e inmadurez del movimiento obrero de la época. La Comuna era un acertijo por descifrar, un dilema que requería solución. ¿Qué había demostrado? ¿Qué había fallado? ¿Qué tareas legaba al movimiento obrero? Estas preguntas interpelaban directamente al principal organismo capaz de darles respuesta: la Internacional, para quien la Comuna era parte de su propia experiencia. Buena parte de sus líderes eran militantes de la AIT, y el mismo impulso que la trajo al mundo sería difícil de explicar sin la propagación del mensaje revolucionario llevado a cabo por esta. Al mismo tiempo, la estructura de la AIT se volcó con la Comuna, y algunas de sus secciones locales —como el SDAP alemán— vieron a sus líderes —August Bebel y Wilhem Liebknecht, para más señas— juzgados por alta traición por oponerse a la guerra reaccionaria entre Prusia y Francia y dar apoyo a la revolución parisina en el mismísimo parlamento.³⁴

Los grandes episodios, a su vez, son siempre escenarios para las rupturas. Todas las diferencias que han ido larvándose en el tiempo, todas las tensiones que han ido acumulándose, tienden a explotar en los momentos decisivos, cuando los antagonismos acaban expresándose en toda su crudeza. Por eso la Comuna fue también el principio del fin de la Internacional, cuyas tensiones internas se revelaron como incompatibilidades.

El «centro» marxiano de la Internacional, que reunía a los partidarios de la acción política independiente de la clase obrera, vio en la experiencia de la Comuna un llamado a avanzar más decididamente en sus posturas, aquellas que habían quedado cristalizadas en el Manifiesto inaugural de la AIT. Fue el propio Consejo General quien encargó a Marx la redacción de *La guerra civil en Francia*, que puede considerarse el análisis

33. Ver Engels, Friedrich. «Introducción de Federico Engels de 1891», en Marx, Karl. *La guerra civil en Francia*, Fundación Federico Engels, Madrid, 2003, p. 21.

34. Merece la pena revisar el memorable discurso de defensa de Liebknecht, Wilhem. *A Soldier of the Revolution*, marxists.org, 1872.

oficial que la dirección de la AIT elaboró sobre la Comuna. Su argumento puede resumirse en dos tesis complementarias: 1) La fortaleza de la Comuna reside en haber demostrado en la práctica en qué consiste la conquista del poder político por parte del proletariado, su *dictadura*, destruyendo el aparato burocrático-militar de la burguesía para sustituirlo por una nueva forma de Estado subordinada a la voluntad de las masas obreras; 2) la debilidad de la Comuna era la debilidad *política* del proletariado, aún incapaz de extender la revolución por Europa, convirtiendo las tomas de poder locales en una toma de poder internacional, y de usar la autoridad gubernamental con claridad y decisión, acorde a la inmadurez de sus organizaciones partidarias.

En consecuencia, los partidarios de Marx abogaron por que la Internacional avanzara en constituirse en partido de la clase obrera, honrando aquellos estatutos que establecían la conquista del poder como la más acuciante de sus tareas. No obstante, la Internacional carecía de la madurez como para dar este paso adelante sin romperse por el camino. Como ya hemos señalado, los sindicalistas británicos eran renuentes, a la vista de sus tendencias reformistas —de hecho, buscaron distanciarse cautelosamente del ejemplo de la Comuna—; los anarquistas eran enemigos declarados.

Este conflicto entre comunistas y anarquistas se desplegó largamente en torno al concepto de «autoridad». Bakunin había convertido el rechazo a la autoridad en un fetiche, abogando por la abolición *inmediata* del Estado. Esto se trasladaba en un rechazo a la acción política, la creación de partidos que pudieran preparar a la clase obrera para la toma y el ejercicio del poder por medio de una labor paciente que incluyera el trabajo electoral. En el fracaso de la Comuna, Bakunin y los suyos veían un *exceso* de autoridad.

El dilema, por lo tanto, era en qué dirección debía desarrollarse el movimiento obrero. Los marxistas abogaban por enfrentar el nuevo escenario construyendo las herramientas que consideraban necesarias para convertir el fracaso de la

Comuna en una victoria futura: más organización y claridad estratégica, partidos obreros unidos en un partido internacional, orientados a educar y unir políticamente a la clase obrera en torno a un programa revolucionario, convertirse en centros de autoridad alternativos al Estado capitalista y acumular fuerzas hasta poder disputarle el poder, instaurar la dictadura del proletariado —su dominio político sobre las demás clases— y comenzar la construcción del socialismo. Desde esta perspectiva, resultaba imperioso convertir la Internacional en el partido centralizado de los trabajadores europeos.

Los bakuninistas, por el contrario, comenzaron a denunciar el centralismo de la propia Internacional, condenaron la idea de la «dictadura del proletariado» y defendieron un modelo en el cual una red de revolucionarios se dedicaría a impulsar revoluciones espontáneas que abolirían inmediatamente el Estado y descentralizarían federalmente el poder. La acción política, y por ello los partidos, debía ser rechazada en pro de una fijación exclusiva con la acción directa: huelgas y confrontaciones de todo tipo que los revolucionarios debían ser capaces de empujar hasta convertirlas en insurrecciones.

Esta lucha entre líneas era también la lucha entre diferentes grados de madurez dentro del movimiento obrero, así como las diferencias entre sectores del mismo. El «partido de Marx» representaba mejor a los sectores más organizados, disciplinados y educados políticamente. Este sector era proclive a la paciencia estratégica, la lenta tarea de acumulación de fuerzas y la comprensión de las diferentes fases del proceso revolucionario con base no en la voluntad de uno u otro autor, sino en las características de la realidad misma. Los bakuninistas, en cambio, casaban mejor con los sectores menos desarrollados del proletariado, más dados al espontaneísmo, las erupciones súbitas de violencia y una concepción escatológica de la revolución como la eliminación inmediata de todos los grandes males.³⁵

Así, la cuestión de fondo era si el movimiento obrero avanzaría en el camino que la realidad misma imponía o se dejaría

35. Ver Dickmann, Enrique. *Marx y Bakunin. La Primera Internacional 1864-1873, Lecciones del Pasado*, Buenos Aires, 1922.

arrastrar por esquemas fantasiosos. Es importante, en este sentido, no falsear el debate entre «marxistas» y «bakuninistas» presentándolo como la disyuntiva entre dos opciones igualmente viables, donde la elección entre una u otra dependería de simples preferencias. La historia ha demostrado sobradamente lo que la teoría ya podía dictaminar: el esquema de Bakunin no se ajusta a la realidad. Los problemas que los marxistas abordan —la acción política, la dictadura del proletariado, etc.— no son «opciones» derivadas de una doctrina individual, sino necesidades impuestas por las propias características de la realidad en la que se desenvuelve la lucha. Puede discutirse largamente sobre la forma en que los marxistas han dado respuesta a estas necesidades en la práctica, o sobre el modo en que han ido cambiando (y, diría, en muchos casos, distorsionando) el modo de abordar los mismos. Pero seguir dudando de su necesidad es simplemente cegarse ante la evidencia.

Empecemos, por ejemplo, con la cuestión de la «autoridad». ¿Puede acaso dudarse de que la «autoridad», en el sentido de la capacidad de imponer una voluntad sobre otras, es un elemento ineliminable de todo proceso revolucionario, así como de la forma misma de las fuerzas productivas modernas?³⁶ ¿Puede, por otro lado, equiparse la autoridad colectiva del proletariado, la autoridad de los delegados elegidos por el mismo, con la autoridad despótica del monarca, el general o el patrón? ¿Es lo mismo, asumiendo que los barcos necesitan de un capitán, uno electo que uno impuesto por ser el hijo del dueño de una naviera?

Como señala Hal Draper, las biensonantes denuncias bakuninistas de la «autoridad» esconden un trasfondo más escabroso.³⁷ Pues cuando Bakunin y los suyos denunciaban «toda autoridad» denunciaban la imposición de *cualquier forma de autoridad política*, incluida la autoridad democrática de los trabajadores (y sus organizaciones), *sobre la suya propia*. Aquí también entra, claro está, la autoridad de la mayoría de la Internacional, que no estaban dispuestos a respetar a menos que se atuviese a sus posturas. Del mismo modo, cuando llamaban

36. Ver Engels, Friedrich. *Sobre la autoridad*, marxists.org, 1870.

37. Ver Draper, Hal. *Marx's Theory of Revolution. Volume 4...*, pp. 130-75. Ver también Pérez, Ani. «Los afueras ilusorios de la educación libertaria», *Teoría de la Educación*, vol. 36, n.º 1, 2024, pp. 53-71; *Las falsas alternativas*. Pedagogía libertaria y nueva educación, Virus, Barcelona, 2023; y «La educación alternativa es una falsa alternativa», *Teoría de la Educación*, vol. 35, n.º 2, 2023, pp. 21-35; Aguiriano, Mario. «Huidas a ninguna parte. Para una crítica marxista de la ideología de la huida», *Res Publica. Revista de Historia de las Ideas Políticas*, vol. 26, n.º 2, 2023, pp. 233-49.

a «abolir el Estado» pedían también la abolición inmediata de las formas de Estado transitorias que el proletariado pudiera construir para ejercer su dictadura.

Draper desarrolla este argumento mostrando las premisas reales de la propuesta de Bakunin. La idea de una abolición inmediata de la autoridad no funciona a menos que se postule algo así como una naturaleza humana perdida, espontáneamente cooperativa y armoniosa, que emergería de inmediato en cuanto el viejo Estado fuera abolido. Los humanos, desde esta perspectiva, serían algo así como las hormigas, que no necesitan ningún marco institucional concreto para dirimir los conflictos entre voluntades enfrentadas, imponer los acuerdos colectivos, etc.

Es probable que la mayoría de los anarquistas renieguen de este argumento. Es obvio, al fin y al cabo, que no existe tal «naturaleza perdida», y que el proceso de transformación social (e incluso antropológica) requerido para transitar hacia una sociedad comunista es inevitablemente largo y complejo. El problema, sin embargo, es que el proyecto anarquista *necesita*, quiera o no, de un presupuesto como este para justificar su fijación con la abolición inmediata de la autoridad. Y si abandona este principio, el resto del edificio se desmorona. No habría ningún motivo para condenar por principio, valga la redundancia, la dictadura del proletariado o la acción política. Tampoco se mantendría el compromiso cerrado con la descentralización, pues al menos ciertos niveles de centralismo –un término abusado, por cierto, pues el centralismo marxista original planteaba amplios niveles de autogobierno para las comunas locales– son necesarios para preservar el poder político de los trabajadores y ejecutar adecuadamente la planificación a gran escala requerida por la transición al socialismo. Al mismo tiempo, caería la premisa del Estado como principal corruptor y fuente de todo mal. El Estado seguiría siendo algo a superar en la sociedad comunista, y solamente aceptable en la medida en que su aparato es dominado por el proletariado, y el Estado burgués seguiría siendo, claro está, una fuerza hostil, pero no cabría condenar por principio el parlamentarismo revolucio-

nario —al menos en la medida en que se juzgue inevitable para alcanzar los objetivos anteriores—. Esto se vería reforzado por el hecho de que la defensa de la acción política, que incluía la táctica electoral, se sigue de suyo una vez se elimina tanto la premisa del Estado como fuente de todo mal como su corolario: la defensa de la revolución inmediata como única vía de acción aceptable. Lo anterior obliga a aceptar la necesidad de prepararse *políticamente* para la revolución, y no solo por medio de sindicatos, cooperativas, etc., abandonando la idea de que toda acción política sería «reformista».

Creo que no suele insistirse lo suficiente en la centralidad que la cuestión de la participación electoral tuvo en la disputa entre «el partido de Marx» y los bakuninistas. Es cierto que Marx y los suyos no defendieron la participación electoral como táctica que hubiera de imponerse en cualquier periodo —lo que sería claramente dogmático—. Sin embargo, tampoco es cierto que sus argumentos —ni los de Lenin en el libro sobre el izquierdismo— puedan restringirse exclusivamente a su tiempo y lugar o esquivarse con ligereza.³⁸ En ambos casos, la tesis viene a ser la siguiente: la participación electoral permite extender la conciencia de clase en la medida en que ofrece a los obreros la posibilidad de dar su apoyo a una fuerza que representa sus intereses, denuncia y combate a los partidos burgueses, así como al Estado capitalista, y defiende a viva voz su programa de emancipación. Confrontar a los burgueses en el terreno que estos presentan como el espacio privilegiado de la política ayuda a que el socialismo sea percibido por el amplio público como un proyecto distintivo y diferenciado, separado de y opuesto a los partidos burgueses, acabando al mismo tiempo con el chantaje que impele a los trabajadores a dar su apoyo a un partido burgués u otro. Al mismo tiempo, la denuncia de las instituciones burguesas desde dentro, y el socavamiento igualmente interno de la ilusión de que la política transcurre esencialmente en el interior del parlamento (en lugar de en el plano general de la lucha de clases), se presenta como más efectivo que una política de boicot externo. Nótese que ninguno de estos argumentos requiere poder definir a los parlamentos burgueses como instituciones «progresistas», ni

38. Para un análisis general de esta cuestión, véase Nimtz, August. *The Ballots, the Streets, or Both. Lenin's Electoral Strategy from 1905 to the October Revolution*, Haymarket, Chicago, 2014; y Conrad, Jack. *En territorio enemigo. Los comunistas frente al parlamento*, Ediciones Ex-táticas, Madrid, 2026.

restringe su validez a un periodo determinado de desarrollo del Estado capitalista. Esto no significa que sean válidos para todo tiempo y lugar, sino que su validez no puede restringirse a su contexto inmediato, y que invalidarlos requiere de una considerable carga de prueba. No basta, por ejemplo, con argumentar que el parlamento burgués corrompe inevitablemente, o que participar en las elecciones lo legitima por necesidad: esos eran los argumentos *de los anarquistas*, que el marxismo rechazaba por su fatalismo doctrinario. Pues es obvio que el aumento del apoyo electoral de un partido revolucionario no legitima por norma el orden que combate, sino más bien lo contrario; y que el parlamento burgués es por supuesto una fuerza corruptora, pero no una que corrompa inevitablemente, como demuestra el propio ejemplo bolchevique (que eligió participar en la impotente y reaccionaria Duma zarista, uno de los «parlamentos» más falsos y degenerados que pudieran imaginarse). De ahí que ninguno de estos puntos sea, por sí mismo, un argumento contra el parlamentarismo revolucionario propuesto por los marxistas; diferenciado por principio del «puro parlamentarismo» que practican hoy los partidos poscomunistas; consciente de la necesidad de superar la forma burguesa del Estado y de la imposibilidad de destruir el capitalismo por medio de reformas, etc. El abstencionismo *de principio* propugnado hoy por muchos grupos comunistas no deja de ser, en ese sentido, una variante del bakuninismo.

Podemos con ello retomar la secuencia histórica: la fatal acusación de «autoritarismo» dirigida por los bakuninistas contra el sector marxista de la Internacional consistía en ¡querer llevar a la práctica lo expuesto en el manifiesto inaugural de la propia Internacional! Ese que, recordemos, hablaba de la conquista del poder político como la principal de las tareas del movimiento obrero. Los presuntos «antiautoritarios», por su parte, eran quienes aspiraban a constituirse como aristocracia interna de la Internacional. Curiosa ironía. Nada de esto quita, por otro lado, que también Marx y los suyos se valieran, en la lucha contra Bakunin, de intrigas varias, que también participaran de la sucesión de difamaciones e hipérboles, o que Marx tuviera un carácter tempestuoso, facilidad para el insulto y,

39. Ver Mehring, Franz. *Karl Marx: the Story of his Life*, marxists.org, 1918.

de vez en cuando, maneras de elefante en chatarrería.³⁹ Pero el trasfondo *político* de la cuestión no deja de ser el que he mencionado.

1.7. El ocaso de la Internacional

Una vez más, el Congreso de Londres de 1871 no estaba para estas sutilezas. En él, los marxistas lograron una victoria pírrica: sus posiciones salieron triunfantes, pero las costuras internas de la Internacional no resistieron el embate. Así, la Internacional aprobó incluir en sus estatutos el siguiente apartado:

En su lucha contra el poder unido de las clases poseedoras, el proletariado no puede actuar como clase más que constituyéndose él mismo en partido político distinto y opuesto a todos los antiguos partidos políticos creados por las clases poseedoras. Esta constitución del proletariado en partido político es indispensable para asegurar el triunfo de la Revolución social y de su fin supremo: la abolición de clases. La coalición de las fuerzas de la clase obrera, lograda ya por la lucha económica debe servirle asimismo de palanca en su lucha contra el Poder político de sus explotadores.

Puesto que los señores de la tierra y del capital se sirven siempre de sus privilegios políticos para defender y perpetuar sus monopolios económicos y para sojuzgar al trabajo, la conquista del Poder político se ha convertido en el gran deber del proletariado.

Existía, sin embargo, un desfase entre las necesidades políticas del movimiento obrero, que el apartado citado recogía correctamente, y lo que las diferentes familias que componían la Internacional estaban dispuestas a llevar a cabo. Cuanto más avanzaba la Internacional en ajustarse al papel de partido de la clase obrera, más renuentes eran los sindicalistas ingleses a aceptar sus postulados. Unir las luchas de los obreros en busca de mejoras parciales era una cosa, pensaban; formar un partido revolucionario, otra muy distinta. Por otro lado, las objeciones de los anarquistas escalaron hasta el punto de hacer inevitable la escisión.

Llegados a este escenario, el centro marxista veía agotarse su capacidad para hacer avanzar la Internacional utilizando en cada caso a uno de sus extremos (derechista e izquierdista) para contrarrestar al otro. El liderazgo efectivo que los marxistas habían mantenido en la Internacional no podía sobrevivir sin esta capacidad, donde el apoyo del ala derecha, sindicalista, se utilizaba para defender métodos de la lucha de clases como la huelga o el trabajo sindical, y el apoyo del ala izquierda se utilizaba para avanzar en las posturas socializantes frente a unos sindicalistas cuyo «socialismo» era, en el mejor de los casos, moderado y owenista. El problema, en este caso, es que ni unos ni otros estaban realmente dispuestos a avanzar realmente en el proceso de constituir la Internacional en Partido. Como señala Stekloff:

Quando ya no fue posible para los comunistas enfren-
tar entre sí a los anarquistas y a los moderados,
y cuando cada uno de estos grupos quiso seguir
su propio camino [...], el destino de la Primera In-
ternacional quedó sellado, pues los anarquistas se
separaron de ella, por un lado, y los moderados o
colaboracionistas de clase, por otro.⁴⁰

40. Stekloff, G. M. *His-
tory of the First International*,
marxists.org., 1928.

El mérito de los marxistas había residido en la capacidad para conducir la Internacional en una línea político-revolucionaria, que esta contribuyó enormemente a popularizar, mientras lograba avances concretos por medio de esta clase de operaciones, realizando concesiones parciales, pero no de principio. De nuevo, Stekloff:

Si analizamos la historia de la Primera Internacional
en su conjunto, veremos claramente que el tono lo
marcó el grupo marxista y que fueron los marxistas
quienes imprimieron a la organización una persis-
tente orientación comunista.⁴¹

41. *Ibid.*

No obstante, la AIT demostró no estar preparada para dar el salto definitivo del dicho al hecho, y acabó derribándose bajo su propio peso. A esto hay que añadirle el contexto intensamente represivo que se abrió en Europa tras la derrota de la Comuna de París, sangrientamente sofocada, de la cual se consideró a

la Internacional como principal instigadora. El creciente acoso policial y mediático sobre la organización en particular y el movimiento obrero europeo en general contribuyeron a imposibilitar el avance de la Internacional, enquistando aún más sus problemas. A nivel histórico, se daba así una tormenta perfecta: un gran avance que aun así terminó en derrota, como fue la Comuna, y un periodo posterior de reacción que contenía el avance de la lucha de clases. Era el escenario idóneo para que todo estallara.

El principal foco de tensión, aquel que enfrentaba a comunistas y anarquistas, no era ya conciliable. Antes incluso del Congreso de La Haya de 1872 podía decirse que la AIT estaba herida de muerte. En este Congreso los marxistas lograron la expulsión de los dos principales dirigentes anarquistas, Bakunin y Guillaume, acusados de utilizar la Alianza como entidad secreta orientada a controlar la AIT (cosa que era cierta). Junto a ellos se escindió el sector anarquista, que fundó una efímera «Internacional antiautoritaria» en la que se establecía como primer deber del proletariado «la destrucción de todo poder político». Al mismo tiempo, los marxistas consideraron que el ambiente político europeo se había vuelto demasiado tóxico —enredado en intrigas, batallas sectarias, y enfrentamientos cerriles entre bandos— como para que la Internacional pudiera progresar allí, y prefirieron trasladar su sede a Nueva York —donde no vivía ninguno de sus principales cuadros— antes que arriesgarse a que la AIT cayera en manos del sectarismo. Con ello se deshacía la estructura operativa europea que había sido el núcleo de la Internacional, quedando así sellado su fin. El Congreso tuvo tiempo para aprobar importantes resoluciones sobre cuestiones como el compromiso con la jornada de 8 horas, pero la AIT ya había agotado su existencia. Viviría, con pena y sin mayor gloria, cuatro años más en EE. UU., hasta disolverse oficialmente en 1876.

Su legado, empero, tiene alcance universal. La Internacional hizo más que ningún movimiento anterior por promover la idea de que la unidad internacional de la clase obrera era ineludible, desarrolló y popularizó el programa revolucionario y sirvió para plantar la semilla de la necesidad de la acción política proletaria.

2. La Segunda Internacional

El principal logro práctico de la Primera Internacional fue haber impulsado la creación de partidos obreros inspirados en sus ideales en diferentes puntos del continente europeo. Estos partidos comenzaron a desarrollarse con auténtica fuerza tras el ocaso de la AIT, y lo hicieron basándose en los planteamientos políticos esbozados por esta. El sectarismo y el reformismo fueron crecientemente marginados, y los elementos políticos centrales elaborados por la AIT, se convirtieron, conforme la propia experiencia de la lucha de clases, en «plan común de acción» del movimiento obrero.⁴² La ausencia de una organización obrera internacional no implicó, por lo tanto, el eclipse del internacionalismo, sino su continuación por otros medios, que fueron evolucionando lentamente, en función del tamaño de los retos que afrontaban, hasta constituir una nueva internacional en 1889.

Si el fin de la Primera Internacional pertenece el ámbito del drama, el de la Segunda se encuadra dentro del de la tragedia. Su ignominioso final, así como la compleja y a menudo turbulenta historia posterior de las organizaciones que tenían en ella su matriz, han marcado la reputación de la Segunda Internacional, habitualmente despreciada por los comunistas por su ocaso contrarrevolucionario e ignorada por los socialdemócratas por sus orígenes revolucionarios. Las escasas excepciones a esta regla a partir de los años 30 —como las del «comunismo oficial» en la RDA, deseoso de arrebatar a la socialdemocracia atlantista del Oeste el legado del socialismo clásico alemán⁴³— no tuvieron demasiado recorrido más allá de sus fronteras.⁴⁴

Con todo, la Segunda Internacional representa un episodio decisivo en el desarrollo del movimiento obrero por motivos que trascienden con mucho su captura final por el oportunismo. Como señala Mike Taber:

Este movimiento reunió a la mayor parte de la clase obrera organizada del mundo bajo la bandera de la revolución socialista, y fue considerado por los ca-

42. Engels, Friedrich. *Los obreros europeos en 1877*, marxists.org, 1877.

43. Este proyecto produjo mucha literatura de calidad sobre la historia del socialismo clásico alemán y la relación de Marx y Engels con el mismo, toda ella legible para quienes, como yo, no saben alemán gracias al avance de los traductores automáticos. Véase, entre otros, Institut für Marxismus-Leninismus beim Zentralkomitee der SED, *Geschichte der deutschen Arbeiterbewegung. Band 1: Von den Anfängen bis zum Ausgang des 19. Jahrhunderts*, Dietz Verlag, Berlín, 1966; Gal-kin, S. *Aus der Geschichte des Kampfes von Marx und Engels für die proletarische Partei*, Dietz Verlag, Berlín, 1961; Herrman, Ursula y Emmrich, Volker. *August Bebel. Eine Biographie*, Dietz Verlag, Berlín, 1989.

44. Entre mediados de la década de los 20 y comienzos de los 30 el «comunismo oficial» consumó una revisión radical de cómo había visto hasta entonces el pasado. Los ecos de esta nueva y revisada versión oficial llegan hasta hoy. Ver Lih, Lars. «Airbrushing Out Revolutionary Social Democracy: Lenin, Stalin, and Potresov on the Second International», *Rethinking Marxism*, vol. 35, n.º 4, 2023, pp. 447-66. Para constatar esta revisión basta contrastar las visiones expuestas en los tres primeros volúmenes de las obras completas de Stalin con las esbozadas, especialmente, a partir del volumen seis.

45. Taber, Mike. *The Second International's Conflict Legacy*, Monthly Review Press, 2022.

pitalistas de todo el mundo como una amenaza para su existencia.⁴⁵

La Segunda Internacional suponía un estadio de mayor madurez del movimiento obrero que la primera, teniendo su espina dorsal en partidos obreros socialistas. Fue la Segunda Internacional la que asentó dentro del movimiento obrero aquellos conceptos que la Primera había comenzado a popularizar: la necesidad del partido y la acción política internacional, la necesidad de la conquista del poder político y la necesidad del socialismo. A ella le debemos la hegemonización de la estrategia marxista en su sentido más general: esto es, la idea de desarrollar un movimiento obrero independiente encabezado por un partido revolucionario, orientado a la conquista del poder y a la construcción del socialismo. Su función original, en ese sentido, era «extender la palabra», tratando de hacer el marxismo hegemónico dentro del creciente movimiento obrero. La ola revolucionaria que recorrió Europa en 1917-1921, y la revolución de Octubre que fue su más alta expresión, no habrían sido posibles sin el trabajo histórico de la Internacional creada en 1889 que, durante décadas, antes de colapsar vergonzosamente, había educado con mayor o menor acierto al proletariado en estos objetivos. De nuevo, Taber:

Al leer todas las resoluciones aprobadas por los congresos de la Segunda Internacional entre 1889 y 1912, hay una conclusión ineludible: estos documentos se regían, en su conjunto, por el marxismo.

La pregunta, por supuesto, es: ¿qué salió mal? El problema, sin embargo, es que la fijación exclusiva con esta pregunta a menudo ha oscurecido la que debería ser su complemento: ¿qué salió bien? ¿Cuáles son las lecciones positivas de la Segunda Internacional? El resultado es, por supuesto, inevitablemente empobrecedor. Sustituye la necesaria unidad de *continuidad y ruptura* con la que deberíamos relacionarnos con esta experiencia —como hizo el bolchevismo de la época— por un énfasis unilateral en la ruptura. Solo que, claro, como tampoco hay nada nuevo bajo el sol, este énfasis exclusivo en la ruptura acaba impulsando a abrazar... versiones inconscientes

de aquellas corrientes que la Segunda Internacional había logrado marginar: blanquismo, bakuninismo, etc.

Pero empecemos por el principio. Entre la Segunda y la Primera Internacional se dan varios cambios de calado en el seno del movimiento obrero. El primero y ya mencionado es la creación de diversos partidos obreros nacionales: el SPD alemán, el Partido Obrero francés —cuyo programa redactó el propio Marx⁴⁶—, etc., que pudieron desarrollarse en un periodo donde la represión, cristalizada en los 12 años de ilegalización del SPD,⁴⁷ venía acompañada, al nivel del conjunto, por la expansión de las libertades políticas y el derecho al sufragio conquistado gradualmente por los obreros. El segundo cambio fue una transformación en el centro de gravedad del movimiento obrero socialista desde Francia a Alemania. El poderoso SPD sería, a lo largo de toda su historia, el partido dominante de la Internacional a nivel político, teórico y organizativo. El tercero, indisolublemente vinculado a los dos anteriores, fue la popularización del marxismo, o socialismo científico, como doctrina sistemática. En esos años el marxismo quedó instituido como una cosmovisión reconocible y singular, que unía tanto una teoría —la visión materialista de la historia, cristalizada en la crítica de la economía política— como una línea política distintiva —la sintetizada en el *Manifiesto Comunista*, popularizada en la Primera Internacional y desarrollada tras su ocaso—. El cuarto fue la creciente centralidad que pasó a adquirir el proletariado industrial, cuyas filas habían crecido en número espectacularmente durante décadas de veloz desarrollo capitalista en el continente. En contraste con una Primera Internacional cuyas bases habían estado compuestas por artesanos en proceso de proletarianización (en Francia) y trabajadores de sectores como la construcción (en Gran Bretaña), jugando el proletariado industrial un papel menor en comparación con los anteriores, la Segunda Internacional extraería un número mayor de su base social de los trabajadores de la pujante industria, con mayor capacidad de organización a gran escala y peso estratégico.⁴⁸ El quinto y último, señalado por Engels, fue la culminación, en ciertos países centrales, de elementos centrales de la «revolución burguesa», obrada en estos casos

46. Ver Marx, Karl. *Programa del partido obrero francés*, marxists.org, 1881.

47. Sobre la experiencia de la clandestinidad en el SPD, véase Lidtke, Vernon. *The Outlawed Party. Social Democracy in Germany 1878-1890*, Princeton University Press, Princeton, 1966.

48. Sobre el desarrollo material de la lucha de los trabajadores, véase Davis, Mike. *Old Gods...*

por arriba (en la forma de una «revolución pasiva»). Esto llevó, por ejemplo, a los procesos de unificación italiano y alemán, barriendo con herencias feudales y creando un nuevo campo para la lucha de clases directa entre proletariado y burguesía.

2.1. El nacimiento de la Segunda Internacional

Aunque este episodio ha sido largamente olvidado, la Segunda Internacional nació *en* una escisión. En el París de 1889 en el que se fundó, en el centenario de la Gran Revolución francesa, no hubo uno, sino dos grandes congresos obreros: el primero reunía a los llamados posibilistas, partidarios de una estrategia reformista, el segundo, del que nace la Internacional, a partidarios de la revolución. Así, como señala Mike Taber:

Aunque los congresos de la Segunda Internacional defendían la lucha por reformas en beneficio de los trabajadores —la jornada de ocho horas, los seguros y las pensiones estatales, la educación pública, el sufragio femenino, el derecho de asilo y otras medidas reformistas—, rechazaban la idea de que el capitalismo, como sistema, pudiera reformarse. Llamaban a la clase obrera a que tomara el poder político y expropiara a los capitalistas de las principales industrias. Insistieron en que la propia clase obrera era el artífice de su propia emancipación.⁴⁹

49. Ver Taber, Mike. *The Second...*

Como rezaba su resolución fundacional de 1889:

La emancipación del trabajo y la humanidad no puede tener lugar sin la acción internacional del proletariado —organizado en partidos de clase— que conquista el poder político a través de la expropiación de la clase capitalista y la apropiación social de los medios de producción.⁵⁰

50 Ver Taber, Mike [ed.]. *Under the Socialist Banner. Resolutions of the Second International 1889-1912*, Haymarket, Chicago, 2021.

Si la Segunda Internacional tiene un padre, ese es sin duda Friedrich Engels. Engels, convertido en el principal referente político y teórico del movimiento obrero socialista tras la

muerte de Marx, e impulsor clave de la creciente hegemonía del marxismo en su seno, trabajó incansablemente en las preparaciones del Congreso inaugural, poniendo especial esfuerzo en que no hubiera compromisos programáticos con los posibilistas —tarea que completó con éxito—. Así, aunque Engels no se oponía a la posibilidad de un Congreso unitario que incluyera a estos últimos, «insistió en que solo un programa revolucionario claro podía sentar las bases para un movimiento internacional exitoso», ocupándose hasta su muerte de que el movimiento no se desviara de esta línea.⁵¹ Otra figura importante detrás de este proceso de creación fue Karl Kautsky, por entonces colaborador de Engels, cuya revista *Die Neue Zeit* contribuyó a popularizar el marxismo y a asegurar, polémica mediante, su triunfo dentro del SPD. Y no podemos dejar de mencionar a quienes fueron los dos más grandes políticos marxistas del siglo XIX: August Bebel y William Liebknecht.⁵² A nivel práctico, el dominio del marxismo en el movimiento obrero alemán de la época no puede entenderse sin ellos. También jugaron su papel Paul Lafargue y Jules Guesde, los más prominentes seguidores de Marx en Francia. Ahora bien, el énfasis excesivo en los nombres propios puede llegar a oscurecer cómo el impulso que subyacía a la Internacional vino de las masas de obreros que comenzaron a engrosar las filas de los partidos y sindicatos de la época, arriesgando siempre su trabajo y tranquilidad y a menudo también su libertad o incluso sus vidas, y de la amplia capa de militantes de clase trabajadora que, en el periodo posterior al fin de la AIT, siguió realizando esfuerzos por organizar internacionalmente al proletariado.⁵³ Era la propia dinámica de la lucha de clases lo que empujaba a los obreros a pasar de la mera lucha económica, como lucha aislada contra los capitalistas al nivel de cada centro de trabajo, a la lucha política, cuyo carácter internacional era fácilmente interiorizado por los sectores más conscientes.⁵⁴

A pesar del caos generado por la existencia de dos Congresos obreros simultáneos y enfrentados —y con anarquistas participando de ambos, aumentando el desorden—, el Congreso dominado por los marxistas reunió a 400 delegados de unos 20 países, se declaró orgulloso heredero de la Primera Interna-

51. Ver Taber, Mike. *The Second...*

52. Sobre Bebel y Liebknecht, véase, a modo introductorio, Bebel, August. *My Life*, University of Chicago Press, Chicago, 1912; Luxemburg, Rosa. *El dirigente político de la clase obrera alemana*, Volodia Substack, 2025; Lenin, Vladimir. *August Bebel*, marxists.org, 1913; Stalin, Joseph. *August Bebel: Leader of German Workers*, marxists.org, 1910; Liebknecht, Wilhelm. *Wilhelm Liebknecht and German Social Democracy: A Documentary History*, Haymarket, Chicago, 2016.

53. Ver, sobre este punto, Kortazar, Jon. «El Internacionalismo y su relevancia: el origen de la II Internacional», *Arteka*#35. *Proceso en Expansión*, 2023, pp. 44-65.

54. Ver Geary, Dick. *Labour and Socialist Movements in Europe Before 1914*, Bloomsbury Academic, Londres, 1989.

cional; esta, en palabras de Liebknecht, no había muerto, sino que se había disuelto en el «poderoso movimiento de la clase obrera», eligió al propio Liebknecht y al francés Vaillant como presidentes, simbolizando la unión de los obreros alemanes y franceses, y se celebró a sí mismo como el «primer parlamento de la clase obrera internacional», reunido para fraguar «la alianza sagrada del proletariado internacional».⁵⁵

55. Braunthal, Julius. *History of the International 1864-1914*, Thomas Nelson and Sons, Londres, 1966.

Tras escuchar largos informes por parte de diferentes delegados nacionales, la Internacional aprobó una serie de resoluciones que adquirirían un estatus fundacional. La que tuvo mayor recorrido fue la siguiente: organizar una «gran movilización internacional» en una fecha fija para exigir la jornada de 8 horas. La fecha elegida fue, a propuesta de la delegación norteamericana, el Primero de Mayo, que pasaría de este modo a convertirse, dado el espectacular éxito de las movilizaciones convocadas, en el Día de los Trabajadores.

La importancia del Primero de Mayo fue aún mayor de lo que podría intuirse. El motivo es que, con su convocatoria, la Segunda Internacional dio a los trabajadores de todos los países una *tarea práctica común*, así como un día donde el movimiento obrero internacional se celebraría a sí mismo y a su lucha de clase, ponía sobre la mesa sus intereses y afirmaba sus objetivos. El Primero de Mayo pasó a ser, en ese sentido, la encarnación del proyecto independiente de la clase obrera, o, en palabras de Kautsky, «la fiesta de la revolución futura».⁵⁶ A la hora de fortalecer la unidad, ninguna resolución o declaración puede acercarse a la efectividad de esta clase de tareas comunes. Cuando los militantes del naciente movimiento obrero alemán preparaban su movilización del Primero de Mayo, sabían que sus compañeros franceses, británicos, holandeses, españoles, italianos, uruguayos, argentinos, etc. estaban haciendo lo propio; sabían, en la práctica, que su lucha era una misma lucha y su proyecto un mismo proyecto. Es difícil sobrestimar la importancia de algo así o su papel clave a la hora de expandir la idea de una acción revolucionaria internacional, genuinamente coordinada y unitaria. Días como el Primero de Mayo permitían, en suma, hacer ver al movimiento obrero que

56. Kautsky, Karl. *El primero de mayo y la solidaridad de clases*, marxists.org, 1904.

no bastaba con pensar del mismo modo o compartir objetivos, sino que también era fundamental poder actuar al unísono, y encarnaban por lo tanto la idea de acción política internacional.

2.2. Racionalidad y programa

El Congreso de 1889 aprobó otras dos resoluciones de calado. La primera abordaba uno de los temas que marcaría su historia, el militarismo, y adoptaba oficialmente una reivindicación central del marxismo revolucionario: la sustitución de los ejércitos permanentes por «el pueblo en armas», o la milicia popular. Esta se consideraba la demanda más básica y general de la política militar del proletariado: sería tanto el fundamento del Estado-Comuna como algo que debía tratar de imponerse al Estado capitalista, pues lo debilitaría enormemente.

Conviene analizar brevemente la racionalidad de esta medida, entre otras cosas porque no deja de ser opuesta a lo que tiende a reivindicar el «antimilitarismo» o pacifismo contemporáneo. Este antimilitarismo puede fantasear con la demanda de máximos de hacer desaparecer los ejércitos, y en el aquí y ahora aboga desde luego por recortar sus presupuestos y reducir sus funciones. Pero toda su propuesta de mínimos, o sea su propuesta para lo realizable en las condiciones existentes (y no en un futuro comunista, por ejemplo), no solo no condena, sino que *presupone* la existencia de ejércitos permanentes.

El socialismo clásico, por el contrario, condenaba los ejércitos permanentes por un motivo esencial: son una herramienta clave del poder del Estado capitalista. Un ejército permanente, o sea, un ejército formado esencialmente por profesionales y que se rige por una jerarquía estricta, es 1) un instrumento decisivo para la represión interna, que estará preparado para llevar a cabo; 2) un instrumento eficaz para la agresión externa, que estará igualmente preparado para ejecutar. Cuanto más aumenta el poder del pueblo en el seno del ejército, más complicado resulta ejercer ambas funciones. No es lo mismo pedir

a un soldado profesional que dispare contra huelguistas que pedírselo a alguien que el año anterior podía haber trabajado en una fábrica similar, y tampoco es lo mismo pedirle a un soldado profesional que se vaya a masacrar gente a Irán, a Angola o adonde sea que pedírselo a cualquier hijo de vecino. Y esto tiene un reverso: es mucho más probable que el obrero, ante la represión interna o la agresión externa, dirija su arma hacia sus propios generales, a que lo haga el soldado profesional. Pero, ante todo, si además de presencia se otorga a los reclutas poder real, deshaciendo la estructura burocrática y jerárquica del ejército, es difícil imaginar siquiera que la orden pudiera llegar a formularse, pues sería bloqueada.

Aun así, debemos subrayar la radical diferencia entre la demanda de la milicia popular y lo que entendemos como «hacer la mili». La «mili» como tal no elimina el carácter profesional del ejército, cuyo núcleo sigue estando compuesto por soldados profesionales y cuya estructura se mantiene inalterada. Simplemente aumenta, por así decirlo, la cantidad de carne de cañón. Quien cumple el servicio militar obligatorio en estas coordenadas no tiene ningún poder sobre las decisiones: es un peón más, sometido a la estricta cadena de mando del ejército convencional.

La milicia popular, por el contrario, requiere un ejército democrático en su estructura. Por eso se consideraba el fundamento del poder proletario bajo un Estado-Comuna, donde el pueblo en armas sería el garante de la revolución. Y por eso también lograr cualquier cosa remotamente similar bajo un marco capitalista hubiera implicado una enorme transferencia de poder —el cual, ya sabemos, nace de la boca del fusil— hacia la clase trabajadora. La burguesía perdería, en este caso, el principal baluarte de última instancia de su poder político. Es simplemente imposible creer en la revolución, mantener una postura derrotista con respecto a las agresiones imperialistas del propio bloque y no abogar por algo similar: de hecho, es la desaparición del horizonte revolucionario lo que ha dado al antimilitarismo contemporáneo su forma específica.

Por su parte, los socialistas de la época combinaban la demanda de la milicia popular con la *oposición decidida* al servicio militar burgués-reaccionario, aquel que pretendía integrar a los trabajadores en los ejércitos profesionales de los imperios europeos. Esto quedaba sintetizado en el famoso lema del socialismo alemán, «Ni un hombre y ni un centavo para este sistema», que funcionaba como auténtico eje rector de su política.⁵⁷ Creo que esto contiene una lección importante para el presente, cuando el militarismo rampante que recorre Europa amenaza con traer de vuelta el servicio militar obligatorio. Lo que el pasado demuestra es que es posible oponerse al servicio militar desde posiciones revolucionarias, y no simplemente pacifistas, no porque sea un servicio militar en abstracto, sino porque es un servicio militar *a la burguesía* (sometido a sus normas, jerarquías, objetivos, etc.). En la medida en que no entrega el poder al pueblo trabajador en armas, debe ser rechazado mientras se sigue avanzando esa consigna en todos los pasos del proceso, incluido un potencial éxito en la implementación burguesa del servicio militar. No cabe, por lo tanto, ningún «gradualismo» que se arrodille ante el servicio militar presentándolo como una especie de «paso» hacia la milicia, sino una oposición intransigente al modelo militar de la burguesía.

57. Ver Liebknecht, Wilhelm. *Not a Man and Not a Penny for this System!*, marxists.org, 1893.

Pero el principio rector de «Ni hombre y ni un centavo para este sistema» arroja lecciones que van más allá de este punto concreto, pues delinea toda una lógica política que ha desaparecido. Esta lógica es la de la *oposición irreconciliable* hacia el propio Estado capitalista, la búsqueda de debilitarlo de forma abierta y desacomplejada. La traición del SPD consistió precisamente, claro está, en traicionar esa lógica, aprobando los presupuestos de guerra. Pero hoy en día esta clase de comportamiento ha quedado desterrado de la política, reducida a una política estrictamente *burguesa*, donde se dirimen los desencuentros entre diferentes proyectos de gestión del Estado capitalista. Basta ver, por ejemplo, la velocidad con la que el Podemos inicial pasó a defender la OTAN e incluir entre sus filas, con orgullo, a nada menos que un JEMAD. Impera en la política tal y como la conocemos un espíritu generalizado de «responsabilidad», que no es más que responsabilidad para

con el propio Estado y los intereses del capital nacional. No hay política obrera e internacionalista posible sin una ruptura total con este espíritu, porque la lealtad hacia los trabajadores del mundo implica deslealtad hacia el propio Estado burgués, y la responsabilidad para con el proyecto socialista, irresponsabilidad para con las necesidades de ese mismo Estado. Esto implica rechazar todo aquello que fortalezca al Estado con respecto al pueblo trabajador y apoyar aquello que opere en el sentido contrario.

Otro elemento importante de esta misma lógica es la cuestión de las demandas. Hoy también se ha perdido toda claridad sobre los conceptos de «máximos» y «mínimos», hasta el punto de que los primeros se identifican con cualquier cuestión ambiciosa y los segundos con un posibilismo de lo más rastrero. Pero esta no era la lógica original.⁵⁸ Por el contrario, la abolición de los ejércitos permanentes era considerada una demanda *de mínimos*, como todas las que quedaban recogidas en los programas obreros, porque el objetivo de las demandas de mínimos no era identificar cuatro nimiedades que pudieran arrancarse fácilmente a la burguesía, sino delinear la forma que habría de tener un Estado dominado por el proletariado (o, en el caso de los países menos desarrollados como Rusia, por proletarios y campesinos), mientras que el «programa de máximos» era simplemente la abolición de las clases sociales. Se consideraban «de mínimos» porque eran lo mínimo que el proletariado exigía —su condición para ejercer el poder político— e inmediatamente realizables según el desarrollo material de la sociedad, y no porque la burguesía pudiera concederlas sin problema o porque fueran compatibles con el orden político bajo el que se operaba. En otras palabras: aplicar el programa de mínimos en su conjunto hubiera implicado destruir el orden político existente, y aplicar cualquiera de sus medidas por separado hubiera implicado una victoria importante contra la burguesía.

Por eso el «programa de mínimos» se consideraba la lista de condiciones del proletariado para formar gobierno, lo que era indisociable de este proceso de destrucción del orden político

58. Ver Parkinson, Donald. «El Programa Revolucionario de Máximos-Mínimos», en VV. AA, *El Programa. Discusiones clásicas y contemporáneas*, Dos Cuadros, Madrid, 2025, pp. 327-40; «Construir sobre cimientos sólidos el programa de clase», *Sin Permiso*, 2021.

imperante.⁵⁹ Tampoco había dudas, por otro lado —basta consultar los textos de Engels de los 90—, en que la imposición de este modelo de Estado y el dominio del Partido socialista en su seno serían dos caras de la misma moneda.

59 Ver, de nuevo, *ibid.*

Pensemos, de nuevo, en el ejemplo de la milicia popular. En Alemania la espina dorsal del Estado burgués era el orgulloso ejército imperial, dominado por la muy reaccionaria aristocracia prusiana. La milicia popular, en este sentido, solo podía imponerse por medios revolucionarios. De lograrse esto, se vería acompañado por todo el resto de medidas programáticas, que permitían, en su conjunto, erigir un Estado-Comuna. Puede discutirse, claro está, la adecuación de las medidas concretas que los socialistas de la época consideraban compatibles con este objetivo: lo que me interesa, sin embargo, es analizar la lógica de fondo.

La forma en que los reformistas consiguieron corromper esta lógica fue empujando los «máximos» a un futuro indeterminado, relegando las medidas de mínimos más ambiciosas al estatus de «máximos», eliminando la cuestión del cumplimiento íntegro del programa como condición para formar gobiernos y quedándose con una serie de medidas potencialmente compatibles con la forma de Estado existente a la vez que se añadían nuevos mínimos «posibilistas»: de ahí, por ejemplo, que el liderazgo del SPD abandonara el Programa de Erfurt tras su traición en 1914.⁶⁰ La política actual «de izquierdas» es heredera directa de lo anterior.

Esto no significa que los socialistas del siglo XIX renunciaran a conseguir mejoras mucho más magras de las que esbozaban en sus programas. A lo que renunciaban era a *formar gobiernos o alianzas políticas firmes* con base en acuerdos que quedaran por debajo de estos programas, a aceptar cualquier mejora cuya introducción empeorara las condiciones para la conquista del poder y a blanquear las migajas disfrazándolas de grandes logros.⁶¹ Una vez más, la distinción se ha perdido por completo: los programas electorales de los partidos de izquierda actuales no solo no son, por supuesto, programas para

60. Al mismo tiempo, lo que quedaba del ala revolucionaria del Partido, embrión de la Liga Espartaco y el KPD, se agrupó en base a unas tesis que reivindicaban la continuidad del programa de Erfurt. Ver Luxemburg, Rosa. *Tesis sobre las tareas de la socialdemocracia internacional*, marxists.org, 1916.

61. Ver Liebknecht, Wilhelm. *No compromises! No Political Trading!*, marxists.org, 1901.

delinear un Estado gobernado por los trabajadores, sino que ni siquiera son importantes. Funcionan como listas de deseos que se confeccionan más o menos *ad hoc* en vista de cada contienda electoral, y la idea de aplicarlos estrictamente o de negociar las coaliciones en función de su cumplimiento íntegro es algo que ni está ni se le espera.

Pero el problema es que esto se traslada también a muchos de quienes repudian el reformismo. Tampoco aquí la cuestión del programa, entendido como una serie de medidas específicas que constituirían el núcleo de una toma proletaria del poder, posee mayor relevancia. La «revolución» se convierte en un acto indeterminado, poco más que un nombre abstracto para un cambio concebido de forma tan «radical» como igualmente abstracta.

De ahí la importancia sobre la mesa esta lógica que hoy nos resulta tan lejana. Fue posible crear partidos de masas con un programa revolucionario y una actitud de oposición radical hacia su Estado. Esta es una de las lecciones positivas de la Segunda Internacional, que la Tercera recogería, mientras que las lecciones negativas que podemos extraer de ella apuntan precisamente a cómo cobijó y permitió desarrollarse elementos ajenos a esta lógica –hasta el punto de acabar tirándola a la basura.

De cara a la cuestión programática, la enseñanza clave reside en la diferencia correcta entre los «máximos» (el socialismo) y los mínimos. Las medidas de mínimos son medidas compatibles con la persistencia de formas sociales capitalistas como el dinero, la mercancía, el capital mismo, etc., pero *no necesariamente*, y ante todo *no en su conjunto*, con el orden político burgués. Algunas de ellas podrían, es cierto, aplicarse este orden, solo que debilitándolo. Pero en su unidad, habrían de romper el Estado capitalista, desmontándolo como aparato burocrático-militar separado, y crear un nuevo Estado subordinado a los trabajadores.⁶² Esta era la idea detrás de demandas como «concentrar todo el poder político en representantes del pueblo» (medida que tuvo que formularse de forma genérica

62. O, en el caso de países más atrasados como el ruso, destruir el Estado zarista y entregar el poder a las masas de trabajadores y campesinos, generando unas condiciones que podrían llevar, «ininterrumpidamente», según la expresión de Lenin, al dominio político del proletariado.

para evitar la ilegalización, pero que desde luego no se pensaba en términos de lo que hoy conocemos como «democracia burguesa»), la electividad universal de los funcionarios y los jueces, la milicia popular, etc. La idea, precisamente, es que conseguir los «mínimos» generara las condiciones políticas para poder perseguir los máximos (el socialismo): de ahí que, tras la toma del poder, como señalara Lenin, el programa de mínimos quede obsoleto, pero que no deba ser abandonado del todo porque siempre es posible perder el poder.⁶³ Por otro lado, cabe recordar que solo después de su traición empezaron los socialistas alemanes a pretender que lo que habían demandado históricamente se cumplía en la República burguesa de Weimar, donde los núcleos del poder quedaron en manos de la oligarquía y donde no se cumplía ninguna de sus demandas históricas centrales.

63. Ver Lenin, V. I. *Revision of the Party Programme*, marxists.org, 1917.

Lo que me interesa, insisto, no es pedir el calco exacto de estos programas —que deben ser actualizados y mejorados conforme las lecciones del pasado, el desarrollo de las fuerzas productivas, etc.—, sino subrayar cuál era la lógica que les daba cuerpo. Poseer un programa de esta índole no solo daba al partido unas bases políticas sólidas, sino que permitía educar de forma concreta a las masas en torno a qué forma política y demandas reclamaban los socialistas. A su vez, eso hacía más comprensible su intransigencia, que de lo contrario puede aparecer ante las masas como una forma de maximalismo vacío. Pues si uno se adhiere firmemente a un programa breve y ampliamente conocido, no resulta difícil explicar por qué no participar de gobiernos capitalistas, por qué no hacer ciertas concesiones, etc. Si, por el contrario, lo que uno posee es una serie de objetivos de máximos, reducidos a poco más que deseos inconcretos, es muy difícil conseguir un apoyo social significativo; si uno posee unos objetivos de máximos difusos y unos objetivos «de mínimos» rastreramente posibilistas, o a los que no se da ninguna importancia porque lo mismo da 3 que 33, es inevitable caer en el oportunismo.

Y tras esta larga digresión volvemos a la última de las resoluciones importantes aprobadas por el Congreso de 1889, que

64. Ver Liebknecht. *No compromises!...* El Partido ruso reeditó el libro en 1907 con un prólogo de Lenin, donde se consagraba la obra como una suerte de «manual» sobre cómo debían comportarse en el parlamento los representantes del proletariado revolucionario. Ver Lenin, Vladimir. *Preface to the Russian Translation of W. Liebknecht's Pamphlet: No Compromises, No Electoral Agreements*, marxists.org, 1907.

65. Ver Mehring, Franz. *Histoire de la social-démocratie allemande de 1863 à 1891*, Les Bons Caractères, París, 2013; Steenson, Gary. *Not one Man! Not One Penny! German Social Democracy 1863-1914*, University of Pittsburgh Press, Pittsburgh, 1981.

establecía la legitimidad del trabajo electoral «sin comprometerse con ningún otro partido». Esto obedecía a la idea estratégica central del socialismo científico: la independencia política del proletariado. «Sin compromisos» implicaba sin renunciar a los principios, autonomía y política de lucha de clases.⁶⁴ Poder preservar esta línea fue una de las grandes dificultades de la Internacional.

En sus orígenes, sin embargo, los problemas más acuciantes eran otros. Es cierto que muchas de las organizaciones que componían la Internacional no eran marxistas, pero el marxismo era dominante, y el socialismo vivía por lo general una época «heroica» donde aún no se habían formado grandes burocracias sindicales o partidarias con un interés objetivo en el colaboracionismo de clase. El SPD, por ejemplo, acababa de salir triunfante de un largo periodo de ilegalización: 12 años de los que había emergido mucho más fuerte, habiendo adoptado formalmente el marxismo, elaborado un nuevo programa acorde, y multiplicado sus apoyos.⁶⁵

No debe olvidarse, sin embargo, que la ilegalización metió a los miembros del SPD una buena dosis de miedo en el cuerpo, funcionando como una especie de espada de Damocles que incentivó a menudo una «moderación» por cuyas rendijas consiguió colarse el oportunismo. Pero hay que resistirse a una interpretación infantil de este dilema, como si más que un dilema real fuera simplemente un problema de actitud. La cuestión de fondo es que, en sentido estricto, un partido revolucionario será siempre un partido *ilegal*. Pero un partido completamente ilegalizado es un partido incapaz de adquirir la fuerza suficiente como para hacer la revolución (en cualquier Estado mínimamente funcional). Así que es necesario, siempre que sea posible, poder utilizar los resquicios ofrecidos por el orden político para desarrollar cierta actividad legal. Y ahí el dilema reside, como exploraremos después, en cómo actuar dentro de esos márgenes *como partido revolucionario*, sabiendo que un paso en falso puede conllevar la derrota, desbaratando todo el tejido organizativo que se hubiera construido dentro de

eso parámetros, pero sabiendo también que las concesiones de principio implican abjurar del proyecto revolucionario.

2.3. Los partidarios de la acción política

Volvamos, en cualquier caso, a las primeras dificultades a las que se enfrentó la Internacional, mayormente referidas a la disputa con el anarquismo. El contenido de fondo de la disputa era el mismo que hacía poco más de una década, pero con un añadido práctico: partiendo de la «propaganda por el hecho», los anarquistas se habían embarcado en una campaña de atentados y asesinatos selectivos. Los socialistas veían en esta clase de prácticas un síntoma de inmadurez: matar a un general para que fuera sustituido por otro general cambiaba más bien poco, y por el camino legitimaba la represión generalizada contra el movimiento obrero. En un sentido más general, los anarquistas abogaban por la adopción de tácticas *inmediatamente* revolucionarias, mientras que los socialistas entendían que la situación no estaba madura para ello, y que solo la acumulación de fuerzas mediante el uso de todos los medios de los que el proletariado disponía abriría la puerta a la toma del poder.

Las posturas de fondo eran simplemente incompatibles, tanto a nivel táctico como estratégico. En ese sentido, la Internacional hubiera carecido de toda coherencia interna si no hubiera tomado el paso de clarificar las condiciones de admisión, expulsando *de facto* a los anarquistas. Como digo, el núcleo de la disputa era el mismo que en 1871, solo que la mayor madurez de del movimiento obrero hizo que esta vez la expulsión careciera de efectos disolventes.

Tampoco fue exactamente fácil. El Congreso de Bruselas de 1891 ya excluyó formalmente a los anarquistas al convocar únicamente a organizaciones favorables a la acción política del proletariado. Sin embargo, hubo simpatizantes anarquistas que acudieron para defender la adopción de tácticas

insurreccionales inmediatas. El Congreso de Zúrich en 1893 fue aún más tumultuoso, con anarquistas como Gustav Landauer demandando fieramente su admisión, lo que recibió una enérgica respuesta de rechazo por parte de August Bebel. Esta última daría lugar a una resolución en la que se incidía en la aceptación de la acción política como condición de entrada en la Internacional. Los anarquistas fueron expulsados físicamente, lo que dio obviamente lugar a tensiones. Conviene citar la resolución concreta:

Se admitirá en el Congreso a todos los sindicatos, así como a aquellos partidos y organizaciones socialistas que reconozcan la necesidad de la organización de los trabajadores y de la acción política. Por «acción política» se entiende que las organizaciones de la clase obrera procuren, en la medida de lo posible, utilizar o conquistar los derechos políticos y los mecanismos legislativos para promover los intereses del proletariado y la conquista del poder político.⁶⁶

66. No deja de ser irónico que algunos de quienes se identifican hoy como comunistas hubieran sido expulsados de la Internacional por los mismos motivos por los que se expulsó a los anarquistas.

Sin embargo, el conflicto no acabó aquí, teniendo su escenario final en el Congreso de Londres de 1896, donde se consumó la expulsión definitiva de los anarquistas y la naturaleza de la Internacional como órgano dirigido por *partidos* obreros. Estaría bien señalar que no hay nada «autoritario» en esta expulsión, por el mismo motivo en el que no hay nada autoritario en expulsar a alguien que se encienda un cigarro en un club de no fumadores, o a Pipi Estrada de un convento. Los anarquistas no compartían los principios fundacionales de la Internacional, por lo que no tenían cabida en la misma. Incidentalmente, esto toca un punto importante. Existe un lugar común según el cual la Segunda Internacional era una organización de «partidos de toda la clase», en la que los principios eran difusos y los límites inexistentes. Pero esto, simplemente, no es cierto.⁶⁷ El núcleo de la Segunda Internacional reunía, formalmente al menos, a los partidarios de la acción política independiente de la clase obrera, orientada a la conquista del poder y a la construcción del socialismo, lo que en absoluto incluía a todos los proletarios realmente existentes o a todas las corrientes ideológicas presentes en el seno de la clase trabajadora. Sus partidos prin-

67. Ver Macnair, Mike. «Lecciones de Erfurt», *Sin Permiso*, 2013.

cipales integraban a aquellos que aceptaran un programa en el que se cristalizaban estos objetivos, y eran en ese sentido radicalmente diferentes a fuerzas como el (posterior) Partido Laborista británico, que, en calidad de partido obrero burgués, sí responde a la idea de «partido de toda la clase».

Lo que sí es cierto es que la Internacional era laxa en términos del sentido que debía otorgarse a cuestiones como la «conquista del poder político» para poder ser admitido. Y con esto llegamos al conflicto que se abrió en la Internacional tras la expulsión de los anarquistas: la célebre «disputa del revisionismo».

2.4. La «disputa del revisionismo»

La disputa con los anarquistas entre 1889-1896 había seguido, en una versión sublimada, un patrón comparable al de la confrontación con el proudhoniano en la Primera Internacional, donde revolucionarios y reformistas podían hacer causa común, pero que desde luego no eliminaba su antagonismo de fondo. Digo «versión sublimada» porque en la Segunda Internacional las posturas afines a las del sindicalismo británico en la Primera habían experimentado ciertas transformaciones. El nuevo reformismo no sería tanto, como Bernstein estaba a punto de revelar, un tradeunionismo estricto como una búsqueda por convertir a los *partidos obreros* en partidos para la colaboración de clases, esto es, en partidos interclasistas o partidos obreros burgueses.

El núcleo de la disputa, por ende, era el conflicto entre la lucha de clases —y la línea de independencia política que requiere la ejecución consciente de esta— y el colaboracionismo de clase, entre la revolución proletaria y la vía reformista, entre quienes creían que el socialismo solo podía construirse si mediaba una revolución —la destrucción, ilegal por norma, del orden político existente— y quienes pretendían que sería posible llegar al «socialismo» por medios exclusivamente legales y pacíficos.

Todos los principales partidos de la Segunda Internacional estaban, en proporción variable, internamente divididos entre un ala revolucionaria y un ala reformista-economicista.⁶⁸

68. Ver EHKS, «Nueva estrategia socialista. Bases estratégicas para la composición internacional del comunismo», *Gedar*, 2023, p. 2.

69 Ver Marx, Karl y Engels, Friedrich. *Carta Circular a Bebel, Bracke, Liebknecht y otros*, marxists.org., 1878.

70 He analizado esta polémica en Aguiriano, Mario. ¿Qué (des)hacer?... pp. 246-255.

71 Ver Rogers, H.K. «Eduard Bernstein Speaks to the Fabians: A Turning-point in Social Democratic Thought?», *International Review of Social History*, vol. 28, n.º 3, 1983, pp. 320-38.

72 Ver Mulholland, Marc. «Cuando Bernstein revisó la «ortodoxia» marxista», *Sin Permiso*, 2016.

La disputa comenzó poco después de la muerte de Engels, y su catalizador fue Eduard Bernstein, quien había sido su amigo y secretario. Ya en 1878, coincidiendo con la ilegalización del SPD, Bernstein había expresado posiciones reformistas que levantaron una airada respuesta por parte de Marx y Engels.⁶⁹ Las ideas de Bernstein, argumentaron, implicarían que el partido dejara de ser un partido de la lucha de clases para pasar a ser un amorfo partido pequeñoburgués, y resultaban por ello de todo punto inaceptables.⁷⁰ En esta polémica Bernstein acabó retrocediendo, y poco después pasaría a asumir la superioridad del marxismo, asociándose con Engels y llegando a publicar algunos trabajos de cierto nivel. En este rol Bernstein se convertiría en uno de los más apreciados teóricos del ala marxista del socialismo alemán, participando incluso de la redacción del Programa de Erfurt. Sin embargo, su contacto con el fabianismo, un movimiento reformista pequeñoburgués nacido en Gran Bretaña, le impulsó a volver a las andadas una vez murió su amigo y maestro.⁷¹

Así, las primeras andanadas del revisionismo tuvieron lugar en las páginas de *Die Neue Zeit*, donde Bernstein publicó un artículo sobre la cuestión de la política colonial. En él Bernstein argumentaba que, dado que el SPD contaba ya con el apoyo de un 25% de los electores alemanes, tenía «una cierta *responsabilidad* para con la política de ese Reich» (recordemos lo que hemos dicho antes sobre la «responsabilidad»), que los trabajadores tenían ya «una nación a la que ser leales» y que eso requería apoyar en ciertos casos la política exterior de su Estado.⁷² Esto suponía, claro, lanzar un torpedo contra la línea oficial del partido. En su conjunto, de hecho, el artículo era una *defensa* de la política colonial —hecho habitualmente olvidado sobre cuya importancia volveremos—.

La primera respuesta llegó de manos de un excéntrico socialista británico llamado Belfort Bax, que acabaría su carrera

como defensor de los «derechos de los hombres» (con unos argumentos sorprendentemente similares a los de los ideólogos machistas de hoy, como que los derechos de las mujeres —¡a comienzos del siglo XX!— habían «llegado demasiado lejos»). En 1896, sin embargo, Bax estaba algo más cuerdo. En su respuesta argumentó que Bernstein «había dejado de ser un socialdemócrata» (término que por entonces significaba socialista revolucionario) y lanzó un alegato contra la política colonial de cualquier clase —enmarcado, eso sí, más en términos románticos que socialistas—. ⁷³ En su réplica Bernstein revelaría sin pudor sus cartas proimperialistas, argumentando que «bajo el dominio directo europeo, los salvajes están, sin excepción, mejor que antes». Ya no podía dudarse de que estábamos ante un defensor del colonialismo, por más que la respuesta de Bax, donde ciertos argumentos antimperialistas algo más sofisticados que los de su artículo anterior se combinaban con acusaciones antisemitas contra Bernstein, no lograran despertar tampoco, dado lo anterior, el apoyo cerrado de los marxistas.

73. Ver Tudor, H. & Tudor, J.M [eds.]. *Marxism versus Social Democracy: the Revisionist Debate 1896-1898*, Cambridge University Press, Cambridge, 1988.

Lo interesante e insuficientemente explorado es cómo su defensa del imperialismo fue el punto de partida lógico de la deriva revisionista de Bernstein. Llegado un punto, se dio cuenta de que el imperialismo y la línea de la independencia política del proletariado eran incompatibles, y decidió abandonar la segunda. Lo hizo, en primer lugar, mediante una nueva serie de artículos donde se presentaba una versión altamente caricaturizada de la teoría marxista, que pasaban a desmontarse presentando una alternativa francamente torpe. El argumento de Bernstein tiene demasiados episodios como para analizarlo con detalle, pero su esencia es la siguiente: la lucha de clases era una «noción simplista [...] largamente acariciada en Alemania y todavía no muerta en nuestra literatura», y el avance hacia el «colectivismo» nada tenía que ver con la lucha del proletariado, sino solo con la lógica natural del desarrollo de la gran industria, que tiende a formar monopolios, desconoce la tendencia natural a la crisis y conduce inevitablemente hacia la propiedad pública de estos. A ojos de Bernstein, el capitalismo:

Tiene su propia historia de desarrollo y [...] bajo la presión de las instituciones democráticas [léase liberales] modernas, y los conceptos de obligación social que conllevan, *debe* asumir un rostro distinto de aquel que evidenciaba cuando el poder político estaba monopolizado por la propiedad privada.

74. *Ibid.*

Por lo tanto, para Bernstein, como comenta Marc Mulholland, el socialismo «no era una alternativa al liberalismo constitucional, sino una variante del mismo».⁷⁴ Según la propia expresión de Bernstein, no era más que «liberalismo organizado». La conclusión política era, claro está, un llamado a la colaboración de clases, donde los trabajadores tendrían el papel de impulsar el liberalismo, educarse en la lealtad al Estado burgués —que era naturalizado por el camino—, apoyarse en él cuando fuera requerido, abandonar cualquier perspectiva revolucionaria y acostumbrarse a aceptar la autoridad de capitalistas y burócratas, pues estos eran necesarios para el funcionamiento de cualquier sociedad moderna; en resumen, abandonar del «socialismo» todo menos el nombre. Conviene recordar, en este sentido, que el reformismo no es una vía diferente para llegar a un objetivo idéntico al que buscan los revolucionarios socialistas, sino que tiene un objetivo final *opuesto* al de estos.

Como se ve, el argumento de Bernstein —recopilado y desarrollado teóricamente en 1899 en un libro muy malo titulado *Socialismo evolutivo*— no va, en el plano político, sobre si conseguir o no reformas o algo similar, sino sobre *cómo* conseguirlas y el marco general de la lucha proletaria, siendo su propuesta un llamamiento a abjurar de la independencia política, ideológica y organizativa de los trabajadores. Como señala Mulholland: «Bernstein [...] estaba defendiendo una línea *política: en contra de* la idea de un partido de clase y *a favor de* una alianza estratégica con la burguesía liberal». No estamos hablando, por lo tanto, de alianzas *tácticas* puntuales con sectores burgueses —que todos los marxistas tendían a aceptar como una posibilidad en ciertos casos—, sino de una alianza *total* que suponía una afinidad en los intereses esenciales de ambas

clases y, por ello, la ruptura con la idea de una política proletaria independiente.⁷⁵

Las respuestas de los marxistas fueron muchas. A la más célebre, la de Rosa Luxemburg,⁷⁶ le precedió la del ruso Parvus —un peculiar miembro del ala izquierdista de la Internacional que acabó apoyando la guerra imperialista⁷⁷— y le siguió la de un Kautsky inicialmente renuente a confrontar en público a su viejo amigo (parece que Kautsky solo acabó escribiendo su respuesta a instancias de August Bebel, que había calificado rápidamente los artículos de Bernstein como «absolutamente vergonzosos»⁷⁸).

El Congreso del SPD de 1898 debatió las tesis de Bernstein, que suscitaron el abierto rechazo de una mayoría; el de 1899 aprobó una resolución —titulada «Ataques a las visiones y tácticas fundamentales del Partido»— donde el partido se reafirmaba en su línea de lucha de clases y condenaba las tesis revisionistas. No obstante, el debate golpeó con renovada urgencia las filas de la Internacional debido al «caso Millerand», que estalló en Francia: por primera vez un socialista participaría como ministro de un gobierno burgués, presidido, para más señas, por el general Gallifet, artífice de la masacre contra los comuneros. El ejemplo del «millerandismo» (también conocido como «ministerialismo») implicaba llevar la teoría revisionista a la práctica, generando una crisis mucho más grave.

Como ya he analizado este debate en profundidad en otro lugar,⁷⁹ no me detendré demasiado en él. Basta una perspectiva general: el debate definitivo se dio en el Congreso de Ámsterdam de 1904, donde los marxistas alemanes, con Bebel a la cabeza (solo un año antes, en su Congreso de Dresde, el partido alemán había condenado categóricamente cualquier intento de abandonar la lucha de clases y el objetivo de conquistar el poder político en pos de la «aquiescencia con el orden existente»), afirmaron que la república burguesa podría ser un mejor sistema político que la monarquía, pero seguía siendo uno que el proletariado debería superar para poder gobernar, y se reafirmaron en su condena a la participación en cualquier

75. Para una respuesta al revisionismo en relación a la cuestión de las alianzas, véase Liebknecht, Wilhem. *No Compromises!*...

76. Nos referimos, claro, a Luxemburg, Rosa. *¿Reforma o revolución?*, Fundación Federico Engels, 2003.

77. Sobre la peculiar figura de Parvus, véase Schurer, Heinz. «Alexander Helphand-Parvus. Russian Revolutionary and German Patriot», *The Russian Review*, vol. 18, n.º 4, 1959, pp. 313-31.

78. Sobre el trabajo conjunto de Kautsky y Bernstein, véase Kendall Rogers, H. *Before the Revisionist Controversy: Kautsky, Bernstein, and the Meaning of Marxism, 1895-1898*, Routledge, Londres, 2016.

79 Véase Aguiriano, Mario. «¡Viva la Comuna! Sobre marxismo y Estado», en MarxXXI 4. El derecho a la revolución, MarxXXI, Madrid, 2025, pp. 254-257.

gobierno burgués; los socialistas franceses, con Jaurès a la cabeza, defendieron la participación en el gobierno, elogiaron la república burguesa francesa y denunciaron el «quietismo» de los alemanes. El ala marxista acabó saliendo victoriosa, y el Congreso aprobó una resolución que rezaba así:

El Congreso condena enérgicamente los intentos de los revisionistas, cuyo objetivo es modificar nuestra política probada y victoriosa basada en la lucha de clases, y sustituir la conquista del poder político mediante un ataque incesante contra la burguesía por una política de concesiones al orden social establecido. La consecuencia de tales tácticas revisionistas sería convertir a un partido que lucha por la transformación más rápida posible de la sociedad burguesa en una sociedad socialista —un partido, por tanto, revolucionario en el mejor sentido de la palabra— en un partido que se conforma con la reforma de la sociedad burguesa [...]. El partido rechaza toda responsabilidad de cualquier tipo en el marco de las condiciones políticas y económicas basadas en la producción capitalista y, por consiguiente, no puede en modo alguno apoyar ninguna medida que tienda a mantener en el poder a la clase dominante [...]. La socialdemocracia no puede aspirar a participar en el Gobierno en el seno de la sociedad burguesa.⁸⁰

80. Taber, Mike, *Under the Socialist...*, p. 81.

2.5. Problemas organizativos

Es conveniente detenerse aquí en las notables limitaciones organizativas de la Segunda Internacional. Al contrario que la Primera, carecía de una dirección centralizada y eficaz, consistiendo más bien en una unión laxa entre diferentes partidos nacionales, cuyo papel era en cierto modo simbólico, en la medida en que sus resoluciones carecían de carácter propiamente vinculante. Esto no significa que fueran medias palabras vacías: simbólico no significa «inútil» u ornamental. La Internacional poseía una enorme legitimidad entre los militantes socialistas de todo el mundo y sus resoluciones eran vistas como algo de enorme trascendencia, algo a lo que el movimiento, naturalmente, se debía. Jaurès y los suyos, por ejemplo, acataron la

resolución de Ámsterdam, lo que habilitó la creación de un partido socialista unificado en Francia —significativamente denominado «Sección Francesa de la Internacional Obrera»— de acuerdo con la línea de independencia política. Aun así, no existía ningún mecanismo normativo oficial y colectivamente aceptado que hiciera esas resoluciones de obligado cumplimiento: la pelota quedaba, en última instancia, en el tejado de cada uno de los partidos nacionales.

Hay que subrayar que no existen las fórmulas organizativas atemporales: la centralización puede ser el objetivo ideal, pero no siempre es deseable en lo inmediato. Fue Engels, de hecho, quien más decididamente insistió en que la Segunda Internacional, al menos en sus orígenes, careciera de tal dirección centralizada. Engels temía que un liderazgo creado prematuramente pudiera acabar siendo nocivo para el desarrollo de lo que por entonces veía como el principal activo del movimiento obrero internacional: el partido socialista alemán y los que recorrían un camino similar.

No obstante, en el medio plazo la ausencia de organismos centrales fuertes se convirtió en un indicador de la debilidad de la Internacional y las dificultades que asolaban a los principios internacionalistas. En el año 1900 se creó un secretariado central en Bruselas, pero nunca tuvo mayores poderes.⁸¹ De ahí la burlesca caracterización de Zinoviev, que —en una hipérbole que, sin embargo, capturaba algo importante— definió a la Segunda Internacional como un «buzón». El problema, podríamos decir, no es que las «cartas» que los diferentes partidos depositaban en tal buzón no fueran leídas y apreciadas, sino que no dejaban de ser eso, cartas, y nada más vinculante.

Menciono aquí la cuestión de la debilidad organizativa de la Internacional porque guarda una estrecha relación con sus dificultades a la hora de combatir de forma efectiva el reformismo. El mismo hecho de no poder alcanzar un grado mayor de unidad y centralización revelaba, como he dicho, la extensión de sus divisiones internas y la fragilidad de las convicciones internacionalistas de ciertos sectores, cuando

81. Ver Haupt, George. *Socialism and the Great War. The Collapse of the Second International*, Oxford University Press, Oxford, 1972.

no su antinternacionalismo. Así, la Internacional podía utilizar su prestigio para condenar las tácticas reformistas, pero carecía de medios para imponer tácticas revolucionarias a sus miembros, expulsar a los oportunistas, etc. Esta debilidad se reveló en toda su trágica crudeza cuando, en estricta traición a las resoluciones adoptadas en los anteriores congresos, los principales partidos de la Internacional se alinearon con sus burguesías ante la guerra imperialista. Las tareas prácticas que la guerra imponía eran *directamente* internacionales, mientras que la forma organizativa de la Internacional se sostenía sobre bases esencialmente nacionales. Una vez se somete una estructura así a un grado alto de presión, como el que implicaba la guerra (masivamente popular, en sus orígenes, entre todas las poblaciones que participaron de ella), la debacle es prácticamente inevitable.

2.6. El debate sobre el colonialismo

Pero no adelantemos acontecimientos, pues la disputa entre revolucionarios y reformistas tuvo otros episodios importantes antes de 1914. Uno de ellos fue el debate sobre el colonialismo, donde las chispas volvieron a saltar. Los reformistas, en la línea de Bernstein, defendían el carácter civilizador del colonialismo, llegando a abogar en algunos casos en favor de un engendro, adecuadamente denunciado por Kautsky como «una contradicción lógica», llamado «política colonial socialista» (según la cual también los países socialistas necesitarían colonias, y deberían abogar por mejorar las condiciones de vida, educación, etc. de los nativos); los revolucionarios, como es obvio, se oponían a la política colonial. El Congreso de Londres de 1896 había condenado el colonialismo, reivindicando la plena autonomía de toda «nacionalidad» y solidarizándose con las víctimas de la depredación imperialista, y había aprobado también una resolución de solidaridad con las luchas de liberación nacional que estaban teniendo lugar en Cuba, Creta y Macedonia. No obstante, el primer gran debate sobre la cuestión tuvo lugar en el Congreso de Ámsterdam, donde

quedó reflejado el creciente peso del oportunismo, que logró asegurarse una mayoría en el comité encargado de elaborar las resoluciones sobre el tema que el Congreso habría de votar.

El debate en sí no tiene especial interés, porque las posturas de los reformistas eran un despropósito que fue combatido y rechazado por la mayoría, pero el mismo hecho de que tales posturas se enunciaran en un Congreso socialista —y el escaso margen de votos por el que se la resolución final, que condenaba el colonialismo como sistema de explotación impuso (127 contra 108)— revela las hondas flaquezas de la Segunda Internacional (para que el lector se haga una idea, cuando Kautsky llamó a acercarse a los pueblos de África con una actitud solidaria y pacífica, ofreciéndoles apoyo, tecnología y recursos, un delegado holandés le respondió diciendo algo así como «si lo hacemos, igual nos comen»⁸²). De hecho, las resoluciones de 1904 condenaban enérgicamente todo colonialismo y pugnaban por la emancipación de las colonias, pero no decían nada sobre la lucha *en esas mismas colonias*.

82. Para el debate exacto, véase Taber, Mike [ed.]. *Reform, Revolution, and Opportunism: Debates within the Second International 1900-1910*, Haymarket Books, Chicago, 2023, pp. 74-8.

Lo cierto es que la Segunda Internacional era todavía una organización mayormente europea (y eurocéntrica), amén de parcialmente norteamericana, con apenas algunas secciones en otros países con cierto grado de industrialización como podían ser Japón, Uruguay o Argentina. Por supuesto, el proletariado global de la época se concentraba en esos países, y no existía algo así como un movimiento obrero chino o angoleño. También es cierto que las luchas anticoloniales aún no habían adquirido la escala que tendrían en los años y, sobre todo, décadas posteriores, y que la Segunda Internacional condenó insistentemente el colonialismo. A modo de ejemplo: August Bebel, el líder del socialismo alemán, afirmó lo siguiente en el Reichstag respecto al levantamiento de los herero, una tribu africana que se alzó contra el colonialismo germano y recibió un genocidio por respuesta:⁸³

La rebelión de los herero no cayó del cielo; fue el resultado inevitable de años de opresión, de despojo de tierras y de la privación sistemática de sus derechos

83. Sobre el episodio de la revuelta y la actitud de los socialistas alemanes, véase Bonnell, Andrew. «When German Socialists Mobilized Against Genocide in Namibia», *Jacobin Magazine*, 2026; «Social Democrats and Germany's War in South-West Africa, 1904-7: The View of the Socialist Press», en *Savage Worlds: German Encounters Abroad, 1798-1914*, Matthew P. Fitzpatrick y Peter Monteath [eds.], 2018, Manchester University Press, Manchester.

más elementales por parte de la administración colonial y los colonos [...]. Ustedes se indignan cuando un pueblo colonizado se levanta en armas en defensa de su patria y de su libertad. Sin embargo, celebrarían como héroes a cualquier pueblo europeo que hiciera exactamente lo mismo frente a un invasor extranjero [...]. El derecho a la insurrección, el derecho a la revolución, lo tiene todo pueblo y toda comunidad que se siente oprimida en sus derechos humanos hasta el extremo, y que no ve otra salida que el recurso a la fuerza.⁸⁴

84. Consultado en los *Steinographische Berichte* del Reichstag, disponibles online.

Sin embargo, como señala Mike Taber, la organización carecía mayormente de «una visión de las masas colonizadas como agentes activos de su propia liberación», lo cual debe verse como una debilidad fundamental.⁸⁵ No es que no existieran loables ejemplos que sí apuntaban en esta dirección.⁸⁶ En *El camino del poder* Kautsky aclara que:

Cuando Marx y Engels escribían el *Manifiesto del Partido Comunista*, el teatro de la revolución proletaria se limitaba para ellos a la Europa occidental. Hoy abarca el mundo entero. Hoy no son solamente las orillas del Spree y del Sena las que verán desarrollarse las luchas emancipadoras del pueblo explotado, sino también las del Hudson y del Mississipi, del Neva y de los Dardanelos, del Ganges y del Hoang-ho. Tan vasta como el campo de batalla es la tarea por cumplir: la organización socialista de la producción mundial [...]; Dichosos los llamados a tomar parte en esta sublime lucha, en esta magnífica victoria!⁸⁷

85. Taber, Mike, *Reform, Revolution...*, p. 55.

86. Existe, por otro lado, quien ha querido generar la falsa idea de que el SPD era un partido procolonial. Para una refutación ver Guettel, Jens-Uwe, «The Myth of the Pro-Colonialist SPD: German Social Democracy and Imperialism before World War I», *Central European History*, vol. 45, 2012, pp. 452-84.

87. Kautsky, Karl. *El camino del poder*, marxists.org, 1909, p. 71. Kautsky, claro está, no acabó estando precisamente entre los «dichosos». Sobre el escenario planteado por Kautsky y su influencia, véase también Lih, Lars. «A New Era of War and Revolution: Lenin, Kautsky, Hegel, and the Outbreak of World War I», en Anievas, Alexander [ed.], *Cataclysm 1914: The First World War and the Making of Modern Politics*, Brill, Leiden, 2015, pp. 366-412.

88. Ver, sobre este punto, Quiroga, Manuel. *La Segunda Internacional y el imperialismo. Una comparación entre la socialdemocracia alemana y la francesa 1896-1914*, Ariadna Ediciones, Santiago de Chile, 2021, pp. 110-2.

Lenin tampoco replicó nunca el error antes mencionado, ni mostró unos prejuicios eurocéntricos tan agudos como los que ciertamente seguían arrastrando Bebel y otros.⁸⁸ Como afirmara en 1913 en un artículo reveladoramente titulado «La atrasada Europa y la avanzada Asia»:

Por toda Asia está creciendo, extendiéndose y cobrando fuerza un poderoso movimiento democrático. La burguesía de allí se ha alineado, por el momento, con el pueblo contra la reacción. Cientos de millones de personas están despertando a la vida,

PROLETARIOS DEL MUNDO, UNÍOS

la luz y la libertad. ¡Qué alegría despierta este movimiento mundial en los corazones de todos los trabajadores con conciencia de clase, que saben que el camino hacia el colectivismo [léase socialismo] pasa por la democracia! ¡Con qué simpatía se llenan todos los demócratas honestos ante la joven Asia!⁸⁹

89. Lenin, V. I. *Backward Europe and Advanced Asia*, marxists.org, 1913.

Cabe decir que, incluso con todas sus limitaciones, la oposición de los partidos de la Segunda Internacional al colonialismo —reafirmada y mejorada, en lo que al contenido de las resoluciones respecta, en el Congreso de Stuttgart—, que implicaba un antagonismo con los intereses de su Estado, no deja de ser un ejemplo para un contexto como el nuestro, donde el alineamiento del movimiento obrero con los intereses imperialistas de su Estado sigue siendo la norma. Sin embargo, sus limitaciones son flaquezas muy reales, y cualquier intento de perpetuarlas no podría más que ser reaccionario.

La cuestión del colonialismo, por otro lado, revelaba otra limitación del ala mayoritaria de la Internacional: una insuficiente claridad en relación con las alianzas parciales que el proletariado debería sellar para llevar a cabo sus objetivos. El de las masas oprimidas del mundo colonizado sigue siendo el mejor ejemplo, pero esto se traducía también, en el seno de Europa, en la dificultad para ganarse a sectores del campesinado o las clases medias.

2.7. La cuestión migratoria

Otro punto del debate, de enorme vigencia, entre revolucionarios y reformistas fue la migración. Los reformistas defendieron que la migración era un arma utilizada por la burguesía para reducir sueldos, romper huelgas y empeorar por lo general las condiciones de vida de los trabajadores, e intentaron que el Congreso adoptara resoluciones que apuntaran a restringir la migración. Los revolucionarios no negaron que la burguesía utilizara efectivamente la migración para tales propósitos, pero rechazaron las conclusiones de los reformistas. Aceptar

las restricciones era aumentar el poder del Estado capitalista y atentar contra los derechos y necesidades de los trabajadores migrantes, generando una división entre trabajadores «nacionales» y «extranjeros» que atentaba contra los intereses del proletariado en su conjunto y su unidad. El problema real, argumentaron, era la vulnerabilidad de los trabajadores migrantes —económicamente desesperados, sin lazos en el territorio, sin vínculos organizativos ni derechos políticos de ningún tipo— y la única solución proletaria pasaba porque el movimiento obrero de cada país se esforzara en organizar y dar apoyo a estos sectores. Esta sí es, desde luego, una lección para un presente donde las posiciones antinmigración que se extienden como un veneno por todo el mundo tratan a menudo de disfrazarse de rojo.⁹⁰

90. He escrito sobre esta cuestión en Aguiriano, Mario. «El rojipardismo, siervo del capital», *Contracultura*, 2026. Conviene consultar también el número 54 de la revista *Arteka*, titulado «Muros, piel y miseria», e importantes trabajos de reciente traducción como Boumama, Saïd. *De las clases peligrosas al enemigo interior. Capitalismo, migraciones, racismo*, Traficantes de Sueños, Madrid, 2025.

91. Ver Pisano, Karla. «8-M: Nos han contado mal la historia», *Diario Socialista*, 2025; Pérez, Nadia. «¿Por qué construir un frente socialista de mujeres?», en *Marx XXI 3. Independencia Política*, Madrid, 2024, pp. 109-20.

2.8. La «cuestión de la mujer»

No puede dejar de mencionarse el debate sobre la cuestión de la mujer. El feminismo de los años 60 y 70 se esforzó por establecer un mito según el cual el socialismo había sido indiferente, o cuando menos insuficientemente atento, a la opresión de las mujeres. La realidad es la contraria.⁹¹ El socialismo no solo fue el primer movimiento de masas en atender esta cuestión, sino que lo hizo desde un marco más coherente y radical que el feminismo burgués, que sí era indiferente a la estructura de dominación de clase que reproducía inevitablemente la opresión de las mujeres trabajadoras. De hecho, el Primero de Mayo no es el único día icónico que debemos a la Segunda Internacional: también está el 8 de marzo, instituido como Día de la Mujer Trabajadora por la Conferencia Internacional de Mujeres Socialistas celebrada en 1910.

El socialismo revolucionario buscaba conquistar reformas, como el derecho al sufragio, al divorcio y al aborto, que instituyeran la igualdad política y civil entre hombres y mujeres, pero lo hacía desde un marco donde estas conquistas eran pasos hacia un objetivo mayor: la conquista proletaria del poder polí-

tico y la construcción del socialismo. Ello requería una política de «separación tajante» con respecto a los movimientos de mujeres burguesas.⁹²

92. Zetkin, Clara. *Separación tajante*, marxists.org, 1894.

También esta cuestión, como no podía ser de otra manera, generó fuertes fricciones entre revolucionarios y reformistas. Estos últimos no solo tendían a abogar por la connivencia con el feminismo, sino que también rebajaban la importancia de la lucha por el sufragio femenino. Al final, las posturas de Zetkin acabaron imponiéndose, y el movimiento de mujeres socialistas se consolidó como uno de los bastiones del ala revolucionaria de la Internacional, transitando posteriormente hacia la Comintern.⁹³

2.9. Militarismo, corrientes, traiciones

Por último, tenemos la cuestión del militarismo. Esta puede servirnos para complicar ligeramente el cuadro ideológico de la Internacional, profundizando más allá de la división básica entre revolucionarios y reformistas. Dentro de los revolucionarios existían también diferentes corrientes, por más que los marxistas ortodoxos llevaran la voz cantante. Había, al fin y al cabo, un ala izquierdista que mantenía cierto grado de continuidad con el bakuninismo, a pesar de haber asumido ciertos elementos básicos de la perspectiva marxista. Esta ala simpatizaba con el sindicalismo revolucionario, tendía a la impaciencia estratégica y abogaba crecientemente por la acción espontánea como solución mágica a los problemas que asolaban a los partidos de la Internacional. Incluso el mismo «centro» marxista estaba lejos de constituir una corriente puramente homogénea, por más que estas diferencias se mantuvieran por momentos parcialmente soterradas. Así, al menos retrospectivamente, resulta posible discernir cómo el centro-derecha capitaneado teóricamente por Kautsky en su etapa marxista —la corriente dominante en la Internacional durante la mayoría de su historia— siempre presentó ciertas diferencias con el centro-izquierda que podríamos asociar con

93. Ver Gaido, Daniel y Frencia, Cintia. *El marxismo y la liberación de las mujeres trabajadoras. De la Internacional de Mujeres Socialistas a la Revolución Rusa*, Ariadna, Santiago de Chile, 2016; *Feminismo y movimiento de mujeres socialistas en la Revolución Rusa*, Ariadna, Santiago de Chile, 2018; y Dyakonova, Daria y Taber, Mike. *The Communist Women's Movement 1920-1922. Proceedings, Resolutions, and Reports*, Haymarket, Chicago, 2023.

94. Ver Lenin, Vladimir. *Dos tácticas de la socialdemocracia en la revolución democrática*, EHK, 1905, p. 60.

el liderazgo bolchevique (por entonces una fuerza secundaria dentro de la Internacional), por más que aceptaran un marco general común (y que Lenin insistiera en su unidad, preguntándose retóricamente «¿dónde y cuándo he pretendido yo crear en la socialdemocracia internacional una tendencia especial, no idéntica a la de Bebel y Kautsky?» y señalando que, al menos en 1905, las diferencias que podía tener con ellos no eran mayores que las que estos habían tenido entre sí).⁹⁴ En ese sentido, el colapso de las grandes figuras del centro-derecha (Kautsky, Hilferding, etc.) hacia el *centrismo*, esa falsa «posición intermedia» entre reformismo y marxismo revolucionario, no es del todo casual: tiene raíces ideológicas en su insuficiente claridad en torno a la cuestión de la dictadura del proletariado, en ciertas concesiones al nacionalismo, en la excesiva valoración de la «unidad», en cierta rigidez táctica, etc.

Esta diversidad interna quedó reflejada en el debate sobre el militarismo en el Congreso de Stuttgart. Ante la pregunta «¿qué hacer si se desata una gran guerra entre potencias imperialistas?» el izquierdista francés Hervé abogó por comprometerse con lanzar de inmediato huelgas dentro del ejército y tentativas insurreccionales. Los marxistas, sin embargo, argumentaron que atarse *a priori* a una táctica concreta constituía un exceso de rigidez. El liderazgo alemán subrayó la importancia de la flexibilidad táctica —en una argumentación que no dejaba de traslucir algunos de las flaquezas que llevarían a la traición posterior— y de seguir insistiendo en la demanda de la milicia popular, líderes franceses como Jaurès y Vaillant abogaron por un enfoque más activo, que incluyera insistir en la huelga de masas. Los reformistas, por descontado, defendieron un enfoque más moderado que cualquiera de los anteriores. Es importante, en cualquier caso, enfatizar que la posibilidad de apoyar la guerra ni siquiera estuvo presente en el debate: todo se dirimía en *cómo combatirla*. En este punto, un pequeño sector encabezado por Lenin y Luxemburg logró añadir una importante coletilla a la resolución de compromiso finalmente adoptada.⁹⁵ El Congreso anunció su oposición frontal a la guerra imperialista, reivindicó la demanda de la abolición de los ejércitos permanentes y su rechazo a todo militarismo y,

95. Sobre este punto, véase Riddell, John [ed.], *Lenin's Struggle for a Revolutionary International. Documents 1907-1916*, Pathfinder Press, Nueva York, 1986.

a pesar de no comprometerse con ninguna táctica concreta, aceptó también que, en caso de que la guerra estallara, sería el deber de los socialistas:

Intervenir a fin de ponerle término lo más pronto posible, y dedicar toda su fuerza para aprovechar la crisis económica y política creada por la guerra para agitar los estratos más profundos del pueblo y precipitar la caída de la dominación capitalista.

Aquí está ya enunciado, como veremos, el núcleo del derrotismo revolucionario. Por el momento, basta señalar que los siguientes Congresos no hicieron más que aumentar el optimismo de la Internacional en lo que a la capacidad del proletariado de oponerse decisivamente a la guerra se refiere. Especialmente relevante en este sentido fue el Congreso de Basilea de 1912. En las semanas anteriores movilizaciones masivas contra la guerra habían recorrido las principales capitales europeas; en Basilea los delegados desfilaron por la ciudad denunciando el militarismo para internarse en una catedral profusamente decorada con banderas rojas. Como afirma James Joll, este congreso marcó el punto álgido de la «autoconfianza optimista de la Internacional».⁹⁶ Rebosantes de confianza en la fuerza y unidad del proletariado europeo y orgullosos de las firmes resoluciones nuevamente aprobadas contra la guerra imperialista, los delegados del congreso salieron de Basilea henchidos de optimismo. No se puede entender la historia de la Internacional si no se interioriza que ni el mayor de los cenizos hubiera imaginado en 1912 lo que sucedió en 1914.

Y, obviamente, sucedió. El reformismo no había conseguido que se aprobara una sola resolución que reflejara claramente su perspectiva en toda la historia de la Internacional, y aun así logró imponerse en la práctica en el momento decisivo. Así, la principal debilidad de la Internacional no dejó de ser la distancia entre las palabras y los hechos, entre la retórica revolucionaria y su incapacidad para estar a la altura de la misma en la hora clave.

96. Joll, James. *The Second International 1889-1914*, Routledge, Londres, 1974, p. 159.

2.10. Reforma y revolución: los dilemas de la política proletaria

El problema que, en última instancia, los principales partidos de la Segunda Internacional no lograron resolver está lejos de ser una minucia que pudiera zanjarse con alguna fórmula mágica: *¿cómo ser un partido revolucionario en una época no revolucionaria?* En el caso de la Segunda Internacional esto implicaba preguntarse cómo mantenerse fiel, en la práctica, a los objetivos revolucionarios enunciados. El dilema es ineludible por el siguiente motivo: una revolución proletaria triunfante necesita de un partido, y ese partido —que ha de ser capaz de ganarse a una «mayoría decisiva», según la expresión de Lenin, para la revolución, y ser por tanto un partido revolucionario de masas— no puede construirse desde cero en mitad del fragor de una crisis revolucionaria. Debe, en suma, construirse *antes*, cuando la posibilidad de disputar directamente el poder aún no está madura y el orden burgués se mantiene relativamente estable —aunque sea en el sentido mínimo de que su abolición no está sobre la mesa—. Pero en momentos de estabilidad, por relativa que sea, la sociedad burguesa conspira por los medios más variados contra la existencia misma de un gran partido revolucionario. Lo hace, en primera instancia, por medio de la coerción directa ejercida por un Estado burgués que monopoliza el poder político. Esto puede implicar, en su versión más fuerte, que el partido sea absolutamente ilegal, lo que hace casi imposible adquirir una dimensión auténticamente de masas, pero se aplica igualmente en los casos en los que el partido puede actuar parcialmente dentro de los márgenes de la legalidad. Al fin y al cabo, el núcleo revolucionario del partido hace inevitable el antagonismo con el aparato burocrático-militar del Estado. Al uso de la fuerza bruta se le suma la constante represión judicial, bajo la forma de un hostigamiento permanente. E incluso cuando esto no se expresa como represión armada directa, la represión legal —en la forma de censura, restricciones al derecho de asociación, encarcelamientos permanentes, etc.⁹⁷— y el acoso judicial pueden resultar enormemente efectivos. La represión estatal cumple diversas funciones, y una no menor es la de incentivar las posiciones favorables al compromiso y la moderación, que pueden sostenerse en ella para

97. Los editores de los muchos periódicos y revistas del SPD, por ejemplo, entraban regularmente a la cárcel bajo cargos de injurias al Káiser o a burgueses individuales, incitación a la rebelión, expresión de opiniones republicanas, etc.

imponer sus posturas. Siendo aún más incisivos, podríamos decir que lo que permite es que estos sectores *disfracen* sus ideas liquidacionistas de simple prudencia, confeccionando una adecuada piel de cordero para los lobos. Ideas como «dejemos de hablar tanto de revolución porque no podemos permitirnos tantos encarcelamientos» pueden acabar siendo un *proxy* para quienes quieren decir algo muy diferente: «dejemos de hablar tanto de revolución porque —según la famosa expresión de Ebert— la odio como al pecado».

Después está la presión que pueden ejercer los empleadores, tiranos en su feudo empresarial, bajo la forma de despidos, listas negras, etc. A ello hay que sumarle el ataque constante por parte de los medios de la oligarquía, y también, decisivamente, la presión ideológica permanente que ejerce (también de forma espontánea) la sociedad burguesa en su funcionamiento cotidiano. En condiciones de estabilidad, los revolucionarios serán inevitablemente una minoría, por más que se trate de una minoría cuantiosa (de incluso varios millones de personas). A nivel práctico, la sociedad capitalista desincentiva la actividad revolucionaria por los medios más variados. La forma más extendida de conciencia que corresponde a este contexto es una conciencia adaptada al funcionamiento de la sociedad; esto es, una forma de conciencia *burguesa*. De hecho, la pregunta teórica realmente interesante, como han señalado diversos autores,⁹⁸ no es por qué no existe un movimiento revolucionario en X contexto, sino más bien *cómo ha podido existir* dadas las inmensas dificultades que la sociedad burguesa impone a su funcionamiento cotidiano, donde la «compulsión muda» de las relaciones económicas, que incentiva la sumisión, se entrelaza con las formas de dominación política e ideológica directa ejercidas desde el Estado, sus partidos leales, los medios burgueses, etc. Esto nos obliga a mirar con diferentes ojos la historia del movimiento obrero, incluyendo, por supuesto, la de la Segunda Internacional. No es que debamos, claro, abandonar la pregunta de qué salió mal a cada momento, pues sin ella no hay avance posible. Pero sí deberíamos abandonar el tristemente habitual desdén con el que se miran las experiencias del pasado que acabaron en fracaso, y aprender a ver lo

98. Ver Chibber, Vivek. *The Class Matrix: Social Theory After the Cultural Turn*, Harvard University Press, Boston, 2022; y Clare Roberts, William. «The Red Pill. Breaking out of the Class Matrix», *Radical Philosophy*, vol. 213, 2022, pp. 57-65. El de Roberts contiene, de paso, una interesante crítica de la obra de Chibber, recientemente traducida al castellano.

que en todas ellas hay de excepcional. El desafío real consiste en abordar ambas cuestiones al mismo tiempo, abandonando cualquier forma de unilateralidad. Puede asumirse incluso que hay algo esencialmente mal dentro de un modelo y lograr sin embargo apreciar lo que consiguió. ¿Cómo pudo crearse en Europa una red de partidos con millones de miembros y simpatizantes que abogaba abiertamente por la revolución y el socialismo? ¿Cómo pudieron los obreros y campesinos del imperio zarista llegar a tomar el poder? ¿Cómo pudo un ejército compuesto mayormente por campesinos pobres triunfar en China? ¿Cómo pudo el socialismo real dar educación, sanidad, alimento y cobijo a millones que venían de la completa miseria, gestionando por vez primera una sociedad moderna sin burguesía, a la vez que resistía la presión del imperialismo? La cuestión no es sustituir la crítica totalizante por la hagiografía, ni tan siquiera buscar combinarlas de forma ecléctica. Es, por el contrario, ser capaces de asumir la complejidad real de los procesos históricos, medir los méritos que existen, aunque sea dentro de marcos erróneos, viciados o muy limitados, dentro de todas las experiencias del movimiento obrero, y en general saber mirar la historia con la complejidad que esta exige.

Decíamos, en cualquier caso, que un partido revolucionario vive bajo la amenaza perpetua de la asimilación ideológica, política y organizativa. Pues, además, el reverso del «palo» contra las actitudes revolucionarias es la zanahoria para quienes aceptan asimilarse. Esto es lo que representa el reformismo. Lo perverso, al mismo tiempo, es que la zanahoria solo está disponible mientras exista la amenaza que podría requerir el uso del palo, de modo que aceptar integrarse a cambio de zanahorias acaba implicando quedarse sin zanahorias, como la historia de la socialdemocracia demuestra sobradamente.

Hay que insistir en que el desafío real no es cómo juntar a un puñado de revolucionarios en un momento dado: eso es, a todas luces, relativamente fácil. Lo difícil es mantener el equilibrio entre el carácter revolucionario del movimiento y su carácter de masas. Los principales partidos de la Segunda Internacional acabaron fracasando en esta tarea. El trabajo

cotidiano en busca de mejoras y reformas, ineludible para alcanzar una dimensión de masas, acabó sin embargo por generar un enorme aparato institucional en el que anidaba una capa de burócratas cada vez menos interesada en todo aquello que no fueran, precisamente, las reformas. Su creciente acomodamiento con el orden existente venía acompañado por el aumento de su peso organizativo, especialmente en el ámbito de los poderosos sindicatos. Los sindicatos, aunque estuvieran vinculados al partido, eran espacios mucho más amplios: el partido concentraba, mal que bien, a los sectores más avanzados; los sindicatos acogían a millones de miembros con una conciencia socialista escasamente desarrollada. En Alemania, por ejemplo, el SPD contaba con cerca de un millón de militantes, pero los sindicatos se acercaban a los 4 millones. El apoyo de esa masa de obreros era para el partido una necesidad. Pero ya desde finales del siglo XIX los líderes sindicales —en una línea similar a lo sucedido en la Primera Internacional— habían mostrado su desdén por las posturas revolucionarias. Los argumentos no nos resultan desconocidos: los revolucionarios eran «doctrinarios» o «dogmáticos», eran «excesivamente intransigentes», eran «intelectuales pequeñoburgueses» en lugar de «obreros reales», etc. El trasfondo de esta línea argumental, que como vemos es muy vieja, es que los líderes sindicales reformistas son los auténticos representantes reales de la clase trabajadora.⁹⁹ Los líderes políticos reformistas utilizaban argumentos similares para desviarse de la línea del partido, arguyendo que se «debían» a sus electores, esto es, a amplios sectores con una conciencia política menos elaborada. Los debates que dieron lugar al concepto de «centralismo democrático» tienen su origen en esta clase de estratagemas, frente a lo cual los revolucionarios insistieron en que los representantes del partido se debían a sus acuerdos colectivos y principios —como los marxistas siempre habían defendido¹⁰⁰—. Sin embargo, los sindicalistas perseveraron y acabaron logrando, por la vía de los hechos, quebrar el brazo del partido y oponer la línea oportunista en la práctica.¹⁰¹ Lo lograron, mayormente, ya en el Congreso de 1905, donde el Partido hubo de concederles por lo bajo derecho a veto sobre la convocatoria de una huelga de masas. Eso implicaba que el

99. El famoso argumento de la «conciencia desde fuera», acuñado por Kautsky y replicado por Lenin en el *¿Qué hacer?*, fue desarrollado en una polémica contra sindicalistas austriacos que se dio exactamente en estas coordenadas.

100. Ver Macnair, Mike. «Origins of Democratic Centralism», *Weekly Worker*, 2015.

101. Sobre el conflicto entre el ala marxista y el sindicalismo, véase Gaido, Daniel. «El marxismo y la burocracia sindical. La experiencia alemana 1898-1920», *Archivos de la Historia del Movimiento Obrero y de la Izquierda*, n.º 1, 2012, pp. 129-52. Sobre la claudicación ante los sindicatos en torno a esta cuestión, véase Schorske, Carl E. *German Social Democracy 1905-1917: the Development of the Great Schism*, Harvard University Press, Cambridge, 1955, pp. 58-115. La narrativa general del libro de Schorske, dicho sea de paso, debe ser criticada. El autor simplifica las posiciones en juego para pretender que las opciones en liza se agotaban entre un izquierdismo utópico y un reformismo rastrero, pero realista.

partido se maniataba conscientemente ante la principal táctica revolucionaria que tenía a su disposición. Esta clase de compromisos, mantenidos en su momento en nombre de la unidad, acabaron revelándose fatales. La vía que abrieron fue también la pendiente por la que algunos antiguos marxistas acabaron desliziéndose hacia el oportunismo.

Pero es importante no saltar de la necesaria crítica de estas cuestiones a conclusiones generales equivocadas. Existe una línea argumental según la cual la forma de evitar los problemas de la Segunda Internacional habría consistido simplemente en ser «muy revolucionarios»: esto es, adoptar un compromiso permanente con las vías de acción más radicales (insurreccionales, en última instancia), tratar de impulsar revueltas espontáneas, etc. Desde estas coordenadas, la tensión entre los objetivos revolucionarios de la Internacional y una práctica centrada en la conquista de reformas tendría fácil solución: abandonar la cuestión de las reformas y centrarse en la «vía revolucionaria». Se trata, sin embargo, de un argumento idealista —uno que, de hecho, replica los argumentos de Bakunin y sus seguidores contra los marxistas en la Primera Internacional—. Su idealismo radica en que el conjunto de tácticas viables en cada momento histórico no depende de la voluntad abstracta de los miembros del partido, sino de la realidad misma. Un revolucionario que solo quisiera hacer la revolución (y nada más) es comparable a un nadador que insistiera en lanzarse a nadar aunque no hubiera agua a 10 kilómetros a la redonda.¹⁰² No suele tenerse suficientemente en cuenta el carácter desastroso para el movimiento obrero de las tentativas insurreccionales o golpistas (lo que la tradición marxista conoce como «putschismo») llevadas a cabo en ausencia de condiciones efectivas adecuadas: miles de muertos, represión a gran escala contra todas las organizaciones obreras independientes, desmantelando o dañando gravemente el tejido construido, desmoralización generalizada, pérdida de confianza en el partido... Una experiencia así puede hundir cualquier perspectiva revolucionaria real durante décadas. Tampoco se insiste lo suficiente en su reverso: es imposible construir un

^{102.} Ver Luxemburg, Rosa. *¿Reforma o revolución?*

auténtico movimiento de masas capaz de disputar realmente el poder desde estas coordenadas.

En ese sentido, la lucha por las reformas no se derivaba de la voluntad secretamente reformista de los miembros de la Internacional, sino de las condiciones objetivas a las que se enfrentaron durante un periodo de desarrollo «pacífico» del capitalismo. Cuando hubo una revolución sobre la mesa, como en la Rusia de 1905, el ala dominante de la Internacional la apoyó con entusiasmo, y sus más destacados exponentes respaldaron la estrategia bolchevique.¹⁰³

Por el contrario, si los miembros de la Internacional hubieran optado por el marco ultraizquierdista de «revolución o nada», la Internacional simplemente no habría existido. Habría quedado reducida a una pequeña secta sin impacto real y el desarrollo del movimiento obrero habría sido mucho más lento. La fusión entre el socialismo y la clase trabajadora habría sido mucho más frágil, y la posibilidad de conquistar el poder no habría estado sobre la mesa en el periodo 1917-1921. Sin embargo, todo lo anterior demanda un análisis exhaustivo de las causas que generaron la brecha entre las palabras de la Internacional y sus actos, especialmente en el momento decisivo.

En la próxima sección analizaremos algunas de las lecciones que la Comintern extrajo de esta experiencia. Por el momento, cabe esbozar una serie de puntos a modo de cierre. Entre las debilidades de la Segunda Internacional hemos destacado su escaso nivel de centralización —que la relegaba al papel de una institución simbólica más que una dirección efectiva del movimiento obrero internacional—, sus limitaciones geográficas, las insuficiencias de sus posiciones sobre el colonialismo en lo que respecta al reconocimiento de las masas oprimidas de las colonias como sujetos activos, la falta de claridad sobre la política de alianzas o la cuestión del momento revolucionario y la creciente propagación del reformismo entre sus filas —esencialmente bajo la forma de unas burocracias cada vez más desconectadas de los intereses de clase de las masas y los

103. Ver Kautsky, Karl. «Fuerzas motrices y perspectivas de la revolución rusa», *Revista Izquierdas*, vol. 24, 2015, pp. 246-83. Para una perspectiva más general, véase Gaido, Daniel y Day, Richard. [eds.]. *Witnesses to the Permanent Revolution. The Documentary Record*, Brill, Leiden, 2009.

objetivos revolucionarios—. Entre sus virtudes, por otro lado, hemos destacado la popularización del marxismo y su estrategia, el desarrollo político del proletariado, entendido como el desarrollo de su conciencia socialista, la unión del movimiento obrero mundial bajo la bandera roja y el enorme aumento de sus fuerzas, etc. Como señala Mike Taber, lo loable de la Segunda Internacional fueron esencialmente sus esfuerzos por

[u]nificar el movimiento obrero mundial bajo la bandera del marxismo y por difundir el objetivo estratégico del movimiento: el derrocamiento revolucionario de la clase capitalista y su sustitución por el gobierno del proletariado, como primer paso hacia el establecimiento del socialismo.¹⁰⁴

104. Ver Taber, Mike. *The Second...*

El libro *Under the Socialist Banner*, elegantemente editado, recoge todas las resoluciones de la Segunda Internacional entre 1889 y 1912, y permite ver con claridad cómo y por qué la Segunda Internacional supuso un gran progreso a pesar del colapso final del oportunismo que acabó dominándola. Además, fue bajo la Segunda Internacional cuando se desarrollaron y consolidaron los medios elementales de la política obrera: las movilizaciones masivas, los mítines multitudinarios, la prensa obrera, el uso revolucionario de las tribunas parlamentarias, la huelga de masas, los enormes congresos públicos, la ubicuidad de la bandera roja como bandera del proletariado internacional, los grandes días de lucha (Primer de Mayo, 8 de Marzo), los partidos obreros de masas, la actitud de «campana permanente», la distinción clara entre teoría, propaganda y agitación, la conciencia de la necesidad de utilizar todos los medios de lucha disponibles para avanzar hacia los objetivos del movimiento, los grandes sindicatos, la creación de instituciones obreras en todos los ámbitos, bajo la forma de una «sociedad paralela», las campañas de solidaridad internacionalista (como la recogida masiva de fondos realizada en Alemania para los revolucionarios rusos de 1905), la estética básica del movimiento y la importancia de ese simbolismo para la unidad, la naturaleza y función de las demandas de clase, el papel de los programas políticos y las propuestas básicas que deben contener, etc. Así,

[l]a Segunda Internacional demostró el poder potencial de la clase obrera organizada y su capacidad para transformar la sociedad. Al atraer a millones de trabajadores al socialismo y organizarlos en la lucha contra el capitalismo, la Segunda Internacional contribuyó a crear las condiciones previas para el éxito de la lucha revolucionaria.¹⁰⁵

105. *Ibid.*

La mancha indeleble en su historial, así como el motivo básico para verla como una experiencia que debe ser *superada*, fue la incapacidad de su sector mayoritario para estar a la altura de estos ideales. Así, los intentos de una rehabilitación *integral* de la Segunda Internacional no pueden ser más que reaccionarios: condenan al niño, por usar el cliché, a seguir sumergido dentro del agua sucia. Paralelamente, los intentos de llevar a cabo una condena integral de la Segunda Internacional rompen la unidad de la tradición marxista, estableciendo un hiato ilegítimo dentro del proceso de maduración política del proletariado. El resultado no es un grado mayor de pureza. Al contrario. Al ofuscar el momento de continuidad en pos de una «novedad absoluta», la historia real se falsea y acaba construyéndose una imagen falsa de la política revolucionaria que no puede sino coincidir, como señalábamos anteriormente, con alguna de las opciones políticas históricamente rechazadas por el marxismo (blanquismo, bakuninismo, socialismo de Estado, etc.).

3. La Tercera Internacional

Los orígenes de la Tercera Internacional representan el punto políticamente más avanzado en la historia del movimiento obrero. La secuencia histórica que conecta las tres internacionales puede resumirse con estas palabras de su manifiesto inaugural:

Si la Primera Internacional previó el futuro desarrollo y preparó el camino, si la Segunda Internacional reunió y organizó a millones de proletarios, la Tercera Internacional será la Internacional de la acción de las masas, la Internacional de las realizaciones revolucionarias.

Otra forma de ver esta secuencia es como un proceso de maduración y depuración: la Primera Internacional reunió a todas las corrientes que tenían presencia dentro del movimiento obrero, la Segunda Internacional expulsó a los anarquistas, la Tercera a los reformistas, constituyéndose como la Internacional de los comunistas revolucionarios.

En ese sentido, la Tercera Internacional representa, al igual que la Segunda, una unidad de continuidad y ruptura —al menos a ojos de sus principales impulsores—. Continuidad con lo mejor del legado de la Segunda y todo el desarrollo de lo que por entonces era conocido como «socialdemocracia revolucionaria», ruptura con aquellos elementos, corruptores y oportunistas, que habían impedido a la Segunda Internacional estar a la altura de sus postulados y actuar en consecuencia, formulando tácticas apropiadas, una vez llegó el momento de la revolución. O, aún más sintéticamente: continuidad con el ala revolucionaria, ruptura con el oportunismo.¹⁰⁶ De nuevo, las palabras de Zinoviev recogen este espíritu:

El ala marxista revolucionaria siempre existió en la Segunda Internacional. Y no hemos renunciado nunca ni por un segundo a ese legado.¹⁰⁷

Lenin sería aún más explícito:

Cuando se dice que la Segunda Internacional murió tras sufrir una bancarrota vergonzosa, uno debe ser capaz de entender qué es lo que esto significa. Significa que el oportunismo, el reformismo, el socialismo pequeñoburgués cayeron en bancarrota y murieron. Porque la Segunda Internacional hizo un servicio histórico, tiene logros en su haber que son eternos y a los que los trabajadores con conciencia de clase no renunciarán nunca: la creación de organizaciones obreras de masas —cooperativas, sindicatos y partidos—, el uso del sistema parlamentario burgués y, en general, de todas las instituciones de la democracia burguesa, etc.¹⁰⁸

106. Ver Lih, Lars. «“Revolutionary Social Democracy” and the Third International» en *Left Transnationalism: The Communist International and the National, Colonial, and Racial Questions*; Drachewich, Oleksa y McKay, Ian [eds.], McGill-Queen’s University Press, Montreal, 2019, pp. 49-72.

107. Zinoviev, Gregori. *Gegen den Strom. Aufsätze aus den Jahren 1914-1916*, Verlag der Kommunistischen International, Hamburgo, 1921, p. 501.

108. Lenin, *Complete Works*. Volume 29, Progress Publishers, Moscú, 1965, p. 504.

Aun así, no fue fácil lograr imponer esta racionalidad a las heterogéneas fuerzas que componían la Comintern. La lectura

del pasado no era una cuestión de «identificación» en abstracto: era, por el contrario, una cuestión de *línea política*. Implicaba decidir qué debía ser preservado y qué debía ser superado. Luego volveremos sobre esta cuestión.

3.1. La ineludible escisión del socialismo

Lo primero era reivindicar la legitimidad, y de hecho la inevitabilidad, de la escisión que dio lugar a la Comintern. Este punto difícilmente puede sorprender a los marxistas, pero conviene sin embargo enfatizarlo. En los años 70 el eurocomunismo divulgó la idea de que la ruptura que dio lugar a la Tercera Internacional debía verse como una *escisión sectaria* que habría debilitado al movimiento obrero. Cuesta creer que, de ser interpelados directamente, ninguno de quienes hoy se declaran comunistas suscribiera esta afirmación. Pero la realidad es más compleja. Por un lado, quienes hoy son miembros de los partidos que conformaron la Comintern (el PCE, etc.) obedecen en su mayoría a una línea política que es *precisamente aquella contra la que se creó la propia Comintern*, por lo que están de acuerdo con esa afirmación *en la práctica*. Por otro lado, entre los grupos críticos con esta clase de fuerzas, la comprensión general que existe sobre el fenómeno de las escisiones es habitualmente diferente (y peor) al que imperaba entre los fundadores de la Comintern. De ahí que merezca la pena revisar brevemente la cuestión.

Desde una perspectiva socialista seria, las escisiones son una cuestión de excepcional gravedad, un recurso de última instancia que solo ha de utilizarse en contextos en los que los principios y el futuro mismo del movimiento estén plenamente comprometidos. Pues el movimiento obrero necesita objetivamente toda la unidad posible para conseguir sus propósitos, desde ganar una huelga a tomar el poder. De ahí que la escisión solo se justifique precisamente en los casos en los que la unidad resulte inevitablemente perjudicial para el movimiento revolucionario en su conjunto.¹⁰⁹

109. Prueba de la extrema gravedad que los socialistas conferían a la escisión es el hecho de que, hasta bien entrado 1915, Lenin siguiera considerando la posibilidad de mantenerse como «oposición de izquierda» dentro de la Segunda Internacional (cosa que, finalmente —y por buenos motivos— descartó).

Así, la forma en que los socialistas abordaban la cuestión de la unidad y la separación tenían poco que ver con aquello a lo que estamos acostumbrados en las últimas décadas. La degeneración oportunista del movimiento comunista ha tenido su reverso en una *degeneración sectaria*, donde la unidad se concibe como homogeneidad absoluta y la escisión siempre es válida con tal de que pueda esgrimirse cualquier tipo de diferencia. Con estos mimbres es imposible construir nada más que microcastillos de arena; no, desde luego, partidos revolucionarios.¹¹⁰

110. Ver Macnair, Mike. «Not a Clean, But a Dirty Split», *Weekly Worker*, 2026.

La lógica de los fundadores de la Internacional era diferente. A sus ojos, lo que había hecho inevitable la escisión era simplemente la maduración histórica del movimiento obrero. Cuando el oportunismo se desarrolló hasta revelarse como aliado de su propio Estado capitalista, la escisión se volvió ineludible (de ahí que Lenin insistiera en cómo la traición de la Segunda Internacional revelara la bancarrota *del oportunismo*, que había acabado demostrando su auténtica naturaleza y no podía ya, por ello, ser un compañero de viaje por más que se mantuvieran ciertas distancias —como los bolcheviques siempre habían hecho con los mencheviques, incluso cuando eran miembros de un mismo partido—). Por decirlo de otro modo: la maduración del movimiento obrero también es la maduración de incompatibilidades de fondo que en etapas anteriores no se expresaban con la misma crudeza, lo que permitía la unidad organizativa —como en la Primera Internacional, en el POSDR, etc.— a la vez que se mantenía una clara separación política —entre «marxistas» y sindicalistas o proudhonianos, en un grado superior, entre bolcheviques y mencheviques, etc.—. Llegado cierto grado de desarrollo, las diferencias de fondo mutan en tensiones irreconciliables, que no solo exigen la separación política, sino también la separación organizativa. Esto es lo que sucedió con los anarquistas entre finales de la Primera y comienzos de la Segunda Internacional, e igualmente con el oportunismo a partir de 1914. Llegado ese momento ya no podía verse al oportunismo como un enemigo interno, una desviación pequeñoburguesa que combatir en el seno de organizaciones unificadas, confiando en que acabarían por

ver la luz o que la revolución mostraría la superioridad de las propias posturas. No, en 1914 el oportunismo demostró haber madurado hasta convertirse en una fuerza netamente traidora de la que solo cabía escindirse organizativamente.¹¹¹

El escenario resultante dividía a los sectores revolucionarios, internacionalistas —esto es, desleales a su Estado capitalista— y favorables a la dictadura del proletariado, y a los sectores reformistas, leales a su Estado y enemigos de la dictadura del proletariado. Esta es una división irreconciliable, en la que no cabe una síntesis virtuosa: o vence uno o vence el otro. Por el mismo motivo, es un punto de no retorno. De ahí que la escisión que dio lugar a la Tercera Internacional fuera plenamente legítima, condición de posibilidad para preservar y desarrollar el movimiento revolucionario.

Luego está, claro, la cuestión de la forma y los tiempos de la escisión, que levantó más polvareda de la que hoy se recuerda.¹¹² De hecho, no estaba establecido que lo que después pasaría a conocerse como el primer Congreso de la Comintern fuera a ser el momento de lanzar una nueva Internacional, y hubo varios delegados —muy señaladamente, delegados alemanes— que se opusieron a ello no por su reformismo, sino por una cuestión de tiempos. El dilema de fondo residía en si el movimiento obrero internacional estaba ya maduro para la escisión, o si, por el contrario, convenía esperar confiando en que se clarificara el terreno y la escisión pudiera darse bajo mejores condiciones. El miedo de los delegados escépticos era que una escisión prematura dejara a los revolucionarios en posición de debilidad. En cambio, el miedo de los bolcheviques, principales impulsores de la creación de la Comintern, era que postergar la decisión acabara redundando en una debilidad aún mayor y se dejara pasar la oportunidad revolucionaria. La apuesta bolchevique, en ese sentido, era reunir de inmediato a todos los revolucionarios en una nueva organización y confiar en que, con una táctica apropiada, la minoría pudiera convertirse en mayoría y la crisis revolucionaria en revolución internacional triunfante.

111. Es importante recordar que hasta ese momento ni bolcheviques ni ningún miembro del ala marxista de la Internacional llegó a considerar que los revolucionarios debieran encabezar una escisión: su postura oficial era que, por el contrario, debían tratar de afianzar su liderazgo en los respectivos partidos y corregir su rumbo lo que fuera necesario. La idea de que los bolcheviques siempre habían optado por la escisión es una falsificación posterior —como Clara Zetkin denunciaba—. Ver, sobre este punto, Lewis, Ben. «Clara Zetkin's Spicy Letter on Party History», *Marxism Translated*, 2023.

112. Ver Riddell, John. *Lenin's Comintern Revisited*, Brill, Leiden, 2025.

Esto, evidentemente, no sucedió. Pero no creo que eso sea motivo suficiente para considerar que la apuesta fuera errónea; al contrario, es difícil no concluir que era lo mejor que podía hacerse en esas circunstancias. La alternativa tenía altas papeletas de generar un escenario aún peor, dividiendo a los propios revolucionarios entre sí y confrontándoles con la opción del aventurerismo, por un lado, y la subordinación a la socialdemocracia traidora, por otro. En otras palabras: no es solo que la escisión fuera plenamente legítima, es que sus tiempos fueron, dentro de lo que cabía, los apropiados.

No se insiste lo suficiente en lo complejo, o incluso desesperado, del contexto en que nació la Tercera Internacional. Por supuesto, ninguna organización revolucionaria nace en un escenario de placidez. Pero, por seguir con las metáforas sobre nacimientos, no es lo mismo dar a luz en tu bañera —algo sin duda mejorable— que hacerlo en mitad de un campo de batalla. Los momentos de grandes oportunidades son siempre momentos de grandes peligros, y esto se aplica con nitidez al periodo revolucionario que se abrió tras el fin de la guerra imperialista.

La dificultad básica que tuvo que navegar la Comintern durante sus primeros años de existencia fue la de tratar de aprovechar la oportunidad para hacer la revolución contando con unas fuerzas reducidas, insuficientemente experimentadas y en absoluto homogéneas, al tiempo que pugnaba por mantener el poder en una Rusia aislada contra viento y marea.¹¹³ Las temporalidades requeridas por ambos planos (objetivo y subjetivo) entrarían inevitablemente en tensión: un contexto revolucionario demanda acciones enérgicas en el aquí y el ahora; la construcción de un partido capaz de encabezar un proceso revolucionario es una tarea lenta.¹¹⁴ El problema, claro, es que no era posible afirmar uno de los polos y desterrar el otro. Optar por «la revolución» sin fuerzas para llevarla a cabo era optar por el suicidio; desdeñar por completo la oportunidad revolucionaria en favor de un proceso paciente de construcción organizativa era objetivamente revisionista, e implicaba

113. Ver Conrad, Jack. «Applying Bolshevism globally», *Weekly Worker*, 2024.

114. Este punto es elegantemente desarrollado por Domènech, Antoni. *El eclipse...* pp. 352-84.

condenar a la agonía y la degeneración a la mayor de las conquistas del proletariado de la época: la Rusia soviética.

Y con esto llegamos a la cuestión de la composición de la Tercera Internacional, mucho más compleja de lo que tiende a recordarse. La Comintern replicaba, en un plano superior, la vieja división entre izquierda, centro y derecha. En este sentido, cabe recordar que los bolcheviques eran los *únicos* herederos del ala marxista de la Segunda Internacional que habían logrado superar sus limitaciones y constituirse en partido revolucionario de masas, mayoritario dentro de la clase obrera de su país. Fueron acompañados, en su ruptura, por los militantes de esta corriente (Zetkin, etc.) que no colapsaron políticamente (como sí hicieran Kautsky y otros), por buena parte del viejo sector izquierdista (descontando a aquellos, como Parvus, Haenisch, Curnow y Lensch, que pasaron a defender la guerra)¹¹⁵ y por algunos sectores centristas. En muchos casos quienes acudieron seguían siendo una fracción dentro de las principales organizaciones socialistas de sus países. Al mismo tiempo, el primer Congreso de la Comintern contó con la participación de algunas organizaciones anarquistas fascinadas por la Revolución de Octubre. El tamaño de estos grupos, o de las organizaciones surgidas de las fusiones entre ellos, variaba enormemente, oscilando entre los cientos de militantes y el carácter de masas del vacilante Partido Socialista Italiano. Con la excepción de este último, que no puede considerarse un partido revolucionario de masas dada su posición generalmente centrista, ninguno de los demás asistentes no soviéticos representaba a una mayoría de los trabajadores militantes de sus países. Pocos meses antes de la fundación de la Comintern, la insurrección alemana de enero del 19 había demostrado con contundencia algo que los marxistas, en rigor, ya sabían: el carácter catastrófico de las insurrecciones minoritarias (cientos de muertos —incluidos Rosa Luxemburg y Karl Liebknecht—, miles de represaliados, etc.).¹¹⁶

Así, el sector dominante de la Internacional tuvo que lidiar tanto con el carácter limitado de sus fuerzas en una era de urgencia revolucionaria como con la limitación extra que impo-

115. Ver Lewis, Ben. «World War I: the SPD left's dirty secret», *Weekly Worker*, 2014.

116. Ver Broué, Pierre. *The German Revolution 1917-1923*, Brill, Leiden, 2005.

nían los prejuicios y vacilaciones de muchos de sus camaradas, fuera en la versión de la impaciencia izquierdista o en la de la tibieza centrista.

117. Ver Davis, Mike. *Old Gods, New Enigmas. Marx's Lost Theory*, Verso, Londres, 2018.

A esto se le añadía una cuestión habitualmente olvidada: la ruptura con la socialdemocracia tuvo un carácter marcadamente *generacional*.¹¹⁷ Mientras que la mayoría de los trabajadores de más edad siguieron bajo la bandera de los partidos donde habían crecido políticamente y de cuya época heroica habían participado, la nueva generación de trabajadores —nacida entre finales del XIX y comienzos del XX— se lanzó en gran medida a las filas de la Comintern (especialmente en los países donde esta consiguió desde el principio un mayor arraigo, como en el caso de Alemania). Así, la nueva organización contaría con el ímpetu revolucionario de una juventud marcada por la barbarie de la guerra, pero también habría de lidiar con su inexperiencia e impulsividad.

Por último, tenemos simplemente la cuestión del contexto. Si los momentos no revolucionarios generan sobre todo una tendencia hacia la asimilación reformista, los momentos revolucionarios estimulan la impaciencia. Si a esto se le suma el *shock* que produjo entre los trabajadores más avanzados la traición de los principales partidos de la Segunda Internacional, podemos entender la extensión de un estado de ánimo propenso a reinventar la rueda, sumido en la ilusión de que la vía revolucionaria pasaba por abandonar como un lastre todo legado pretérito. De ahí que, como veremos, el ala dominante de la Comintern, encabezada por los bolcheviques, tuviera que dedicar buena parte de sus energías durante aquellos años en educar a sus camaradas en la ortodoxia marxista y su legado.

3.2. El primer Congreso

Vamos, pues, con el primer Congreso de la Comintern. Vaya por delante que considero que nuestro análisis de la Comintern debe ser especialmente incisivo, principalmente debido a

su superioridad general sobre las anteriores y en la medida en que —al contrario que lo que sucede con la Primera y la Segunda Internacionales— muchos comunistas siguen viendo hoy en la Comintern (o, como mínimo, en sus cuatro primeros congresos) el modelo acabado y definitivo de la política proletaria, en lugar de un episodio más en su proceso de maduración histórica. Esta es la tesis que me gustaría defender. No podemos ver en la Comintern un modelo cerrado y definitivo, ni tan siquiera un modelo perfecto que acabó degenerando (como sostienen los trotskistas), sino un paso más en el desarrollo político del proletariado, cuyos errores han de ser depurados y cuyas virtudes deben ser reivindicadas y rescatadas.

Centraré mi análisis en los cuatro primeros congresos de la Comintern, celebrados con Lenin en vida, por dos motivos. La primera es, simplemente, una cuestión de espacio: este artículo ya empieza a eternizarse. La segunda tiene más miga, y es que se trata de los Congresos que mayor consenso generan entre las diferentes familias que surgieron del tronco de la Comintern, y por lo tanto los más decisivos para la defensa de la tesis que pretendo sostener.¹¹⁸ Sobra decir, por otra parte, que mi análisis será inevitablemente selectivo y acotado: he tratado de ceñirme a las cuestiones centrales, pero muchas otras se quedarán en el tintero.¹¹⁹

El objetivo del primer congreso era clarificar el punto elemental de división entre revolucionarios y oportunistas: la cuestión de la dictadura del proletariado. El dilema de la época, al fin y al cabo, no era otro que una orientación decididamente o no hacia la conquista del poder, y en qué consistía esto. Al mismo tiempo, el contexto había ofrecido el modelo soviético de Estado como forma concreta que podría tomar el dominio político de las masas trabajadoras.

La clarificación de este punto tenía una urgencia extra porque ante el avance de la clase obrera la burguesía de varias naciones europeas no había tenido otra opción que aceptar el derrumbe de las viejas monarquías y conceder repúblicas burguesas con una gama de derechos democráticos desco-

118. Todas las resoluciones de los Congresos pueden encontrarse en *Los cuatro primeros congresos de la Internacional Comunista*, Fundación Federico Engels, Madrid, 2009. Las versiones inglesas editadas por John Riddell recogen no solo las resoluciones, sino también los debates y gran cantidad de documentos. Su traducción al castellano sería una aportación de primer orden.

119. Puede encontrarse un análisis más exhaustivo en Riddell, John. *Lenin's Comintern...*

120. Ver Kautsky, Karl. «The Republic and Social Democracy in France», en Lewis, Ben [ed.], *Karl Kautsky on Democracy and Republicanism*, Haymarket, Chicago, 2020, pp. 157-306. Véase también Bebel, August. «The Bourgeois Republic is a Class State», en *Voices of Revolt: Speeches of August Bebel*, International Publishers, Nueva York, 1928, pp. 91-2.

nocida hasta entonces por el proletariado de esas latitudes (la República de Weimar era el mejor ejemplo). La maniobra del oportunismo centrista (Kautsky, etc.) consistió en vestir falsamente esas nuevas repúblicas *burguesas* como la encarnación de esa república democrática que Engels —y el propio Kautsky solo unos años antes¹²⁰— habría identificado con la dictadura del proletariado, negando por lo tanto la necesidad de su superación revolucionaria. De ahí que demostrar que alcanzar el dominio político del proletariado requería superar también ese tipo de regímenes fuera ineludible.

Este era el objetivo de las famosas tesis de Lenin sobre la democracia burguesa y la dictadura del proletariado. En su sentido más general, afirman lo siguiente: la dictadura del proletariado es una forma de Estado diferente y superior —desde la perspectiva proletaria, por supuesto— al más democrático de los regímenes burgueses, que no por ello dejan de ser formas de la dictadura de la burguesía. Es, de hecho, una forma más democrática de lo que jamás podrán llegar a ser estos, al destruir el aparato burocrático-militar del Estado, derribar los puestos de mando a través de los cuales la burguesía ejerce su poder y entregar este a las masas trabajadoras. La revolución proletaria comienza con este proceso de construcción de un nuevo Estado regido por los trabajadores, con la destrucción del orden burgués anterior y con la expropiación de la burguesía. Esta es la lección universal replicada por el primer Congreso de la Comintern.

121. Ver Lenin, Vladimir. *La revolución proletaria y el renegado Kautsky*, marxists.org, 1918.

Lo que resulta más peliagudo, empero, es si el modelo «soviético» de Estado puede entenderse como la forma definitiva de la dictadura del proletariado o, por el contrario, de una forma provisional o históricamente acotada —como, por cierto, subrayara Lenin.¹²¹ El primer problema, en este sentido, es lo difuso del concepto de «Estado soviético», que puede servir para describir ordenes políticos muy diferentes. De hecho, una de las paradojas del concepto es que el modelo soviético tal y como Lenin lo describe en sus tesis había quedado mayormente suspendido en Rusia en el momento de enunciarlas, como resultado de las presiones generadas por la agresión imperialista

contra el país y la guerra civil resultante. Ante la perpetuación del aislamiento de la Rusia revolucionaria, lo que había sido concebido como una suspensión provisional acabó tornándose en permanente, mientras avanzaba la burocratización y la fusión del partido con el nuevo aparato burocrático-estatal. El adjetivo «soviético» a menudo ha acabado sirviendo para referirse simplemente al tipo de Estado resultante de este proceso, que sin embargo no coincide con lo enunciado en el primer Congreso. No estamos simplemente ante un desajuste conceptual, sino ante un problema político. Un Estado «soviético» en este segundo sentido, aquel que fuera consolidándose en la década de los 20, se afianzó en los treinta y fue exportado a partir de entonces como modelo oficial, puede conseguir importantes avances en términos de educación, provisión de servicios públicos y derechos sociales, etc. Para lo bueno y para lo malo, la historia de estos Estados y experiencias es parte de la nuestra. No obstante, la concentración del poder político y la gestión económica en manos de un Estado burocrático reconstituido impide que pueda tratarse de la forma política que el proletariado necesita para lograr su emancipación.

La propuesta original era sin duda diferente, por más que se viera truncada por las circunstancias objetivas de aislamiento, escaso desarrollo de las fuerzas productivas, etc. Conviene examinarla críticamente. El modelo soviético del Estado establecido en 1917 intentaba dar una respuesta concreta, facilitada por las circunstancias, a los elementos que el marxismo revolucionario establece como consustanciales a la dictadura del proletariado: electividad y revocabilidad general de los cargos, acabar con la separación entre el aparato del Estado y el pueblo trabajador, superar la forma burguesa de la división de poderes, etc., a la vez que respondía a la cuestión de cómo establecerla.¹²² Su hecho distintivo, en este sentido, era convertir en la base política del nuevo Estado a órganos de lucha de masas surgidos al comienzo del proceso revolucionario, convirtiendo la conquista del poder en la transferencia de este, en su integridad, a aquellos órganos (de ahí el famoso «todo el poder para los sóviets»). Los sóviets, órganos democráticos de autorganización de obreros, soldados y campesinos, ofrecían

122. Ver EHKS, «Nueva estrategia socialista...», p. 6.

efectivamente una respuesta las necesidades de creación de una nueva forma de Estado, permitiendo dismantelar el viejo aparato estatal zarista, concentrar el poder en manos de las masas trabajadoras y crear un modelo realmente democrático para la mayoría, a la vez que se excluía de este a la vieja élite reaccionaria —burgueses, terratenientes, etc.— cuya riqueza pasaría a ser expropiada. Conviene aclarar que los sóviets rusos, al contrario que muchos de los «consejos» europeos, no eran mayormente comités de fábrica, sino organismos *locales* de poder (a los que por lo tanto no se aplica la crítica según la cual concentrar el poder en comités de fábrica excluye de su ejercicio a amplios sectores de la clase trabajadora —empleados en pequeños comercios, proletarios rurales, desempleados, etc.—). Los sóviets elegían a sus propios delegados, sometidos a una revocabilidad permanente, y se hacían cargo del ejercicio del poder político a las diferentes escalas en que este estaba organizado, enviando en cada caso a delegados a los sóviets superiores. El Congreso Panruso de los Sóviets funcionaba como principal órgano oficial de gobierno, derivándose de él, por un lado, el Comité Ejecutivo Central Panruso —que cumplía las principales funciones legislativas— y el Consejo de Comisarios del Pueblo —que cumplía las principales funciones ejecutivas—. ¹²³ Al mismo tiempo, los sóviets generaron una serie de tribunales populares, donde los jueces eran igualmente elegidos por sufragio y podían ser revocados de forma permanente. ¹²⁴ Tanto el ejército como las funciones policiales se reestructuraron bajo el modelo de la milicia popular y quedaron igualmente bajo control soviético.

123. Sobre los sóviets, véase Anweiler, Oskar. *Los sóviets en Rusia 1905-1921*, Zero, Bilbao, 1975. Sobre el funcionamiento del primer gobierno soviético, Douds, Lara. *Inside Lenin's Government: Ideology, Power, and Practice in the Early Soviet State*, Bloomsbury Academic, Londres, 2018.

124. Ver Romero, Víctor. «La revolución rusa de 1917 y los tribunales populares», *Izquierda Diario*, 2024.

Así, los sóviets locales eran cámaras únicas donde se fusionaba el poder legislativo y el ejecutivo, y estaban supeditados a otras instituciones soviéticas de mayor escala —de tipo regional, nacional o supranacional—, aunque gozaran de amplios niveles de autonomía, estableciéndose así una unidad entre centralismo y cierto grado de autogobierno local. El papel del partido bolchevique, hegemónico en sus órganos principales, fue decisivo para otorgar a los sóviets su dinamismo revolucionario original.

Con este modelo nos encontramos, a mi juicio, ante el punto más alto de desarrollo del proletariado revolucionario. No creo siquiera que haga falta destacar, frente a las críticas de Kautsky y compañía, su indudable superioridad con respecto a cualquier república burguesa —que sigue siendo una forma de dictadura de la burguesía—. Asimismo, las tesis del primer Congreso donde quedaba cristalizado el modelo fueron más allá en la definición y clarificación de la dictadura del proletariado que ningún Congreso socialista anterior, donde esta solamente se definía en términos más generales: concentración de todo el poder en representantes del pueblo, electividad universal de los funcionarios, milicia popular, etc. En ese sentido, lo que podemos ver como atemporal de lo que denominamos como «modelo soviético» es la necesidad de organizar el poder basándose en organismos democráticos de los trabajadores, en destruir la vieja máquina burocrático-militar del Estado y expropiar a la burguesía, superando la división entre el aparato del Estado y el pueblo trabajador, en la necesidad del partido revolucionario y en favorecer un modelo activo y «total» de democracia frente al modelo limitado, pasivo y atomizado de la «democracia burguesa».

También es bastante notorio, por otro lado, cómo la desaparición de este modelo vino dictada mayormente por elementos externos al mismo: el carácter minoritario del proletariado ruso, la escasez de ciertas capacidades técnicas entre el pueblo trabajador, que obligó a reincorporar a miles de funcionarios zaristas, el escaso desarrollo de las fuerzas productivas (que engloba todo lo anterior) y la desesperada situación de aislamiento y agresión burguesa externa e interna que enfrentó la joven república soviética. Resultaría utópico, a mi entender, pretender que en este contexto —con 14 potencias invadiendo el país y todos los principales partidos, socialistas incluidos, volviéndose contra la República soviética— los bolcheviques podrían haber sostenido el modelo original. Hay casos en los que la preservación de la dictadura del proletariado requiere de la institución de una «dictadura comisaria» temporal como la que los bolcheviques tuvieron que ejercer durante la guerra civil. La crítica, en este sentido, debería dirigirse ante todo al

proceso de hacer de la necesidad virtud y empezar a presentar algunas de las medidas de excepción adoptadas como innovaciones doctrinales positivas y no cómo elementos impuestos por la coyuntura que habrían de ser revertidos.¹²⁵

125. Ver Marik, Soma. *Revolutionary Democracy. Emancipation in Classical Marxism*, Haymarket Books, Chicago, 2017. Véase también *Romper el hielo: las trayectorias de la revolución mundial (1914-1949)*, en este mismo número.

La otra cuestión de fondo es si podemos encontrar alguna limitación interna al modelo. Un debate apropiado sobre esta cuestión, capaz de abarcar todos sus matices, requeriría de un espacio mucho mayor del que dispongo. Pero sí que puede destacarse un elemento en concreto: el hecho de que el Congreso Panruso de los Sóviets no funcionara al estilo de una sesión permanente, reuniéndose apenas un par de veces por año, facilitó la concentración de poder en el Ejecutivo (el Consejo de Comisarios del Pueblo) de un modo que acabó por comprometer la vieja pretensión de superar la división de poderes en un sentido democrático-revolucionario. Al fin y al cabo, la crítica marxista de la división de poderes busca subsanar los problemas derivados de la división entre parlamentos impotentes, ejecutivos hipertrofiados y un poder judicial burocrático.¹²⁶ La principal crítica a los parlamentos como instituciones se deriva, en este sentido, de su incapacidad para controlar realmente al poder ejecutivo —y el poder de clase real, burgués, que está bajo todos ellos—, que acaba instituyéndose, con el poder judicial como segundo pilar, en el medio más efectivo para el gobierno de una minoría. El empoderamiento de la burocracia estatal es, a su vez, el reverso inevitable de este proceso.¹²⁷

126. Ver Draper, Hal. *Karl Marx's Theory of Revolution. Volume I: State and Bureaucracy*, Monthly Review Press, Nueva York, 1978; *Karl Marx's Theory of Revolution. Volume III: The «Dictatorship of the Proletariat»*, Monthly Review Press, Nueva York, 1986.

127. Véanse los volúmenes 1 y 3 de *ibid.*

Otra cuestión que debe destacarse es más estratégica que institucional, y alude a si debe asumirse para todo tiempo y lugar un modelo donde la base del nuevo Estado proletario quede constituida por los organismos de lucha de masas generados por el proletariado durante el proceso revolucionario. Hay buenos motivos para sostener que comprometerse *a priori* con este modelo podría resultar dogmático. Si bien todo proceso revolucionario tiende a dar lugar a la creación de ciertos organismos de masas, no está en absoluto claro que pueda pre-determinarse que estos vayan a poseer la amplitud, capacidad y popularidad de los sóviets en la Rusia del 17. Hay que recordar, en este sentido, que los mencheviques fueron decisivos en

la creación de dichos sóviets, tratando con ello de alinear a la clase obrera con el esfuerzo de guerra imperialista. El tiro les salió por la culata, puesto que los revolucionarios consiguieron hacerse con una mayoría dentro de los órganos soviéticos. La pregunta es si podemos esperar que el oportunismo, hoy mucho más maduro políticamente, vuelva a ser tan ingenuo. O, por ser más precisos, la pregunta es si podemos *decretar* que lo será. En caso de que no, cabe como mínimo abandonar un compromiso *apriorístico* con esta idea, dentro de una comprensión más flexible del proceso revolucionario. Lo decisivo, en este sentido, es poseer una respuesta general sobre qué es necesario para tomar el poder y los delineamientos generales de la dictadura del proletariado. Puede ser, en este sentido, que los organismos de lucha de masas que surjan durante el proceso no sean idóneos o suficientes para configurar la base del nuevo Estado (al fin y al cabo, como decíamos, en la propia Rusia solo lo fueron por un periodo de tiempo muy limitado). A esto cabe sumarle que ningún otro de los procesos revolucionarios exitosos del siglo XX se desarrolló de forma acorde con el «modelo soviético» en su sentido estricto. De ahí que parezca más coherente imaginar, como mínimo, que sea el partido revolucionario quien impulse y hegemonice los organismos de masas que surjan durante el proceso, y sobre todo enfatizar la necesidad de ganar claridad sobre la forma institucional de la dictadura del proletariado. Pues otro problema del marco de «esperar a los sóviets» es que puede dar lugar a una desviación economicista: aquella que, en lugar de centrar la actividad del partido en la defensa de un programa revolucionario, liderando la lucha de clases desde estas coordenadas, lo dirige hacia el intento de poner sobre la mesa medidas inmediatamente populares orientadas a «radicalizar» la lucha de clases en abstracto esperando a que de ella surjan los anhelados sóviets. Este es, a mi entender, el problema básico del llamado «método transicional», pero no me detendré más en esta cuestión.¹²⁸

Debemos, en suma, ver este modelo como un paso más en el proceso de maduración política del proletariado, con ciertos elementos irrenunciables y otros susceptibles de mejora. No hay una plena «vuelta atrás» desde estas tesis que no lleve a

128. He elaborado con algo más de detalle este argumento en Aguiriano, Mario. «Por dónde (no) empezar. Del economicismo... ¿al Podemos 2.0?», *Contracultura*, 2024. Para una discusión más sistemática véase VV. AA. *El Programa. Debates clásicos y contemporáneos*, Dos Cuadrados, Madrid, 2025.

perder el norte políticamente hablando, por más que no deban tomarse tampoco como la verdad revelada.

Por esta vía, en cualquier caso, quedó constituida la Tercera Internacional en antagonismo abierto con los sectores oportunistas que habían abandonado el objetivo de conquistar el poder político en pro de una política de lealtad hacia su propia burguesía. Desde su mismo nacimiento, la nueva organización trató de superar las debilidades organizativas que habían lastrado a la Segunda Internacional, instituyendo un modelo de funcionamiento centralizado. La Comintern operaba, en ese sentido, como el auténtico partido del proletariado revolucionario internacional.

Otra grave deficiencia de la Segunda Internacional que la Comintern subsanó fue la cuestión de su escala geográfica, lo que incluía el enfoque de la cuestión colonial. No me detendré demasiado sobre este asunto, a pesar de su inmensa importancia, porque otro de los artículos de este volumen ya lo analizará con más profundidad. Basta decir que la Comintern fue la primera organización revolucionaria realmente mundial, y que desde sus mismos orígenes trató a las masas de los países colonizados como sujetos activos de su propia liberación. En el modelo de la Comintern, las revoluciones socialistas en el centro imperialista se verían acompañadas por revoluciones anticoloniales en los países colonizados —donde las fuerzas proletarias habrían de organizarse de manera independiente—, contribuyendo todo ello a quebrar la estructura del imperialismo mundial. Bajo estas premisas se celebró el gran Congreso de Bakú de 1920, conocido como el Congreso de los Pueblos del Este, que contó con unos 2000 delegados que hablaban nada menos que 53 lenguas diferentes.¹²⁹ El comunismo se dotaría así, por vez primera, de un marco genuinamente revolucionario —aunque, por supuesto, plagado de dilemas— desde el que abordar la cuestión colonial, por medio de unas tesis que serían aprobadas en su segundo Congreso. Nacería con ello la táctica del Frente Único Antimperialista, que pretendía preservar y ampliar la independencia política de los trabajadores a la vez que participaba de la lucha por la liberación

129. Ver Riddell, John [ed.]. *To See the Dawn: Bakú, 1920 —First Congress of the Peoples of the East*, Pathfinder Press, Nueva York, 1993.

nacional junto a la burguesía nacionalista, las capas medias, los campesinos, etc.¹³⁰ La racionalidad de base era la siguiente: el proletariado tiene un interés objetivo en acabar con el dominio colonial, tanto en las propias colonias como al nivel del conjunto, pues ello debilitaría a las principales potencias capitalistas. No obstante, el proletariado solo puede liberarse plenamente luchando por el socialismo, y por ende no puede fundirse en un bloque con las demás clases: debe preservar su independencia, tratar de liderar el proceso revolucionario e intentar en todo momento que la liberación nacional quede atada con la revolución socialista internacional. Por sí mismo, el fin del dominio colonial directo y el acceso al poder de la burguesía nacional perpetúa su estatus de subordinación. La dificultad histórica básica a la que hubo de enfrentarse la táctica del Frente Único Antimperialista fue la de cómo resolver el peligro de la subordinación a su burguesía. A nivel histórico, la cuestión acabó por lo general resolviéndose en negativo, mediante una reinterpretación «menchevizante»¹³¹ de la táctica en cuestión que sellaba tal subordinación y trajo la ruina de las fuerzas comunistas en buena parte de los antiguos territorios coloniales.¹³²

3.3. El segundo Congreso

Pasemos pues al segundo Congreso de la Comintern, celebrado en 1920.¹³³ En su seno, los bolcheviques hubieron de combatir a izquierda y derecha para tratar de orientar a la Internacional por una vía revolucionaria apropiada. El célebre panfleto de Lenin, *El izquierdismo, enfermedad infantil del comunismo*, fue publicado en este contexto, y recoge el núcleo de su polémica con un ala izquierda que, presa de las influencias anarcosindicalistas y espontaneístas, no acababa de interiorizar la ortodoxia marxista. El libro tiene especial importancia por tratarse del esfuerzo más sistemático por exponer la esencia del bolchevismo y las lecciones de su historia. Lo que Lenin defiende en sus páginas es que el bolchevismo ha demostrado ser el más consecuente y eficaz representante

130. Ver Machover, Moshé. «Lenin, sus herederos, y la cuestión colonial», *Sin Permiso*, 2016.

131. Debe recordarse que el bolchevismo, en sus orígenes, se diferenció del menchevismo en base a su insistencia en el liderazgo proletario de la «revolución democrática», frente a unos mencheviques que optaban por entregar el poder a la burguesía. Pero ni siquiera los mencheviques llegaron tan lejos como para afirmar que el proletariado debiera subordinarse plenamente a su propia burguesía nacional —algo que sigue animando el pensamiento de cierto «antimperialismo» contemporáneo—. Para una perspectiva general sobre esta cuestión en su desarrollo durante el siglo XX, véase Martens, Francisco. *Anti-Dimitrov: medio siglo de derrotas de la revolución*, Dos Cuadrados, Madrid, 2024.

132. Ver *ibid.* Así, por ejemplo, en la era de Khrushchev se aceptó la integración forzosa del PC egipcio bajo el nasserismo como proyecto nacionalista burgués. Ver Magri, Lucio. *El sastre de Ulm: el comunismo del siglo XX. Hechos y reflexiones*, El Viejo Topo, Barcelona, 2015, p. 128. Para el caso sirio, véase Hansser, Jess y Sander, Christin. «Khlaïd Backdash and the tragedy of Syrian Communism», *Jacobin Magazine*, 2025.

133. Ver Riddell, John [ed.]. *Workers of the World and Oppressed Peoples, Unite!: Proceedings and Documents of the Second Congress, 1920*, Pathfinder Press, Nueva York, 1991.

de esta ortodoxia, algo que ni ellos mismos hubieran podido prever una década atrás. Aquí es donde se enmarca su defensa del parlamentarismo revolucionario y del trabajo dentro de los sindicatos reformistas, entendidos ambos como parte del proyecto marxista, centrado en la necesidad de la acción política y la autoemancipación del proletariado, e impelido por ello a utilizar todos los medios de lucha disponibles para alcanzar este objetivo. El núcleo del argumento de Lenin es que lo que caracteriza al marxismo es precisamente el no cerrarse ninguna táctica concreta, y que en el contexto de 1920 la participación en las elecciones para extender el mensaje revolucionario y el trabajo en sindicatos reformistas para ganarse a sus integrantes eran, en ambos casos, medios necesarios para avanzar la causa revolucionaria.

Lo que Lenin subrayará es que las peculiares circunstancias rusas dieron a los bolcheviques la oportunidad de educarse como nadie en este punto. En apenas 15 años, los bolcheviques habían conocido la clandestinidad, la insurrección, la combinación de trabajo legal e ilegal, dos revoluciones, la huelga de masas, la participación en elecciones y parlamentos, el trabajo en organizaciones obreras conservadoras y en sóviets, el trabajo sindical... Y lo que es más importante: tanto como fracción, primero, como en tanto que partido, después, habían sido capaz de participar de todo lo anterior en un sentido revolucionario. Lo cierto es que cuesta imaginar un conjunto tan rico de experiencias concentrado en tan poco tiempo, y que en ese sentido no es difícil entender la dificultad de los bolcheviques a la hora de transmitir todo lo que habían aprendido de estas a sectores con un bagaje mucho más acotado.¹³⁴

134. Hay otras peculiaridades de la experiencia bolchevique que, a pesar de derivarse de dificultades objetivas, también acabaron teniendo efectos colaterales positivos. Sin ir más lejos, verse obligados al exilio facilitó a muchos de sus dirigentes un contacto estrecho con el movimiento socialista de otros países y mayores oportunidades para el estudio o la reflexión, mientras que verse forzados a la clandestinidad moldeó a sus dirigentes y militantes del interior de un material peculiarmente sólido. Podría decirse incluso que algún otro efecto de la represión, como la necesidad de alternar posiciones de liderazgo, acabó teniendo el efecto colateral de establecer niveles de rotación con efectos positivos de cara a la democracia interna.

Ahora bien, por más que el segundo Congreso tienda a recordarse por la polémica bolchevique contra el izquierdismo, lo cierto es que la lucha contra el «centrismo» fue aún más dura, siendo esta a la que respondían mayoritariamente (aunque no exclusivamente) las famosas «21 condiciones» de admisión en la Internacional. Estas condiciones han sido descritas como «draconianas», excesivamente rígidas e incluso «sectarias». Una vez ancladas en su contexto, empero, aparecen bajo una

luz diferente. En 1920 la crisis revolucionaria aún no se había cerrado en Europa. La conquista proletaria del poder no era solo una posibilidad factible, sino también una necesidad para salvar a la Rusia soviética del aislamiento. En condiciones así resultaba imperativo establecer de forma rápida y tajante un deslinde de campos con los elementos «centristas» y titubeantes que todavía oscilaban entre la reforma y la revolución. Los bolcheviques sabían que un partido revolucionario no se construye por decreto, y que la mera exclusión de estos elementos no era una garantía de éxito. Pero debían intentarlo, pues de ello dependía la viabilidad de su apuesta. Era preferible aislarse de ciertos sectores, cerrando filas y confiando en arrastrarlos hacia posiciones correctas en el futuro (como, por cierto, se demostró al conseguir atraer a una mayoría del USPD apenas un año después)¹³⁵ que seguir dejándose lastrar por ellos. Es sensato sostener que un contexto de guerra civil generalizada necesita de un Estado Mayor firme, sólido y fuertemente centralizado, donde no quepa la vacilación. Por el contrario, un deslinde de campos más tibio y conciliador hubiera implicado arriesgarse a dotar a los sectores vacilantes —los defensores de una «democracia» entendida como medio de conciliación de clases, de la «igualdad y la libertad» en abstracto, etc.— de un poder de veto sobre las vías de acción revolucionarias, lo que puede ser fatal en el momento decisivo.

Uno de los temas centrales del Congreso, que permitía sintetizar todas las cuestiones anteriores, era la cuestión del partido y su papel en la revolución. Ningún congreso obrero anterior había expuesto exhaustivamente qué era un partido revolucionario. La Comintern tuvo que desarrollar esta cuestión de forma sistemática para combatir tanto al izquierdismo, que rebajaba la labor del partido como a un derechismo que no acaba de romper con los errores que habían permitido al reformismo dominar los partidos de la Segunda Internacional. Así, las tesis sobre el Partido del segundo Congreso siguen siendo la mejor y más sistemática exposición del concepto marxista de partido. Pueden resumirse en los siguientes puntos:

135. Sobre esta interesante experiencia véase Lewis, Ben [ed.]. *Zinoviev and Martov: Head to Head in Halle, November* Publications, Londres, 2011.

- 1) El Partido Comunista está compuesto por la vanguardia del proletariado: sus sectores más conscientes y avanzados. No posee intereses diferentes a los del conjunto del proletariado, sino que se caracteriza por tratar en cada momento y contexto de avanzar hacia sus objetivos finales. Como tal, está indisolublemente ligado a las grandes masas proletarias y semiproletarias, a quienes debe guiar hacia estos objetivos. Sin embargo, el partido comunista no es idéntico a la clase ni puede estar compuesto por «toda la clase», pues esta consta inevitablemente de sectores reformistas, reaccionarios, etc. Debe, por el contrario, reunir a todos los trabajadores con conciencia de clase: aquellos conscientes de la necesidad de la conquista revolucionaria del poder político y la construcción del socialismo como única vía para la autoemancipación de la clase obrera. En ese sentido, es una minoría, por más que deba tratar de ser una minoría lo más amplia e influyente posible, por más que deba estar íntimamente arraigada en el conjunto de la clase y por más que su objetivo sea ganarse a una mayoría para la revolución.
- 2) No puede haber revolución victoriosa sin partido. La conquista del poder político por parte del proletariado pasa por la conquista del poder político por parte del partido proletario.
- 3) Solo un partido, adecuadamente organizado y dotado de un programa revolucionario, puede ejercer como dirección centralizada del conjunto de organizaciones independientes del proletariado —sindicatos, cooperativas, etc.—.
- 4) Los comunistas habrán de participar de las organizaciones proletarias, sin importar lo reaccionarias que sean en su orientación, tratando de ganarse a sus integrantes para la causa revolucionaria.

- 5) La existencia de los sóviets no puede llevar a olvidar el rol dirigente que el Partido Comunista debe aspirar a poseer en todas las instituciones de clase, sóviets incluidos. Esta es la única forma de asegurar la victoria de la vía revolucionaria en el seno del proletariado.
- 6) Solo un partido puede organizar la conquista del poder y gestionar su ejercicio. El Partido Comunista sigue siendo necesario tras la toma del poder. Así, solo podrá desaparecer con la propia desaparición de las clases.
- 7) El Partido Comunista debe regirse por los principios del centralismo democrático.
- 8) Todos los partidos comunistas nacionales o estatales son subdivisiones de la Internacional Comunista.

En su expresión más general, que es la que he querido capturar, es difícil no ver todos estos principios como irrenunciables. Rechazarlos es, simplemente, rechazar el concepto comunista de partido y encerrarse a uno mismo entre la Guatemala de los «partidos obreros burgueses» (al estilo del laborismo británico) y la Guatepeor de la completa incapacidad para llevar a cabo cualquier lucha política sistemática. Conviene, no obstante, realizar un par de apuntes.

En primer lugar, el carácter «de vanguardia» del partido no está contrapuesto a su carácter «de masas», sino que de hecho lo necesita para ser efectivo. De ahí que Lenin, en su panfleto sobre el izquierdismo —redactado, como señalábamos, para este mismo Congreso— hablara repetidamente de un «partido revolucionario de masas»,¹³⁶ o que la Comintern utilizara el término «partido comunista de masas».¹³⁷ A lo que se opone decididamente el partido de vanguardia es a la existencia de una corriente reformista interna; el Partido Comunista no puede contar con sectores leales al Estado burgués. «De masas», sin embargo, es esencialmente una delimitación cuantitativa: el sector más avanzado de los trabajadores, el Partido Comunista, debe ser lo más amplio posible sin comprometer

136. Ver Lenin, Vladimir. *El izquierdismo, enfermedad infantil del comunismo*, Fundación Federico Engels, Madrid, 1998, p. 72.

137. Ver VV. AA, *Tesis, manifiestos y resoluciones adoptados por los cuatro primeros Congresos de la Internacional Comunista 1919-1923*, marxists.org, 1923, p. 207.

sus principios y programa, pues solo de este modo podrá ser realmente capaz de ganarse a una «mayoría decisiva» para la revolución.

En segundo lugar, es importante subrayar que la concepción del centralismo democrático expuesta en las tesis, y especialmente la cuestión de qué subraya, está muy ligada a un contexto de crisis revolucionaria y guerra civil.¹³⁸ Solo así es comprensible que el énfasis en el «centralismo» fuera mayor que el énfasis en la «democracia». Es decir, extrapolar este modelo a todo tiempo y lugar puede acarrear serios problemas. Como reconoció el propio tercer Congreso de la Comintern en sus tesis sobre la organización interna de los partidos comunistas, que examinaremos más tarde, no existen las fórmulas organizativas atemporales, al menos en su versión más concreta. Pensemos, por ejemplo, en la cuestión de la existencia de cierta autonomía local dentro de los principios y directrices generales del Partido, decididos en su congreso. Esto siempre había sido considerado como parte del «centralismo democrático» y, aun así, el segundo Congreso juzgó con acierto que, en el contexto de 1920, los llamamientos a la «autonomía local» podían ser ciertamente contraproducentes, al ir en dirección contraria de la necesidad de más centralización que las circunstancias imponían. Recordemos lo que ya se ha señalado: en una guerra civil actual o inminente, la ausencia de un Estado Mayor con fuertes poderes puede ser una garantía de la derrota.

En tercer lugar, donde sí existe una dificultad interpretativa es en la tesis sobre el ejercicio del poder. Pues más allá de este pequeño resumen, que ha querido recoger lo más atemporal, las tesis sobre el partido también contienen elementos que constituyen una racionalización de las necesidades impuestas a los bolcheviques por el contexto de aislamiento, guerra civil y escaso desarrollo de Rusia. En los años anteriores los bolcheviques se habían visto obligados a desactivar la democracia soviética y concentrar el poder en manos del partido. La idea de que esto último fue simplemente el desarrollo «natural» de una tendencia bolchevique hacia el «autoritarismo» o algo semejante es pueril. Lo cierto es que en el proceso que

138. Para una historia del concepto y los diferentes sentidos que fue adoptando ver Lih, Lars. «Fortunes of a formula: from DEMOCRATIC centralism to democratic CENTRALISM», *John Riddell. Marxists Analysis and Commentary*, 2013. Para un análisis más general de la cuestión organizativa en la Internacional durante esos años, véase Riddell, John. «Party Organization in Lenin's Comintern», *John Riddell. Marxists Analysis and Commentary*, 2020.

incluye la firma del tratado de Brest-Litovsk, en condiciones desesperadas, la disolución de una Asamblea Constituyente que contravenía la voluntad del poder soviético y el comienzo de una agónica guerra civil, todos los partidos de oposición se volvieron contra el nuevo orden, optando por una política de atentados, insurrecciones e incluso apoyo al ejército blanco (el mismo que en varios lugares de Finlandia había asesinado a *uno de cada tres* obreros). En un contexto así, el blindaje bolchevique era no solo inevitable, sino una condición necesaria para preservar la Rusia soviética. Sin embargo, el tránsito desde el «todo el poder para los sóviets» a «todo el poder para el Partido Comunista» acabó introduciendo una tensión en el proyecto de la Comintern. La cuestión de fondo es cómo definir el papel de vanguardia del Partido Comunista en la dictadura del proletariado, que debe verse como una necesidad. Si la cuestión es delegar todo el poder al Partido Comunista para que organice la lucha de clases contra la burguesía y ejecute su expropiación —lo cual podría ser necesario en ciertos contextos—, la pregunta reside en cuáles son los medios exactos de los que dispone el proletariado para garantizar que esa «dictadura comisaria» no degenera en un gobierno permanente *sobre* la clase obrera, que se desvíe de sus objetivos, etc. La fórmula corre el riesgo de acabar replicando la idea blanquista —que los bolcheviques rechazaban— de la necesidad de una «dictadura educativa» sobre los trabajadores, orientada a «prepararlos» para el comunismo —proyecto que los marxistas siempre han visto, en esencia, como contradictorio—. El asunto de fondo es que la dictadura del proletariado no puede definirse simplemente porque gobierne un partido denominado «comunista», ni tan siquiera por la simple expropiación de la clase capitalista. Para poder ser fiel a su objetivo emancipador, debe entregar *realmente* el poder a la clase obrera. Uno de los distintivos del socialismo científico es la insistencia en este punto: la clase obrera no puede ser pastoreada hacia la emancipación por una minoría de dirigentes bondadosos, no puede recibir su liberación en bandeja de plata por parte de una serie de salvadores, etc. Por lo tanto, es erróneo identificar la cuestión del «papel de vanguardia» del partido en coordenadas semejantes: no hay vanguardia genuina sin mecanismos concretos que le

permitan ser colectivamente reconocida como tal. Llévemolo a un ejemplo trivial: es completamente razonable suponer que el poder político debe ser organizado por un partido, en el sentido de que es razonable que quienes detentan los cargos y ejerzan una labor de orientación y dirección sean los sectores más avanzados y decididos (y que, por definición, el poder político se ejerce a través de partidos). Pero si desaparece cualquier medio de control por parte de las masas —lo que incluye la democracia partidaria—, desaparece también cualquier forma colectiva de asegurarse de que esta relación funcione en estos términos y el partido no acabe instituyéndose en una capa burocrática de elegidos —ordenada de forma jerárquica— que pastoree a las masas. Cuando esto sucede, esta nueva capa desarrollará inevitablemente intereses de clase distintos al proletariado, como veremos en breve.

139. Ver Fine, Bob. «Bourgeois and socialist democracy», en *Democracy and the Rule of Law: Liberal Ideas and Marxists Critiques*, Londres, Pluto Press, 1987, pp. 122-33. Considero que, por desgracia (y, en rigor, por doblar demasiado el palo en la argumentación), algunos de los pasajes de mi artículo en el anterior volumen de MarxXXI pueden generar por momentos esta impresión.

Sería ingenuo pensar que no existe una tensión real entre la forma democrática y el contenido de clase de la dictadura del proletariado.¹³⁹ La utópica «democracia» invocada por el Kautsky tardío contra los bolcheviques no existe, y la tensión nunca puede eliminarse del todo. En ese sentido, la preservación del contenido puede requerir de una suspensión o mutilación temporal de la forma. La reivindicación dogmática de la forma con independencia del contenido es un «democratismo» vacío. El problema, sin embargo, es que, si esta suspensión de la forma se vuelve permanente, la perversión del contenido es inevitable, de manera que insistir en el contenido ignorando la forma resulta autocontradictorio. En otras palabras: el único modo de que la dictadura del proletariado pueda cumplir su función es que a escala ampliada exista un equilibrio virtuoso entre su forma y su contenido. Esta opción no está necesariamente sobre la mesa en cada contexto histórico, y puede que las limitaciones y la degeneración resultante vengán impuestas por este. Lo importante en este caso es saber reconocerlas como tales y ver el conjunto como un proceso de desarrollo y maduración histórica en el que también existen callejones sin salida, perversiones, etc.

3.4. Las bases materiales de la traición

Es importante detenerse en cuál fue, a ojos de la Comintern, la causa de la traición de los principales partidos de la Segunda Internacional —por más que las explicaciones adelantadas anteriormente vayan ya en consonancia con el análisis bolchevique—. Explicar la traición por la existencia de traidores es obviamente tautológico, explicar la traición por la existencia de ideas traidoras es circular: lo que hacía falta era un argumento sobre la *base material* del ascenso del oportunismo y su definitiva bancarrota política e ideológica. El argumento desarrollado por la Comintern se sostenía sobre dos elementos interrelacionados: las *burocracias* obreras y la *aristocracia* obrera, vinculadas ambas a la cuestión del imperialismo. En su versión más sintética, vendría a decir lo siguiente: el desarrollo del movimiento obrero socialista bajo un periodo «pacífico» había dado lugar a la creación de una capa de burócratas —en partidos, sindicatos, etc.— cada vez más divorciada de los intereses del proletariado, cada vez más poderosa y alejada del control por parte del proletariado revolucionario, pero que podía sin embargo contar con el apoyo de una parte importante de los sectores mejor posicionados del movimiento obrero, que habían desarrollado una tendencia hacia el corporativismo motivada en gran parte por el mayor margen para las concesiones habilitado por la posición imperialista de Europa.

Veamos un ejemplo: tras su éxito electoral de 1903, el SPD se embarcó en un proceso de reorganización orientado a construir una «máquina electoral que funcionara sin problemas».¹⁴⁰ El problema aquí no está únicamente en el intento de crear un aparato administrativo eficiente, que es una necesidad para toda organización, sino en el marcado enfoque *electoralista* con el que se acometió. Por más que las intenciones originales no fueran reformistas, lo cierto es que una capa administrativa mayormente volcada en mejorar los resultados electorales se convertirá fácilmente en un sector tendente a integrarse en el Estado burgués, pues acabará desligando la táctica electoral, a la que irá fiando todo, de la lucha de clases en su sentido general. El mismo enfoque, por su parte, aumentaba el poder de los

140. Ver Larson, Sean. «Auge y caída de la Segunda Internacional», *Jacobin Magazine*, 2016.

burócratas sindicales, cuyo apoyo era necesario para conseguir votos. Poco a poco, esta unidad de burocratización y electoralismo hizo que la postura según la cual el socialismo podría llegar por medio de reformas parlamentarias —haciendo superflua la revolución— fuera ganando terreno. Así, ya antes de la guerra puede decirse que:

Las prioridades del partido habían cambiado. Ya no luchaba por la autoemancipación del proletariado, considerando al parlamento como un medio para alcanzar aquel objetivo. En lugar de eso, la movilización de masas estaba subordinada a las necesidades electorales, a las relaciones entre los funcionarios del partido y los políticos burgueses, y a las negociaciones secretas en los salones llenos de humo del Reichstag.¹⁴¹

141. *Ibid.*

El parlamentarismo revolucionario había sido sustituido por el puro parlamentarismo, y la perspectiva socialista había ido deformándose para convertirse en una perspectiva reformista que combinaba la mera búsqueda de mejoras por medio del parlamento con el sindicalismo corporativo. De este modo, el partido había dejado de representar la fusión entre socialismo y movimiento obrero (como prueba, por ejemplo, la enorme polémica que suscitó la publicación de *El camino del poder* de Kautsky, ante el cual la dirección del partido reaccionó negativamente).¹⁴²

142. Ver Lih, Lars. «The tasks of our times: Kautsky's Road to Power in Germany and Russia», *Studies in East European Thought*, vol. 70, n.º 2, 2018, pp. 121-40.

El formidable aparato institucional de estos partidos, con sus millones de miembros, su unidad con los sindicatos y toda su «sociedad paralela» de instituciones obreras había pasado de concebirse como un medio para la conquista del poder a ser un fin en sí mismo, a cuya perpetuación cabía subordinar la propia causa que había impulsado su construcción. La terrible paradoja histórica, dicho sea de paso, es que la perspectiva socialdemócrata de abandonar la revolución para «no arriesgar» ese tejido, renunciando a la guerra civil revolucionaria cuando había opciones de ganarla (1917-1921, como poco), llevó a que este fuera íntegramente destruido cuando el proletariado perdió tal guerra civil sin poder combatirla siquiera: con la llegada

de los nazis al poder. Este es un ejemplo particularmente flagrante de lo que podríamos llamar la «miseria del centrismo».

La otra cara de la misma moneda es la cuestión de la aristocracia obrera. La vía reformista de las burocracias, según este argumento, tiene su base social en la capa superior de la clase trabajadora cuando esta se desliga de las amplias masas proletarias y comienza a centrarse únicamente en una defensa cortoplacista y sectorial de «mejoras» de cualquier tipo. Es importante subrayar que cuando en la Comintern se hablaba de «aristocracia obrera» no se pensaba en abogados, funcionarios o semejantes, sino en obreros del metal, mineros, etc. Estos sectores tenían más capacidad de organización y presión que las sirvientas domésticas, los obreros de pequeños talleres, el proletariado agrícola, etc. Trabajaban en industrias grandes, con márgenes de ganancia altos —aupados por la posición imperialista de sus países— y mayor capacidad para arrancar concesiones a sus patronos. De ahí que pudieran verse seducidos por un enfoque corporativista, tentados a constituirse en una capa privilegiada centrada únicamente en sus intereses inmediatos, por más que estos chocaran con los de la clase trabajadora en su conjunto y las masas oprimidas de las colonias. Las burocracias partidarias y sindicales eran las representantes naturales de este enfoque.

Con todo, debe hacerse notar que la perspectiva de la Comintern sobre estos sectores no era en absoluto fatalista. El corporativismo era una tendencia material sujeta a contratendencias, una que debía y podía ser combatida, no un destino. La cuestión no era abjurar de los sectores más organizados de la clase obrera para enfocarse únicamente en el «proletariado profundo», sino fomentar la unidad real de la clase bajo un proyecto revolucionario.

En lo que respecta a las burocracias partidarias, por otro lado, la Comintern también trató de evitar los errores de la Segunda Internacional, insistiendo por ejemplo en la necesidad de la subordinación total de todos sus miembros —con especial énfasis en la fracción parlamentaria, que posee una tendencia

particular a autonomizarse—al partido en su conjunto. La idea no era nueva (es, como señalábamos, un pilar del centralismo democrático), pero, como era obvio, la mayoría de los partidos no la había ejecutado adecuadamente, hasta el punto de que los parlamentarios y dirigentes pudieron traicionar sin rubor la línea histórica, el programa y las resoluciones a las que se habían comprometido.

Aquí conviene diferenciar dos posibles sentidos del término «burocracia». El primer sentido, y más genérico, es simplemente sinónimo de «aparato administrativo». El segundo sentido, más restringido y etimológicamente literal —y también el utilizado por los marxistas—, describe tanto una forma organizativa como un *régimen de poder*: el dominio del aparato administrativo, jerárquicamente ordenado, sobre aquello que esté debajo de él (en esta acepción, por ejemplo, la burocracia es una negación de la democracia, que presupone el control colectivo sobre la «burocracia» en el primer sentido, como aparato administrativo).¹⁴³ La tesis reaccionaria defendida por Michels con su famosa «Ley de hierro de la oligarquía» es que la burocracia en el primer sentido conduce inevitablemente al segundo.¹⁴⁴ Esta tesis es liquidacionista en un sentido fuerte: presupone la *imposibilidad* —como mínimo, en el medio plazo— de todo partido genuinamente revolucionario (no es casual que Michels pasara del ultraizquierdismo al fascismo). Pues, como es evidente, no puede haber partido (ni sindicato, etc.) sin un aparato administrativo que participe de su gestión: si su misma existencia es la antesala de su consolidación como minoría oligárquica, apaga y vámonos.¹⁴⁵

El mejor antídoto a esta tendencia es, a todas luces, la democracia partidaria. Tampoco esto es un absoluto, en el sentido de que la democracia partidaria tiene que poder ser mutilada o incluso suspendida en momentos de necesidad: lo hizo el SPD en su periodo clandestino; también los bolcheviques en la clandestinidad (la ironía de considerar el *¿Qué hacer?* de Lenin como una defensa del centralismo democrático es que el libro *niega explícitamente* que la democracia sea viable en las condiciones del partido ruso),¹⁴⁶ la guerra civil, etc. La tesis

143. Para un interesante análisis de la postura marxista sobre la burocracia ver Draper, Hal. *Karl Marx's Theory of Revolution, volume 1...* Sobre la burocracia como negación de la democracia, véase Riazonov, David. «The Draft Programme of Iskra and the Tasks of Russian Social Democrats», en *Witnesses...*, p. 123.

144. Michels, Robert. *Los partidos políticos. Un estudio sociológico sobre las tendencias oligárquicas en la democracia moderna*, Amorrortu, Buenos Aires, 1979.

145. Otra trampa análoga consiste en fundir ambos sentidos y declarar la necesidad del segundo en base a la necesidad del primero, como Lenin criticó a Kautsky. Ver Lenin, Vladimir. *El Estado y la revolución*, Alianza Editorial, 2012.

146. Ver Lenin, Vladimir. *¿Qué hacer?*, Alianza, Madrid, 2016.

importante, sin embargo, es la que ya hemos expuesto en las páginas anteriores al referirnos a la dictadura del proletariado: en el medio-largo plazo la anulación de la democracia conlleva inevitablemente la constitución de la burocracia como régimen de poder, la cual acaba por erigirse en un sector con intereses diferentes a los del proletariado, y con ello cae el proyecto de autoemancipación del proletariado —la perspectiva del socialismo marxista—. ¹⁴⁷

147. Ver Draper, Hal. *Karl Marx's Theory of Revolution*, volume 4...

3.5. El tercer Congreso

Las resoluciones sobre la forma organizativa del Partido Comunista aprobadas en el tercer Congreso de la Comintern contienen elementos importantes sobre esta cuestión. Las tesis comienzan aclarando que no existe ninguna fórmula organizativa concreta que pueda ser válida para todo tiempo y lugar, pero sí ciertos principios generales a la que todo Partido Comunista que merezca tal nombre debe atenerse. Se pasa aquí a hablar del centralismo democrático, aclarando que:

La centralización en la organización comunista es la centralización de la actividad política y no la de dominación y de potencia [...]. Es de suyo imposible conciliar una especie de antagonismo de poder y de lucha por la dominación en el seno del Partido Comunista con los principios del centralismo democrático.

En otras palabras: el centralismo democrático no debe ser la monopolización de un poder autoritario en el «centro», ni un medio para legitimar el empoderamiento de una camarilla en el seno del partido. El siguiente punto es aún más interesante: contiene una explicación de qué falló en los partidos de la Segunda Internacional, a qué respondía, y la necesidad de superarlo. El problema, se afirma, es que estos partidos acabaron adoptando una cualidad propia del Estado burgués: «el dualismo entre la burocracia y el pueblo». Así,

[b]ajo la influencia desecante de la atmósfera burguesa, las funciones se aislaron en cierto modo,

la comunidad del trabajo fue remplazada por una democracia puramente formal y la organización se subdividió en una masa de funcionarios activos y de administrados pasivos. El movimiento obrero revolucionario ha heredado inevitablemente del medio burgués esta tendencia al formalismo y al dualismo. El Partido Comunista debe sobreponerse radicalmente a esos antagonismos por un trabajo sistemático, político, organizador y por mejoramientos y revisiones repetidas.¹⁴⁸

148. Comintern, *Tesis sobre la Estructura y Organización de los Partidos Comunistas*, Editorial La Internacional, Buenos Aires, 1921.

En definitiva, el Partido Comunista ha de superar la escisión entre «burocracia» y «bases», funcionarios activos y administrados pasivos, así como la democracia puramente formal que lo acompaña, sustituyéndola por un modelo centralista democrático basado en la militancia activa. A continuación, se insiste en que los complementos de ese modelo de «democracia puramente formal» son, como dos caras de una misma moneda, el burocratismo y el «anarquismo». Al estar el poder real concentrado en los funcionarios, careciendo las bases de cualquier capacidad significativa para decidir el rumbo del partido, el descontento toma inevitablemente una forma anarquizante, a modo de denuncia total de las normas y acuerdos, incumplimientos sistemáticos, etc. Esta es una lección importante: cuanto más burocrática sea una organización, cuanto menos poder real posean sus militantes, más caótica y disruptiva será la forma en que se exprese el descontento. Por ello, las tesis insistían en que «un Partido de las masas socialistas, transformándose en Partido de masas comunistas» no puede limitarse a concentrar el poder en el Comité Central, pues ello solo replicaría la vieja unidad de burocratismo y pasividad espolvoreada con tendencias anarquizantes, sino que debía reorganizar sistemáticamente su trabajo. Conviene citar todo el pasaje:

La democracia puramente formal en la organización no puede descartar ni las tendencias del burocratismo ni la anarquía, porque es precisamente sobre la base de esta democracia que la anarquía y el burocratismo han podido desarrollarse en el movimiento obrero. Por esta razón, la centralización de

organización, es decir, el esfuerzo para obtener una dirección fuerte, no puede tener éxito si se ensaya realizarla sobre el terreno de la democracia formal. Es, entonces, indispensable, ante todo, desarrollar y mantener el contacto vivo y las relaciones mutuas tanto en el seno del Partido como entre los órganos dirigentes y los afiliados, y entre el Partido y las masas del proletariado que no le pertenecen.

Los puntos posteriores detallarán algunas medidas relativas a esta cuestión, comenzando por la insistencia en el necesario carácter *activo* de la militancia. Ser comunista no es tener un carné y pasarse de vez en cuando por un encuentro o reunión, ser comunista es ser un militante comunista, es realizar trabajo político comunista de forma permanente y sistemática. El modelo bolchevique de partido, en este sentido, es un modelo de partido *militante*, «activista» en el sentido correcto y neutro del término. El partido pertenece a su militancia, no a las masas pasivas, y la militancia está siempre integrada en una serie de procesos de trabajo que componen la actividad del partido. Esto, dicho sea de paso, recupera la idea republicana del ciudadano como sujeto activo de la vida política y los procesos de toma de decisiones, frente al modelo de pasividad que impone el burocratismo en todas sus formas. Así,

[t]odo Partido Comunista, entonces, debe por sus esfuerzos conquistar únicamente miembros verdaderamente activos y exigir que cada uno de los que militan en sus filas pongan a disposición de su Partido su fuerza y su tiempo, en la medida que puedan disponer de ellos, según las circunstancias en que vivan y trabajen.

No creo que haga falta insistir en la importancia de este punto —imposible de desligar, además, del carácter de vanguardia del partido, que une a quienes están dispuestos a dedicar su tiempo y esfuerzo al trabajo comunista— frente a la generalización de un modelo completamente pasivo de militancia por parte de la socialdemocracia contemporánea, donde la función de las bases no va mucho más allá de amplificar digitalmente las opiniones de la dirección y refrendar sus

opiniones en plebiscitos. Sin la recuperación de este modelo de militancia activa no hay futuro comunista que valga.

A continuación, las tesis exponen algunos mecanismos necesarios para romper esa división entre burocracia activa y bases pasivas. Entre ellos destacan la necesidad de que todo miembro forme parte de algún proceso o grupo de trabajo, que todos los afiliados acudan a las reuniones locales, que se controle adecuadamente la actividad de los diferentes grupos de trabajo, relativamente reducidos, necesarios para sacar adelante el trabajo general (comisiones de propaganda, etc.) y que se aspire a ir integrando en ellos a la militancia de base...

Cabe aquí recordar una cuestión importante: en su disputa con el reformismo, los marxistas de la Segunda Internacional —o, siendo más precisos, de sus principales partidos— avanzaron, podría decirse, de «victoria en victoria» hasta la derrota final. Pues mientras perdía los Congresos, el oportunismo iba filtrándose lentamente en el partido, por medio del empoderamiento de las burocracias partidarias, de la rutinización del trabajo, del cortoplacismo de los horizontes, de una creciente acomodación dentro del orden burgués. La idea de que bastaba con contar con un programa marxista o aprobar resoluciones en esta línea (cabe contrastar, dicho sea de paso, no solo la tibieza, sino también la torpeza e ingenuidad de Kautsky en las luchas internas frente a las de Lenin) para impedir la degeneración del partido se demostró ilusa en su máximo grado: los programas y resoluciones son papel mojado sin que los respalde una fuerza revolucionaria organizada, y los socialdemócratas no tuvieron reparo en tirar a la basura ni su línea histórica ni el programa de Erfurt en cuanto hizo falta. De ahí que los bolcheviques entendieran que la lucha contra el oportunismo no solo se desplegaba en el plano, central sin duda, de los programas y las resoluciones (algo, por cierto, en lo que ya en el pasado habían actuado con mayor pericia alemanas), sino también, y decisivamente, en el de la organización de la práctica cotidiana.

En definitiva, todas estas tesis contienen elementos de la mayor importancia en lo que respecta a la lucha contra la dupla burocratismo/pasividad, que acabe inevitablemente por desviar al partido de sus objetivos revolucionarios, y debe considerarse una interiorización de las formas organizativas propias del Estado burgués. Conviene, sin embargo, subrayar un punto importante. Lo que permite superar el burocratismo y la pasivización no es la actividad en abstracto, sino una actividad realizada dentro del marco institucional democrático —y un *ethos* democrático como su complemento necesario— cristalizado en mecanismos de decisión y participación concretos tanto a nivel local como general —lo que incluye cuestiones básicas como la revocabilidad, el debate permanente, etc.—. Los silencios de la Comintern sobre esta cuestión, cuyos partidos dominantes siempre habían tenido clara, puede vincularse a las restricciones de la democracia partidaria, por entonces consideradas un mal transitorio, que los bolcheviques se autoimpusieron en 1921. No es que no siguiera entendiéndose la importancia del tema, pero sí llevó a ciertas omisiones. Asimismo, a nivel conceptual cabe señalar que la actividad por sí misma no es garantía suficiente contra las desviaciones burocráticas; por usar un ejemplo extremo, un ejército burgués en guerra también es un organismo muy activo y, al mismo tiempo, radicalmente antidemocrático. En ese sentido, ir más allá del democratismo formal impone, como es obvio, un modelo de democracia real, que es por supuesto un modelo de democracia activa y permanente —y que, como tal, presupone también la existencia de responsables, representantes, delegados, una autoridad central, Congresos unitarios y soberanos, etc.—.

Como hemos visto, la Comintern era consciente de cómo el problema básico de la Segunda Internacional había consistido en la burocratización, e hizo esfuerzos por superarlo. La dificultad de fondo, no obstante, radicaba en cómo resolver la tensión entre la lucha contra la burocratización y la necesidad de la burocratización que imponía la preservación del poder en las circunstancias concretas de una Rusia aislada y subdesarrollada.¹⁴⁹ El devenir de la revolución hizo que este dilema aca-

149. Ver Lenin, Vladimir. *Contra la burocracia. Diario de las Secretarías de Lenin, Cuadernos de Pasado y Presente*, Buenos Aires, 1971.

bara resolviéndose en negativo, como Bettelheim documentó brillantemente en su extenso *La lucha de clases en la URSS*. El resultado fue el empoderamiento de la burocracia, invariablemente jerárquica y convertida en monopolizadora del poder, y el desempoderamiento de las masas obreras. De ahí que, si nos atenemos a los propios análisis de la Comintern, podamos fundamentar la tesis según la cual fue el aparato burocrático que hubo de reconstruirse a partir de las limitaciones productivas objetivas lo que acabó «asimilando al movimiento comunista internacional y aniquilando su forma-partido»¹⁵⁰ —todo ello, claro está, mientras este proceso de degeneración se vestía a sí mismo como un conjunto de innovaciones doctrinales positivas o, simplemente, como fidelidad a la ortodoxia—.

150. EHKS, «Nueva estrategia socialista...», p. 4.

Pasemos ahora a las cuestiones más generales abordadas por el tercer Congreso de la Comintern, marcado por el fracaso de la llamada «Acción de Marzo», una tentativa de insurrección minoritaria en Alemania que acabó en desastre.¹⁵¹ Este episodio hizo a la Internacional dolorosamente consciente de sus debilidades: la mayoría del movimiento obrero europeo seguía bajo el brazo de la socialdemocracia traidora. Al mismo tiempo, comenzaban a acumularse los indicios de que se estaba cerrando el periodo de crisis revolucionaria. De paso, la Acción de Marzo estuvo marcada por la mala praxis de algunos dirigentes de la Internacional. El cóctel resultante presagiaba un debate intenso: la Internacional tendría que desterrar de forma tajante las tentaciones «putchistas», de resultados desastrosos, y confrontar la necesidad de ganarse a una mayoría para la revolución en un periodo de (relativa) estabilización del orden burgués. De ahí la consigna por la que el Congreso acabaría siendo conocido: ¡A las masas!¹⁵²

151. Sobre los sucesos de marzo ver Lewis, Ben. «Before, During, and After March», *Weekly Worker*, 2021.

152. Ver Ridell, John [ed.]. *To the Masses! Proceedings of the Third Congress of the Communist International*, Haymarket, Chicago, 2015.

153. Ver Gaido, Daniel. «Paul Levi y los orígenes del comunismo alemán: el KPD y las raíces de la política de Frente Único (enero 1919-marzo 1921)», *Revista Izquierdas*, n.º 22, 2015, pp. 20-47.

154. Ver Levi, Paul. «In the Steps of Rosa Luxemburg». *Selected Writings of Paul Levi*, Haymarket, Chicago, 2012.

La táctica que resultó de los debates del tercer Congreso — aunque fuera sistematizada en el cuarto — es conocida como «Frente Único» (el nombre completo es Frente Único *proletario*). El primero en formularla fue el marxista alemán Paul Levi,¹⁵³ heredero de Rosa Luxemburg y principal azote del ala izquierdista del partido.¹⁵⁴ Levi era uno de los pocos dirigentes del comunismo alemán, junto a Clara Zetkin, que se habían formado

políticamente, al igual que los bolcheviques, en el ala marxista de la Segunda Internacional. Con la creación del KPD, hubo de enfrentarse a una nueva hornada de dirigentes y militantes dispuestos a abandonar la ortodoxia marxista en pos de lo que él juzgó como un anarcosindicalismo escasamente renovado. Antes de que Lenin lanzara su polémica contra el izquierdismo, ya había criticado la renuncia del KPD a participar a las elecciones y trabajar en el seno de los sindicatos reaccionarios, y logrado la expulsión del ala anarcosindicalista —que pasaría a formar el fallido KAPD—. En 1920 Levi, junto a otros dirigentes de su cuerda (como, de nuevo, Clara Zetkin), había abandonado el Comité Central del KPD a causa del desacuerdo sobre cómo se había dado la escisión del socialismo en Italia. En 1921 escribió la famosa «Carta abierta» al Comité Central del Partido, que contiene la primera formulación explícita de la táctica del Frente Único. Redactada durante un periodo de ofensiva económica burguesa, amparada por las autoridades del Estado y apoyada por el Ejército y los grupos paramilitares de extrema derecha, la Carta abierta abogaba por la necesidad de apostar, con la dictadura del proletariado como objetivo estratégico inamovible, por la lucha conjunta de los trabajadores de todas las tendencias en torno a ciertas demandas de clase. Esto es, en síntesis, la táctica del Frente Único. Los principales dirigentes bolcheviques, especialmente Lenin y Trotski, tuvieron que utilizar todo su prestigio para lograr que se aprobara este cambio de orientación, sobre todo ante las renuencias de los sectores izquierdistas.

Examinémosla con más detalle, empezando por un par de cuestiones generales. Ya hemos afirmado que el proletariado necesita unidad para conseguir sus objetivos. Sin embargo, a partir del momento en que el oportunismo ha revelado su verdadera naturaleza (antiproletaria), la unidad política del proletariado es imposible sin que o bien los revolucionarios o bien los reformistas renuncien a sus posturas. El siguiente elemento de la ecuación es que los revolucionarios se encontraban en minoría en la práctica totalidad de países, incluso dentro del movimiento obrero. A su vez, de acuerdo con esa necesidad objetiva de la unidad, el movimiento obrero tenderá

naturalmente a apoyar a aquellos sectores que sean vistos como los mejores promotores de la unidad en favor de sus intereses.

Partiendo de esta realidad, la táctica del Frente Único busca alcanzar alianzas parciales con los trabajadores de otras tendencias (socialdemócratas, principalmente) a la vez que mantiene la independencia política de los comunistas, preserva una plena libertad de expresión y crítica y sigue enunciado sus objetivos revolucionarios. La idea es que este enfoque permitiría a los comunistas aparecer como los más firmes defensores de los intereses del proletariado y que, al mismo tiempo, en el transcurso de la lucha, el carácter traidor de la socialdemocracia se haría evidente, llevando esto a la hegemonía comunista entre los trabajadores. De este modo, la defensa de los intereses inmediatos de la clase obrera podría vincularse con los objetivos de la conquista del poder y la expropiación de la burguesía.

Además de problemas políticos —en la forma de un insurreccionalismo de tipo semiconspirativo—, el caso de la fracasada Acción de Marzo también reveló una serie de dilemas organizativos que conviene tener en cuenta. El problema, en este caso, era la relación entre centralización y efectividad política; o, por decirlo de otro modo, el dilema de cómo debe combinarse el centralismo con la autonomía parcial de las partes para que las organizaciones revolucionarias puedan funcionar correctamente. Esta es una cuestión de proporciones ante la que no cabe, como reconocía el propio Congreso, dar una respuesta axiomática más allá de ciertas cuestiones básicas. En su sentido más general, la necesidad de la centralización se deriva de la necesidad de unidad que tiene el proletariado: el todo debe estar por encima de las partes. De aquí se siguen cosas evidentes como que el partido, entendido como partido internacional, debe tener unas tesis políticas generales vinculantes para el conjunto, una dirección unificada y poderosa, etc. Pero la dificultad real radica en otro lado. Mientras se va ascendiendo en la cadena de la centralización —desde la escala local, nacional, estatal, etc., hasta llegar, por ejemplo, a una dirección de alcance *mundial* como la que poseía

la Comintern—, se van perdiendo matices sobre los diferentes contextos prácticos en los que operan los comunistas, incluida la relación directa con la militancia y el proletariado local, etc. Esto es, claro está, inevitable, y nadie pretendió jamás que toda la actividad de los comunistas en un pueblo mongol o en una ciudad del Este americano fuera microgestionada desde un Comité Central Mundial. A ello se le suma, en el contexto concreto de 1920, que, como decíamos, un escenario de guerra civil actual o inminente requiere de niveles especialmente férreos de centralización.

Un corolario de todo lo anterior es que, para funcionar realmente como Partido de la acción revolucionaria internacional —y, por consiguiente, no solamente como un partido con objetivos revolucionarios, sino como uno que *organiza* revoluciones al confrontar un contexto objetivo propicio—, la Internacional necesitaba contar con toda una red de delegados, emisarios, etc.; un microejército de revolucionarios profesionales cuyo heroísmo y peripecias vienen extensamente documentados en el reciente *Viajeros de la revolución mundial*.¹⁵⁵ Esta era una necesidad objetiva sin la cual la Comintern se habría arriesgado a replicar las flaquezas de la Segunda Internacional, quedando relegada a la producción de resoluciones. Pero la relación entre el centro, sus emisarios y las partes no deja de albergar tensiones inevitables en varias direcciones. Por un lado, la excesiva autonomía de las partes hubiera socavado la unidad de la Internacional en un momento decisivo. Pero la amplia centralización necesaria también encerraba peligros: los delegados de la Comintern podían acabar poseyendo un poder e influencia mayor que lo que su conocimiento del terreno en el que operaban hacía oportuno. Si un gran cuadro húngaro, pongamos por caso, aterrizaba en Toulouse o Sevilla podrá sin duda realizar aportaciones decisivas, pero también habrá de relacionarse con humildad con las direcciones locales y ser consciente de las limitaciones impuestas por su escasa familiaridad con el contexto. Pero siempre existe, claro, la posibilidad de que no lo haga, lo que apunta hacia la cuestión de qué mecanismos concretos existen para que la sección concreta pueda ejercer un control suficiente sobre su labor. Si el delegado húngaro

155. Studer, Brigitte. *Viajeros de la revolución mundial. Una historia global de la Internacional Comunista*, Akal, Madrid, 2025.

acaba, por desconocimiento, despertando la indignación de los trabajadores del metal en Toulouse, estamos sin duda ante un escenario subóptimo; pero si lo que acaba haciendo es fomentar una insurrección sin saber cuál es la correlación de fuerzas, estamos ante un escenario directamente desastroso. El dilema de la relación exacta entre las partes y el todo se convierte aquí en el desafío de cómo gestionar a aquellas partes (como los delegados) que representan al todo en su relación con otras partes. La otra cara de esta moneda es cuánto margen de maniobra propio necesita por ejemplo un Comité Central al nivel de un Estado en un contexto como el de entonces. En el caso de la Acción de Marzo los escollos fueron el enfoque aventurerista de varios delegados de la Comintern y el modo en que estos habían impuesto su autoridad para impulsar la desastrosa iniciativa. No creo que el problema aquí resida en el marco original de la Internacional sobre esta cuestión: lo relevante es subrayar cuáles son los problemas potenciales que pueden derivarse de marcos impuestos por las circunstancias.

Otro dilema crucial vinculado a la Acción de Marzo y sus consecuencias es la cuestión de la autocrítica. Que un partido marxista debe ser autocrítico es por lo general una obviedad: lo interesante de la Acción de Marzo es el tamaño del desafío que representaba en este sentido. Que la empresa había resultado en desastre estaba claro: cero objetivos conseguidos, cientos de muertos, miles de detenidos, la pérdida de hasta 100.000 militantes (alrededor de un 25% de los que poseía el KPD) y la extensión de una atmósfera de desmoralización y descrédito tanto del partido como de las vías de acción revolucionarias. Todo ello, dicho sea de paso, mientras los partidos comunistas seguían en minoría, mientras la Internacional seguía luchando en todos los frentes por su subsistencia, etc. Y ni que decir tiene que tanto los socialdemócratas como la prensa burguesa utilizaron el episodio para hacer toda la sangre posible. Tanto la viabilidad como el prestigio de la Comintern estaban en juego.

El dilema tenía dos aristas, internamente relacionadas, pero formalmente separables. La primera y más importante

—y también aquella que apunta hacia el sentido más profundo de lo que es una autocrítica, que nada vale si no incluye un cambio con respecto a los errores identificados— era qué cambio de orientación táctica requerían las circunstancias. La segunda era en qué medida ese cambio, de existir, debía justificarse públicamente de acuerdo con una crítica total a la Acción de Marzo. La dificultad de este segundo punto radicaba en que la Comintern se jugaba, como decíamos, su prestigio y credibilidad, y que en él se dirimía incluso la moral de sus militantes. Paul Levi había optado por una opción rotunda: exigir por medio de una carta pública un cambio de orientación, denunciando con la mayor de las vehemencias las desviaciones que habían dado lugar a la Acción de Marzo, condenando la acción misma y presentándola como el ejemplo más acabado de por qué era necesario cambiar de rumbo.¹⁵⁶ En sí mismo, el texto de Levi contine elementos importantes de estrategia marxista, incluyendo el deslinde de campos con las orientaciones subakuninistas, junto con algunos puntos más dudosos derivados probablemente de su voluntad de «doblar el palo». Sin embargo, la publicación de una crítica pública en un momento tan delicado trajo consigo la expulsión de Levi.

El liderazgo de la Comintern juzgó que ir al desnudo sobre esta cuestión era demasiado arriesgado en un momento de tal vulnerabilidad. Compartían buena parte del contenido de lo expuesto por Levi —como Lenin aclaró públicamente en el tercer Congreso de la Comintern, y privadamente a Clara Zetkin y a los comunistas alemanes¹⁵⁷—, pero condenaron sus formas, al considerar que en aquellas circunstancias entregarse a una autocrítica total y con la mayor de las durezas corría el riesgo de aumentar la desmoralización entre las propias filas, algo que podría ser fatal en un contexto tan decisivo. Así, la dirección de la Comintern optó por una solución de compromiso: un cambio de orientación real acompañado por una interpretación de la Acción de Marzo que podría entenderse como una mentira piadosa, resaltando básicamente su heroísmo y centrándose en la feroz represión burguesa y el carácter traidor de los socialdemócratas —puntos absolutamente relevantes, en cualquier caso—.

156. Ver Levi, Paul. *Nuestro camino: en contra del putchismo*, marxists.org, 1921.

157. Ver Riddell, John. *To the masses...; Lenin, Vladimir. «Carta a los comunistas alemanes»*, en *Obras Completas*. Tomo 44, Progreso, Moscú, 1988, pp. 87-99; Zetkin, Clara. *Recuerdos sobre Lenin*, PRD, Ciudad de México, 2019.

De aquí se siguen muchas preguntas. ¿Fue Levi irresponsable, como afirmaron Lenin y compañía, o, por el contrario, asumió la dura responsabilidad de señalar un grave error por parte de su bando? ¿Actuó correctamente la dirección de la Comintern? Personalmente, no me atrevería a afirmar con mucha fuerza lo contrario, dado lo excepcional de las circunstancias. Pero incluso si se cree que la dirección de la Comintern hizo lo que estaba en su mano, asumiendo prácticamente la crítica a la vez que expandía un mensaje impostado a fin de levantar la moral de las propias filas, no hay que dejar de señalar que estamos ante un terreno resbaladizo, y que de empezar a desfilas por esa pendiente es fácil que las mentiras piadosas se conviertan en mentiras a secas, las autocríticas parciales en ausencia de autocrítica y la expulsión de los críticos «irresponsables» en la simple y llana expulsión de los críticos (al final de esta pendiente, por supuesto, llegamos a la ejecución a gran escala de otros comunistas, generalizada en la década de los 30).

3.6. El cuarto Congreso

En cualquier caso, para analizar en toda su plenitud el cambio de orientación aprobado en el tercer Congreso conviene pasar ya al cuarto, donde se desarrolló y tematizó sistemáticamente la cuestión del *Frente Único*. Al nivel más básico, se esbozaron dos modalidades de Frente Único: el frente único «por abajo» y el frente único «por arriba».¹⁵⁸

158. Ver Riddell, John [ed.]. *Toward the United Front: Proceedings of the Fourth Congress of the Communist International, 1922*, Haymarket, Chicago, 2012.

El frente único «por abajo» es la unidad de acción con *obrer*os socialdemócratas, el frente único «por arriba» es la unidad de acción con *las direcciones* de las organizaciones socialdemócratas. Lo más preciso sería hablar de «con obreros de todas las tendencias», pero lo cierto es que en la mayor parte de países donde actuaba la Comintern el movimiento obrero real estaba casi netamente polarizado entre socialdemócratas y comunistas.

Las dos modalidades de Frente Único pueden separarse no solo de forma analítica, sino también de forma real. Es

posible aplicar una política que apele únicamente a las bases socialdemócratas ignorando por completo a sus partidos y organizaciones. Pero los comunistas sabían que eso planteaba una obvia dificultad, que en sí misma amenazaba con mutilar la táctica en cuestión. El motivo es, sencillamente, que no es fácil separar a los militantes de sus organizaciones, a las que guardarán por lo general ciertos niveles de respeto y lealtad. De ahí que optar exclusivamente por el frente único «por abajo» implicara asumir el riesgo de atraer solamente a aquellos sectores de la socialdemocracia que ya eran favorables a colaborar con los comunistas o incluso consideraban pasarse a sus filas. Esto era desde luego deseable, pero difícilmente podía considerarse suficiente. Los objetivos de la táctica de Frente Único eran más ambiciosos, aspirando a arrastrar hacia la lucha de clases consciente —y, en última instancia, hacia el comunismo como única opción política que la lleva a cabo— a las masas obreras aún integradas en la socialdemocracia, y no solamente a la menguada ala izquierda de sus partidos (menguada, claro, porque la mayoría de quienes habían pertenecido a ella ya militaban en las filas del comunismo). Por todo ello era necesario esbozar y llevar a término la opción del frente único «por arriba». Ahora bien, esta táctica planteaba un riesgo mucho mayor de contaminación oportunista, cuando no resultaba directamente imposible. Los líderes socialdemócratas no eran tristes figuras que no hubieran visto la luz, sino oportunistas consumados que mostraban diariamente su lealtad al Estado burgués, y en algunos casos incluso lo gestionaban (como en Prusia durante todo el periodo de Weimar, etc.). Cómo forjar con ellos vías de colaboración que permitieran desahuciarlos como dirigentes del proletariado era sin duda una tarea difícilmente eludible, pero también extremadamente peliaguda. Esta no es más que una de las muchas expresiones del dilema que ya hemos explorado anteriormente: ¿cómo combinar el necesario carácter de masas del movimiento revolucionario con su preservación como movimiento revolucionario? Mientras la crisis revolucionaria se cerraba, esto se convertía en el dilema de cómo ser un partido revolucionario eficaz en un momento no revolucionario.

La táctica del frente único «por arriba» llevaba a otro lugar espinoso: el de las alianzas *parlamentarias* con la socialdemocracia, y muy señaladamente el de las alianzas *para formar gobierno*. Esto es lo que se conoce como la táctica del «gobierno obrero», igualmente tematizada en el cuarto Congreso y que conviene explorar críticamente.

La pregunta a la que la Comintern debía responder era: ¿qué hacer en los casos en los que la unión de comunistas y socialdemócratas contara con una mayoría parlamentaria? Si los comunistas hubieran dispuesto de tal mayoría en solitario la respuesta habría sido simple: preparar la insurrección, pues la conquista del poder ya contaría con un respaldo rotundo. Pero, por supuesto, una mayoría de comunistas y socialdemócratas no podía considerarse como un mandato en favor de la revolución proletaria, que estos últimos rechazaban. La táctica del «gobierno obrero» debe verse, en primer lugar, como un eslogan que presentar ante las masas para sacar los colores a los socialdemócratas, que deberían demostrar de forma pública y notoria que preferían como aliados a los partidos burgueses. Ahora bien, la táctica iba más allá de la denuncia: debe verse también como intento de generar un *proxy* que permitiera, dadas esas circunstancias, avanzar en la lucha de clases hasta permitir una conquista real del poder.

Pero el tema es extremadamente peliagudo. El primer Congreso de la Comintern había declarado enfáticamente (y correctamente, al menos a mi juicio) que no existía punto medio entre la dictadura del proletariado y la dictadura de la burguesía, entre el Estado proletario y el Estado burgués. El problema, claro, es que en cierto sentido la táctica del gobierno obrero presupone que sí lo hay: el propio gobierno obrero. Este viene a ser la participación de revolucionarios en un gobierno burgués sin partidos *abiertamente* burgueses.

Veamos la cuestión con más detalle. El cuarto Congreso de la Comintern lega al «gobierno obrero» cuatro tareas prácticas que serían también condiciones para su formación: 1) desarmar a la burguesía; 2) instaurar el control sobre la producción;

3) hacer caer la mayor parte de la carga impositiva sobre las clases dominantes; 4) romper la resistencia de la burguesía contrarrevolucionaria.

Como señala Macnair, se trata de un programa muy difuso.¹⁵⁹ El primer punto es una versión confusa y rebajada del viejo objetivo de sustituir el ejército permanente (burgués) por la milicia popular. A falta de mayor claridad sobre la cuestión, podía interpretarse restringidamente como un llamado a desarmar *únicamente* las fuerzas paramilitares de la burguesía, lo que sin duda era necesario, pero insuficiente. El segundo punto también es enormemente vago, y elude la cuestión de la expropiación de la burguesía, o como mínimo de los sectores estratégicos. «Control obrero» puede significar simplemente que los trabajadores tengan acceso a las cuentas de la empresa, participen parcialmente de su gestión, etc. No implica necesariamente, por ello, que los principales medios de producción queden bajo la gestión de la clase trabajadora o sus representantes. Así, no está claro si el punto 2) se refiere a la toma de las fábricas por parte de los obreros, a la institucionalización de algún tipo de control de los trabajadores sobre la práctica de las empresas, su contabilidad, etc., o a la instauración de una planificación económica centralizada. El punto 3) es una versión de la demanda socialista clásica de impuestos altamente progresivos, ya presente en el *Manifiesto Comunista* y considerada siempre como la mejor opción posible hasta que la posibilidad de expropiar totalmente la ganancia estuviera madura. La versión del cuarto Congreso es ligeramente más imprecisa, pues mientras que la demanda de impuestos altamente progresivos no deja lugar a dudas —más allá, claro, de cómo calcularlos— siempre puede argumentarse que los impuestos se extraen del plusproducto social, y que por ello la mayor parte de la carga impositiva siempre cae de un modo u otro sobre la clase dominante. Por último, el punto 4) es sin duda un objetivo loable, pero también muy difuso. Para empezar, desde la perspectiva de la revolución socialista, «burguesía contrarrevolucionaria» es un pleonismo. Para seguir, la aplicación de cualquiera de las otras medidas ya requeriría, por supuesto, romper la resistencia de la burguesía. De modo que, más que ante una consigna

159. Ver Macnair, Mike. *Revolutionary Strategy*, November Publications, Londres, 2008.

programática, estamos ante poco más que una apelación genérica a la lucha, que desde luego no está mal como recordatorio, pero que posee un estatus diferente.

El problema de fondo de la táctica del «gobierno obrero» es que la Comintern trató con ella de esquivar algo inesquivable: no existía unidad programática posible con la socialdemocracia en lo que respectaba a la forma del Estado, porque la socialdemocracia *no quería* la dictadura del proletariado. En otras palabras, no existían las bases para formar gobierno conjuntamente según el viejo principio marxista de no aceptar la participación en gobiernos a menos que pudiera implantarse el propio programa, que incluía el cambio en la forma del Estado. En el caso ruso había podido existir un gobierno de coalición entre bolcheviques y socialrevolucionarios de izquierda porque existía unidad —momentánea, al menos— en torno al modelo soviético de Estado. Pero, para 1921, los dirigentes de la socialdemocracia no querían otra cosa que una república burguesa parlamentaria, a la que eran firmemente leales y que veían como su conquista.

Esta oclusión de la cuestión programática obedecía en parte a algo ya mencionado: para esas fechas la idea de la dictadura del proletariado había quedado prácticamente fundida con la idea de una «dictadura comisaria» de los comunistas, lo que difuminaba la cuestión de la forma institucional de la dictadura proletaria, base de todo programa (dame todo el poder a mí para luchar contra los capitalistas puede ser un objetivo genérico, pero no alcanza el estatus de programa). Dado lo anterior, había pasado a optarse por un modelo más indeterminado de «intensificación» de la lucha de clases hasta que la conquista comunista del poder fuera factible: era desde estas coordenadas desde las que se lanzaba la consigna del «gobierno obrero». Que la claridad sobre esta cuestión era sin embargo insuficiente puede comprobarse señalando cómo el propio texto de la Comintern se contradice. Por un lado, se afirma que un gobierno obrero solo puede surgir como resultado de la lucha de las masas. Por otro lado, se afirma que un gobierno obrero puede surgir simplemente de una alianza parlamentaria.

ria y desde ahí catalizar la lucha de las masas. Lo que subyace, como decíamos, es una perspectiva demasiado abstracta de la «intensificación» de la lucha de clases, desligándola de objetivos concretos y colectivamente asumidos como pudo ser en su momento el «todo el poder para los sóviets».

Una vía más promisorio, a mi juicio, hubiera sido que los comunistas se comprometieran a estar en la oposición hasta que no pudieran implementar un programa en que quedara delineado el contenido de la dictadura proletaria, intentando concentrar el apoyo en torno a este, impulsar la lucha de clases a los diferentes niveles y pudiendo implementar, sin abandonar la oposición, medidas concretas con los socialdemócratas. Esta vía evita postular un gobierno condenado a autodestruirse por su falta de cohesión interna, en un proceso que está lejos de funcionar como catalizador de la lucha de clases. No solo existe un riesgo muy real de subordinación comunista a la socialdemocracia, sino también el de que un inmediato fracaso del gobierno genere un escenario de desmoralización entre las masas. Y no cabe dudar que los socialdemócratas hubieran jugado esta última carta para que los comunistas se vieran presionados para sostener el gobierno a costa de su subordinación.

La táctica del Frente Único posee una enorme importancia y debe considerarse uno de los desarrollos más importantes de la Comintern. En sí misma, ofrece una respuesta general a un dilema ineludible desde la escisión definitiva del socialismo entre revolucionarios y reformistas: ¿cómo promover la unidad de clase de un modo que no obligue a integrarse políticamente en el reformismo mayoritario, sino que pueda de hecho servir para que los revolucionarios desenmascaren a los reformistas y se ganen una mayoría entre la clase obrera?

Por otro lado, nada de esto implica que la formulación de dicha táctica fuera perfecta en todas sus dimensiones. La idea del «gobierno obrero» en particular merece ser revisada críticamente: su intento de formar un gobierno con sectores leales y desleales al Estado burgués, estando por ello ausente la

unidad programática básica en torno a la cuestión de la forma del Estado, requiere a mi juicio de una reformulación. Debe recordarse que esta solo es la expresión más extrema de la idea de un frente único «por arriba», sin llegar en absoluto a agotarla. Por ello, la crítica al «gobierno obrero» no debe extenderse a una crítica a cualquier acuerdo parcial con los liderazgos obreros reformistas, que bien puede ser necesaria para una serie de reivindicaciones en una lucha concreta, aprobar una reforma o algo similar. No debe dejarse de lado que esta clase de acuerdos encierra un especial peligro, pero descartarlos *a priori* corre el riesgo de desbaratar la política de Frente Único al reducir su atractivo a una minoría ya favorable al comunismo revolucionario. Por otro lado, cabe insistir también en que la táctica de Frente Único no apela solamente a los obreros ya organizados dentro de una tendencia u otra, sino que aspira a promover la unidad en torno a demandas obreras y atraer con ello a nuevos sectores a la lucha. Al mismo tiempo, no era una *alternativa* al trabajo comunista dentro de organizaciones reformistas de masas —sindicatos, organismos vecinales o lo que fuera—, sino un complemento necesario.

Y con esto se cierra nuestro recorrido por los cuatro primeros congresos de la Comintern. A modo de apunte más general, cabe subrayar que la Tercera Internacional tuvo más éxito que ninguna de las anteriores en lo que a la conquista de reformas respecta, no a pesar de, sino *gracias a*, ser la Internacional de la acción revolucionaria. La Primera Internacional podía reclamar ciertos éxitos iniciáticos en el plano de los derechos políticos y económicos, así como en la promoción de la lucha sindical; a la Segunda Internacional le debemos los primeros grandes avances —algunos casos de sufragio realmente universal, las primeras ratificaciones de la jornada de 8 horas, etc.—. Sin embargo, solo tras la revolución soviética se extendieron realmente tanto el sufragio universal como la jornada de 8 horas, sumados a toda otra serie de concesiones al proletariado consideradas inimaginables tan solo unos años antes. El librito *Reforming to Survive: the Bolshevik Origins of Social Policies*¹⁶⁰ ha documentado rigurosamente este proceso, demostrando que existía una relación directa entre la adopción

160. Ver Rassmussen, Magnus B. y Knutsen, Karl Henrik, *Reforming to Survive: the Bolshevik Origins of Social Policies*, Cambridge University Press, Cambridge, 2023.

de reformas por parte de un país y la existencia en su seno de un partido afiliado a la Comintern. Sirva esto para demostrar la verdad de la siguiente tesis, presente ya en los textos marxistas desde el siglo XIX:¹⁶¹

La tesis histórica de que las mejoras económicas y sociales son fruto del reformismo es rotundamente falsa e interesada, y totalmente estéril ante la ofensiva actual contra los derechos del proletariado. El reformismo no produce nada por sí solo, nada más que mejoras corporativas, pero en ningún caso mejoras colectivas ni derechos universales.¹⁶²

161. Puede encontrarse un excelente ejemplo en Luxemburg, Rosa. *El asunto Dreyfus y el caso Millerand*, marxists.org, 1899.

162. EHKS, «Nueva estrategia socialista...», p. 3.

3.7. Hacia el ocaso de la Comintern

El quinto Congreso de la Internacional, el primero en celebrarse tras la muerte de Lenin, imprimió un giro izquierdista a la táctica del Frente Único, que quedaría reducida al frente único «por abajo», a la vez que obraba un giro a la derecha en la cuestión organizativa, cuando bajo el atractivo término de «bolchevización» se impuso un dominio creciente de los partidos comunistas por el liderazgo soviético, lo que requería de la creciente burocratización de estos y representaba un paso decisivo en la conversión del movimiento comunista internacional en una herramienta de la política exterior de la URSS. Celebrado tras el fracaso de la insurrección alemana de 1923, que representó el canto de cisne de la ola revolucionaria europea, el nuevo enfoque pasó de hecho a priorizar «la defensa y fortalecimiento de la Unión Soviética». Al mismo tiempo, en lo que al Frente Único Antimperialista respecta, se encomendó a fuerzas como el Partido Comunista Chino limitarse al rol de «fuerza auxiliar» dentro de un movimiento anticolonial liderado por la burguesía nacionalista (en lo que fue denunciado como un retorno a tesis mencheviques y acabó en desastre: con la masacre de miles de comunistas por parte de las fuerzas burguesas y la práctica desaparición política del proletariado chino —el PCCh habría de pasar a centrarse en la fuerza del campesinado—, más concretamente). El VI Congreso rompió con la política del Frente Único para adoptar las

tesis del «socialfascismo», que ubicaba a la socialdemocracia como enemigo prioritario y aspiraba, no sin voluntarismo, a relanzar las acciones revolucionarias. Fue el último Congreso en el cual alguno de los asistentes —el inveterado izquierdista Amadeo Bordiga, para más señas— osó criticar a Stalin, quien pronto pasaría a monopolizar el poder tras la purga cruzada (a izquierda y derecha) que llevaría a cabo a finales de la década de los 20.

El creciente espaciamiento de los congresos de la Comintern era ya en sí mismo un índice de degeneración, con la deliberación, incluso formal y restringida, perdiendo espacio frente al ordenar y acatar. Finalmente, tras el fracaso del giro a la izquierda del sexto Congreso a la hora de contener el fascismo, el séptimo Congreso de la Internacional impuso a sus miembros un vuelco de 180 grados: la táctica del Frente Popular, que abogaría por las alianzas políticas permanentes con la «burguesía progresista» dentro de límites programáticos marcados por la defensa de la «democracia burguesa» frente a la amenaza fascista, incluyendo la posibilidad de participar de gobiernos burgueses desde estas coordenadas. Tras el pacto Ribentropp-Mólotov, la táctica sería brevemente abandonada para pasar a una mayor confraternización táctica con el fascismo, y volvió a adoptarse con vehemencia tras la invasión nazi de la URSS, teniendo su colofón en el esfuerzo activo por evitar una revolución socialista en Europa tras el fin de la guerra y la ardua derrota del nazismo, con la URSS como actor decisivo y la correspondiente expansión de su área de influencia. Solo un par de años antes, enmarcándose también en una política de frentes populares que pasaría a partir de entonces a convertirse en la estrategia general de las fuerzas aliadas de la URSS,¹⁶³ el Presidium de la URSS, con Stalin a la cabeza, decidió disolver la Internacional en 1943 como gesto de buena voluntad hacia EE. UU. y Gran Bretaña.¹⁶⁴

163. Ver Martins Rodríguez, Francisco. *Anti-Dimitrov: medio siglo...*

164. Ver Claudín, Fernando. *La crisis del movimiento comunista. De la Comintern al Cominform*, Ruedo Ibérico, 1970.

4. Epígonos

El Cominform, creado en 1947 para agrupar institucionalmente a los Partidos comunistas bajo el liderazgo soviético, nunca funcionó en sentido estricto como la Comintern original. Al mismo tiempo, no podemos considerar a la Cuarta Internacional una Internacional en el mismo sentido que las anteriores. Nacida como producto de un error de cálculo de Trotsky, según el cual el fracaso de la Comintern a la hora de contener el ascenso del nazismo al poder suponía un colapso equiparable al de la Segunda Internacional en 1914, abriendo la puerta a una escisión masiva, lo cierto es que la Cuarta Internacional jamás llegó a acercarse al estatus de una internacional obrera de masas. En sus orígenes no reunía más que unos pocos cientos de militantes. Su congreso fundacional de 1938 aprobó el célebre Programa de Transición y declaró fidelidad a los cuatro primeros congresos de la Comintern. Perseguida por el «comunismo oficial», reprimida por gobiernos capitalistas y arrinconada ante un movimiento de masas hegemonizado por socialdemócratas y partidarios de Moscú, su historia no es ajena a los ejemplos de heroísmo y algunas loables posiciones de principio, pero es también un carnaval de errores, bandazos y sectarismo. A menudo mucho más parecida de lo que querría a aquello con lo que aspiraba a romper —centralismo burocrático, «culto a la personalidad», complicidad con el nacionalismo y el reformismo, etc.— y marcada por algunos groseros errores de diagnóstico —como aquel que declaraba inevitable la guerra mundial tras 1945 a consecuencia del agotamiento del capitalismo—, la Cuarta Internacional pronto empezó a quebrarse en toda una serie de microinternacionales que reclamaban una u otra versión del mismo nombre.¹⁶⁵ Hoy en día existen al menos 21, la mayoría de ellas constituidas como apéndices de alguna sección «grande» de algunos miles de militantes (en el mejor de los casos). La sucesión de líderes-gurú —Michael Pablo, Ernest Mandel, Nahuel Moreno, Pierre Lambert, Gary Healey, Tony Cliff, Alan Woods, etc.—, cada uno generador de una corriente propia con su serie de micropartidos, así como la amplia interiorización del burocratismo, el doctrinarismo

165. Ver Gaido, Daniel. *Hacia una historia de las tendencias trotskistas después de Trotsky*, Docta Ignorancia, Buenos Aires, 2022.

y otros males, ha creado un contexto francamente decadente, con el agravante de que por el medio se filtran, mediados por las brumas del sectarismo, debates políticos importantes.

Las demás corrientes surgidas del viejo tronco de la Comintern —o de las escisiones posteriores en el seno del «comunismo oficial»— nunca han llegado a formar tampoco nada parecido a una internacional en sentido estricto. Los bordiguistas contaron con el Partido Comunista Internacional, cuya historia se abre directamente a analogías con *La vida de Brian*, hasta el punto en que —sin en su mayoría alcanzar la decena de militantes— en Francia llegó a haber hasta cuatro organizaciones que reclamaban el nombre. En rigor, tal «Partido Internacional» penas tuvo implantación más allá de Italia y Francia. En el caso del hoxhaísmo actual, sigue existiendo la llamada Conferencia Internacional de Partidos y Organizaciones Marxista-Leninista, compuesta de una serie de microorganizaciones extendidas por varios continentes. Dada su vocación antipartido, el consejismo rara vez ha creado algún tipo de institución internacional permanente, y la llamada «Internacional Situacionista» no dejó de ser una pequeña organización francoitaliana. En los tres casos anteriores volvemos a estar ante un escenario de sectarismo en el sentido más clásico, en una variante más doctrinaria y cerril que en las organizaciones trotskistas más razonables. El maoísmo, inmensamente más influyente que ninguna de las anteriores, tampoco llegó a cristalizar en nada parecido a una Internacional en sentido relevante, y el actual Partido Comunista Chino tampoco parece por la labor de montar nada similar a partir de su renovada doctrina. El «socialismo con características chinas» no implica renunciar al rol internacional de China, pero el nacionalismo que le es intrínseco entra en contradicción con el enfoque internacionalista proletario clásico, donde es lo internacional lo que posee primacía.¹⁶⁶

166. Ver Guo, Yingjie. «From Marxism to Nationalism: The Chinese Communist Party's Discursive Shift in the Post-Mao Era», *Communist and Post-Communist Studies*, vol. 52, n.º 4, 2019, pp. 355-65.

5. Conclusiones

En un sentido más general, el escenario actual del comunismo recuerda al modelo de sectas políticas que florecieron en Europa antes del desarrollo de un movimiento obrero de masas, compartiendo toda su impotencia y limitaciones. Su reverso es un movimiento obrero donde la hegemonía del reformismo es abrumadora, subdividido entre grandes sindicatos convertidos *de facto* en partes de la maquinaria estatal y la subordinación generalizada (con escaso entusiasmo, eso sí) hacia las fuerzas burguesas y pequeñoburguesas de «la izquierda», y al mismo tiempo cada vez más restringido en número en relación con un proletariado en expansión y mayormente desorganizado.

Y con esto llegamos al triste estado del internacionalismo proletario en nuestros días. Sería aventurado y probablemente injusto declarar que ninguna de las pequeñas redes internacionales existentes está realizando, o podría realizar, algún aporte positivo. Otras, por supuesto, son completa y objetivamente nocivas, e incluso una parodia abierta de nuestra tradición —como el reaccionario «Sovintern», creado hace meses por Rusia Justa, un partido socialdemócrata aliado con Putin—. De lo que no cabe dudar, en cualquier caso, es que lo que existe es ampliamente insuficiente, y de que, por decirlo con toda la crudeza, necesitamos una nueva Internacional.

En lo que respecta al *cómo*, no obstante, reconozco tener más preguntas que respuestas. Confío que este artículo, en su revisión del pasado, pueda contribuir, aunque sea como un pequeño grano de arena, a la reflexión colectiva sobre esta cuestión, que compete a todos los comunistas. En su sentido más general, la tesis que he tratado de defender es que la reconstitución del comunismo internacional requiere de un enfoque crítico hacia su pasado, uno que se resista a vestirlo con un manto de perfección, pero que renuncie también a ubicarse fuera de él, como un satélite que flotara más allá del tiempo y la historia. El adanismo no es más que el reverso del apologismo

ciego, y ambos deben ser conjuntamente rechazados. Incluso aquello del pasado que encontremos aberrante e incompatible con la emancipación humana es en cierto sentido nuestro, al menos en la medida en que tenemos la responsabilidad de superar sus errores.

Así, he intentado analizar las tres Internacionales como parte de un proceso de desarrollo y maduración que no está exento de problemas, y que de hecho acabó en repliegues y callejones sin salida. No hay un modelo perfecto que calcar, pero el pasado tampoco es una hoja en blanco. Abandonar las vías muertas y saber distinguir el error del acierto, lo contextual y lo genérico, lo promisorio de lo deplorable, es una necesidad acuciante. Pues si bien intentar simplemente replicar el pasado implica abandonar la política en favor del *cosplay*, y pretender que el pasado no existe conlleva autoinocularse alzheimer, toda visión del pasado realizada desde el socialismo científico tiene una ineludible dimensión *normativa*: el pasado no «es» simplemente, sino que siempre es mejor o peor —en términos del desarrollo de la clase obrera, los marcos estratégicos imperantes, los fundamentos teóricos, el alcance de las conquistas, la claridad de los objetivos, las potencialidades de las diferentes opciones existentes, etc.— desde la vara de medir del comunismo revolucionario. La visión positivista de la historia como una mera sucesión de acontecimientos es incapaz de recoger esta cuestión; y resulta tan unilateral, por ello mismo, como una visión puramente normativa —y por ello idealista— que desligue lo sucedido de las posibilidades materiales existentes. Por el contrario, las metáforas sobre la «maduración», habituales en este texto, son tanto temporales como normativas. Desde esta perspectiva, la maduración implica una relación determinada con el paso del tiempo, la misma que está implícita en la descripción leninista del izquierdismo como enfermedad infantil; esto es, una según la cual *madurar* es acercarse a la forma apropiada de lo que uno *es*. Su contrario no es solamente la inmadurez, entendida como un preservarse a uno mismo dentro de unos estándares inadecuados, sino también la degeneración, entendida como el progresivo alejamiento con respecto a lo que uno *debe ser*. Toda

concepción del desarrollo histórico del comunismo debe ser capaz de incorporar estas cuestiones, pues lo contrario lleva a un positivismo incapaz de *evaluar el pasado*, y con él a un relativismo impotente. De ahí que haya intentado subrayar tantas las virtudes como los errores y dilemas presentes en nuestro objeto de estudio.

En un plano más concreto, y centrándonos en la cuestión del internacionalismo, lo anterior obliga a pensar, desde el conocimiento del pasado, qué tipo de Internacional es hoy posible y necesaria, cuál responde a las necesidades históricas reales del movimiento de los trabajadores. La Primera Internacional trató de agrupar a los diferentes sectores del movimiento obrero en torno a la idea de la acción política independiente; la Segunda aspiró a «extender la palabra», haciendo el marxismo hegemónico dentro del movimiento obrero; la Tercera confió en consumir la palabra haciendo de la revolución mundial una realidad. Debemos preguntarnos a cuáles de estas tareas se parecen más las nuestras, pero evitando el relativismo y la ingenuidad: la historia no puede simplemente desandarse, y el reformismo, por ejemplo, no es hoy una desviación incipiente, sino una poderosa fuerza material al servicio de la burguesía. La idea de generar una gran organización internacional que incluyera, pongamos, al PSOE, y confiar en hegemonizar el marxismo en su seno, es francamente ridícula. Pero tampoco es mucho más seria la idea de saltar directamente desde la impotencia actual a erigirse en el «Estado Mayor» de la revolución proletaria, si asumimos que no puede haber revolución sin la existencia de un gran movimiento proletario independiente y educado en el socialismo, hoy inexistente. Al mismo tiempo, que sea imposible calcar desde cero la Comintern no implica que no debamos partir, en su sentido más general, de las bases políticas generales legadas por esta, entendidas como aquello sobre lo que construir y sometiéndolas al necesario análisis crítico y contextual, a la vez que se asume la existencia de dilemas abiertos.

Centrémonos ahora en dar una serie de apuntes sobre la cuestión del internacionalismo hoy. En primer lugar, existe

una tendencia general, a pesar de lo desigual y combinado de su expresión, al resquebrajamiento del reformismo, y muy especialmente de su ala izquierda. Tras el fracaso de aquel soberanismo reformista que podemos identificar tanto con la «ola rosa» latinoamericana como con Syriza, Podemos, Corbyn, etc., existe una incertidumbre que bien podría ser llenada por un proceso de autocrítica y reorganización en clave marxista revolucionaria, pues se da además en un escenario de creciente polarización de clases, entrada en un nuevo periodo de guerras y catástrofes, etc. En la política burguesa actual todo reformismo ha quedado fagocitado por una suerte de «sanchismo global»; más que por una cuestión de azar, ello responde a las limitaciones intrínsecas del proyecto de la socialdemocracia radical. Esto abre la oportunidad de una quiebra del reformismo por su izquierda, que podría, por sus dimensiones, servir para arrancar a los grupos comunistas de la condición mayoritaria de aislamiento sectario, generando las bases —a ritmos diferenciados, sin duda— para una recomposición de un movimiento revolucionario de masas que pudiera alumbrar una nueva internacional. Esto habría de comenzar, inevitablemente, por rupturas políticas y procesos de unificación encarnados por minorías avanzadas, y desarrollarse hasta dar lugar a una *ruptura política de clase* en sentido general. Nada de esto es posible si no se ejecuta, desde sus primeros compases, desde una conciencia internacionalista clara. Pues el internacionalismo es el «test de Litmus» de la independencia política del proletariado, el elemento que separa a los partidarios cerrados de su Estado, cómplices por ello de la burguesía, de los defensores de la clase trabajadora internacional.

167. Ver Koltiza, «Socialismo o barbarie. Respuesta a Eneko Compains y la burocracia de Sortu», *Borrokak Garaia*Da, 2019; Chirivella, Mónica, «El nacionalismo con el que rompimos, el socialismo que defendemos», en *Marx XXI 2. Contra la socialdemocracia*, Contracultura, Madrid, 2023, pp. 161-93; Merchant, Jamie. «Fantasías de secesión. Una crítica al nacionalismo económico de izquierda», *Contracultura*, 2024.

Lo anterior requiere romper con una visión mutilada del internacionalismo, aquella que lo reduce a la solidaridad externa entre diferentes nacionalismos. La idea de las «vías nacionales al socialismo» permitió ofrecer una cobertura a este tipo de políticas, al desmenuzar la revolución en una serie de procesos nacionales aislados. Hoy, sin embargo, nos encontramos por lo general ante una versión mucho más rebajada y oportunista, una que, sin más florituras, concibe la política desde un marco estrechamente nacional.¹⁶⁷ Desde estas coordenadas,

la política comunista es un imposible, y el «antimperialismo» queda reducido a una alianza cerrada (y apologética) con ciertas burguesías nacionales, contraviniendo las tesis básicas de la Comintern sobre la cuestión. Este tipo de disolución de la política de clase en el enfrentamiento entre naciones nunca ha sido el marco comunista para abordar ni el antimperialismo ni la cuestión nacional en el sentido más amplio —y por buenos motivos—. Las palabras de Lenin preservan, en este sentido, plena vigencia:

El internacionalismo proletario exige, en primer lugar, que los intereses de la lucha proletaria en cualquier país se subordinen a los intereses de esa lucha a escala mundial y, en segundo lugar, que una nación que esté logrando la victoria sobre la burguesía sea capaz y esté dispuesta a hacer los mayores sacrificios nacionales para el derrocamiento del capital internacional.¹⁶⁸

168. Citado en Riddell, John. *Workers of the World...*

Combatir esta tendencia, especialmente en sus versiones pretendidamente comunistas, requiere hacer otro par de apuntes sobre la cuestión del internacionalismo. Una revolución *directa e inmediatamente* mundial, entendida como una conquista simultánea del poder en todos los rincones del globo, es un animal fantástico con el que no conviene distraerse. No hay corneta que pueda convocar a todos los proletarios del mundo a una lucha coordinada hasta el milímetro contra la burguesía, ni varita mágica que pueda garantizar su éxito simultáneo. Pero esta fantasía tiene su reverso exacto en la idea de una revolución mundial compuesta por la mera adición externa de procesos nacionales estrictamente aislados y autosuficientes. La realidad apunta en otra dirección: todos los grandes procesos revolucionarios (1848-1851, 1917-1923, 1945-1949) han tenido una dimensión *directamente* internacional, y lo mismo se aplica a todo gran proceso de lucha y movilización de masas (1968-1973, e incluso 2008-2020).¹⁶⁹ Así, toda Internacional futura debe construirse por lo tanto en torno al concepto de acción política internacional, cuyo rebajamiento lleva —como demuestra sobradamente el ejemplo de la Segunda Internacional en 1914— a la incapacidad para realizar las tareas que

169. Sobre este último, véase Bevins, Vincent. *Si ardemos. La década de las protestas masivas y la revolución que no fue*, Capitán Swing, Madrid, 2025.

le son propias. Sin una óptica estrictamente internacionalista, cuyo correlato práctico es privilegiar siempre las tareas internacionales sobre las presiones estrechamente nacionales, el socialismo mundial no podrá desplegarse de nuevo. Al mismo tiempo, no hacerse ilusiones con una revolución mundial inmediata debe ir acompañado por la conciencia de que el socialismo solo puede construirse *plenamente* a una escala que incorpore, como mínimo, amplísimas secciones del globo, y por una reflexión genuina sobre la escala mínima en la que una conquista proletaria del poder que comenzara a avanzar hacia el socialismo podría sostenerse frente a la agresividad imperialista.¹⁷⁰

170. Saltar de la idea de que esto fue posible en el Imperio Zarista (que ocupaba una sexta parte del tamaño del globo, era autosuficiente en términos de producción alimentaria, encierra en sus fronteras la mayor parte de recursos naturales existentes, y poseía unos 170 millones de habitantes) a que sería posible en cualquier nación aislada es, por supuesto, un insulto al materialismo más elemental.

171. Ver EHKS, «Nueva estrategia socialista»..., pp. 13-4.

Otra cuestión importante que destacar sobre nuestro tiempo es la existencia de una innegable tendencia dentro de la propia política burguesa a la organización a escala continental.¹⁷¹ Lo vemos no solamente en una UE convertida en una suerte de «supraestado» europeo; también en los intentos de unificación latinoamericana impulsados por el soberanismo reformista, así como en la persistente, aunque débil, voluntad de construir una Unión Africana, etc. Grandes potencias como EE. UU., China y Rusia ya poseen por sí mismas una escala similar. En coherencia con el viejo principio según el cual los partidos comunistas deben organizarse tanto internacionalmente —como miembros de una única Internacional— como estatalmente —o sea, al nivel en que la propia burguesía organiza su poder—, esto reclama una revisión de la escala de las partes integrantes de la Internacional, que habría de aspirar a estar compuesta por partidos comunistas *continentales*, o al menos articulados en áreas geográficas superiores a los Estados aislados (como podría ser, por ejemplo, Arabia). Esto es especialmente relevante para el caso europeo, al tratarse del más exitoso proceso de unificación política continental. Negar que pueda existir un Partido Comunista Europeo es encerrarse a uno mismo en una posición que, desde la perspectiva del marxismo, es a todas luces contradictoria, pues presupone que el proletariado es incapaz de organizarse de forma unitaria a una escala en que ya lo hace su burguesía. Al mismo tiempo, no hay nada en la idea de un Partido Comunista Europeo que

obligue a ignorar los Estados como espacios de acción política o pasar por encima de sus diferencias, del mismo modo que no está reñido con el reconocimiento de las particularidades nacionales.

Por otro lado, tenemos la cuestión de la autocrítica. Es difícil augurar futuro al comunismo mundial si no es capaz de reconocer la propia degeneración en su historia, relacionarse rigurosamente con la misma y recuperar los conceptos de partido, dictadura del proletariado, acción política internacional, etc., en el sentido que les confería su fundamento científico. Lo cierto, dicho sea de paso, es que, aunque de formas muy diferentes, todas las Internacionales fueron incapaces de lograr sus objetivos explícitos, y que el hecho de que estas limitaciones tuvieran un carácter productivo dependió de la capacidad de autocrítica de las generaciones que las sucedieron: de su capacidad para rescatar lo necesario y depurar lo erróneo.

Otro punto relevante que debemos mencionar es que ninguna Internacional en el sentido riguroso del término puede ser reconstruida en base a la fidelidad a la *autoridad doctrinal* de ningún individuo concreto, al estilo de los que varias internacionales trotskistas intentan hacer en torno a Trotski o alguno de sus epígonos. Esta concepción de la unidad es sectaria por definición y debe ser abandonada. El único fundamento posible de una Internacional son los *acuerdos políticos* de tipo programático, estratégico y táctico —como sucedió, claro está, en todas las anteriores—.

Por último, desde la perspectiva de la *creación* de una Internacional, el pasado puede darnos una serie de indicaciones prácticas. Los orígenes de la Primera Internacional muestran la importancia de abordar de forma privilegiada *tareas concretas* a las que los militantes obreros de diferentes países ya están dando una respuesta en la que el marco nacional muestra su insuficiencia. La cuestión palestina, por ejemplo, podría aquí jugar un papel análogo al de la cuestión polaca en la década de los 60, como también podría hacerlo, en un sentido más general, la cuestión de la oposición a la guerra imperialista.

Los orígenes de la Segunda Internacional, por su parte, nos legan al menos dos lecciones: en primer lugar, la importancia de las tareas prácticas comunes y las jornadas de trabajo internacional unitario, como lo era el Primero de Mayo. En segundo lugar, la necesidad de evitar las concesiones programáticas en pos de la «amplitud». Finalmente, los orígenes de la Tercera Internacional nos muestran como mínimo la necesidad de que los proyectos de ruptura con el reformismo a los que nos hemos referido anteriormente se conciban, proyecten y organicen desde sus mismos orígenes en un sentido internacional. Así, a modo de hipótesis, cabe esbozar la siguiente idea general: la Internacional futura habrá de ser una Internacional de los comunistas, estructurada en torno a la necesidad de la acción política independiente y revolucionaria de la clase obrera y un breve programa general, y capaz de gestionar en su seno todas las diferencias que resulten compatibles con estos principios. Al mismo tiempo, el proceso de creación de una organización semejante debería verse acompañado por la promoción de otras formas de unidad internacional más amplias, capaces de incluir a organizaciones de clase que por el momento no compartan todos esos principios, pero sí estén dispuestas a la acción conjunta en torno a objetivos inmediatos comunes.

En definitiva, nos jugamos todo en aprender de estas experiencias y extraer de ellas las lecciones apropiadas.

